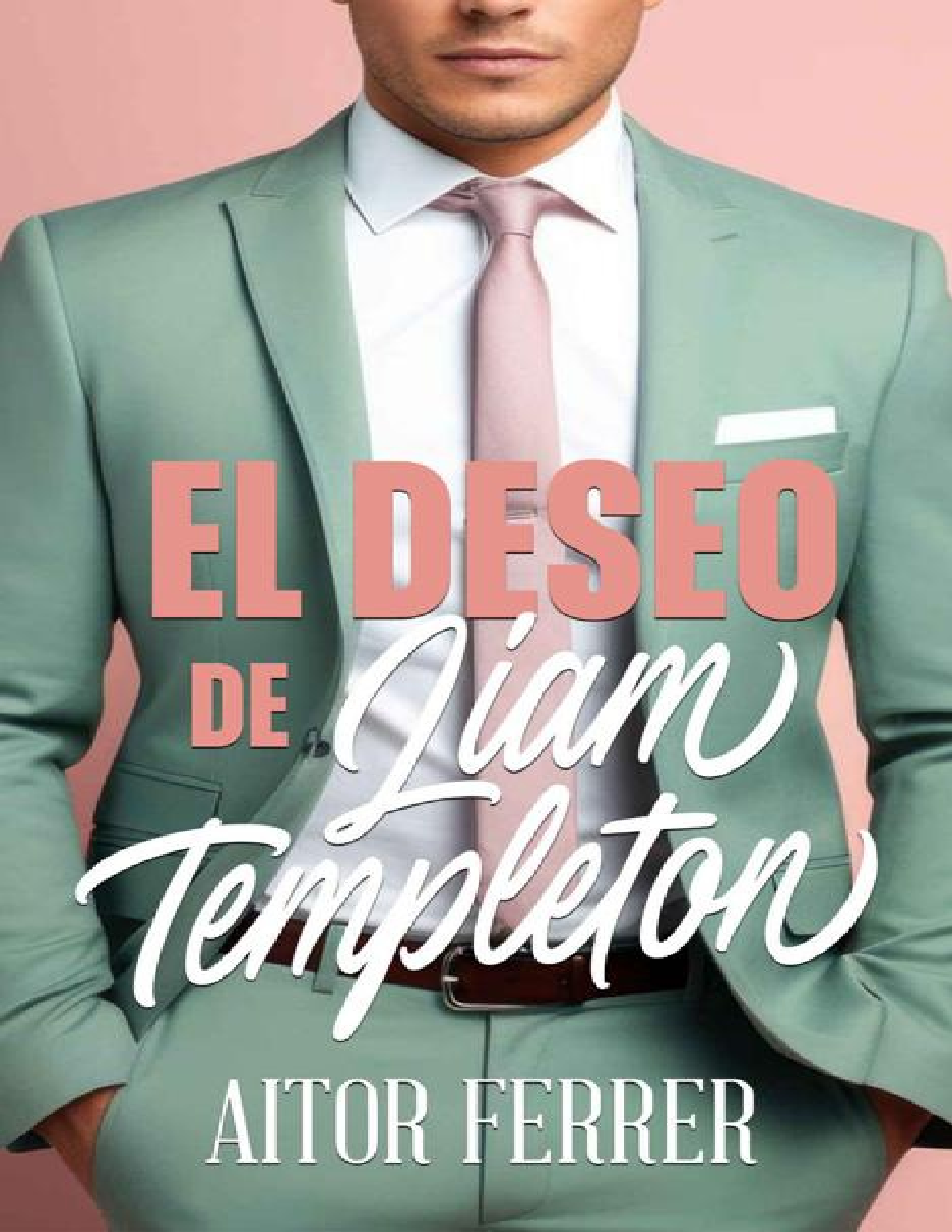

EL DESEO
DE
Liam
Templeton
AITOR FERRER

EL DESEO DE Liam Templeton

AITOR FERRER

EL DESEO DE Liam Templeton

AITOR FERRER

Primera edición.
El deseo de Liam Templeton
©Aitor Ferrer
©agosto, 2024.
©Imágenes por Freepik y AdobeStock
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

El deseo de Liam Templeton

©Aitor Ferrer

©agosto, 2024.

©Imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Epílogo

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Epílogo

Capítulo 1



Violet se acercó a mí y me dio el más caluroso de los besos.

—La voy a echar de menos, señorita Miller—murmuró con los ojos aguados.

—Y yo a ti, pequeña, y yo a ti.

—Es que falta mucho para que comience el curso—prosiguió.

—Ya lo sé, pero debes pensar que todo ese tiempo te lo vas a pasar genial, ¿vale? —la consolé alborotando su flequillo y ella asintió.

Su padre la esperaba. Liam Templeton, la contemplaba con una sonrisa. Aquel hombre imponía. Me limité a saludarle de lejos con la intención de acercarme a mis compañeros cuando observé que venía hacia mí.

Siempre me pasaba. Por mucho que me hubiese convertido en una de las mejores profesoras del St. Andrews, el colegio más insigne de Dallas y en el que se encontraban matriculados los hijos de las familias más adineradas, no podía evitar esa sensación de sentir que aquellos padres jugaban en otra liga.

Nada más que había que mirar a las madres, todas enjoyadas y con bolsos cuyos precios cuatriplicaban mi sueldo, por mucho que yo no pudiera quejarme, ya que los profesores que trabajábamos allí estábamos muy bien valorados y pagados.

Liam Templeton llegó hasta mí y me sonrió. Nunca pude evitar mi carácter tímido, el cual únicamente superaba delante de los niños, con los que me desinhibía por completo y sacaba mi parte más cómica sin miedo a ser censurada ni nada parecido. Con respecto a los mayores, y más con los que se movían en ese nivel, la cosa cambiaba.

—Señorita Miller, muchas gracias por todo. He de decirle que mi hija la adora, aunque no creo que le descubra nada al decírselo.

—Muchas gracias, Señor Templeton. El afecto es mutuo. Violet es una niña maravillosa, eso ya lo sabe también.

—Sí, esta pequeña revoltosa me tiene la vida patas arriba, pero es realmente adorable.

—Tampoco es para tanto, papá—carraspeó—. Yo solo digo que quiero ser actriz y que me deberías dar la oportunidad, ¿has visto mis calificaciones?

—Son brillantes, hija, lo son. Pero meterte en ese mundillo no es algo que quiera para ti, ya lo hemos hablado.

—¡No es justo! Soy buena y lo sabes. En las representaciones de teatro que hemos hecho este curso siempre he sido la protagonista y todos me han felicitado. Tú el primero.

—Es que has estado genial, yo no te alegro el oído por las buenas.

—Pues entonces…

—Pues entonces ya lo hemos hablado, Violet. Además, esta no es una conversación para mantener delante de tu profesora de francés. Despídete de ella y deséale un buen verano.

—Claro, como si lo fueras a permitir—refunfuñó.

—Creo que estás perdiendo las formas, Violet. Discúlpate con tu profesora.

—Yo mejor les voy a dejar—murmuré un tanto apurada porque aquel era un tema familiar en el que yo no pintaba nada.

—No se vaya, señorita, por favor—me pidió Violet y supe de inmediato que me iba a poner en el compromiso de mi vida.

—Lo siento, discúlpeme. Sabe que mi hija es una niña adorable excepto cuando se toca este punto, en el que parece incorregible.
—Nada que disculpar…

—Señorita Miller, ¿a que no es justo? Usted siempre anda diciendo que deberíamos perseguir nuestros sueños, ¿no es así?

Hay momentos en la vida en los que una desea que la tierra se la trague y luego están otros como aquel, en los que lo desea todavía más.

—Bueno—me aclaré la voz—, es muy cierto que yo soy de la opinión de que no deben abandonarse.

—Luego usted está de acuerdo con Violet—resopló—. No me parece adecuado—añadió incómodo.

Por mi parte, se hizo un silencio sepulcral. No es que yo pretendiese ganarme la fama del famoso profesor John Keating de “El Club de los Poetas Muertos”, aunque en cierto modo sí que alentaba a mis alumnos a perseguir esos sueños suyos como si fuesen una cometa que pudieran agarrar por la cuerda.

—Siento si le incomoda mi postura. Yo lo que suelo decirles es que…

—Igual debería consultarnos a los padres antes de meterles a nuestros hijos ciertas ideas en la cabeza, ¿no le parece?

Los pies se me quedaron pegados al suelo y los colores afloraron a mis mejillas. Estábamos en plena celebración de final de curso y se trataba de la primera bronca que me ganaba por parte del padre de un alumno. Y para más inri, se trataba de Violet Templeton, mi alumna favorita.

—Siento si le ha parecido así. Quizás tendría usted la amabilidad de pasar a mi despacho para que pudiéramos hablarlo allí—le comenté al ver avanzar hacia nosotros a Henry Abernathy, el director de aquel insigne colegio y un hombre tan serio que yo opinaba que se le habían atrofiado los músculos que nos permiten sonreír.

—No, vamos a dejarlo aquí. Violet, nos vamos…

Me quedé muy mal cuando la tomó de la mano y se marchó con ella caminando. Y no tanto por mí, como por el disgusto que la niña llevaba.

Adoraba a esa pequeña y me volqué más en su persona cuando su madre murió, cuatro años atrás. Desde entonces sentía por ella un cariño especial y me dolía separarme hasta el curso siguiente en esas condiciones, con semejante disgusto.

El director se acercó a mí con cara de pocos amigos, como no podía ser de otra manera.

—Alice, ¿ocurre algo? —me preguntó.

—Nada de nada, Señor Abernathy.

—Pues procure que continúe siendo así. Liam Templeton es todo un referente para este colegio. Cuando él matriculó a su hija, muchas de las mejores familias le imitaron. Además, dona grandes cantidades y….

Yo me sabía muy bien la historia. No en vano, el padre de Violet era un hombre inmensamente rico, el dueño de una industria petrolera que arrojaba cada año cifras astronómicas. Y yo… Yo no era más que una simple profesora que acababa de ganarse una amonestación por su parte. Y todo por seguir mis principios. No puedo evitar ser una idealista.

Capítulo 2



Menos mal que las vacaciones habían llegado y que por fin disfrutaría de unos días de relax al lado de Mark, mi prometido, con el que iba a casarme a finales de año.

Lo pensaba de vuelta a casa mientras conducía mi coche y trataba de ir soltando con lentitud el aire que ni siquiera pude sacar de mis pulmones mientras que aguantaba el tipo delante del padre de Violet.

No era cuestión de acordarme más de eso. El curso había sido largo y agotador. Soy profesora vocacional y dar clases es mi vida, pero hacerlo en un colegio como aquel exigía un plus referente a guardar la compostura con los padres. Y eso me pesaba bastante más.

Por suerte, tenía programada mi boda y eso me ayudaría a evadirme por completo durante un verano en el que planeaba descansar y pasármelo bien con unos preparativos que me ilusionaban mucho.

Llegué a casa y entré de puntillas para sorprender a Mark. Me había comentado un rato antes que ya estaba allí y fui despojándome poco a poco de mi top y de mi falda camino del dormitorio, con ganas de mi chico y con la intención de hacérselo saber.

Mark era piloto de aerolíneas y por esa razón pasaba mucho tiempo fuera de casa. Yo le extrañaba cantidad, por eso agradecía tanto que se hubiera tomado esa primera semana de vacaciones para compartirla conmigo. Y hasta pondría la mano en el fuego sobre que me tenía alguna sorpresa preparada en forma de unos días fuera en los que disfrutar en pareja.

Le encontré haciendo la maleta y arrugué la nariz. Era la que se llevaba siempre a los vuelos de trabajo y algo no me cuadró.

—¿Hola? ¿Qué está pasando aquí? —le pregunté.

—Lo siento, nena. Sé que te dije que pasaría la semana contigo, pero resulta que no va a poder ser. Oliver tiene Covid y me han pedido el favor de que le sustituya. Es importante.

El alma se me cayó a los pies. ¿Y yo no era importante? Es que ya iban varias en el último año, en el que me había quedado chafada más de una vez y más de dos.

—No me lo puedo creer, Mark. Quedamos en que pasaríamos la semana juntos. A partir de la que viene no te veré en medio verano, ¿de qué va esto?

—No te pongas así, Alice. Yo no me meto en tus asuntos de trabajo.

—¿Y yo sí? —me quejé.

—¿No? Solo tienes que mirar lo que estás haciendo ahora mismo, ¿te metes o no te metes?

—Pero es que mi trabajo no se interpone en nuestros planes, nunca.

—¿Y es mi culpa que el mío sea más complicado en ese sentido? Madura, por favor…

Me dieron arcadas cuando me dijo eso. Yo había tenido que madurar en la vida a marchas forzadas y a mis 30 años me consideraba una mujer hecha y derecha, ¿acaso lo estaba dudando? No, no lo estaba dudando. Directamente afirmaba que no era así. Estaba ocurriendo.

Lo último que deseaba era discutir con él, pero el varapalo que acababa de llevarme no fue precisamente pequeño No era la semana que pasaría junto a él, era la ilusión que me hacía y que acababa de desvanecerse.

Mis ganas de llorar fueron palpables y no me daba la real gana de tener que disimularlas. Ya estaba bien de que yo procurase contentar a todos, ¿y qué había de mí?

Me metí en el baño y lloré a moco tendido. Si se iba, no le vería en una buena temporada y todas las ilusiones que yo había puesto en disfrutar unos días con él pasarían a la historia.

No me quedó ninguna duda de que lo haría cuando le escuché tocar con los nudillos en la puerta.

—Va, Alice, no me obligues a marcharme así. Sabes que me encantaría quedarme contigo, ¿es mi culpa que no pueda hacerlo? —me preguntó y no despegué mis labios—. En serio, no me hagas esto, por favor…

Es que tenía la sensación de que lo suyo siempre iba por delante. Yo no dudaba que me quisiera. De hecho, él parecía encantado con la boda y yo… Yo más aún. Pero luego actuaba así y mi desconcierto era total.

Terminé abriendo la puerta del baño porque tampoco servía para hacer un drama ni para dejar que se marchase tan disgustado. Al fin y al cabo, él tenía razón en que tampoco se iba a tomar mojitos al Caribe, sino a llevar hasta allí a turistas que sí que se lo pasarían sensacional mientras yo me quedaba en mi casa con toda la cara partida.

A partir de ese momento, serían diversos trayectos los que recorriera, con salidas desde distintos lugares del país y todos con el mismo destino caribeño. Habría de esperar varias semanas para volver a tener la oportunidad de pasar

unos días con mi prometido.

—Siento si me he puesto como una furia. Sabes que te quiero—murmuré.

—Nunca lo he dudado. Y tampoco dudes que te quiero, nena.

—No lo haré—le contesté mientras sus labios besaban los míos. Un beso que me recordaba que arrancaba mis vacaciones sola.

Me quedó muy mal sabor de boca y no tanto ya porque se fuera, sino por eso de que me había dicho que madurase.

Llamé a mi amiga India para almorzar con ella, ya que me había quedado sin plan. Ella también era profesora, solo que no picó tan alto como yo y comenzó a dar clases en un sencillo colegio público de la ciudad, donde por cierto le iba genial.

¿Me habría yo equivocado? No, a mí también me gustaba el lugar en el que impartía clases, solo que el desencuentro con Liam Templeton me había dejado mal cuerpo.

Hay días en los que antes de levantarnos nos lo tendríamos que pensar dos veces. Y yo estaba en uno de ellos. Cielo santo, qué pocas ganas de nada tenía. Cualquiera diría que se trataba de mi primer día de vacaciones.

unos días con mi prometido.
—Siento si me he puesto como una furia. Sabes que te quiero—murmuré.

—Nunca lo he dudado. Y tampoco dudes que te quiero, nena.

—No lo haré—le contesté mientras sus labios besaban los míos. Un beso que me recordaba que arrancaba mis vacaciones sola.

Me quedó muy mal sabor de boca y no tanto ya porque se fuera, sino por eso de que me había dicho que madurase.

Llamé a mi amiga India para almorzar con ella, ya que me había quedado sin plan. Ella también era profesora, solo que no picó tan alto como yo y comenzó a dar clases en un sencillo colegio público de la ciudad, donde por cierto le iba genial.

¿Me habría yo equivocado? No, a mí también me gustaba el lugar en el que impartía clases, solo que el desencuentro con Liam Templeton me había dejado mal cuerpo.

Hay días en los que antes de levantarnos nos lo tendríamos que pensar dos veces. Y yo estaba en uno de ellos. Cielo santo, qué pocas ganas de nada tenía. Cualquiera diría que se trataba de mi primer día de vacaciones.

Capítulo 3



A India le olió a cuerno quemado lo que me había pasado con Mark.

—Cariño, es que no es la primera vez que te la cuela.

—Si ya lo sé, amiga, lo que sucede es que él siempre dice que es por el bien de los dos, ya lo sabes.

—Sí, que cuanto más alto mire, mejor estaréis el día de mañana. Chica, pues yo no sé si quiero tener tanto, la verdad. Con Jim me va genial y es el encargado de mantenimiento de mi cole, ya lo sabes.

—Ya, y se te ve súper feliz. Yo tampoco escogí a un piloto porque lo fuese, lo sabes.

—¿A mí qué me vas a contar? Si yo estuve allí cuando nació lo vuestro. Para una vez que fuimos al Caribe y mi amiga, la mosquita muerta, se liga al piloto del avión. Quién me lo iba a decir…

—¿Me has llamado mosquita muerta o es que he escuchado mal?

—Has escuchado divinamente, cielo—rio.

—Va, sabes que me enamoré de él por completo. Me hubiera dado igual que se tratase del chico que llevaba las maletas.

—Es verdad, aunque siempre tuviste el resquemor ese ahí dentro, ya sabes…

—Ya, el de que mi padre fuese un tipo poderoso que pasase del culo de mi madre, quien trabajó en su casa y a la que echó a patadas al saber que estaba embarazada, ¿no? Pues puede que por eso haya tratado de labrarme un futuro mejor, pero tampoco soy una cazafortunas.

—Eso ya lo sé. Si lo fueras, te habrías ido directamente a por uno de los padres de alguno de tus alumnos, que esos sí que tienen pasta para aburrir.

—Ya ves. Y jamás se me ocurriría. Total, si tienen el mismo talante que Liam Templeton.... —suspiré.

—¿Ese no es el padre de la cría que te tiene enamorada?

—El mismo… Y el mismo también que me la ha liado parda esta mañana, tras la fiesta de fin de curso, porque cree que le meto a Violet pajaritos en la cabeza, ¿tú piensas que yo hago eso?

—Ay, pero si solo te falta poner un puchero. Qué sensible andas. Oye, ¿tú no estarás embarazada?

—¿Yo embarazada? Ni en broma. Sabes que tomo mis precauciones, que lo tengo todo…

—Medido y bien medido. Madre mía, Alice, tienes que dejarte llevar más.

—¿Dejarme llevar? ¿Por quién?

—Por la vida en general. Dejar que las cosas fluyan y no tratar de controlarlo todo.

—¿Tú crees que yo hago eso?

—No me hagas hablar, por favor. O mira, mejor sí… ¿Sabes lo que te digo? Que si yo fuera tú le daría en todas las narices a tu Mark y me iría solita de viaje.

—¿Yo sola? ¿Y dónde demonios se supone que iría? Además que tengo que…

—Que ahorrar para la boda, ya. ¿Por qué sé lo que vas a decir antes incluso de que lo pienses?

—Es verdad, ¿tan predecible soy?

—¿De verdad necesitas que te conteste? Si yo fuera tú, me plantaba en el mismo Caribe, donde esté él, y le daba la sorpresa de que no le necesitas para nada.

—No, no, yo eso no lo haría ni en broma. Es como interferir en su trabajo.

—¿Y qué pasa? No eres una extraña, te vas a casar con él, ¿o es que quieres terminar siéndolo? No mires las cosas siempre con lupa. Vale, que no quieres ir ahí, pues dile que te largas a otro sitio.

—¿A dónde? Y, además, que tú no puedes acompañarme, que empiezas con los cursos de verano.

—¿Y para qué se supone que me necesitas? Expándete solita por cualquier lado, que tú lo vales.

—Es que a mí viajar sola siempre me ha resultado un rollo, ¿te parece inmaduro? Mark me ha dicho hoy que debo madurar.

—¿Eso te ha dicho? Pues la próxima vez que te suelte una chaladura así le dices que él no ha sobrevivido al abandono de un padre y a la muerte de una madre como tú. Y que, a pesar de todo, aquí estás… Con tus dos manitas para trabajar y con un porvenir en un colegio en el que muchos querrían trabajar. A ti no te han regalado nada, Alice. Tú no has tenido unos padres que te pagasen una carrera de piloto como él, tú te lo has tenido que currar todo desde abajo. ¿Y ahora me estás contando que necesitas a alguien para viajar? Permíteme que me ría.

Mi madre falleció a mis 20 añitos y ese fue el gran varapalo de mi vida. Una enfermedad se la llevó en pocos meses y me quedé totalmente huérfana, teniendo que luchar con uñas y dientes por salir adelante.

Lo había conseguido e India tenía razón. Yo no debía quedarme en casa lamentándome por la inesperada marcha de Mark, sino demostrarle a mi prometido que tenía vida más allá de él. Quizás así lograra que no volviera a decirme ninguna tontería más al respecto.

India siempre me ayudaba a recolocarme en la vida. Éramos amigas desde pequeñas y tanto ella como su familia me ayudaron mucho cuando mi madre falleció. Incluso me ofrecieron ir a vivir a su casa, aunque yo rechacé la oferta porque no quise ser una carga para nadie.

.Si yo había pasado por todo eso y lo soporté estoicamente, ¿me vendría abajo por un día jodido como aquel? De eso nada. Por delante tenía un verano libre, que me había ganado con mi esfuerzo, y unos ahorritos que me permitirían marcharme, aparcando los planes de la boda, pues lo reconociera yo o no, lo cierto es que necesitaba unos días en los que desconectar de todo y de todos.

s

)

—¿Eso te ha dicho? Pues la próxima vez que te suelte una chaladura así le dices que él no ha sobrevivido al abandono de un padre y a la muerte de una madre como tú. Y que, a pesar de todo, aquí estás… Con tus dos manitas para trabajar y con un porvenir en un colegio en el que muchos querrían trabajar. A ti no te han regalado nada, Alice. Tú no has tenido unos padres que te pagasen una carrera de piloto como él, tú te lo has tenido que currar todo desde abajo. ¿Y ahora me estás contando que necesitas a alguien para viajar? Permíteme que me ría.

Mi madre falleció a mis 20 añitos y ese fue el gran varapalo de mi vida. Una enfermedad se la llevó en pocos meses y me quedé totalmente huérfana, teniendo que luchar con uñas y dientes por salir adelante.

Lo había conseguido e India tenía razón. Yo no debía quedarme en casa lamentándome por la inesperada marcha de Mark, sino demostrarle a mi prometido que tenía vida más allá de él. Quizás así lograra que no volviera a decirme ninguna tontería más al respecto.

India siempre me ayudaba a recolocarme en la vida. Éramos amigas desde pequeñas y tanto ella como su familia me ayudaron mucho cuando mi madre falleció. Incluso me ofrecieron ir a vivir a su casa, aunque yo rechacé la oferta porque no quise ser una carga para nadie.

.Si yo había pasado por todo eso y lo soporté estoicamente, ¿me vendría abajo por un día jodido como aquel? De eso nada. Por delante tenía un verano libre, que me había ganado con mi esfuerzo, y unos ahorritos que me permitirían marcharme, aparcando los planes de la boda, pues lo reconociera yo o no, lo cierto es que necesitaba unos días en los que desconectar de todo y de todos.

Capítulo 4



Esa noche estaba mirando distintas posibilidades para escaparme en solitario cuando recibí una llamada de teléfono.

No era tarde, yo me disponía a cenar cuando vi aquel número que no reconocí.

—Hola, ¿quién me habla?

—Perdone, señorita Miller. Soy Liam Templeton—se aclaró la voz.

El vaso que tenía entre las manos se me cayó. Suerte que era de agua porque el estruendo fue tremendo al partirse y toda ella se desparramó.

—¿Le ha pasado algo? He escuchado un ruido.

—No, no, nada, Señor Templeton. Solo es que… Dígame, por favor, ¿qué se le ofrece? —le pregunté nerviosa a aquel cuarentón tan increíblemente atractivo que, sin embargo, me había jodido una parte de la mañana. De la otra, ya se encargó Mark.

—Ante todo quería disculparme. Perdí las formas esta mañana y entiendo que debe pensar que soy un idiota. Lo lamento de corazón.

—No, yo no pienso nada—me apresuré a contestarle.

—¿No piensa nada? Permíteme que lo dude. Alguien tan inteligente como usted debe pensar muchas cosas. Y a buena velocidad. Ahora mismo se debe estar preguntando cómo he tenido la osadía de hacerme con su número de teléfono y llamarla sin pedirle antes permiso. Soy impulsivo, no lo puedo evitar, ¿le pasa también?

—¿Lo de ser impulsiva? Me temo que un poco menos. Es más, mi amiga India me ha repetido hace unas horas lo que siempre me dice, o sea, que soy demasiado cuadriculada. Pero no sé qué hago contándole esto—murmuré nerviosa.

—Me gusta que me lo cuente. Es más, si tuviese la bondad de aceptar la invitación que voy a hacerle, es posible

que terminara hablándome de esa amiga suya personalmente, aunque con quien me interesa disculparme es con usted.

—¿A qué invitación se refiere?

—Verá, Violet está muy triste. Creo que he sido demasiado tajante, aunque todo lo hago por protegerla, créame.

—Eso no lo dudo. Lo que sucede es que su hija tiene muchas inquietudes…

—A veces pienso que demasiadas, aunque quizás solo sea una apreciación absurda por mi parte.

—No es descartable del todo, si me permite que se lo diga.

—Si no tuviese la intención de permitírselo, no me habría puesto en contacto con usted.

—Ya, claro. Bueno, quiero decir que…

—Afloje, por favor. La he llamado en son de paz. Si hay alguien que debe sentirse mal, soy yo.

—Es muy loable por su parte el haberme telefoneado, pero no entiendo demasiado bien a dónde quiere llegar.

—Me vendría bien otro punto de vista sobre la educación de Violet—afirmó.

—Ya, y sobre sus inquietudes, ¿no?

—Exacto. También sobre eso—se aclaró la voz.

—¿Y qué puedo hacer yo al respecto?

—Aceptar mi invitación de venir a pasar con nosotros unos días a mi rancho en Texas. Ya le adelanto que se trata del típico tejano en el que hay muchas cosas que hacer, si piensa que se aburrirá en un sitio así.

—¿Aburrirme en un rancho? De pequeña me quedaba embobada soñando con haberme criado en un lugar así.

—¿Me lo dice en serio? No es nuestra residencia habitual, que como sabe tenemos aquí en Dallas, pero sí nos trasladamos a él cada vez que tenemos ocasión.

—Entiendo. La verdad es que todo esto me coge de sorpresa.

—Sobre todo porque no sé cuál es su situación personal. Igual la estoy poniendo en un compromiso.

—Bueno, yo estoy prometida.

—Lo capto, la estoy poniendo. No era mi intención, créame. Igual vuelvo a pecar de impulsivo. Si la he molestado…

—No, no me ha molestado para nada. Es más, lo cierto es que acepto sus disculpas y que me gustaría pasar unos días con Violet. No sé si usted está al tanto de que es mi alumna preferida, por más que no lo demuestre ante el resto.

—Ella me lo ha dicho—afirmó.

—¿Violet lo sabe? —le pregunté asombrada.

—Me temo que sí. Hay ciertas cosas que no son fáciles de disimular, ¿no cree?

—Por completo. Ay, Dios. Es que se trata de una niña adorable. Está bien, aceptaré su invitación.

—¿Y eso le parecerá bien a su prometido?

—No lo sé—le contesté de inmediato—. Déjelo de mi mano. Ha sido muy amable.

—Es lo menos después de cómo la traté esta mañana. ¿Pasado mañana le vendrá bien?

—Me parece perfecto.

—Deme su dirección, por favor. Le enviaré un chófer.

—¿Enviarme un chófer? ¡Claro que no! Yo iré en mi coche—le respondí porque eso no me cabía en la cabeza.

—Está bien, como quiera. La esperamos entonces.

Ni siquiera nos tuteábamos y acababa de hacerme una invitación que era lo último que esperaba en el mundo. Iba a ir a pasar unos días al rancho de Liam Templeton, el multimillonario padre de Violet. Yo, Alice Miller, quien no negaba lo mucho que me imponía y, no obstante, ¡le había dicho que sí!

Llamé a India y se lo conté.

—¡¡¿Qué me estás contando?!! ¿No te habías decidido a marcharte a alguna parte? Pues ya sabes, ¡¡vacaciones gratis!!

—Es que lo pienso y me pongo a temblar, ¿qué voy a hacer yo allí?

—¿Que qué vas a hacer? ¡¡Disfrutar de una vida de ricos!! Madre mía, que el tío está forrado.

—Que sí, pero que no nos vamos de crucero, que la invitación es a su rancho.

—¿Y qué? ¿Tú te imaginas cómo debe ser? ¡Cogerá medio Texas!

—No me lo puedo ni imaginar, no… Cielo santo, ¡¡qué fuerte!! —me decía a mí misma, súper emocionada y contenta por dar un paso adelante por mí misma sin importarme un bledo lo que Mark pensase, ¿o es que acaso él había tenido en cuenta mis sentimientos a la hora de marcharse?

—¿Que qué vas a hacer? ¡¡Disfrutar de una vida de ricos!! Madre mía, que el tío está forrado.

—Que sí, pero que no nos vamos de crucero, que la invitación es a su rancho.

—¿Y qué? ¿Tú te imaginas cómo debe ser? ¡Cogerá medio Texas!

—No me lo puedo ni imaginar, no… Cielo santo, ¡¡qué fuerte!! —me decía a mí misma, súper emocionada y contenta por dar un paso adelante por mí misma sin importarme un bledo lo que Mark pensase, ¿o es que acaso él había tenido en cuenta mis sentimientos a la hora de marcharse?

Capítulo 5



Ya llevaba unas horas de viaje y estaba a punto de llegar al rancho. Él me había enviado la ubicación y conduje hasta allí relajada, pese a que intuía los nervios que sentiría.

En mi juventud nunca tuve ocasión de hacer lo que otras chicas; salir de fiesta y luego quedarnos las unas en casa de las otras.

Yo tuve que dar el callo para salir adelante y no estaba demasiado acostumbrada a alojarme en casa de nadie.

Llegué y solo con echar un vistazo comprobé que se trataba de un rancho enorme. Igual India había exagerado en sus proporciones, pero el fin no se le veía por ningún lado.

Texas es el más grande de todos los estados que pertenecen a USA y allí, ciertamente, las proporciones se pierden Y más cuando se tiene tanto dinero como Liam Templeton y ganas de emplearlo en un lugar que te sirva de recreo.

Según vas llegando a ese tipo de ranchos, se te pasan por la cabeza las leyendas de *cow boys* tan típicas, forjadas a base de hombres rudos de esos que empapan de sudor la frente de cualquier mujer con solo pensar en ellos.

Reconozco que en ese sentido siempre me había sentido muy atraída por esa cultura pues, como cualquier chica, yo también cuento con mis fantasías.

Tradición y modernidad se daban la mano en aquel rancho y eso lo comprobé en cuanto traspasé su verja y me fijé un poco en ese pintoresco lugar que me dejo ojiplática desde ese mismo momento.

La casa en sí era una verdadera maravilla, yo no puedo definirla de otra manera. Enorme, su fachada respetaba la esencia de esas del Viejo Oeste, aunque sus impresionantes miradores le otorgaban un aire más actual, ya que como digo, la mezcla era total.

Kilómetros y kilómetros de tierras pertenecientes a su dueño lo rodeaban. Se trataba de un lugar único, absolutamente envidiable, de un lugar para perderse en el que tampoco faltaban senderos para explorar a caballo y para realizar otra gran cantidad de actividades que ya estaban en mi cabeza.

—Así que ya está aquí, señorita Miller—me recibió Liam Templeton nada más llegar.

—Eso parece.

—No sabe cuánto me alegra que haya aceptado mi invitación.

—A mí también me alegra haber venido. Esto es realmente maravilloso—silbé nada más bajarme del coche y contemplar en todo su esplendor aquella belleza sin igual, tan salvaje y natural en lo que a los lugares que envolvían la casa se refiere.

—Pues ya que está aquí, creo que debería llamarme Liam y podemos dejarnos de formalismos en general, ¿te parece? —se dirigió a mí de un modo más cercano.

—Me parece. De hecho, podemos partir de cero. Yo me llamo Alice—extendí mi mano hacia él para presentarme como si no nos conociéramos de nada.

—¡¡Señorita Miller!! —sonó a gritos tras de mí en ese momento en el que me volví y vi a Violet, ideal con su camisa de cuadros y sus shorts tejanos. Una imagen fresca y desenfadada que no se correspondía para nada con esa otra que daba con el uniforme del colegio.

—Violet, mi niña… ¡ya estoy aquí!

—Papá me dijo que vendría, pero yo creí que era un sueño. Por eso, cuando esta mañana me he despertado, le he vuelto a preguntar. Y al decirme que sí, creí que volvía a estar dormida. Y entonces…

—Entonces deberías calmarte, hija. Estás muy nerviosa—observó su padre.

—Es verdad, no puedo dejar de hablar. Ya sabes que me pasa siempre cuando me ocurre algo que me alegra mucho. Y la visita de la Señorita Miller me chifla.

—Yo también estoy muy contento de que Alice esté aquí, hija—le acarició él la mejilla.

—¿Yo también puedo llamarla Alice, papá? Es que aquí no es mi profesora, sino nuestra invitada—unió sus manitas en forma de ruego.

—Eso tendrás que hablarlo con ella, pequeña.

—Claro que sí. Estoy de vacaciones y me encanta la idea—le contesté.

La propia Violet fue a coger en peso mi maleta, a la que se le había estropeado una rueda al bajar del coche, pues le di un golpe.

—Cómo pesa, ¿te vas a quedar muchos días? Dime que sí—me suplicó, ya tratándome con la misma cercanía que su padre, algo que me gustaba mucho.

—Algunos, claro. Eso me gustaría, si me lo permitís.

—Es que sería un crimen que te fueras sin disfrutar de todo lo que el rancho te puede ofrecer, la verdad. No es porque sea mío, pero es una verdadera maravilla—me comentó él.

—¿Te ha contado ya mi padre que es uno de los más grandes de Texas? Aquí hacemos de todo, ¿tú montas a caballo? ¿Tienes uno? —me preguntó Violet tan nerviosa como emocionada.

—Ya me gustaría tener uno. No es el caso, aunque sí sé montar porque uno de mis trabajos de jovencita, para , pagarme la carrera, consistió en trabajar en unas cuadras y allí tuve la oportunidad de aprender.

—¿Tú tuviste que trabajar para pagarte la carrera? ¿Y eso por qué? ¿No te la pagaron tus papás? —me preguntó la peque un tanto alucinada.

—Yo no tengo padre y mi madre murió—le comenté.

—Ah, qué pena, la mía también. Bueno, tú lo sabes, en el cole se enteraron todos—se encogió de hombros.

Quizás yo ni siquiera hubiera caído nunca en la cuenta de que uno de los motivos que me llevaron a querer tanto y a identificarme con esa peque fuese ese; ninguna de las dos teníamos madre.

Liam me miró condescendiente y enseguida quise cambiar de tema.

—Bueno, la parte buena es que sé montar, ¿me llevarás luego a las cuadras? —le pregunté.

—En cuanto metamos la maleta, yo no puedo con ella.

Su padre se rio y no hace falta decir que de inmediato la cogió como si fuese una pluma. Era un tipo no solo rabiosamente guapo, sino fuerte y definido, como se deducía al verle con aquella camiseta y tejanos.

Sería un multimillonario y lo era, por supuesto, pero allí parecía un hombre muy normal y afable. Me costaba creer que hubiese tenido esas palabras para mí tras la fiesta de fin de curso en el cole, aunque con aquella invitación trató de desagraviarme y lo hizo.

Violet estaba de lo más parlanchina cuando entramos en una casa que contaba con un interminable número de dormitorios, todos ellos situados en la parte superior, mientras que en la inferior se encontraban las zonas comunes, entre las que destacaban una inmensa cocina y salón, tan grandes que podrías perderte en ellos.

Violet me iba presentando, muy contenta, a todos los miembros del servicio, los cuales me saludaban con total agrado.

—Ella es la Señorita Miller, mi profesora de francés, pero la podéis llamar Alice, porque aquí no estamos en el cole y a ella no le importa, ¿verdad?

—Claro que no, cielo, claro que no—le indicaba yo porque no me importaba en absoluto y porque estaba entusiasmada con todo lo que veía y con el trato que todos me dispensaban.

—Vas a estar aquí como una reina, Alice. Ya lo verás. Mi papá es bueno. Es verdad que a veces se enfada cuando le digo que quiero ser actriz y entonces pone una cara que no me gusta, pero es muy bueno—me explicó.

Yo tenía la misma impresión y en todo lo que decía. Al ser quién era, siempre me impuso cantidad, aparte de que había algo en su porte que también me llevaba en la misma dirección.

Para mí todo aquello resultaba muy novedoso, aparte de que por primera vez había hecho una escapada sin Mark, al que ni siquiera le comenté a dónde iba.

Él se había sorprendido mucho de mi negativa a revelarle mi destino, pero es que no me apetecía y le comenté que ya le contaría cuando volviéramos a vernos.

Pese a su natural sorpresa, tampoco es que insistiera demasiado en saberlo. Algo se había torcido entre ambos tras su repentina marcha y aunque los planes de boda me seguían ilusionando, decidí aparcarlos por unos días porque yo me merecía vivir cosas para mí sola y no solo relacionadas con ambos.

Aparte, había algo que también me molestaba un poco. Yo entendía que él era un piloto con una vida muy ajetreada y demás, pero el hecho de que delegara todos los preparativos en mí tampoco es que me hiciera demasiada chispa.

Puede que a algunas mujeres eso les parezca fantástico; hacer y deshacer a su antojo. No era mi caso. Yo, cuando estoy en pareja, soy de compartir y no entendía muy bien que él pasara un poco de todo, dedicándose más a lo suyo.

En resumidas cuentas, que yo también tenía derecho a hacer lo que me pidiese el cuerpo durante unos días sin tener que ocuparme de nada ni de nadie. Y eso haría.

Estar allí con Violet me suponía un gran regalo. Yo le había escuchado hablar de aquel lugar por el que sentía un gran cariño y al que acudía con su padre siempre que tenían ocasión.

De pronto, la memoria me demostró que tiene vida y recordé que el curso pasado les pedí a los críos una

redacción en francés y ella la dedicó a aquel rancho, del que terminó diciendo “y de esas montañas, al cielo”.

Violet contaba con una sensibilidad muy especial que quizás fuera la que le permitiese desarrollar esa vena artística que tanto molestaba a veces a su padre.

Ella misma me condujo a los dormitorios y, de entre todos ellos, me recomendó uno de los de invitados.

—Yo me quedaría con este. La luz entra desde primera hora de la mañana y hace que el pelo brille más y que te pongas más contenta. Te lo digo porque el mío está orientado igual y es así. Tu pelo rubio te quedará muy chulo con esa luz, ya lo verás.

De siempre mostré un aspecto aniñado. Mi cuerpo delgado, mis ojos claros y mi melena rubia contribuyeron a que fuese así. Mark tenía los mismos colores claros que yo tanto en piel como en ojos y en pelo, por lo que más de una vez nos habían tomado por hermanos.

De Liam me llamaba la atención que era todo lo contrario: moreno con espesa mata de pelo, de ojos oscuros y tez igualmente tostada, encarnaba al *cow boy* de leyenda que tan vivo estaba en la memoria de todos los de aquella zona.

Me pareció formidable el consejo de Violet y me quedé con aquel dormitorio. O más bien me instalé en él, porque quedármelo habría resultado demasiado descarado y yo eso no lo era. Al menos no de boca para fuera, pues mi timidez me lo impedía.

Abrí la maleta ante la mirada atenta de la niña, que no me quitaba ojo de encima.

—Alice, ¡este es perfecto! —me comentó al ver un peto vaquero de pantalones cortos que encontró enseguida, pues lo revolvió todo.

—¿Tú crees? Igual, entre mi aspecto y ese peto, parezco una niña como tú.

—Ojalá fueses una niña como yo para quedarte siempre aquí conmigo. Podrías ser mi hermana. Pero, como no lo eres, prefiero imaginarme que pudieras ser mi mamá—suspiró y me dejó con la sangre helada en las venas.

En el cole, por mucho que quieras, tienes que dividir la atención entre todos los niños. Además, que es lo justo. Pero allí pude centrarme en Alice y en sus necesidades. La niña parecía seguir echando muchísimo de menos a su madre.

Yo la compadecía y ojalá que hubiera podido hacer algo más para mitigar su falta. En mi caso, perdí a mi madre con muchos más años que ella y, aun así, me seguía faltando cada día de mi vida. Cuanto y más a Violet, con lo pronto que tuvo que sufrir tal pérdida.

La niña, que era un verdadero encanto, me ayudó a colocar mi ropa en el vestidor. Ese rancho había sido reformado a conciencia, pues como ya digo, tradición y modernidad se daban la mano en él, y cada dormitorio contaba con vestidor y con baño propio.

Supuse que en todos sería igual. Me chiflaba esa bañera exenta que presidía el baño, una virguería, y me imaginaba que si así eran las estancias destinadas a los invitados, cómo no serían las de Liam y de la niña.

En fin, que Violet se me quedó mirando cuando me puse el peto vaquero.

—Formidable. Señoras y señores—se puso ella muy farandulera—, les presento a Alice Miller, la vaquera más guapa que nunca se haya visto en Texas.

El peto me lo coloqué con una camisa de cuadros debajo, parecida a la suya. En su caso eran rosa y blancos, mientras que en el mío se combinaban el rojo con los cuadros blancos también.

Me vi favorecida y le sonreí al espejo. En solo dos días había pasado de estar más cabreada que un mico a lucir una sonrisa de oreja a oreja en aquel lugar que parecía destinado a la desconexión absoluta.

La niña, que era un verdadero encanto, me ayudó a colocar mi ropa en el vestidor. Ese rancho había sido reformado a conciencia, pues como ya digo, tradición y modernidad se daban la mano en él, y cada dormitorio contaba con vestidor y con baño propio.

Supuse que en todos sería igual. Me chiflaba esa bañera exenta que presidía el baño, una virguería, y me imaginaba que si así eran las estancias destinadas a los invitados, cómo no serían las de Liam y de la niña.

En fin, que Violet se me quedó mirando cuando me puse el peto vaquero.

—Formidable. Señoras y señores—se puso ella muy farandulera—, les presento a Alice Miller, la vaquera más guapa que nunca se haya visto en Texas.

El peto me lo coloqué con una camisa de cuadros debajo, parecida a la suya. En su caso eran rosa y blancos, mientras que en el mío se combinaban el rojo con los cuadros blancos también.

Me vi favorecida y le sonreí al espejo. En solo dos días había pasado de estar más cabreada que un mico a lucir una sonrisa de oreja a oreja en aquel lugar que parecía destinado a la desconexión absoluta.

Capítulo 6



Después del copioso almuerzo con el que me agasajaron, Violet me invitó a tomarme en una hamaca con ella. Las habían colocado de red, de árbol a árbol, situadas a la sombra, por lo que incitaban a tumbarse en ellas y quedarte dormida.

Yo me sentía cansada porque había madrugado bastante y porque la noche anterior no dormí demasiado. Me impresionaba la idea de colarme en el rancho de un hombre tan poderoso y, a la vez, tan desconocido para mí.

Casi enganchaba el sueño cuando vi que la hamaca de Violet se movía y escuché risas. Era su padre, que estaba agazapado tras ella, y que le gastó una broma.

Mientras trataba ella de defenderse, él movía la hamaca sin parar y los dos competían en risas, las cuales me contagiaron. En cuestión de pocas horas había asimilado que por mucho dinero que tuviese, en su casa era un hombre más… Por mucho que su casa fuese aquel rancho interminable.

—¿Os molesto si coloco una más y me quedo aquí con vosotras? —nos preguntó.

—Si te vas a portar bien, vale—le advirtió su hija, como si las tornas se hubieran invertido. Qué divertido.

—Está bien, lo haré, chiquitina.

Me reía mucho con ellos. Eran muy cómicos y en la casa se respiraba un ambiente fenomenal, siempre que no se tocase el temita que sacaba de quicio a Liam, quien me daba la impresión de ser un padre muy protector.

Enseguida fue a por otra hamaca que colocó él mismo. Cuando piensas en personas de ese estatus, a menudo te las imaginas dando órdenes a diestro y siniestro, pero no parecía ser el caso para nada. Muy al contrario, era muy manitas y colocó la suya en un plis plas.

—Creo que la culpa ha sido mía, que he ocupado tu hamaca—le comenté mientras él se tumbó plácido, entrecerrando los ojos.

—Puedes ocupar el rancho entero si te place. Me siento en deuda contigo.

—¿Y hacerme rica de golpe? No sé si podría soportar tanta presión—me burlé y hasta yo misma me sorprendí.

—Así que no es una leyenda urbana—murmuró.

—¿A qué te refieres exactamente?

—A que las profesoras también tienen su sentido del humor. Antes no pasaba—rio.

—¿Antes no pasaba? ¿Qué quieres decir con eso? Ni que hubieras vivido en la Edad Media.

—Es que papá se crio interno en un colegio—me comentó Violet.

—¿Interno? ¿Si? —me sorprendí un poco porque a la única persona que yo había conocido que se criase en un sitio así fue a Henry Abernathy, el director del colegio en el que trabajaba, un hombre que parecía andar con un palo metido en el trasero, de lo tieso que iba siempre.

—Sí, interno—carraspeó él—. Y no quieras saber cómo eran aquellas profesoras.

—Papá siempre me dice que, si yo me quejo de la disciplina del St. Andrews, tendría que haber conocido su cole. Para mí que me hubiera dado hasta miedo—me sonrió Violet.

—Algún día me contarás sobre todo eso, si te apetece—le sugerí.

—Claro, no hay problema. Ahora, descansa un poco. Tienes cara de agotada.

—¿Me han salido ojeras? —le pregunté apurada porque era muy tendente a ellas.

—No, no he querido decir eso. No las tienes, pero sí aspecto de cansancio. Espero que aquí puedas desconectar, si es eso lo que necesitas—me comentó.

—Igual sí que lo necesito.

Los tres cerramos los ojos y experimenté una bonita sensación de paz. La vista era realmente maravillosa desde allí y no me cansaba de contemplarla, pero dejé la mente en blanco y que se hiciera la oscuridad total, por contradictorio que pueda resultar,

Me llegué a quedar dormida y me despertó el canto de los pájaros, un canto armónico y melodioso que imitaba Violet, a quien todo ese tipo de cosas se le daba sensacional. Ella llevaba el arte en las venas por mucho que a su padre le pesara.

Allí mismo, nos sirvieron unos vasos de limonada. Él nos preguntó si nos apetecían y se acercó a la cocina a

pedirlos. En nada, apareció una chica de servicio portando una jarra con unos vasos.

El calor era intenso en aquellos primeros días de verano en los que una ola infernal nos sofocaba, razón por la que la limonada me supo a gloria.

El mismo Liam la sirvió, acercándome el primer vaso mientras que el vaivén de mi hamaca me relajaba.

De haber podido elegir un lugar en el mundo para pasar aquella tarde, habría sido ese. Y todavía quedaban un buen montón de horas hasta que la noche nos indicase que el día llegaba a su fin.

Las pasamos, mayoritariamente, en la piscina, entre juegos. Liam no nos puedo acompañar todo el tiempo, dado que traía entre manos un problema en uno de sus yacimientos petrolíferos que le llevó buenos ratos en su despacho, aunque iba y venía, dándose algún que otro remojón.

Una se imagina a alguien de su nivel no preocupándose por nada, porque cuando tienes dinero de sobra para vivir varias vidas y todas ellas de lo más lujosas, como lo tenía él, parece que lo económico debe pasar a un segundo plano.

Pese a ello, yo notaba sus esfuerzos y las ganas que ponía en todo lo relacionado con su negocio, algo que hablaríamos durante la cena.

i

pedirlos. En nada, apareció una chica de servicio portando una jarra con unos vasos.

El calor era intenso en aquellos primeros días de verano en los que una ola infernal nos sofocaba, razón por la que la limonada me supo a gloria.

El mismo Liam la sirvió, acercándome el primer vaso mientras que el vaivén de mi hamaca me relajaba.

De haber podido elegir un lugar en el mundo para pasar aquella tarde, habría sido ese. Y todavía quedaban un buen montón de horas hasta que la noche nos indicase que el día llegaba a su fin.

Las pasamos, mayoritariamente, en la piscina, entre juegos. Liam no nos puedo acompañar todo el tiempo, dado que traía entre manos un problema en uno de sus yacimientos petrolíferos que le llevó buenos ratos en su despacho, aunque iba y venía, dándose algún que otro remojón.

Una se imagina a alguien de su nivel no preocupándose por nada, porque cuando tienes dinero de sobra para vivir varias vidas y todas ellas de lo más lujosas, como lo tenía él, parece que lo económico debe pasar a un segundo plano.

Pese a ello, yo notaba sus esfuerzos y las ganas que ponía en todo lo relacionado con su negocio, algo que hablaríamos durante la cena.

Capítulo 7



Soy curiosa por naturaleza y, aparte, de algo hay que hablar. Violet recibió esa noche otra visita inesperada, pues una amiguita suya de la zona, Amanda, se quedó a dormir con ella.

Su madre había llamado a Liam un par de horas antes para pedirle el favor y mi alumna preferida se puso tan contenta. Las niñas quisieron cenar en el borde de la piscina, tipo picnic, y nosotros ocupamos la mesa del jardín mientras tomábamos unos ricos platos y charlábamos.

Todo lo que salía de su cocina sabía a gloria. Rosalía era la cocinera y una especie de maga de los fogones que preparaba las más deliciosas ensaladas, así como otras exquisiteces que nos servían de cena rápida, que tampoco lo era tanto, porque allí comenzabas a comer y no querías terminar.

—¿Me quieres contar ahora qué te llevó hacia ese colegio en el que no debiste pasarlo bien? —le pregunté—. No creo que ningún niño desee criarse lejos de sus padres y en un ambiente tan estricto como el que intuyo que me vas a contar.

—Mucho. Lo era y mucho, Y lo que me resultaba más duro era pensar que si estaba allí era porque a mis padres les sobraba en casa.

—No digas eso, seguro que no era para tanto.

—Sé muy bien lo que digo. Mis padres nunca me dieron cariño. Él vivía para los negocios y ella para las fiestas, para lo que hoy en día es el postureo.

—¿Sí? Joder, y me quejo yo.

—Prefiero que me hables de ti, si no te importa.

—¿Te duele hablar de tu pasado, Liam?

—No, no es eso. Es solo que me interesa saber de ti, de quién eres realmente y de todo lo relacionado con tu vida.

—Y te lo contaré, pero también me gustaría saber quién es el hombre que tengo enfrente, aparte del mejor

anfitrión del mundo, porque eso ya lo veo.

—¿Te lo parezco? No sé si tu prometido estará muy de acuerdo con que estés aquí o no, pero yo me siento muy feliz de tenerte como invitada.

—Digamos que mi prometido no sabe exactamente dónde estoy.

—Eso te lo acabas de inventar para darle un poquillo de emoción, ¿no?

—No, siento decepcionarte, pero no tengo tanta imaginación.

—Eso no me lo creo, pareces una chica muy imaginativa. Se te nota en los ojos—se me quedó mirando.

—Pues ya te digo yo que no, que tampoco es para tanto. Soy una chica muy normal, un poco tímida, igual ya lo vas viendo.

—Se te nota cierta timidez, sí, pero también mucho mundo interior. Gracias por aceptar mi invitación. Llegué a pensar que te pudiera parecer muy atrevida por mi parte. Sé que no te hablé bien en la despedida de curso y me pesó mucho. No quería que te quedases con una imagen de mí que no se corresponde con la realidad.

—Ya veo que nos es así, ¿me contarás en algún momento por qué te molesta tanto que tu hija saque a relucir que le gustaría meterse en el mundo de la interpretación? Sé que no es muy habitual en una niña, pero no invento nada si te digo que Violet es fuera de lo común. Se trata de una cría muy especial.

—Lo sé y sí, te hablaré de ello más adelante. Y ahora, ¿me quieres contar quién eres tú?

—Hola, me llamo Alice Miller, tengo 30 años y me considero profesora vocacional.

—Profesora vocacional y novia comprometida, ¿no es así?

—Así es—suspiré.

—¿Algo va mal? —se interesó.

—No, no va mal. Bueno, no lo sé… A ver, no estoy pasando por mi mejor momento con Mark, aunque todas las parejas tienen sus más y sus menos, ¿no?

—¿Te refieres a crisis?

—Yo no iría tan lejos. No es una crisis. Es que él anda muy liado con su trabajo. Es piloto, ¿sabes?

—Una profesión interesante. La hubiera barajado de no ser porque yo nací con el destino ya escrito.

—Un paréntesis, cuéntame eso.

—Bueno, mi padre sacaba petróleo y se encargó de meterme en la cabeza desde pequeño que yo no podría hacer otra cosa. Solo sucederle.

—Vaya. ¿Y era tan rico como tú?

—No, ni mucho menos. La suya era una explotación pequeña que, con los años, se fue al garete por una mala gestión. Entonces yo la compré y ese fue mi primer negocio, luego lo expandí mucho más y hasta hoy.

—¿La compraste? ¿No la heredaste?

—Para ese momento no me hablaba con mi padre. Tampoco me la hubiera vendido de saber que era yo quien pensaba reflotarla, demostrándole que podía hacerlo mejor que él. Siempre fue un prepotente.

—¿Y sigues sin hablarte con él? Se trata de una historia un poco triste.

—Sí, sigo… Y me temo que ya no hay remedio porque murió hace unos años. De todos modos, él jamás me habría perdonado que le demostrase que llegué más alto. Mi padre tenía que ser el mejor en todo y no dudaba en hacérmelo entender sin el menor apego hacia mí cuando fui niño.

—Cielos…

—Él no hablaba con palabras, sino que sacaba a pasear sus puños. Y no solo conmigo, sino también con mi madre.

—Qué pena…

—No quiero apenarte, no seguiré hablando de ello.

—Hazlo, por favor, ¿tu madre no te protegía?

—No, ella se limitaba a mirar para otro lado, aunque los golpes también le llovían. Un buen día, se largó con otro y no quiso volver a saber nada de mi padre, pero tampoco de mí. Entonces él me ingresó en el internado y, en cierto modo, fue un alivio. Ya te digo que allí nos inculcaban mucha disciplina, pero al menos nadie te tocaba un pelo.

Suspiré ante su duro relato. Otro error habitual es pensar que los ricos siempre han llevado una vida ociosa y que todo les ha caído del cielo, cuando en muchos casos no es cierto para nada.

Él no parecía triste contándome todo aquello. Lo tenía de lo más asimilado. Se notaba que era un hombre fuerte que se había hecho a sí mismo y eso deja huella. También su relato la dejó en mí. Hasta me hizo sentirme afortunada.

—Siento mucho que tuvieras que pasar por todo eso. Mi madre sí que fue muy cariñosa toda la vida. Murió a mis 20 años y todavía hoy no me lo creo. La extraño mucho. Solo nos tuvimos la una a la otra, pero fuimos muy felices juntas.

—¿Y tu padre? ¿Murió?

—No, él era un hombre adinerado a cuyo servicio entró ella. Cuando supo de su embarazo, la invitó a marcharse y nunca más dio señales de vida.

—Se perdió a su hija, qué inepto. Un hijo es lo más grande del mundo y más si es como tú. No te conozco personalmente, pero sí el cariño que te tiene Violet. Ella no quiere a cualquiera, si te adora es por lo mucho que le das.

—No más de lo que ella me da a mí. Tu hija es una bendición, pero seguro que eso ya lo sabes.

—Lo sé, lo sé… ¿Podemos volver al tema de antes? Al de tu prometido.

—No me siento muy a gusto hablando de Mark ahora mismo, pero dale.

—¿Estás enfadada con él?

—Más bien dolida. Tiene varias semanas de trabajo por delante y me prometió que esta la pasaría conmigo. Yo esperaba alguna sorpresa por su parte, no te lo voy a negar, y la sorpresa fue que se largó también a trabajar. Quiere escalar puestos en su empresa y supongo que eso es muy bueno, pero me ha sentado como una patada en la barriga.

—Lo siento, así que te dejó sola. Y por eso aceptaste venir al rancho, ¿no?

—Si te digo la verdad, mi amiga India me animó a hacer algún plan. Todo menos quedarme en casa, mano sobre mano, esperándole. Y justo cuando estaba barajando dónde irme, recibí esa llamada que no esperaba para nada.

—Y que espero que no te incomodase ni te pusiese contra la espada y la pared.

—¿Tú me ves incómoda? Jamás he estado en un rancho como este.

—¿Y cómo te sientes?

—Feliz, me siento feliz de estar aquí, de veras.

—Pero me refiero con respecto a lo de tu prometido—insistió.

—Ah, eso, pues prefiero no pensar demasiado. Me conozco y sé que todo se me termina pasando. Tengo muchos preparativos todavía que hacer y enfadada no puedo. Eso sí, ya le leeré la cartilla. Que no crea que voy a tragar toda la vida con todo, que yo estoy cambiando mucho.

—¿Estás cambiando? ¿Sí?

—Claro… Hace unos años no tenía demasiada autoestima. Todos los trabajos que me salían mientras estudiaba eran, ¿puedo decir un taco? —le pregunté y causé su rica.

—Debes decir un taco, que no es lo mismo, por favor—rio.

—Pues eso, que eran una misma mierda. Y claro, eso no te hace sentir muy bien. Después, gracias a mi esfuerzo, logré que me admitieran en el St. Andrews y allí estoy muy bien considerada. Para alguien que viene de donde yo vengo, eso es mucho.

—Celebro que así sea y tienes toda la razón. ¿Brindamos por ello? Voy a por un par de copas.

—Me parece una idea excelente—le comenté mientras le esperaba.

—¿Alguna petición especial o me dejas que te sorprenda con un cóctel?

—Mientras no sea whisky, acepto cualquier cosa. Detesto el whisky.

—¿Y puede saberse por qué?

—Porque mi primera borrachera fue de whisky. Yo no era una niña pija ni nada parecido. No podía permitirme el alojamiento en una residencia universitaria. Me invitaron a una y, mientras los demás luego se fueron a sus camas yo me tuve que volver a casa y no llegaba. Regué todo el camino de whisky y, desde entonces, es olerlo y sentir náuseas.

—Pues ni te lo acercaré. Quiero que te lo pases fenomenal durante tu estancia aquí. Me ha dicho Violet que montas a caballo.

—Eso espero. Quiero decir que hace mucho que no lo hago y espero no haber perdido facultades.

—Seguro que no. No te preocupes. Mañana organizaremos una expedición y lo comprobaremos.

—¿Sí?

—Claro, te gustará. Tengo el caballo ideal para ti aquí en la cabeza. Las puestas de sol desde algunos puntos del rancho son imperdibles. Ya te estoy haciendo el plan.

—Me parece magnífico, quiero hacer muchas cosas. No sirvo para estar parada. Y este lugar enamora.

—¿Enamora? ¿También lo ves así? A mí me enamoró desde el primer día que lo vi, lástima que a Ava, la madre de Violet, no se lo pareciera.

—¿A ella no le gustaba este rancho?

—No, no le gustaba nada. Vamos a brindar por nosotros y por todo lo bueno que la vida quiera regalarnos.

—En realidad, si lo piensas, no nos ha regalado nada. Todo lo hemos tenido que trabajar.

—Así es. Y sin embargo, estoy seguro de que en algún momento nos hará un buen regalo. Quiero ser optimista. No lo he sido en todos los momentos de mi vida y me arrepiento de ello—me confesó.

Había cosas dentro de Liam que afloraban en ciertos momentos de un modo muy melancólico. Ese hombre tenía algo en su interior, algo que a veces se le venía a los labios, pero que no salía de ellos. Quizás estuviera relacionado con esa amargura que le salió al discutir con su hija en el colegio y que poco tenía que ver con la actitud paternalista y cariñosa que yo detectaba en él allí en el rancho.

,

—¿Sí?

—Claro, te gustará. Tengo el caballo ideal para ti aquí en la cabeza. Las puestas de sol desde algunos puntos del rancho son imperdibles. Ya te estoy haciendo el plan.

—Me parece magnífico, quiero hacer muchas cosas. No sirvo para estar parada. Y este lugar enamora.

—¿Enamora? ¿También lo ves así? A mí me enamoró desde el primer día que lo vi, lástima que a Ava, la madre de Violet, no se lo pareciera.

—¿A ella no le gustaba este rancho?

—No, no le gustaba nada. Vamos a brindar por nosotros y por todo lo bueno que la vida quiera regalarnos.

—En realidad, si lo piensas, no nos ha regalado nada. Todo lo hemos tenido que trabajar.

—Así es. Y sin embargo, estoy seguro de que en algún momento nos hará un buen regalo. Quiero ser optimista. No lo he sido en todos los momentos de mi vida y me arrepiento de ello—me confesó.

Había cosas dentro de Liam que afloraban en ciertos momentos de un modo muy melancólico. Ese hombre tenía algo en su interior, algo que a veces se le venía a los labios, pero que no salía de ellos. Quizás estuviera relacionado con esa amargura que le salió al discutir con su hija en el colegio y que poco tenía que ver con la actitud paternalista y cariñosa que yo detectaba en él allí en el rancho.

Capítulo 8



Violet tenía razón cuando me habló del modo en el que la luz se colaba por ese dormitorio que yo ocupaba. Lo comprobé en cuanto abrí un ojo y observé un haz que me conquistó.

Me desperecé con lentitud porque si algo no había en aquel rancho era prisa. Es decir, las cosas debían hacerse y era mucha la vida que rezumaba, pero a pesar de esa sensación de dinamismo no cabían los agobios.

De todos los lugares del mundo en los que hubiese podido pensar para pasar unos días así, habría escogido aquel. Y más con la compañía de mi adorada Violet y de su padre, un hombre que me estaba demostrando no ser un ogro para nada.

Me vestí con un short vaquero en blanco y con otra camisa de cuadros, en esa ocasión en verdes y blancos, que anudé a la altura de la cintura, dejando mi piercing fuera. Me lo había hecho en un viaje con Mark, en plena borrachera, porque soy un poco aprensiva para esas cosas y, aunque siempre pensé en ello, no me atrevía a hacerlo salvo cuando el alcohol se encargó por mí.

En fin, que vi que mi pelo se me había ondulado durante la noche y decidí recogérmelo en un par de simpáticas trenzas que me quedaron de lo más monas.

De esa guisa, bajé las escaleras y el olor a café me llevó flechada a la cocina, de donde provenía. Rosalía, la cocinera, estaba preparando un asado ya a esas horas, no podía ser más hacendosa la mujer, y la cafetera humeante me llevó hasta ella.

Insistí en servirme yo misma una rica taza y entonces me invitó a dirigirme al jardín, donde ya estaban Liam y Violet.

—Buenos días, qué vergüenza, veo que se me han pegado las sábanas. Lo siento—me excusé.

—Eso ha sido culpa del gallo, que no ha cantado esta mañana—me sonrió él.

—¿Tenéis un gallo que canta y yo no lo he escuchado? A ver si me estoy quedando sorda.

—Más bien una gallina, que soy yo—rio la peque—. No, Alice, no tenemos un gallo cantarín, pero sí un montón

de animales que te van a gustar. Y más los caballos.

—Es verdad, creo recordar que para hoy teníamos algo preparado, ¿no?

—Sí, una bonita expedición a caballo que espero que sea de tu gusto—me recordó Liam.

—¿Brindamos por ello? —nos sugirió la niña.

—¿Con café nosotros y con leche con cacao tú? —le preguntó divertido su padre.

—Pues claro. Da igual. El caso es brindar, ¡¡por nosotros!!

Lo hicimos con una mueca cómica y di un sorbo a esa deliciosa taza de café cuyo delicado sabor me fascinó.

—Por favor, ¿qué es esto? —murmuré maravillada.

—Es café, sé que está muy rico porque un día tomé un sorbo sin que papá me viera—confesó la peque—. Se lo traen directamente de Colombia.

Le miré con otra mueca burlona, como diciéndole que no esperaba menos dada su posición y él me sonrió.

—Vale, soy un poco sibarita para el café, lo reconozco.

—¿Solo para el café, papá? ¿Le preguntamos a Rosalía? Menudos encargos que le haces.

—Oye, tú, ¿me estás criticando? —le comentó él mientras tomaba un miga del cruasán que estaba degustando y s la tiraba, colándosela por el escote de la camiseta y causando su risa.

—Y eso que son franceses, pero ahora dirá que solo es sibarita con el café—se mofó Violet.

—Es verdad, ya veo del pie que cojea—me uní a ella.

—¿Acaso se trata de un complot contra mí? No hay derecho… Con lo bueno que soy yo—hizo como que ponía un puchero y causó nuestras risas.

—No voy a decir nada porque no quiero alentar la polémica, pero también serías un buen actor—observó su hija.

—Pues mejor no lo hagas, anda.

Me sentía realmente a gusto allí. Ni siquiera había llamado a Mark desde mi llegada, prefiriendo comunicarme con él poco y solo por mensajes. Si quería desconectar de verdad, más me valía no entrar en ninguna conversació

incómoda con mi prometido, dado que no nos habíamos despedido de la mejor de las formas.

Rosalía salió para consultar con Liam algunos aspectos sobre el asado, más que nada sobre el especiado que iba a utilizar. Yo me quedé loca porque no esperaba algo así.

—Muy particular eres tú, ¿no? —le pregunté cuando ella se fue.

—¿Por qué lo dices? —me preguntó mientras Violet iba a buscar a su amiguita Amanda, que aún seguía con nosotros, y a la que se le habían pegado las sábanas lo mismo que a mí.

—Porque lo último que podía esperar de un hombre como tú era que estuviese tan pendiente de detalles como esos.

—¿Las especias de la comida? ¿Puedo confesarte un secreto? —me preguntó acercando su cara a la mía.

—Claro, más bien debes—reí.

—Sí que soy un poco sibarita en todo, lo cual no quiere decir que…

—Que no hagas cosas por ti mismo, eso ya lo he comprobado. Pero que me sorprende todo mucho es un hecho.

—Eso espero, que no dejes de sorprenderte durante tu estancia aquí.

—No, y estoy segura de que no me aburriré.

—Eso también lo espero y más aún lo deseo—asintió con la cabeza mientras me ofrecía uno de esos cruasanes que me dejaron sin habla.

—Por favor, ¿qué es esto? Pero si nunca había probado algo así—le dije al comprobar esa consistencia esponjosa que se me deshacía en la boca.

—Es un cruasán, ni más ni menos. Lo realmente sorprendente es ver tu cara. Esa mirada sí que es especial.

—¿Qué mirada? —le pregunté mientras pensaba que estaban para comerse la bandeja entera.

—Esa que desprende luz—observó.

—Será la que ha entrado esta mañana por mi dormitorio, que se me ha colado en los ojos. Me la recomendó tu hija, parece que conoce muy bien todos los detalles del rancho.

—Mi hija ama este lugar igual que yo—me respondió con mucha intensidad.

—Parece que le tenéis mucho apego, sí.

—¿Tú no le tienes apego a tu casa, Alice?

—Yo es que no he tenido la oportunidad de apegarme mucho a nada, si te digo la verdad. Mi vida ha estado sujeta a muchos cambios, a veces pienso que a demasiados. Mientras mi madre vivió, tuvimos que mudarnos varias veces debido a que vivíamos de alquiler y dependíamos de que nos quisieran renovar contratos y demás. Y luego, bueno… Mi etapa de estudiante tampoco fue un camino de rosas, tuve que trabajar por aquí y por allá, vivir en un sitio detrás de otro…

—Sobrevivir, en definitiva, ¿no?

—Exacto, sobrevivir. Justo eso—me aclaré la voz.

—¿Y ahora? ¿Sientes que tienes estabilidad por fin? —se interesó.

—Unos días más que otros—le respondí desde el corazón.

—Parece que le tenéis mucho apego, sí.

—¿Tú no le tienes apego a tu casa, Alice?

—Yo es que no he tenido la oportunidad de apegarme mucho a nada, si te digo la verdad. Mi vida ha estado sujeta a muchos cambios, a veces pienso que a demasiados. Mientras mi madre vivió, tuvimos que mudarnos varias veces debido a que vivíamos de alquiler y dependíamos de que nos quisieran renovar contratos y demás. Y luego, bueno… Mi etapa de estudiante tampoco fue un camino de rosas, tuve que trabajar por aquí y por allá, vivir en un sitio detrás de otro…

—Sobrevivir, en definitiva, ¿no?

—Exacto, sobrevivir. Justo eso—me aclaré la voz.

—¿Y ahora? ¿Sientes que tienes estabilidad por fin? —se interesó.

—Unos días más que otros—le respondí desde el corazón.

Capítulo 9



Llegamos a las cuadras y las niñas enseguida escogieron caballo. Violet a su yegua. Se llamaba Imbatible y ella misma se encargó de buscarle el nombre.

—Le puse ese porque sé que lo es. Se trata de una campeona— me contó mientras la acariciaba con cariño. Para su amiga, escogió otro caballo que la chiquita no dudó en montar.

Rey era el equino preferido de Liam y el que comenzó a preparar mientras me indicaba que me acercase a Señor, del que me llamó la atención su nombre.

—¿De veras se llama Señor? Qué bonito es—comenté ante aquel animal de increíble porte que pareció saludarme con la mirada.

—Sí, el nombre se lo puse yo porque me pareció súper elegante, ¿estás de acuerdo, Alice? —me preguntó la chiquitina.

—No podría estarlo más. Sus ademanes son impresionantes y tiene una mirada que engancha. Es un animal especial, ¿este es el que habías pensado para mí? —me dirigí a Liam.

—Justo ese. Le veo muchas similitudes contigo. Es el caballo indicado, estoy seguro.

—¿Conmigo? ¿Tú le has visto el porte a este campeón?

—Sí, es sublime. Igual que el tuyo—corroboró y entonces los colores se adueñaron de mis mejillas.

Liam era muy detallista y también halagador, nada que ver con el hombre que me increpó en el colegio en un momento en el que pareció dejar de ser él.

—Permíteme, por favor, yo puedo hacerlo—le pedí cuando le vi dispuesto a ensillarlo y demás.

—Es verdad. Se me olvidaba que eres una experta…

—Tanto como una experta… Ya te comenté que hace mucho que no monto, aunque te confieso que lo estoy

deseando.

—Y yo te confieso que me encanta escuchar eso.

—¿Podéis daros un poco de prisa? No vaya a ser que a papá le telefoneen y tenga que meterse en su despacho— comentó Violet mientras salía de la cuadra.

—Entiendo que ella cree que trabajas demasiado—proseguí yo.

—Y quizás tenga razón, pero encuentro en el trabajo una evasión—me confesó mientras comenzaba a montar y yo hacía lo mismo.

Qué gusto da comprobar que hay cosas que no se olvidan por mucho tiempo que pase. Mi pericia fue puesta a prueba por el tiempo y aprobé con matrícula de honor, pues me sentí muy bien encima de Rey.

Ciertamente, no era un animal convencional. Por lo que me contó Liam, no le gustaba que cualquiera lo montase y, sin embargo, he de reconocer que conmigo hizo unas migas increíbles.

Comenzar a recorrer el rancho a lomos de aquel extraordinario animal fue todo un regalo que me ofrecieron los Templeton y que yo disfruté a tope. Por mucho que mi vista quisiese alcanzar, y yo la tenía estupenda, no se veían sus confines por ningún lado. Claro que no, hablábamos de un lugar no solo enorme, sino increíblemente bello en el que te cargabas las pilas.

Conforme avanzábamos, nos encontrábamos con mucha gente de la que allí trabajaba y que nos saludaban con mucha amabilidad y cariño. Vale que le debieran un respeto a Liam por ser su jefe, pero es que además se notaba que le apreciaban mucho. En cuanto a la cría, las muestras de afecto por parte de aquellas gentes eran totales.

Por cierto, que ella y su amiguita se habían quedado prendadas de mis trenzas de espiga y se las tuve que hacer igual antes de comenzar con aquella excursión que tenía visos de que me iba a fascinar.

La vista panorámica me dejaba sin aliento, rodeados de montañas, bellas flores y espacios abiertos que me cautivaban. Una mariposa se posó sobre Rey y me quedé embobada con su diverso y alegre colorido.

A Liam no le pasó desapercibida mi reacción y me sonrió. Se trataba de un hombre muy observador y estaba muy pendiente de mí, como deseando que yo le sacase el máximo partido a una experiencia que no era para menos. Eso desde luego…

—Esto es ideal en verano—murmuré porque me sentí un poco intimidada por esa intensa mirada suya.

—Pues deberías verlo también en otoño, con el caer de las hojas.

—Imagino…

—O en primavera, cuando la vida comienza a resurgir después del largo invierno que también resulta imperdible. Yo amo la vida aquí en todas las épocas. En mi caso, es que amo la belleza en general—me confesó mientras me miraba fijamente y me ruboricé hasta el infinito y más allá.

A lomos de aquellas maravillas llegamos hasta una zona en la que el río que atravesaba buena parte del rancho no regaló la visión de una cascada que me puso los ojos como platos.

—No puede ser—comenté mientras desmontaba a Rey, el cual colaboró por completo en la maniobra.

—¿Te gusta? Es el lugar favorito de Violet, el punto mágico del rancho, como ella dice.

—A ti te gusta igual, papá, no vayas a decir que no.

—Claro que no lo niego, hija. Pero si me gusta tanto, en parte es por cómo tú lo miras.

Cuantas más horas me pasaba allí, más me llamaba la atención lo padrazo que era. En él había encontrado a un hombre formidable con muchos valores, más allá de su faceta multimillonaria y de hombre de negocios que, al menos a mí, no me atrapaba como aquella otra.

El calor seguía siendo grande y las niñas me invitaron a bañarme, igual que su padre.

—Ojalá pudiese, pero yo no sabía esto y no me he traído ningún bikini—resoplé.

—Pero yo sí quería darte la sorpresa y aquí lo tengo. Espero que no te moleste que lo cogiera de tu armario, Alice Papá me dio permiso por una vez.

—¿Estáis compinchados para sorprenderme? Sois dos granujas—les dije poniendo los brazos en jarra.

—Tres—me corrigió Amanda, la amiguita de Violet, quien también estaba metida en el ajo.

Cogí mi bikini entre risas y me refugié detrás de un árbol para cambiarme. Todos ellos llevaban su ropa de baño debajo, algo en lo que yo no había reparado. Sí lo hice, sin embargo, en que todo les parecía poco para sacarme una sonrisa de oreja a oreja como la que mostraba a la sombra de aquel grandullón árbol que me sirvió de improvisado vestidor.

s

.

Capítulo 10



Ya volvíamos en dirección a la casa y la sonrisa no se me borraba. Habíamos pasado unas horas impresionantes y el refrescante baño que nos dimos no tenía precio.

El agua de la cascada sirvió para que nuestros acalorados cuerpos bajasen algo su temperatura y volvimos con la ropa empapada, algo que hicimos a propósito para combatir los rigores del intenso calor que se estaba dejando sentir en Texas en aquellos días.

Una vez pasamos por la ducha, nos dispusimos a almorzar. Amanda se resistía a marcharse y Liam habló con su madre para que la dejase allí algunos días, algo que llenó de felicidad a ambas pequeñas.

Su madre llegó justo antes del almuerzo con más ropa para ella y entonces comprobé que se le caía la baba con Liam, hablándole de un modo muy meloso que no era correspondido por él, quien la trataba con simple amabilidad.

No me extrañó en absoluto, me refiero a la parte de ella, porque Liam estaba como un queso y encima era el mejo partido de la zona. Lo normal sería que las mujeres guardasen fila para tratar de conquistarlo y aquella bien podría haber sido la primera de todas, puesto que parecía contemplarlo como si se tratase de una obra de arte.

Liam la despidió y le entregó la bolsa de ropa a la niña. Su relación con las crías era muy cercana y él mismo se ocupaba de muchos aspectos. Violet me lo contó durante el almuerzo, en el que degustamos el estupendo asado cuyo especiado quedó sublime.

—Papá siempre escoge mis modelitos conmigo, ¿a que sí, papi?

—Sí, pequeña—asintió él, quien era un hombre con un gusto exquisito y eso se notaba en cada uno de sus detalles.

—Es que a su madre, a mi abuela, también le gustaba la moda, y ese gusto lo heredó de ella—me explicó.

Le miré con admiración porque, pese a que su madre le abandonó, jamás le habló mal a la cría de ella, sino todo lo contrario, ensalzó lo bueno que pudiera haber sacado de ser su hijo.

Todo en Liam era muy llamativo y se lo hice notar una vez que nos quedamos a solas, tras el postre.

—Jamás le hubiera hablado mal a Violet de su abuela. Por supuesto que no, ¿qué hubiera sacado de eso? El odio no trae nada bueno.

No pude evitar recordar esa estrofa del que se había convertido en el himno casi oficial de la Eurocopa de fútbol gracias a la selección ganadora, la de España, un país que me parecía digno de recorrer de cabo a rabo. La chica que lo cantaba decía “quien odia muere y quien perdona avanza”. Y tenía toda la razón, en ese temazo en castellano que es “Potra salvaje” y que estaba dando la vuelta al mundo.

En Liam no cabía el rencor para su madre y, bien pensado, alguien que no es capaz de darle amor a su propio hijo es más digno de lástima que de otra cosa, pues es incapaz de disfrutar de lo más grande que la vida puede regalarle.

En fin, que la sobremesa se alargó más de lo que pensábamos, mientras charlábamos de todo y de nada. En un momento dado, me invitó a levantarme.

—¿Te apetece si nos tumbamos un poco en las hamacas? Sin ánimo de acapararte, ¿eh? No quiero parecerte una mosca cojonera—me soltó y desató mi risa.

—¿Has dicho eso?

—¿Crees que los ricos no soltamos tacos? Entonces deberías escucharme cuando me golpeo en el dedo meñique del pie. Hablo idiomas que ni siquiera yo mismo conozco. Por cierto, y hablando de idiomas, ¿qué te llevó a ti a hacerte profesora de francés?

—Mi amor por Francia entera—le confesé con ojos chispeantes.

—¿Amas Francia? Lo suponía. ¿Has vivido allí?

—Un mes de intercambio nada más en el que tengo que reconocer que fui la más feliz del globo y en el que aprendí más que en años de estudios, fíjate. Pero no tenía otra posibilidad. Ni siquiera pude conocer París.

—No—murmuró.

—Eso, eso, que no lo conocí—corroboré entre risas.

—¿Y no lo has visitado con Mark?

—Él no vuela a Europa y luego, de modo privado, como que tampoco lo hemos hecho.

—¿Y entonces? Supongo que será el destino de vuestra luna de miel. Quiero decir, por eso de que deseas tanto conocerlo.

—Pues no—me sonrojé un poco porque no sabía cómo explicarlo.

—¿Y eso? ¿Me lo puedes explicar?

—Es que él tiene unas ganas enormes de visitar Sri Lanka y me convenció para que viajásemos mejor a Asia.

—No lo comprendo. Perdona, se me escapó. No soy quién para…

—No, no. Por favor, tú también eres un hombre y…

—Eso creo, un hombre soy—me sonrió.

—Pues entonces dame tu punto de vista, por favor. Me interesa.

—Yo no quiero decir nada en contra de tu novio y por ese motivo puede que sea mejor que me calle—me aseguró

—Tú no estás por la labor de hablar. Te lo estoy pidiendo yo.

—Vale—carraspeó—. Pues en ese caso tengo que decirte que no lo comprendo. Si mi prometida muriese por conocer París, yo moriría por llevarla hasta allí. Es que me faltaría el tiempo. Ya lo he dicho—me comentó desde la hamaca contigua a la mía, mientras la removía un poco nervioso porque ciertamente no era la conversación más agradable del mundo.

—Creo que será mejor que cerremos un poco los ojos, me siento algo cansada—le comenté porque me había dejado sin habla. Nada dijo en lo que le faltase la razón y yo no quise argumentar nada al respecto.

—¿Y entonces? Supongo que será el destino de vuestra luna de miel. Quiero decir, por eso de que deseas tanto conocerlo.

—Pues no—me sonrojé un poco porque no sabía cómo explicarlo.

—¿Y eso? ¿Me lo puedes explicar?

—Es que él tiene unas ganas enormes de visitar Sri Lanka y me convenció para que viajásemos mejor a Asia.

—No lo comprendo. Perdona, se me escapó. No soy quién para…

—No, no. Por favor, tú también eres un hombre y…

—Eso creo, un hombre soy—me sonrió.

—Pues entonces dame tu punto de vista, por favor. Me interesa.

—Yo no quiero decir nada en contra de tu novio y por ese motivo puede que sea mejor que me calle—me aseguró.

—Tú no estás por la labor de hablar. Te lo estoy pidiendo yo.

—Vale—carraspeó—. Pues en ese caso tengo que decirte que no lo comprendo. Si mi prometida muriese por conocer París, yo moriría por llevarla hasta allí. Es que me faltaría el tiempo. Ya lo he dicho—me comentó desde la hamaca contigua a la mía, mientras la removía un poco nervioso porque ciertamente no era la conversación más agradable del mundo.

—Creo que será mejor que cerremos un poco los ojos, me siento algo cansada—le comenté porque me había dejado sin habla. Nada dijo en lo que le faltase la razón y yo no quise argumentar nada al respecto.

Capítulo 11



Por la noche, salimos al jardín de nuevo tras una tarde de piscina. Era la hora de la cena y yo bajé con un vestidito blanco que me hacía tipo, realzando mi estrecha cintura.

Sentí que las niñas me colgaban algo en el cuello y enseguida percibí su colorido; se trataba del típico collar de flores hawaiano que ellas mismas se encargaron de confeccionar.

A continuación, le colocaron otro a Liam y ellas hicieron lo propio.

—¡¡Fiesta hawaiana!! —gritaron al unísono mientras la música comenzó a sonar.

—Pero bueno, ¿y esto? —les preguntó Liam.

—Es que está aquí Alice y ella se merece una buena fiesta o pensará que somos unos aburridos y se marchará muy pronto, papá, que no te enteras—rio.

—Y encima no me entero yo. Ni que estuviera sordo.

—Como una tapia pareces cuando estás en tu despacho—rio entonces ella.

—Crucificado por trabajar, ¿tú te das cuenta? —me preguntó risueño.

—Menos quejarte y a sentarte—le indicó ella porque nos necesitaban como público.

Aquellas dos ratoncitas, que se pasaban el día ideando, habían organizado una verdadera fiesta hawaiana que era una delicia. Rosalía, que era una gran cocinera y contaba con nociones de comida internacional, nos había preparado una cena que no se la saltaba un galgo con comida típica de tan idílico lugar, a petición de las niñas.

—Primero a llenarnos el estómago—se llevó la mano al vientre Violet— y luego a disfrutar del espectáculo.

Si en sí el rancho contaba con muchos motivos de diversión, no digamos ya lo que era estar al lado de Violet todo el día. Y si encima le añadíamos la compañía de su amiguita, apaga y vámonos.

En la colorida mesa, no faltaron *poke*, que es una ensalada de pescado crudo muy popular de la zona, así como coloridos refrescos granizados y otras exquisiteces a base de pescado y carne. Por no hablar del dulce pastel hawaiano que se sirvió como postre y colofón de una cena memorable.

Cierto que nos llenó bastante, aunque no lo es menos que a las niñas eso no les echó el freno para subirse en una especie de improvisado escenario que mandaron colocar y hacer nuestras delicias a golpe de unas danzas hawaianas con las que demostraron ser unas auténticas artistas. Sobre todo, Violet, que era la que llevaba la voz cantante y nunca mejor dicho, pues también cantaba.

—¡¡Bravo!! —les chillaba yo mientras le murmuraba a su padre en el oído que se trataba de una verdadera artista y a él se le cambiaba la cara.

Se me había escapado, una vez más, lo que pensaba; que la niña tenía talento para la farándula. Y pese a todo no me arrepentía porque me costaba callármelo y porque no sabía qué tenía ese hombre en contra del mundo del artisteo en general.

Lo cierto es que él no quiso aguarnos la fiesta y aguantó el tipo. Incluso les aplaudió mucho cuando dieron por finalizada la actuación.

Ambas nos hacían graciosas reverencias de agradecimiento hasta que se bajaron y entonces nos invitaron a subir a nosotros.

—Yo eso no lo sé bailar—reía Liam.

—Qué tontería, papá. Pero si tú sabes bailarlo todo, no me lo niegues—le decía Violet.

—¿Eres un gran bailarín y te lo tenías calladito? —le reproché entre bromas.

—Tanto como un gran bailarín es mucho decir. Mi hija, que me mira con muy buenos ojos—rio.

Yo también le miraba con buenos ojos porque me resultaba imposible hacerlo de otro modo. Era el mejor anfitrión que hubiese podido desear y, encima, por si fuese poco, también el más divertido.

—No nos va a quedar más remedio que darlo todo para demostrarles a estas pequeñuelas que no somos unos soso —le advertí.

—Venga, también tienes razón—me tomó de la mano para caminar conmigo hacia el escenario.

Una vez allí, ellas se ocuparon de la música y se sentaron en nuestros asientos, tomándonos el relevo como público. Lo hicieron emocionadas y no paraban de animarnos a comenzar.

A mí me dio una carcajada que no tardé en contagiarle a Liam. De lo más tonta, terminé refugiada en su hombro, como escondiéndome, mientras él también derrochaba risas sin poder parar.

Las niñas también comenzaron a reír y aquello fue un desmadre.

—Vale, vale, que ya me duelen hasta las costillas de tanto reírme—le indiqué comenzando a mover graciosament las caderas.

Por unos segundos, él permaneció quieto mirándome como indicándome que me movía de locura. Yo misma observaba, sorprendida, que lo hacía. Y es que en otro momento de mi vida me hubiera costado comenzar el insinuante bailecito delante del padre de una alumna, aunque a Liam ya comenzaba a verle más como un amigo.

Cuando se decidió a acompañarme, creí que saldríamos en canoa del jardín porque los polos se fundirían de golpe Cielo santo, ¿cómo se podía mover así de bien? Ese hombre era puro fuego, con una cadera prodigiosa y un arte que no se podía aguantar. Qué iluso, y no quería que su hija fuera artista. Si es que era digna hija de su padre…

En fin, que nos hartamos de bailar y las niñas de ovacionarnos. No podíamos imaginar un público más entusiasta que aquel. Ambas eran un encanto y muy alegres.

Cuando les pareció, subieron al escenario con nosotros para que lo diéramos todo juntos. Y así lo hicimos. No sé cuánto tiempo permanecimos allí ni cuántas piezas bailamos. Solo sé que debieron ser tantas que, cuando por fin nos dio por bajarnos, me dolía hasta la campanilla. Qué manera de bailar, si es que parecía que me había descuajaringando entera. Y entonces caí en la cuenta de que llevaba demasiado tiempo sin bailar a tope. No sabía qué había ocurrido en los últimos meses, pero me sentía como si de pronto despertara a la vida tras un largo letargo; una sensación muy rara que en cierto modo me agradaba pero, en otro, también me asustaba.

A mí me dio una carcajada que no tardé en contagiarle a Liam. De lo más tonta, terminé refugiada en su hombro, como escondiéndome, mientras él también derrochaba risas sin poder parar.

Las niñas también comenzaron a reír y aquello fue un desmadre.

—Vale, vale, que ya me duelen hasta las costillas de tanto reírme—le indiqué comenzando a mover graciosamente las caderas.

Por unos segundos, él permaneció quieto mirándome como indicándome que me movía de locura. Yo misma observaba, sorprendida, que lo hacía. Y es que en otro momento de mi vida me hubiera costado comenzar el insinuante bailecito delante del padre de una alumna, aunque a Liam ya comenzaba a verle más como un amigo.

Cuando se decidió a acompañarme, creí que saldríamos en canoa del jardín porque los polos se fundirían de golpe. Cielo santo, ¿cómo se podía mover así de bien? Ese hombre era puro fuego, con una cadera prodigiosa y un arte que no se podía aguantar. Qué iluso, y no quería que su hija fuera artista. Si es que era digna hija de su padre…

En fin, que nos hartamos de bailar y las niñas de ovacionarnos. No podíamos imaginar un público más entusiasta que aquel. Ambas eran un encanto y muy alegres.

Cuando les pareció, subieron al escenario con nosotros para que lo diéramos todo juntos. Y así lo hicimos. No sé cuánto tiempo permanecimos allí ni cuántas piezas bailamos. Solo sé que debieron ser tantas que, cuando por fin nos dio por bajarnos, me dolía hasta la campanilla. Qué manera de bailar, si es que parecía que me había descuajaringando entera. Y entonces caí en la cuenta de que llevaba demasiado tiempo sin bailar a tope. No sabía qué había ocurrido en los últimos meses, pero me sentía como si de pronto despertara a la vida tras un largo letargo; una sensación muy rara que en cierto modo me agradaba pero, en otro, también me asustaba.

Capítulo 12



Liam y yo nos habíamos tomado unas copas la noche anterior y de nuevo me costó levantarme. Y eso que planché la oreja en cuanto caí en la cama. Es que aquel rancho tenía algo especial y en él se dormía de maravilla.

Me incorporé e iba en dirección a la cocina atraída por el adictivo olor de ese café colombiano cuando pasé por delante de la puerta de su despacho y lo escuché un tanto enojado, tanto que le faltaba poco para comenzar a dar gritos, los cuales no tardaron en llegar.

La sangre se me heló en las venas porque me recordó al desagradable momento en que la emprendió conmigo en el colegio, aunque enseguida entendí que aquello era algo más grave y que su interlocutor estaba saliendo bien escaldado.

Ni que decir tiene que aquello no iba conmigo y que utilicé mis pies para volar escaleras abajo antes de que saliera y tuviese la impresión de que yo le estaba espiando, algo que no era para nada cierto.

Según entré en la cocina, me encogí de hombros, porque Rosalía me miró condescendiente, como sufriendo también al escuchar esos gritos. No obstante, lo que me dijo me alentó bastante.

—Liam no tiene un buen día. Parece ser que otro magnate del petróleo pretende dar el cerrojazo y dejar en la calle a muchas familias. Él nunca consentiría eso. Y me consta que lo está poniendo a caldo.

Ella estaba bastante enterada porque, por lo visto, ya le había escuchado hablar del tema. Le conocía muy bien, ya que llevaba a su servicio mogollón de años y nadie como alguien así para ponerme en antecedentes.

Tomé la taza de café y ya salía hacia el jardín cuando le vi bajar las escaleras rojo de ira.

—Papá, ¿qué te pasa? —le preguntó Violet, quien también se preocupó por su aspecto.

—Nada, cariño. No te preocupes.

—No me digas que te quedarás sin vacaciones. Me prometiste que haríamos algo, incluso algún viajecito más adelante, ¿lo recuerdas?

—Claro que lo recuerdo, amor. No te preocupes por eso. No pienso faltar a mi palabra. Haz el favor y ve a jugar con Amanda—le pidió porque solo le faltaba hiperventilar.

Me quedé a solas con él y le pregunté si quería tomar algo. Parecía necesitarlo porque cualquier diría que iba a estallar.

—Limonada, por favor, ¿serías tan amable de traerme un vaso?

—Claro, cómo no. Si me esperas en el jardín, donde las hamacas, hasta te dejaré que blasfemes más que cuando te golpeas el dedo meñique del pie. Y prometo no asustarme.

Logré sacarle una carcajada en ese instante y aluciné, porque no me hubiera parecido posible para nada. Incluso acabé riéndome con él y, al entrar en la cocina, Rosalía me reconoció un mérito que yo ignoraba tener.

—Jesús, nunca hubiera creído verle reír en una situación así. Si hay algo que Liam no soporta es la injusticia. Le saca de quicio de un modo complicado de explicar. Creo que tu presencia en esta casa le hace mucho bien—me guiñó el ojo.

—Pues siento decirte que solo he venido por unos días. Yo es que tengo una vida—murmuré.

—Ya lo supongo, ¿y un novio también? ¿Alguien te espera en casa? Una chica tan guapa y tan simpática como tú debe tener cerca a un hombre que la sepa valorar.

—Bueno. Estoy prometida. Él no me espera exactamente en casa, pero nos casaremos a final de año.

—Entiendo. Llévale la limonada a Liam, por favor.

No me dijo nada más, pero se quedó un poco pillada. Era una mujer muy especial también, como muy intuitiva y, pese a tratarse de la cocinera, parecía ser mucho más que eso, en el sentido de que en cierto modo actuaba como coordinadora del resto del servicio y todos le pedían opinión a cada momento, algo que a ella no parecía disgustarle en absoluto, puesto que lo hacía con el mejor de los gustos.

Me acerqué a Liam con el vaso de limonada en la mano y me lo agradeció con una sonrisa.

—Yo de negocios no entiendo mucho, pero si te puedo ayudar en algo, tengo dos oídos y creo que sé escuchar—le comenté.

—No quiero aburrirte con mis problemas, porque sí, siento decirte que los ricos también los tenemos, ¿te decepciona eso? —me sonrió porque estaba haciendo todo lo posible por serenarse y se le notaba.

—No, claro que no. Sería más frustrante que no los tuvieseis—reí—, ¿me cuentas de qué va la película?

—Trabajé con el maldito Charles Spencer hace años, en mis comienzos. En principio, nos aliamos, hasta que me di cuenta de que lo único que le interesaba era el dinero y que ese tipo era capaz de pisarle la yugular a su madre s con eso sacaba tajada. No quiero gente así a mi lado, así que llegamos a un acuerdo y cada uno nos quedamos con una parte de ese negocio, siempre con la intención de mantener al personal.

—¿Y ahora quiere echar el cerrojazo?

—Sí, ha ganado mucho dinero, pero también la ha cagado a lo grande. No ha hecho las cosas bien y ahora, antes de arruinarse, solo quiere salvar su culo y dejarlos a todos en la calle. No pienso consentirlo.

—¿Y qué piensas hacer al respecto?

—Le he ofrecido comprar su negocio, pero me pide un precio abusivo por él, una barbaridad.

—Y no te puedes meter en eso, claro.

—Sí, sí que me pienso meter. No voy a dejar a toda esa gente en la calle. Un día me ayudaron a ser quien soy y le prometí que nunca les fallaría. Después se quedaron con Charles, al dividirnos, con la misma promesa que él ahora pretende incumplir, pero yo no.

—Aun a riesgo de perder mucho dinero…

—Tampoco soy un héroe. El acuerdo es nefasto para mí, pero no te olvides de que el dinero no me supone ningún problema. Lo que no puedo soportar es verlos a todos en la calle, eso haría que me explotase el coco. Te lo digo muy en serio.

—No hace falta que lo jures. Ya lo estoy viendo. Entonces, ¿vas a aceptar ese acuerdo?

—Sí, aunque no es un acuerdo. Es la imposición de un hijo de mala madre que solo vive por y para él. Odio a la gente así.

—¿Y piensas que no es de admirar? Tú no solo tienes la vida solucionada, sino que tendrías solucionada mil vidas que vivieras y estás que te sale humo por las orejas a consecuencia de la actitud de alguien que ya no tiene nada que ver contigo.

—Él no, pero sus trabajadores sí—afirmó apurando la limonada.

Tenía las venas del cuello marcadas a consecuencia del momento tan tenso que había vivido. En cuestión de muy pocas horas, estaba pudiendo conocer el lado más íntimo de un hombre que no podría haberme imaginado para nada así. Cuando el director del colegio hablaba de él, lo hacía en unos términos que llevaban a pensar que fuera

el típico multimillonario que solo mirase por el dólar y no por las personas. Y nada de eso tenía que ver con la realidad.

Mantuve una conversación larga con él en la que se fue abriendo más. Aunque la tensión seguía presente en él, logré que volviera a reírse como lo había hecho un rato antes y comencé a gastarle bromas hasta que lo hizo a mandíbula batiente.

—Sacas una parte muy buena de mí, Alice—me confesó cuando por fin logré que se relajase realmente.

—Tú también de mí, no te creas. Lo normal es que no me involucre tanto con las personas. Y no por falta de empatía, sino por timidez. Nunca me hubiera imaginado dándote consejos a ti, a un magnate del petróleo—silbé en señal de admiración.

—No dejo de ser un hombre como cualquier otro. La grandeza de las personas no reside en el dinero, sino en el saber estar. Y tú de eso tienes mucho.

—Vale, si tú lo ves así, te lo acepto. Me alegra saber que tengo de eso, porque dinero desde luego que no—reí.

—¿Te encuentras en algún apuro? ¿Necesitas algo? Solo tienes que decírmelo y te ayudaré de inmediato. De veras que si estuvieras pasándolo mal y me llegase a enterar, no me lo perdonaría.

—Vale, pues necesito un millón de dólares—bromeé.

—¿Dónde te lo ingreso? —me preguntó sin hacerme ninguna pregunta más.

—¿Estás de broma? ¡¡No necesito nada!! Oye, que yo tengo mi sueldo. No me hará jamás millonaria, pero vivo bien. Ay, madre, qué locos estáis los ricos…

—Te lo he dicho muy en serio y la oferta sigue en pie. Me gustaría ayudarte. Eres una de las personas preferidas de mi hija y eso no tiene precio para mí.

—Porque te he parado que, si no, me endosas un millón de dólares del tirón, tú sí que le pones precio a las cosas. Y a ver cómo le explico yo al fisco que me he hecho rica de repente—me llevé las manos a la cabeza.

el típico multimillonario que solo mirase por el dólar y no por las personas. Y nada de eso tenía que ver con la realidad.

Mantuve una conversación larga con él en la que se fue abriendo más. Aunque la tensión seguía presente en él, logré que volviera a reírse como lo había hecho un rato antes y comencé a gastarle bromas hasta que lo hizo a mandíbula batiente.

—Sacas una parte muy buena de mí, Alice—me confesó cuando por fin logré que se relajase realmente.

—Tú también de mí, no te creas. Lo normal es que no me involucre tanto con las personas. Y no por falta de empatía, sino por timidez. Nunca me hubiera imaginado dándote consejos a ti, a un magnate del petróleo—silbé en señal de admiración.

—No dejo de ser un hombre como cualquier otro. La grandeza de las personas no reside en el dinero, sino en el saber estar. Y tú de eso tienes mucho.

—Vale, si tú lo ves así, te lo acepto. Me alegra saber que tengo de eso, porque dinero desde luego que no—reí.

—¿Te encuentras en algún apuro? ¿Necesitas algo? Solo tienes que decírmelo y te ayudaré de inmediato. De veras que si estuvieras pasándolo mal y me llegase a enterar, no me lo perdonaría.

—Vale, pues necesito un millón de dólares—bromeé.

—¿Dónde te lo ingreso? —me preguntó sin hacerme ninguna pregunta más.

—¿Estás de broma? ¡¡No necesito nada!! Oye, que yo tengo mi sueldo. No me hará jamás millonaria, pero vivo bien. Ay, madre, qué locos estáis los ricos…

—Te lo he dicho muy en serio y la oferta sigue en pie. Me gustaría ayudarte. Eres una de las personas preferidas de mi hija y eso no tiene precio para mí.

—Porque te he parado que, si no, me endosas un millón de dólares del tirón, tú sí que le pones precio a las cosas. Y a ver cómo le explico yo al fisco que me he hecho rica de repente—me llevé las manos a la cabeza.

Capítulo 13



Liam no solo hacía las cosas bien, sino que las hacía rápido. Al día siguiente, por la noche, me comentó que el acuerdo ya estaba cerrado.

Cierto que no afectaba a su economía en lo más mínimo, pero tener que ceder al chantaje del tal Charles era una faena que otro no habría soportado, solo por dignidad y que, sin embargo, a él no le importó con tal de ayudar a esa pobre gente.

Estábamos celebrándolo en el jardín, porque logré que se centrara en la parte buena del asunto y olvidase la otra, de manera que abrió una carísima botella de vino con la que brindamos.

La noche estaba perfecta. La luna llena nos proporcionaba una tenue iluminación y la cena transcurrió de un modo distendido, con muchas risas incluidas.

—Al final, te das cuentas de que esto es lo que cuenta—me confesó porque no había nadie más. Las niñas estaban en el interior de la casa, disfrutando de una sesión de cine, porque hasta una sala con una enorme pantalla tenían. Si es que cuando digo que allí no faltaba nada, quiero decir justamente eso.

—¿Qué es lo que cuenta exactamente?

—La buena compañía. Los momentos de complicidad. El dinero puede comprar muchas cosas, pero no estas. Y llega un momento en que te das cuenta, te lo digo muy en serio.

—Muy en serio no me lo estás diciendo porque resulta que llevas varias copas de vino ya. Y lo malo es que yo llevo otras cuantas—reí un tanto mareadilla por el alcohol.

A mí es que beber no me sentaba demasiado bien de nunca, aunque no se lo comenté a Liam porque no quería que me cortase el punto. Tampoco es que me pasara nada malo cuando lo hacía, sino que perdía un poquitín el control porque se me subía mucho, y por eso Mark siempre evitaba que lo hiciese.

En aquel lugar me sentía muy libre y a Liam no parecía molestarle en absoluto ese brillito que apareció en mis ojos y esa risilla tonta que no me dejaba hablar más de dos palabras seguidas sin hacer acto de presencia.

A él debía, de hecho, parecerle un tanto cómica, porque se reía mucho con todas las tonterías que yo iba soltando por la boca. Las niñas ya se habían acostado y el personal también se había ido a dormir, por lo que nos quedamos solos, aunque mi risa quizás pudo despertar a más de uno cuando fue en aumento, ya que él no se quedaba atrás a la hora de soltar disparates.

Muy activa, le dije de bailar y le pareció buena idea. Estuvimos haciéndolo, incluso bailando piezas lentas, aparte de otras latinas, durante un buen rato en el que mis ojos y los suyos se hicieron muy cómplices.

Recuerdo que nos habíamos sentado de nuevo y entonces llegó aquel beso inesperado por parte de sus jugosos labios. Fue un beso que no aparecía en el guion, pero que me enganchó de inmediato.

Me vi en sus brazos, a los pocos segundos, corriendo hacia su dormitorio. Noté cómo mis partes íntimas se iban mojando y no podía pensar en nada más que no fuese esa lubricación, signo inequívoco de que deseaba mucho a aquel hombre.

Al llegar a su dormitorio, me depositó con mimo en la cama, haciéndome una caricia que comenzó en mi mejilla y siguió la dirección sur de mi cuerpo, alcanzando mi escote, el cual recorrió con sus dedos y luego, por encima de la ropa, siguiendo en el mismo sentido.

Cuando llegó a esa zona prohibida que todos estamos pensando, comenzó a desvestirme. Lo primero que hizo fue despojarme de mi falda, una de lino que llevaba anudada a la cintura, con ese piercing fuera que no había dejado de mirarme en toda la noche, convirtiéndolo en objeto de su deseo.

Yo llevaba puestas unas minúsculas braguitas que él me quitó con los dientes, haciendo que me derritiese por dentro y que el fruto de esa acción se dejase ver por fuera.

No se lo pensó, hundiendo sus dedos en mí para probarme. Fue directo, muy directo, tanto que en cuestión de segundos sentí cómo los clavaba en lo más íntimo de mi ser y los sacaba impregnados de mi esencia.

Mi excitación iba en aumento. El corazón me botaba en el interior de un pecho que aún estaba debajo de un top que fue el siguiente en salir andando. Yo no llevaba sujetador y mis senos, turgentes y firmes, se convirtieron en los destinatarios de unas caricias que nuevamente me estimularon hasta la locura, llevándome a un punto en el que casi pierdo el sentido, y eso que aún la función no había hecho más que empezar.

La forma de acariciarme me estaba robando el aliento, aunque también me costaba respirar debido a esos besos que, uno detrás de otro, iba depositando en mi boca, una boca que se moría por recibirlos y que los degustaba como el más dulce de los regalos que, por otra parte, también me resultaba de lo más picante.

Hablando de picante, yo le miraba y solo deseaba que me encontrara irresistiblemente sexy. A juzgar por la forma en la que me miraba y el repaso que me estaba dando, parecía gustarle tanto como él me gustaba a mí.

Yo ya le había visto en bañador y, por tanto, quedaban pocos secretos en su físico para mí, aunque es evidente que ciertas partes podría haberlas intuido, pero no observado directamente.

Sin duda, su excitación no tardó en hacerse notar y la boca se me hizo agua por lo patente de una erección que le llevó a endurecerse y engrosarse mucho, tanto que no podía dejar de mirar ese pene suyo, tan alzado y desafiante.

Conforme él me iba cubriendo de caricias y de lametazos por todo el cuerpo, tampoco soy manca y yo eché mano a ese pene que masajeé libidinosa. Solo dejé de hacerlo, porque las fuerzas me fallaron, en el instante en el que hundió su lengua en mi sexo y un grito de placer salió de mi garganta.

Es evidente que no todas las personas están dotadas del mismo talento para el sexo y que no todas las lenguas han jugado en la misma liga. La de Liam era una de esas capaces de hacer que una mujer se corra con solo entrar en juego.

Me sentía hervir… Tanto que me impresionó porque no me consideraba excesivamente fogosa en la cama y, sin embargo, en aquella ocasión estaba a punto de entrar en combustión espontánea.

Excitada, muchísimo, esperé su embestida con los ojos muy abiertos y tratando de tragar saliva, sin poder disimular las muchas ganas de él que tenía. Nadie como Liam para sacar a relucir de mi interior una parte increíblemente ardiente que ni siquiera yo conocía.

Cuando entró en mí, el desmadre fue ya total. Su estocada llegó al fondo de mi sexo y solo quería que la repitiese una y otra vez, que me cogiera entre sus fuertes brazos y que diera vueltas conmigo en ellos mientras me penetraba sin tregua.

En una de esas estocadas, sentí que la humedad rezumaba más de la cuenta de mi interior, como si de un río de lava se tratase, y entonces abrí los ojos, que tenía cerrados en ese momento.

Atónita y desconcertada, comprobé que estaba sola, con la luz apagada, vestida y en el interior de mi cama.

Nada de lo sucedido había sido más que un sueño. Todo lo que he relatado sucedió hasta que llegó el citado beso, que no fue real sino el fruto de mi excitada imaginación una vez me quedé dormida.

No voy a negar que había deseado a Liam mientras estuve bailando con él. Probablemente, lo que sucedió fue que una vez dejamos de hacerlo, me quedé dormida y él me llevó hasta mi cama.

Todo estaba en orden y ninguna señal apuntaba a que me hubiese tocado ni un solo pelo, sino todo lo contrario. Me levanté y me di una ducha fría, puesto que estaba empapada en sudor. ¿Cómo era posible que hubiese soñado con todo aquello?

En fin, que una vez volví a la cama, me costó coger el sueño porque las imágenes tórridas que soñé volvían a mi

e cabeza unas detrás de otras, como si de una peli erótica se tratase.

No voy a negarlo, ¿por qué habría de hacerlo? Me sentía arder tanto que me toqué. Y en el momento de hacerlo, e rostro de Liam no se me difuminó en ningún momento, sino todo lo contrario; aunque cerrase los ojos, aparecía nítido delante de mí.

Algo me estaba pasando, pero no era momento de plantearme nada, solo de disfrutar de unas caricias que me llevaron inevitable y felizmente al orgasmo.

;

cabeza unas detrás de otras, como si de una peli erótica se tratase.

No voy a negarlo, ¿por qué habría de hacerlo? Me sentía arder tanto que me toqué. Y en el momento de hacerlo, el rostro de Liam no se me difuminó en ningún momento, sino todo lo contrario; aunque cerrase los ojos, aparecía nítido delante de mí.

Algo me estaba pasando, pero no era momento de plantearme nada, solo de disfrutar de unas caricias que me llevaron inevitable y felizmente al orgasmo.

Capítulo 14



A la hora del desayuno, yo me sentía avergonzada como si ese sueño que tuve me hiciera culpable de algo.

De sobra sabía, porque tonta no soy, que Mark no había sido el mejor de los novios en los últimos meses, aunque también debía reconocer que estaba haciendo muchos esfuerzos por ganar puntos en su empresa y escalar puestos en ella.

En resumidas cuentas, que mi prometido sí que estaba muy centrado en su carrera y que por ese motivo yo me hacía sentido desatendida en más de un momento, eso era innegable, lo que no le hacía merecedor de ciertos pensamientos por mi parte.

Dicho esto, yo tampoco podía evitar el haberme sentido atraída por Liam la noche anterior. Se trataba de un hombre muy atractivo que además se deshacía en atenciones conmigo. Y yo, que estaba algo falta de cariño, como que me dejaba querer.

El dormitorio parecía un pequeño micro mundo en el que los rayos solares te atrapaban. Así lo sentía mientras me recogía de nuevo aquel par de trenzas que también eran muy del gusto de mi anfitrión, pues me lo hizo saber el dí anterior.

Si yo había tonteado con él, porque había de reconocer que en cierto modo así era, él no lo había hecho menos conmigo.

Miré el teléfono y vi un mensaje de Mark al cual contesté de un modo algo más cariñoso que los anteriores, pues tenía la impresión de que me estaba colando con él y eso no era justo, me pusiera yo como me pusiera.

Tras hacerlo, bajé las escaleras y me encontré a Rosalía en la cocina, canturreando. Esa mujer tenía la habilidad d hacer de su trabajo un hobby.

—Buenos días, así da gusto levantarse. Tienes muy buena cara—le comenté risueña.

—Y tú también, Alice. De hecho, tienes unos buenos colores que si no fuera porque Liam no está hasta podría pensar otra cosa—me soltó descarada junto con una risa.

—Por favor, que ya te conté que soy una mujer prometida—le rebatí de inmediato.

—Ya lo sé, ya lo sé, solo es una broma. Pero que los buenos colores los traes. Vienes muy guapa. Siéntate y te sirvo un cafecito, ¿quieres?

—Claro, claro… Por cierto, ¿has dicho que Liam no está?

—No, no está. Ha ido a la ciudad a resolver unos asuntos y no sé cuánto tiempo le llevará, me encargó que te lo comentara.

—Él confía mucho en ti, ¿no es así?

—Si es que llevo aquí más años que las cuadras, hija de mi vida. Yo le he visto formar una familia, he vivido la muerte de Ava, sus discusiones previas… No me ha faltado nada.

—No sé nada de Ava ni de esas discusiones de las que hablas, ¿acaso se llevaban mal?

—Sí, no te lo voy a negar. Desde luego que mientras ella estuvo con nosotros no es que se respirase aquí el mejor de los ambientes. Dios me libre, por supuesto, de sugerir por eso que me alegré de su muerte, claro que no. A mí me dejó abatida como al resto. Y a Liam… A Liam le sumió en una depresión de la que le costó mucho tiempo salir. Ahora lleva una buena temporada y puedo decirte que estos últimos días han sido los mejores para él desde entonces. Tú tienes mucho que ver en eso, debes saberlo.

—Bueno, sé que está contento con mi presencia. La niña y yo nos entendemos muy bien…

—Y él y tú también os entendéis muy bien, cariño—afirmó mientras me ponía una taza de café en la mano—. Aunque ya sé que estás prometida. Entonces, ¿por qué no te veo contenta con esa boda?

—¿No me ves contenta? Debe tratarse de… Caray, yo es que no aireo demasiado mis emociones, Creo que me las guardo demasiado para mí, pero sí que estoy contenta.

—Si me lo permites, creo que te las guardas tanto que ni tú misma puedes verlas…

—Ay, Rosalía, qué cosas dices.

—Sé que me estoy metiendo donde no me llaman. No puedo evitarlo, yo soy así. Todo lo que me llama la atención termina saliendo por mi boca. Y te he observado mucho desde el día que llegaste. Ahora estás más contenta, aunque algo te ronda la mente esta mañana, eso también puedo notarlo. Percibo muchas cosas, no creas que si te digo esto es porque estoy loca. Más bien es porque puede chocarte. Vamos, dicho de otra manera, que soy un poco brujilla—rio.

Sí que lo era y había que darle la razón. En nada se había equivocado, aunque yo según qué cosas no podía hablarlas con ella ni con nadie. Seguía encontrándome mal por lo que me había sucedido en aquella noche en la que, en mi imaginación, di rienda suelta a algo que quizás había deseado más de lo que yo misma estaba dispuesta a admitir, esa es la realidad.

Seguí hablando con ella largo y tendido. Pese a que me daba algo de vergüenza parecer transparente para esa mujer, tenía interés en que me contase cosas. Y si eso suponía que yo también tenía que abrirme algo más con ella, pues estaba dispuesta a pagar el precio.

—Puede que no esté pasando por el mejor momento con mi prometido—le reconocí, para a continuación contarle los motivos por los que me había sentido decepcionada con Mark en aquel arranque del verano tan extraño.

Ella me escuchó con atención, como si fuese mi amiga. Me pareció una persona muy confiable y eso me permitió abrirme bastante, contarle mis pesares y por qué había decidido aparcar durante unos días los preparativos de mi boda.

—Yo solo te digo, Alice, que escuches en todo momento a tu corazón. Él será tu mejor consejero—me comentó y yo asentí.

—Procuraré hacerlo. Sé que tengo una conversación pendiente con Mark, que debo decirle lo que necesito. Espero encontrarle receptivo, necesito que me escuche y no solo eso; también necesito que me comprenda.

—Así es. Cuando una persona no escucha a otra, puede llegar a lamentarlo mucho.

—¿Lo dices por experiencia propia? Es que permíteme que te diga que has puesto el corazón en esa frase.

—No, yo no he sido nunca una mujer apasionada. Lo digo sin lamentaciones, ¿eh? Cada quien es como es y me he enamorado pocas veces. La primera del hombre adecuado, al cual perdí por no marcharme con él.

—¿Y la segunda?

—La segunda del hombre inadecuado, y entonces yo me perdí por marcharme con él—me contó junto con una mueca nostálgica—. Me hizo tanto daño que desde entonces consagré mi vida al trabajo, incapaz de darle una oportunidad más al amor. Por eso, a quien comienza su vida, le digo que escuche a su corazón porque yo no lo hice la primera vez y perdí al hombre de mi vida.

—Lo siento mucho…

—No lo sientas, niña. Si yo ya apenas me acuerdo de eso, ¿por qué habrías de hacerlo tú? Con que te encargues de resolver tus asuntos, ya me habrá valido esta conversación.

—¿Y Liam? —le pregunté porque no pude evitarlo.

—Está resolviendo unos asuntos, ya te lo dije antes—me recordó burlona.

—Ya me has entendido, ¿qué pasó con él y Ava?

—Que los dos quisieron cambiarse el uno al otro. Y cuando quieres cambiar a una persona, quizás creas que la quieres, pero lo único que quieres en realidad es conseguir a alguien que has idealizado en tu mente.

—¿Él no quería realmente a Ava?

—La quiso a su manera, a una manera egoísta. Y no porque suela ser así, sino porque antepuso sus deseos a los de su esposa. Claro está que a ella le sucedió lo mismo, no creas… Todo fue bastante complicado.

—¿Por qué?

—Porque ella ya estaba enamorada cuando él la conoció. Lo estaba del cine. Ava quería ser actriz y, sin embargo aparcó su sueño por ayudarle a él. Liam estaba levantando un imperio y necesitaba a su mujer a su lado, no yendo y viniendo de acá para allá. Ella aceptó el precio, porque era algo ambiciosa, eso no te lo voy a negar… No obstante, cuando los años pasaron y él se convirtió en un hombre poderoso, ella se sintió su sombra y le reprochó el haberle ayudado siempre y no dedicarse a perseguir su sueño. Ya tenían la niña y Ava se frustró mucho, tanto que las discusiones comenzaron a ser constantes y la casa se convirtió en un infierno.

—No sabía nada de esto. Ahora me cuadran muchas cosas…

—Sí, como que él no quiere escuchar a Violet cuando habla de ser actriz. Se pone enfermo porque le recuerda demasiado a todo aquello.

—Cielo santo, claro…

—Ellos, en la práctica, ya estaban separados cuando ella sufrió aquel desgraciado accidente. Ava llevaba semanas fuera de esta casa. Se marchó mal, muy confusa, y quiso probar suerte en el mundo del cine. Contaba con una posición y podía ser que eso le abriera puertas, pese a que en el fondo pensase que ya era tarde para ella, que había perdido la oportunidad de trabajar en su sueño en sus primeros años de juventud.

—Cielo santo, ¿y no lo logró? ¿Acaso enfermó? ¿Fue eso lo que sucedió?

—No. No fue eso lo que sucedió. Ava sufrió un accidente camino de su primer día de rodaje. Por fin le habían dado un papel, aunque secundario, y en una serie de éxito. Pese a sus desavenencias, sé que Liam movió los hilos para que se lo dieran. Nada le dijo porque ella era muy orgullosa, pero yo le conozco muy bien. Entusiasmada, iba repasando sus frases antes de entrar en el plató cuando no vio venir a aquel motorista… Fue una auténtica

desgracia de la que en esta casa no se habla, porque ella no merecía un final tan trágico y Liam tampoco. Cada uno lo hizo lo mejor que pudo, aunque ambos se equivocaron.

—Ostras, me estoy quedando de piedra. No sabía nada de esto. Liam no me contó.

—Le cuesta demasiado hablar del tema. Y más cuando sabe que su hija ha heredado la vena artística de su madre y eso le remueve por dentro. La herida cerró, pero no sé hasta qué punto en falso. A ver, ellos ya no se amaban cuando se separaron, pero la muerte de Ava le impactó muchísimo.

—En cierto modo, se sintió culpable, ¿no es eso?

—Por absurdo que pueda resultar, sí. Yo opino que su destino estaba escrito y que ella hubiera estado igualmente ese día en ese lugar por mucho que las cosas fuesen de otra manera, Pero él no debió pensar así y eso le llevó a sumirse en un agujero del que, como te digo, no le fue tan fácil escapar.

—¿Y no rehízo su vida?

—Supongo que habrá tenido sus historias. Es un hombre muy perseguido, pero nadie tan importante para él como para invitarla a casa. Tú eres la primera mujer que cruza las puertas de este rancho tras la muerte de Ava.

—Ya, pero en calidad de invitada…

—En calidad de lo que tú quieras, pero yo te digo lo que hay. Es así—me sonrió.

Las niñas entraron en la cocina alborotando e interrumpieron una conversación que estaba resultando de lo más intensa.

Apenas las escuché hablar porque estaba pensando en que ya comprendía por qué se puso como una furia Liam cuando se enteró de que yo alentaba los sueños de su hija de convertirse en actriz. Él asociaba ese mundo a la desgracia que sufrió su esposa, pero ¿es que no había aprendido nada al respecto?

Algunas veces, los miedos no nos dejan dar pasos adelante. Algunas veces, los miedos nos paralizan hasta los pensamientos. Algunas veces, el mundo deja de dar vueltas para que quien quiera se baje… Y Liam se había bajado en una estación en la que no le estaba permitiendo a la pequeña perseguir sus sueños. Y eso no podía yo consentirlo.

Capítulo 15



Liam llegó por la noche y lo hizo con una sonrisa.

—Espero que hayas pasado un bonito día, ¿montasteis a caballo? —me preguntó mientras me daba un cariñoso beso en la mejilla, un gesto que me sacó la sonrisa.

—Sí, lo hice con las niñas. Me gusta mucho pasar tiempo con ellas, ya lo sabes.

—Y menos conmigo, ¿no? Como me conociste siendo un gruñón…—bromeó.

—¿Sí? Anda, pues ya de eso ni me acuerdo…

—Claro, claro, ni te acuerdas. Seguro que me la tienes guardada y me la harás pagar en algún momento—rio.

—Pues mira, ahora que todos están acostados, quisiera hablar contigo.

—Uff, lo has dicho de un modo que prefiero ingresarte el millón de dólares ese del que hablamos. Venga, dame la cuenta.

—No, no. Quiero hablar contigo, eso me compensa más.

—Está bien. Espera, que voy a por un casco.

—No seas memo, no voy a dispararte.

—Tienes cara de hacerlo de otro modo. Créeme que sé lo que me digo.

—¡Basta! Que no—le sonreí.

—¿Qué quieres saber? Venga, pregunta. Someteme a la prueba del polígrafo si quieres. Me dejo….

—Quiero que no te enfades cuando te cuente que ya sé por qué pretendes evitar que tu hija se haga actriz.

Se le torció el rostro. Era muy elegante y trató de disimularlo, dado que ya éramos amigos, pero le costó.

—Hubiera preferido explicártelo yo. No has debido indagar en eso, Alice.
—No he indagado, simplemente ha surgido.

—¿Ha surgido? No creo que haya un cartel en la puerta del rancho en el que se explique cómo fueron las cosas. Pero bueno, dejémoslo. Ese tema me saca de mis casillas y no quisiera volver a discutir contigo. Si estás aquí es precisamente por eso…

—Creí que te apetecería que estuviera, ¿qué quieres decir? —me puse sensible igualmente.

—Y claro que me apetece, pero me refiero a que el motivo de mi invitación fue haberme puesto como un energúmeno y querer desagraviarte. Ya viste lo mucho que me afecta.

—Y es absurdo, ¿no te das cuenta de que hay cosas que no pueden contenerse? Violet es feliz cuando actúa. Yo veo la chispa en sus ojos. Tu hija se enciende en un escenario y tú… Tú te empeñas en apagar esa luz. No tiene ningún sentido.

—Lo que no tiene ningún sentido es que vayamos a volver a discutir esto. Creí que ese tema estaba zanjado entre ambos.

—No lo estaba, más bien estaba pendiente. Y ahora que sé de dónde provienen tus miedos no puedo dejarlo estar. Tu hija no se lo merece.

—¿Me estás llamando mal padre? Porque por tu forma de hablar bien parece que la estuviera torturando, cuando lo único que deseo es protegerla. A su madre no le hizo bien su afición por ese mundo.

—¿Qué tontería es esa? No fue una afición, sino una vocación. Ella la dejó por seguirte y tú lo permitiste. Más tarde no entendiste que quisiera volver y de ahí los problemas. Punto.

—No sabía que fueras psicóloga tú ahora, ¿algo más que añadir? —me preguntó airado.

—Que todo esto es absurdo, ¡¡absurdo!! —elevé el tono de voz porque me llevaban los demonios. Y mucho.

—Me voy a acostarme. No he tenido un día sencillo y, si te soy sincero, tampoco esperaba encontrarme con esto cuando llegase a mi casa. Es lo último que necesito.

—Pues si tanto te molesto, no te preocupes, ¡¡mañana mismo me marcho!! —le advertí.

—Haz lo que te plazca, pero yo no te he echado. Yo solo te pido que no sigas por ese camino. Por lo demás,

puedes quedarte tanto tiempo como te apetezca.

—Sí, claro, puedo quedarme a vivir, si te parece—esgrimí. Estaba muy caldeada y se me notaba.

Guardó silencio y no quiso echar más leña al fuego. Se limitó a marcharse, sin articular ni una sola palabra más, un tanto frío.

—No huyas. Huir no va a salvarte de lo que opine tu hija dentro de unos años. Si no la dejas ser libre, si la atas a tus cadenas, Violet luchará con todas sus fuerzas en busca de esa libertad. Y al final, por protegerla como piensas, la perderás. Todo está en tu mano, tú sabrás qué es lo que te conviene.

—No estoy huyendo, ¡¡y no vuelvas a decir eso!!

—¿Que perderás a tu hija? Las verdades duelen. A nadie le gusta que nos las espeten en la cara, Liam. Pero cuando se quiere a una persona, y yo a Violet la quiero, hay que ser valiente y luchar por su felicidad.

—¿Tú luchas por su felicidad? ¿Y acaso yo la maltrato? Mi hija tiene mucho más de lo que cualquier niña pueda desear, tiene una vida perfecta, tiene….

—Tiene un padre cabezota que no la priva de nada excepto de lo que ella más desea. Y todo por el miedo a un fantasma que no es de ella, sino tuyo, porque el mundo de la interpretación no hace daño. El daño os lo hicisteis vosotros, su madre y tú, no sabiendo gestionar la situación. Y ya, de paso, te diré que su muerte fue un accidente y no el fruto de cualquier estúpida maldición ligada a ese mundo.

Me miró con ira contenida. Estoy segura, por lo profundo de esa mirada, que mis palabras estaban haciendo mucha mella en él. Cada una de ellas rasgaba su piel para meterse en su interior. Su atractivo semblante aparecía ensombrecido.

Le noté las muchas ganas de decir algo más, pero como digo, se las contuvo. Era un hombre muy impulsivo que en esa ocasión no quiso llegar más allá, quizás porque sabía que no tardaría en arrepentirse. O quizás, en el mejor de los escenarios posibles, porque entendiese que yo llevaba razón y que no valía la pena seguir yendo contra algo que llevaba tiempo haciéndole daño.

De pronto, giró sobre sus talones y se esfumó. Prefirió guardar silencio y era de alabar. En ocasiones, es mucho mejor contar hasta diez que seguir discutiendo. Sobre todo, cuando las palabras pueden terminar haciendo daño. Ambos lo sabíamos y agradecí su actitud, pero eso no evitó que el ambiente se enrareciera cantidad y que yo entendiera que nada volvería a ser lo mismo a partir de ese momento.

Lo sentí de corazón porque había notado una gran sintonía con él desde el día que llegué. Y lo que no era sintonía también. De todos modos, y dadas las circunstancias, lo mejor sería que me fuese planteando la vuelta a casa. Cabe la posibilidad de que yo misma me temiera y de que me asustase seguir al lado de un hombre cuyas

reacciones comenzaban a asustarme.

reacciones comenzaban a asustarme.

Capítulo 16



Me levanté y sentí que Violet no estuviese en la casa en ese momento.

Rosalía me contó que la niña habría madrugado para despedir a su amiga Amanda y que, en el momento de despedirse de ella, su madre le ofreció llevársela junto a su hija a un parque de atracciones, ya que harían un viaje de un par de días.

—Se lo pensó, no creas, porque tú estabas aquí. La tentación era mucha, pero no quería marcharse por eso. Yo me permití decirle que aprovechase, que tú no tienes prisa y que seguirás aquí a su vuelta, ¿hice mal?

—No, no hiciste mal porque has actuado como mejor te ha parecido, Rosalía. Siempre haces las cosas desde el corazón. Pero sí debes saber que al final me marcho hoy—le dije con tono penoso.

—¿Hoy? Pero ¿a qué vienen esas prisas? Creí que no las tenías, ¿es que ha ocurrido algo?

—Nada reseñable, no te preocupes.

—¿Has discutido con Liam por el tema de la niña? Cielo santo, no debí contarte nada. Lo siento.

—¿Tú lo sientes? Eres lo mejor que le ha podido suceder a esta familia.

—Solo soy una cocinera. Vale, que creo que lo hago bien y lleno la mesa da alegría, pero de ahí a ser importante para ellos…

—Lo eres, Rosalía. Tú los cuidas y los quieres. Incluido a ese cabezota.

—¿Se enfadó mucho? ¿Montó en cólera?

—He de confesar que quizás menos de lo que yo esperaba, pero discutimos agriamente. No creo que a Liam le apetezca que yo siga hoy aquí y a mí… A mí tampoco me apetece quedarme.

—Lo siento de corazón, ¿hay algo que yo pueda hacer para convencerte? Violet se disgustará cuando vuelva y se entere de que ya te has marchado.

—Algún día tendría que irme, lo siento de veras.

—Supongo que sí. Te preparé algo de comida para el viaje….

—No es necesario, no te molestes en absoluto. Pero si fueras tan amable de regalarme un poco de limonada, te lo agradecería.

—¿Te gusta mi limonada? Te prepararía un bidón…

—No, con una botellita será suficiente.

—Te la mantendré casi helada hasta que te marches, para que así aguante más fresquita, ¿cuándo te vas?

—En cuanto recoja mis cosas, me temo.

—Vaya…

Entré en mi dormitorio y me sentí agradecida por los buenos e imborrables momentos que había vivido en la casa en compañía de Violet, de su amiguita y también de su padre, de ese hombre que me había sorprendido, pero a quien no pude evitar el enfrentarme.

No le había visto desde la noche anterior y no sabía muy bien cómo actuar. Él sabía de sobra que yo estaba despierta y pululando por la casa, pero continuaba refugiado en su despacho, lo que me hacía ver las cero ganas que tenía de cruzarse conmigo.

Preparé mi equipaje y pasé por la cocina a recoger la botella de limonada que Rosalía me había preparado.

—Cuídate mucho y ojalá que no tardes en volver por aquí—me abrazó aquella mujer.

—Ojalá, aunque me temo que eso no será posible. Me ha gustado conocerte Rosalía, mucho. Te echaré de menos.

—Y yo a ti, Alice.

No vacilé a la hora de tocar con los nudillos en la puerta de su despacho. Obviamente, nuestra discusión había cambiado las cosas, pero no hasta el punto de marcharme sin despedirme. Tampoco llegó la sangre al río como para eso.

—Adelante—me dijo y entonces me vio con mi maleta, algo que le transformó el gesto.

—Buenos días, Liam. Solo venía para despedirme, no quiero molestarte.

—¿Despedirte? ¿Es que acaso nos dejas ya?

—Sí, he de volver a mi vida. Sabes que tengo asuntos que atender que me reclaman y…

—Y no quieres verme, lo entiendo.

—No, no. Tampoco es eso. Tranquilo, por favor.

—No estoy nervioso, solo… Está bien, déjalo. Siento que tu estancia aquí haya sido más corta de lo esperado.

—No lo sientas. Me llevo muy buenos momentos vividos que solo puedo agradecerte. Me voy ya, ¿vale?

Me quedé sin saber cómo reaccionar, ¿acercarme y darle un par de besos? No sentía que fuese el momento, de manera que le hice un gesto con la mano y él tampoco se movió de su sillón.

Me di media vuelta, solté con lentitud el aire de mis pulmones, y me dispuse a decirle adiós para siempre. O, al menos, hasta que volviéramos a coincidir en ocasiones puntuales en el colegio.

Salí al jardín, eché un último vistazo al rancho que tanto me había enamorado y me senté en mi coche. Era hora de emprender la vuelta. Mi vida me esperaba aunque, a decir verdad, me encontraba un tanto desubicada. Necesitaba tomar sus riendas de nuevo y no debía tardar en hacerlo porque hay cosas que se enconan y después cuesta mucho más hacer.

Comencé a conducir y dejé toda aquella zona atrás. Si digo que no lo hice con pena, miento. Y no con una penilla cualquiera, sino que algo me llevó a que las lágrimas se dejaran caer de mis aguados ojos.

Conducía así cuando vi un lujoso coche acercarse a toda pastilla por aquella carretera, llegando hasta mi altura. Para mi total sorpresa, era Liam y me pedía que le siguiera.

—¿Despedirte? ¿Es que acaso nos dejas ya?

—Sí, he de volver a mi vida. Sabes que tengo asuntos que atender que me reclaman y…

—Y no quieres verme, lo entiendo.

—No, no. Tampoco es eso. Tranquilo, por favor.

—No estoy nervioso, solo… Está bien, déjalo. Siento que tu estancia aquí haya sido más corta de lo esperado.

—No lo sientas. Me llevo muy buenos momentos vividos que solo puedo agradecerte. Me voy ya, ¿vale?

Me quedé sin saber cómo reaccionar, ¿acercarme y darle un par de besos? No sentía que fuese el momento, de manera que le hice un gesto con la mano y él tampoco se movió de su sillón.

Me di media vuelta, solté con lentitud el aire de mis pulmones, y me dispuse a decirle adiós para siempre. O, al menos, hasta que volviéramos a coincidir en ocasiones puntuales en el colegio.

Salí al jardín, eché un último vistazo al rancho que tanto me había enamorado y me senté en mi coche. Era hora de emprender la vuelta. Mi vida me esperaba aunque, a decir verdad, me encontraba un tanto desubicada. Necesitaba tomar sus riendas de nuevo y no debía tardar en hacerlo porque hay cosas que se enconan y después cuesta mucho más hacer.

Comencé a conducir y dejé toda aquella zona atrás. Si digo que no lo hice con pena, miento. Y no con una penilla cualquiera, sino que algo me llevó a que las lágrimas se dejaran caer de mis aguados ojos.

Conducía así cuando vi un lujoso coche acercarse a toda pastilla por aquella carretera, llegando hasta mi altura. Para mi total sorpresa, era Liam y me pedía que le siguiera.

Capítulo 17



En la vida puedes llevarte muchas sorpresas, pero hay algunas que superan todas las expectativas. Y eso me pasó con aquello.

Un rato después, mi cabeza daba vueltas y vueltas pensando en hacia dónde le estaba siguiendo, porque en la dirección del rancho no íbamos.

Hasta que solo faltaron unos cuantos kilómetros para llegar, no caí en la cuenta de que nos estábamos dirigiendo al aeropuerto. Y entonces la mandíbula se me desencajó.

Una vez que llegamos y nos bajamos, ninguna palabra salía de mi boca. Estaba muda y él me sonrió.

—No hace falta que digas nada, solo que me acompañes. Estás en tu derecho de no hacerlo, pero entonces te perderías unos días fantásticos y soy de la opinión de que en la vida uno no debe perderse algo así.

—Madre mía, lo estoy flipando mucho, ¿dónde se supone que vamos a ir?

—Me gustaría llevarte a Hawái, porque resulta que París me pilla un poco más a contramano y tengo un negocio por cerrar que no puede demorarse tanto. Siendo las cosas así, he pensado que, si te apetece, me puedes acompañar a Miami, donde tengo que ultimar sus detalles. Apenas me llevará tiempo y sé que te lo pasarás bien. Tengo casa allí y te sentirás genial.

—¿A Miami? ¿Nos vamos a Miami?

—Supongo que lo conocerás, ¿no?

—Pues la verdad es que no. Y siempre he querido. Pero, ¿tú ya no estás enfadado conmigo?

—La pregunta no es esa. Es más bien si eres tú quien no está enfadada conmigo, porque estarías en todo tu derecho. Ya van dos veces que la pifio y no es lógico. Tú tenías derecho a darme tu opinión, aunque yo no la comparta.

—No hay que dejar de reconocer que es un paso. De ahí a caer en que sí que llevo razón, solo queda un trecho.

—Me temo que tú y yo pensamos muy distinto en ese sentido, pero si crees que hay alguna posibilidad de hacerme cambiar de opinión, acompáñame a Miami.

—Solo por eso, por la felicidad de Violet, reconozco que me vale la pena.

—Pues entonces hazlo por eso y también porque me apetece que me acompañes, mucho—puntualizó.

—¿Y cómo volaremos? Yo no tengo billete.

—No lo necesitarás en mi jet privado.

—Cómo no habré caído en la cuestión, ¿se puede saber cómo se siente uno cuando tiene un bicho así?

—No es un bicho, es un aparato. El bichillo eres tú, que me estás haciendo pensar más de lo esperado.

Me dijo eso y me quedé mirándolo. Quizás él no lo supiera, pero también le estaba dedicando a pensar en su persona un tiempo que me sorprendía.

Sí, era un aparato… Y menudo aparato. Yo no estaba acostumbrada a esos lujos y flipé cuando estuve delante de él.

—Menudo trasto, ¿y esto dónde se aparca?

—Se aparca aquí y no es precisamente barato hacerlo, pero sí muy útil. Aparte de que Violet disfruta a tope en él. No te imaginas lo que le gusta volar a esa niña.

—A mí también me encanta, la verdad.

—Por eso elegiste un futuro marido piloto, ¿no?

—Será por lo que vuelo con él, no me hagas hablar, por favor.

—Me parece bien. No hablemos de él durante estos días y no hablemos de nadie, de hecho. Hablemos de ti y de mí. Vivamos el momento.

—¿En plan dejarnos llevar? A ver, es que yo tengo una fecha ahí, a final de año que…

—No te sugiero que hagas nada con lo que te sientas mal, solo que hagas precisamente lo que te apetezca y cómo te apetezca. Venga, vamos…

Me echó la mano por encima del hombro para embarcar. Yo llevaba ropa para estar en el rancho y esa no era la misma que hubiese metido en mi maleta de saber que iba a visitar Miami. ¿Qué clase de locura era aquella? Pues no sabría definirla exactamente, pero una que me provocaba un pellizquito en el estómago.

Embarcamos y al poco ya estábamos volando y tomando unas fresas regadas con chocolate a modo de aperitivo. Es que fue curioso porque mencioné que me encantaban y las tenían a bordo y, antes de que me quisiera dar cuenta, ya las tenía por delante.

Con él funcionaba todo así, por lo visto. Era como una especie de genio de la lámpara que todos los deseos los convertía en realidad, aunque lo que yo más deseaba era que cambiase de opinión respecto al tema de la niña.

Brindamos con un poco de champán y tomamos esas fresas regadas con chocolate antes de tomar el almuerzo. En unas horas estaríamos en Miami y eso me resultaba de lo más estimulante.

Tampoco en esa ocasión avisé a Mark de mi cambio de rumbo, si bien él no estaba particularmente hablador y reconozco que me estaba tomando unas vacaciones de mi prometido.

Contemplar el cielo desde un jet privado es un privilegio que nunca había experimentado y que probablemente no volviera a experimentar, de manera que quise sacarle todo el jugo a la experiencia.

—Tienes los ojos muy abiertos, como una muñequita—me decía con un arte que no se podía aguantar.

—Es que todo esto es muy novedoso para mí, seguro que lo entiendes.

—Lo entiendo y me alegra. Venga, disfruta de la vista—me pidió.

Yo disfrutaba, disfrutaba de la que me ofrecía él y no podía evitar que se me vinieran a la mente las imágenes que había soñado, esas que le llevaron dentro de mí y que trataba de olvidar a toda costa, con nulo resultado.

Si me lo planteaba seriamente, yo no debería estar allí y con él. Pero un deseo irrefrenable me llevaba a querer compartir aquella aventura que sin duda me dejaría otro montón de buenos momentos a su lado.

Eso no lo podía evitar, querer vivir eso con Liam no entraba en mis planes, pero sí en mis deseos. Así que no me lo pensé, me lie la manta a la cabeza, como se suele decir, y pensé en vivir esos días como si nada me lo impidiera… Salvo mi sentido común.

Capítulo 18



Aterrizamos en Miami y entonces sí que abrí los ojos. Era uno de mis destinos predilectos de siempre y no había tenido ocasión de visitarlo.

Durante muchos años apenas pude viajar a ningún sitio. Luego me cambió la vida a mejor, pero tampoco hacía tanto y me faltaban mil sitios por ver.

Desde allí, y mientras esperaba en el interior de su coche que hiciera un recado, pues teníamos uno preparado a su llegada, llamé a mi amiga India para contarle. Ella apenas daba crédito.

—Pero vamos a ver, ¿se puede saber en qué momento tu vida ha dado semejante giro sin que yo me haya enterado? Es que lo estoy flipando mucho, no sabes cómo lo estoy flipando.

—Más lo estoy flipando yo. Mira este boulevard, ¿no es para morirse? Te envío vídeo.

—Es para morirse que yo esté impartiendo cursos de verano y tú pasando las vacaciones de tu vida. Te tengo mucha envidia, pero de la cochina, ¿es que la niña se ha empeñado en volar hasta ahí?

—La niña no ha venido con nosotros, está con una amiguita.

—¿Vais los dos solos? ¿Qué me estás contando?

—En plan amigos, claro. Pero sí, los dos solos.

—¿En plan amigos con ese bombón? Eso no es posible, pero si tú te lo quieres creer…

—Ay, India, no me pongas más nerviosa que bastante lo estoy ya. En realidad, no sé muy bien qué hago con él aquí.

—Eso te lo puedo aclarar yo porque lo que está claro es que has ido ahí para disfrutar. Y que tu único cometido es ese. Y yo te digo una cosa, que si una noche la cosa se te va de las manos, piensa en eso de que lo que ocurre en Miami se queda en Miami.

—Que no, que eso no puede ser… Yo no soy así.

—También tenías planeada una semana de vacaciones con tu novio y estáis… Espera que lo calcule, ¿a cuántos kilómetros de distancia?

—Ni me lo recuerdes porque eso no es lo peor.

—¿Hay alguna cosita más que no me hayas contado? Porque tengo unas ganas de saber que no son normales, soy toda oídos.

—Que no le cuento nada de nada, pero él tampoco a mí. Yo creo que está muy picado.

—¿Muy picado? ¿Te deja tirada y se pica él?

—Pero para trabajar, no te olvides…

—A mí no me aburras con las cosas de tu novio. Cuéntame del multimillonario, que deben ser mucho más excitantes.

—Lo más excitante es que la otra noche soñé que me liaba con él.

—¿Y qué pasó?

—¿Que qué pasó? Que me levanté chorreando y no de sudor, bonita.

—Digo que qué pasó en el sueño, voy a psicoanalizarte.

—Pues, ¿qué quieres que pasara?

—Ya, que te metió de todo menos miedo, ¿no es así? La cosa se está poniendo al rojo vivo.

—No digas eso, que solo fue un sueño. Me estoy poniendo muy nerviosa y le veo venir por ahí.

—Eso, eso es lo que de verdad te pone nerviosa. Y te pone en general…

India era una cachonda de tomo y lomo. Yo había abierto la caja de los truenos al confesarle lo de mi sueño.

; Liam salía del despacho de unos importantes abogados, en los que acababa de estampar su firma, y entonces me habló.

—Ya he hecho todo lo que tenía que hacer aquí.

—¿Tan pronto?

—Claro, quiero poder dedicarte tiempo y créeme, los negocios no son buenos aliados en esos casos.

—Ya me lo imagino, ¿y ahora qué vamos a hacer?

—¿Todo lo que a ti te apetezca? Nos quedaremos dos o tres días, los que quieras.

—Bueno, pues dependerá de cuándo vuelva Violet exactamente, ¿ok? No quiero que llegue al rancho y tenga la impresión de que le he robado a su padre.

—Qué más quisiera ella—rio.

—¿Qué dices?

—Le harías un doble favor. Estoy seguro de que por un lado estaría encantada de vernos juntos y por otro pensaría que en parte la librarías de mí. Pero ya me callo porque te estoy viendo el terror en los ojos. Vamos a casa.

—Dirás a tu casa. Yo no podría comprar ni un alfiler aquí, imagínate. Madre mía…

Me llevé las manos a la cabeza. No podía concebir que estuviera allí y encima en tan buena compañía. Muchas de las cosas que estaba viviendo a su lado eran un sueño… Pero un sueño que, a su vez, me asustaba, porque nada tenía que ver con lo que venía siendo mi vida ni con lo que tenía proyectado para ella.

Quizás, en cierta forma, temiera acostumbrarme a algo tan distinto y que luego no me acomodara de nuevo a mi realidad cuando volviera a mi casa. Y no lo digo por los muchos lujos, que eran agradables, pero no importantes para mí, sino por la compañía y los buenos momentos que estaba viviendo con Liam y Violet. En realidad, temía echarles de menos.

—¿Estás bien? —me preguntó al ver que me quedaba un poco pillada.

—Sí, estupendamente. Estoy deseando conocer tu casa.

—Enseguida estaremos allí, pero prepárate para hacer planes. Quiero que quememos Miami.

—¿Quemarlo? Sería una pena, si es precioso—reí.

—No tanto como tú y mucho menos que tu sonrisa, créeme.

No pude dejar de esbozarla y menos después de que pronunciara esas palabras. Me sentía muy cercana a él, como

si después del desencuentro que mantuvimos en el rancho todo hubiese vuelto a la normalidad, pero a una normalidad más bonita aún que la de antes.

Estaba en una situación muy extraña, eso lo reconozco. En una situación en la que todo apuntaba a que debía echar el freno o podía ocurrir algo de lo que no tardaría en arrepentirme.

Puede que Liam estuviese acostumbrado a tener muchos líos en su vida, pero yo no había echado una canita al air en mi vida y, por muy tentadora que me resultase esa posibilidad, debía poner los pies en el suelo y no dejarme llevar por la emoción del momento.

a

si después del desencuentro que mantuvimos en el rancho todo hubiese vuelto a la normalidad, pero a una normalidad más bonita aún que la de antes.

Estaba en una situación muy extraña, eso lo reconozco. En una situación en la que todo apuntaba a que debía echar el freno o podía ocurrir algo de lo que no tardaría en arrepentirme.

Puede que Liam estuviese acostumbrado a tener muchos líos en su vida, pero yo no había echado una canita al aire en mi vida y, por muy tentadora que me resultase esa posibilidad, debía poner los pies en el suelo y no dejarme llevar por la emoción del momento.

Capítulo 19



Situada en uno de los barrios más lujosos de Miami, en un entorno idílico, la vivienda de Liam contaba con unas vistas de impresión y con acceso directo al mar.

Sus proporciones eran igualmente increíbles, con estancias enormes que incluían sala de billar, un comedor como para celebrar carreras de caballos en él, una cocina gourmet, un número ilimitado de dormitorios… No parabas de recorrerla en ningún momento.

Sus piscinas eran varias igualmente, tanto exteriores como interiores, y diversas personas de servicio se mostraron a nuestra disposición desde que llegamos.

Tardé un buen rato en terminar de comprobar cuántas opciones de ocio y demás había allí, pues su sala multimedia no era menos alucinante que sus terrazas tanto cubiertas como no al aire libre, por ejemplo.

Yo me paseaba curiosa pensando en que no podía ser verdad que tanto lujo se acumulase en una sola vivienda y él se reía de mis reacciones, encogiéndose de hombros, ya que todo le resultaba muy cotidiano.

Por si esto fuera poco, contaba con un muelle privado donde tenía amarrado un precioso velero.

—Pero esto es una maravilla—le dije mientras lo observaba embobada porque soy una enamorada del mar y los barcos me gustan una barbaridad.

—Es el chiquitín de la flota, tengo algunos más y también un yate, pero me alegra que te guste este. También es mi preferido, fue el primero que me compré y le guardo gran cariño.

—Yo no me voy a resistir a navegar, eso te lo digo desde ya. Es que me muero solo de pensarlo, de veras, ¿a quién tienes que llamar para poder llevarlo?

—¿A quién quieres tú llamar? ¿Conoces a alguien que quiera venir con nosotros? —bromeó.

—Hombre, ya te digo que mi amiga India mataría por algo así, pero no puede venir… En serio, ¿quién lo tripula?

—Yo… No es el yate, es solo un pequeño velero, no tiene gran misterio.

—¿Y podrías hacerlo ahora?

—¿Tripularlo? Claro, ¿ahora mismo quieres hacerlo? Pues vamos…

Todo era una aventura y él no le ponía pegas a nada. En cuestión de media hora, yo ya estaba vestida con ropa de baño y él ayudándome a embarcar.

Zarpamos en un periquete y tuve la oportunidad de ayudarle a hacerlo, lo que me motivó mucho. Yo no había tenido oportunidad de navegar más que en alguna excursión puntual y poder hacerlo nosotros solos y a nuestro aire me pareció un verdadero regalo.

Descubrir la ciudad de Miami fue el paraíso, pero ya hacerlo desde aquel precioso velero en el que todo estaba cuidado y bien cuidado, me pareció otro nivel.

En el poco tiempo que tardamos en zarpar, Liam se encargó de que nos lo aprovisionaran y enseguida estuvimos tomando unas frutas fresquísimas y refrescantes.

El velero navegaba con serenidad y yo pensaba que pocas sensaciones en el mundo como aquella, sin nada en que pensar y solo dejándonos llevar por el vaivén de las olas.

Tan solo un poco de vino probé con la fruta porque no quería que el alcohol hiciera estragos en mí como aquella noche, que salió entonces a la palestra y él me contó.

—Te quedaste dormida de un momento para otro, como si se te hubieran fundido los plomos de repente, fue de lo más divertido.

—Ay, Dios, ni me lo recuerdes… Yo no tuve constancia hasta que me desperté en mi cama y bueno…—los colores acudieron a mis mejillas como si él pudiera adivinar en mi rostro ese sueño que tuve.

—¿Bueno qué? ¿Es que piensas que pasó algo? Te doy mi palabra de honor de que no te toqué ni un pelo. Jamás haría algo así. No cuando no estuvieras en tus cinco sentidos.

Cada vez avanzaba un poquito más. Él las tiraba y yo las recogía. Era inevitable, habíamos comenzado un juego algo peligroso, porque por mucho que yo quisiera negarlo estaba en medio del mar con él… Y no solo con él, sino con muchas ganas.

—No, no, claro que no. No es eso. Dejémoslo en que fue una noche un tanto movidita, dejémoslo ahí…

—¿Movidita en qué sentido? ¿Te sentó mal el vino? ¿Terminaste vomitando?

—No, no… Ay, por favor, qué apuro. Que no fue nada…

—Espera, espera, ¿pensaste en mí? —me preguntó travieso.

—No, ¿cómo iba a pensar en ti si estaba dormida como un tronco?

—Entonces ¡¡soñaste conmigo!!

Traté de negarlo una y otra vez mientras él se partía de la risa. Ignoraba cómo yo solita me había metido en ese camino sin retorno, hay que ser torpe.

—No, ¡¡que no es eso!! —mentí porque no podía soportar confesar algo así.

—Mírame a los ojos y dime lo mismo sin dejar de hacerlo—me pidió mientras, hasta cierto punto, invadía mi espacio y ponía su cara descaradamente cerca de la mía.

—¡¡Solo fue un sueño!! ¡¡Solo eso!!

No pude seguir negándolo porque nunca supe mentir y carecía de toda práctica. Él seguía totalmente partido de la risa y pasándoselo bomba.

—Pues me lo tienes que contar.

—Antes muerta, eso no lo lograrás.

—¿Y por qué? Si solo fue un sueño no tienes ninguna responsabilidad sobre él. Además, ¿quién se va a enterar? Estamos solos tú, el mar y yo…

—Me muero antes de hacerlo, ya te lo he dicho.

—¿Antes de hacer realidad ese sueño o antes de contarlo? —acortó las distancias aún más conmigo.

—Por Dios, ¡¡qué calor hace!! ¿Por dónde se tira una de un velero?

—¿Quieres bañarte? ¡¡Pues vamos allá!! ¡¡Corre!!

Dicho y hecho. Ya estábamos en el agua… No sé ni cómo nos tiramos tan rápido. Solo sé que él me sujetó y que no me dio ningún miedo. Solo sé que ese abrazo me gustó mucho y que era el primero que recibía de Liam. No solo él estaba acortando las distancias. También lo hacía yo por mucho que me costase reconocerlo.

Capítulo 20



Llegamos a la casa al final de la tarde y pese que no habíamos parado y que el día fue largo, el cuerpo nos pedía marcha.

Por esa razón, nos decidimos a salir a la zona de South Beach, la cual estaba repleta de gente deseosa de pasarlo bien.

Cenamos en una cuquísima terraza donde nos trataron como a reyes, pues le conocían y nos sentaron en la mejor mesa.

Pese a todo, a él le gustaba no hacerse notar demasiado. Liam podría, de haber querido, hasta cerrar uno de esos restaurantes o locales de marcha a los que acudiríamos después para nosotros solos, solo que entonces, ¿dónde estaría la gracia? Sin duda, que estaba en mimetizarse con la gente, en hacerse pasar por uno más cuando en realidad era alguien con unas posibilidades que el resto no podía ni soñar.

Siempre admiraba su sencillez y sus ganas de pasarlo bien en todo momento. Tras la cena, acudimos a un primer lugar de moda con una terraza con piscina infinita en la que más de uno terminaría zambullido esa noche.

Yo me había colocado un vestidito en color frambuesa que me favorecía mucho. Era cortito y de manga caída sobre los brazos, dejando mis bronceados hombros al aire.

Él no paraba de mirarme. Por hora que pasaba, la atracción era mayor entre ambos. También estaba impresionante con una camisa rosa de cuello mao en el mismo color que mi vestido, si bien en un tono mucho más claro.

No dudamos en posar en un divertido *photocall* que había y en el que nos colocamos cantidad de complementos. Desde gafas hasta sombreros o bigotes, allí no nos faltó de nada y nos reímos cantidad juntos.

Yo me pedí una piña colada y él apostó por algo más fuerte, ya que esa noche nos recogería un chófer y podía beber a su antojo y sin limitaciones. Pese a eso, no solía pasarse con el alcohol, pues me daba la impresión de que se trataba de alguien a quien no le gustaba en lo más mínimo perder el control de las situaciones.

Brindamos y entrelazamos nuestros brazos. El fotógrafo del local inmortalizó el momento y nos enseñó la improvisada foto, en la que los dos aparecíamos mirando al otro sin poder ni querer evitarlo, con la sonrisa en eso

labios que aún no habían probado el alcohol.

Elegimos una terraza en la que estaba sonando música latina, pues el local contaba con varias. A ambos nos entusiasmaban todo tipo de bailes por lo que tampoco tendríamos problema en pasarnos luego a otra. No obstante los latinos son bailes muy insinuantes y creo que el lenguaje no verbal de los dos dejó poca duda.

No me reconocía. Aunque no hubiese hecho nada con él, claramente coqueteaba y eso ya era bastante, ¿qué me estaba pasando? Simplemente, que deseaba dejarme llevar y no pensar en nada, como habíamos acordado.

Al fin y al cabo, tampoco había hecho nada de lo que tuviese que arrepentirme; no fuera de mis sueños. El ritmo me envolvía y me dejaba mover por sus fuertes brazos, los cuales seguían la música del modo más sensual posible, al igual que su cadera y que el resto de su candente cuerpo, el cual se movía de una manera tan provocadora que llegué a clavarme, sin apenas darme cuenta, las uñas en las palmas de mis manos, evitando que se me notara la mucha excitación que, por otra parte, no podía esconderse.

Cuando los pies ya no me sostenían, buscamos una mesa apartada en la que seguir la noche, entre confidencias y risas. Como digo, no había bebido demasiado y, a pesar de ello, el cuerpo me pedía acercarme a él como si estuviese piripi, como si le pudiese echar al alcohol la culpa de algo que no la tenía. Era yo, era mi interior el que clamaba por desinhibirme y mi conciencia la que me decía que no actuase de un modo que me llevara a lamentarlo después.

La noche la terminamos en el jardín de su casa, en la piscina. No fue algo pactado, sino casual. Ambos nos acercamos al borde y entonces Liam saltó con ropa y todo. No voy a esconder sus constantes provocaciones, pero sí a afirmar que lo hacía de un modo nada obsceno.

Sin pensarlo, y riendo con él, quien tenía los brazos abiertos y me esperaba en el agua, solo me despojé de mis zapatos y me tiré también con el vestido sin tener ni idea de que iba a desteñir, porque era nuevo y no lo había lavado aún.

—¿Te ha pasado algo? —me preguntó temeroso temiendo que pudiera tratarse de sangre en un primer momento, debido a su color.

—Nada, que me voy a quedar sin vestido, por lo que veo. Mira, puro tinte, si es que no se puede comprar barato— reí.

—Eso quisiera yo, que te quedaras sin vestido de verdad.

—Ya, pero de otra manera… Ay, Dios mío, quita demonio, que me salgo.

Corrí hacia la escalera de la piscina y entonces me resbalé, cayendo de espaldas sobre él, quien me sujetó. Me dio la vuelta y evitarlo fue imposible. El flechazo llevábamos tiempo sintiéndolo y el beso apareció por allí como por

casualidad.

Duró unos segundos que se me hicieron muy cortos, transcurridos los cuales despegamos nuestros labios.

,

—¡¡Esto no ha ocurrido!! —grité mientras salía corriendo y él se divertía viéndome.

Me debatía entre volverme y dejar que me comiese enterita o seguir el camino de mi dormitorio. Le hice caso al angelito que me hablaba mientras que el demonio que también trataba de convencerme perdió la partida. Al menos en aquella ocasión, porque yo no podía garantizar nada.

No puedo decir que Liam insistiera. Muy caballeroso, me dejó ir y ni siquiera se pasó por mi dormitorio, respetando mi decisión. El problema no era ya él, era yo, porque volví a tener un sueño húmedo que me despertó a media noche, haciendo que debiera hidratarme porque estaba al borde del desfallecimiento.

-

casualidad.

Duró unos segundos que se me hicieron muy cortos, transcurridos los cuales despegamos nuestros labios.

—¡¡Esto no ha ocurrido!! —grité mientras salía corriendo y él se divertía viéndome.

Me debatía entre volverme y dejar que me comiese enterita o seguir el camino de mi dormitorio. Le hice caso al angelito que me hablaba mientras que el demonio que también trataba de convencerme perdió la partida. Al menos en aquella ocasión, porque yo no podía garantizar nada.

No puedo decir que Liam insistiera. Muy caballeroso, me dejó ir y ni siquiera se pasó por mi dormitorio, respetando mi decisión. El problema no era ya él, era yo, porque volví a tener un sueño húmedo que me despertó a media noche, haciendo que debiera hidratarme porque estaba al borde del desfallecimiento.

Capítulo 21



Me levanté ruborizada. Él ya estaba en el jardín y había pedido que nos sirvieran un desayuno de lo más opulento. La sonrisilla se le dibujó enseguida en el rostro cuando me vio aparecer, con un corto vestidito de estar en casa.

—Buenos días, qué rico todo, tiene una pinta estupenda—murmuré sin apenas poder mirarle a los ojos, pues entre el beso y el sueño posterior… Menos mal que esa última parte no la conocía Liam, aunque algo me decía que lo mismo le había sucedido algo parecido, dado que la atracción era bestial.

—Buenos días, Bella Durmiente, ¿qué horas de despertarte son estas? —me preguntó divertido y entonces miré el reloj, el cual indicaba que me había quedado sopa buena parte de la mañana.

—Cielos, ni cuenta me había dado… Es que no he dormido muy bien esta noche.

—¿Otro sueño? —me preguntó enarcando una ceja y entonces quise que la tierra me tragase porque, por más que lo negaba, él podía ver a través de mis ojos que así había sido—. Sí, has vuelto a soñar—me miró de un modo que creí que tuviese un aparato de rayos X en los ojos, como si pudiera traspasar el vestido con ellos, ver debajo de él, adivinar mi cuerpo, el cual ya deseaba a esas alturas tanto como yo el suyo. Y también adivinar mi mente, que era peor.

—Que no, que no, de verdad—trataba yo en vano de zafarme porque él sabía demasiado, porque él tenía una especie de poder para ver mucho más allá de lo que quisiera contarle.

—Está bien, como quieras. No pasa nada. Si quieres seguir negándolo, estás en tu derecho. De todo debe haber en el mundo y mentirosillas también—me picó.

—Ay, Dios… Que no es una mentira—negaba yo de nuevo, con la risa en la comisura de los labios, porque ver su cara culpabilizándome me hacía gracia.

—Bueno, corramos un tupido velo. ¿Qué te apetece hacer hoy? Podemos volver a navegar, aunque corro el riesgo de que nos marchemos de Miami sin que hayas visto apenas nada. Y entonces me acusarás de haber dedicado todo mi tiempo a intentar seducirte y de no ser un buen guía para ti.

—Puede ser, eso no lo niego.

—Pues entonces, paseemos hoy por la ciudad. Mañana volveremos a navegar. He consultado y Violet no regresa hasta mañana por la noche, así que tenemos vía libre durante dos días aún.

La idea me sedujo. Pese a que me ponía en un constante aprieto, pasar tiempo allí con Liam era muy guay. No sabía cuánto me quedaría con ellos una vez que volviéramos al rancho, porque en algún momento debería plantearme también la vuelta a casa, de manera que aprovecharía para beberme las horas.

Quería aprovechar también para comprarme algún modelito. Me faltaba ropa y deseaba estar perfecta en todo momento. No es que me hubiese poseído el espíritu de una *influencer* ni nada parecido, pero aspiraba a estar guapa en todo momento.

He de reconocer que cuando recibí la invitación de Liam para visitar su rancho no pensé en que acabaríamos, por ejemplo, visitando Miami, por lo que mi equipaje no resultaba acorde con tan magnífica visita.

Fui a prepararme y, al pasar por la puerta de mi dormitorio, la cual todavía estaba abierta, él me echó una miradita que me hizo hervir. Siempre lo hacía, en el momento más insospechado, y me dejaba sin reacción. Él lo sabía, sabía que yo me cortaba muchísimo, y parecía encantarle.

Ya era oficial, totalmente innegable, que nos traíamos un jueguecito peligroso entre manos. Miré a mi móvil y vi una llamada perdida de India, la cual le devolví cerrando la puerta y hablando en un tono bajito para que Liam no oyera los cuchicheos de chicas que nos traíamos.

—No había visto tu llamada, petarda. Estaba desayunando con Liam.

—¿En la cama y los dos juntitos? —me preguntó con sorna.

—¿Estás loca? Ni siquiera he olisqueado su cama. Vamos, es que no he puesto un pie en su dormitorio.

—De momento, se dice.

—¿Es que pretendes buscarme la ruina? Ni de momento ni nada… Claro que no. Ni loca.

—Muy reticente te muestras y eso es porque tienes miedo, ¿ha pasado algo más? A mí me lo tienes que contar porque estoy enganchadísima al culebrón y eso es por tu culpa.

—Que conste que soy inocente—argumenté.

—Claro, como todos… Pero solo hasta que se demuestre lo contrario—rio.

—Eres un poco malilla tú…

—Soy tu mejor amiga y solo quiero lo mejor para ti. Ya lo sabes.

—Pero estás expectante, no lo niegues. Como si fuera a ocurrir algo…

—Es que soy un poco brujilla y sé que va a ocurrir. Me apuesto contigo lo que quieras, ¿o es que ha ocurrido ya y me lo estás ocultando? Va a ser eso, ¡¡suéltalo!!

—Que no, que no… Que no es eso. No seas tontuela.

—A mí no me la das con queso. Observo cierto tono de culpabilidad en esa respuesta que has dejado caer, ¿qué me he perdido?

—Vale. Un beso, ha habido un beso. Pero porque nos lo dimos con nocturnidad.

—¿Un beso? ¿Estabas pedo? ¿Lo dices por eso?

—No, más bien estaba en mis cinco sentidos, la verdad. Y salí corriendo en cuanto sucedió, eso le quita gravedad.

—¿De qué gravedad me hablas? Alice, vive el momento.

—¿Debo recordarte que soy una mujer prometida?

—Por desgracia, no. Tengo pendiente la prueba de un vestido de dama de honor que me lo recuerda todos los días Sabes que esas cosas me resultan muy cursis y si tengo que pasar por el aro lo hago solo porque eres mi amiga.

—Tu mejor amiga, querrás decir…

—Por supuesto que sí. De otro modo no hubiera accedido, pero vaya, que un beso no significa que vayas a cancelar la boda.

—Claro que no. Me siento un poco culpable, no te lo voy a negar, pero trataré de hacer como que no ha sucedido, como que lo he soñado.

—Pues haz hueco, porque el tal Liam se te va a colar también completito en tus sueños, eso no lo dudes…

Capítulo 22

Salimos en coche y nos dirigimos a Ocean Drive, la calle más animada de Miami, también conocida como la calle pasarela o como el lugar en el que dejarse ver para los amantes del postureo, ya que eran muchos los que se hacían fotos y se grababan, posando felices en esa icónica calle junto al mar.

Yo notaba, una vez nos bajamos del coche, cómo él cada vez se acercaba más a mí conforme íbamos caminando, cómo buscaba mi cercanía y sacar mi sonrisa.

—Qué cantidad de sitios chulos—le decía yo porque no ocultaba en ningún momento lo mucho que me entusiasmaban todos esos lugares a los que Liam me llevaba.

Ese vibrante lugar, tan dinámico, derrocha dinamismo por los cuatro costados. A mí me parecía como si tuviese vida propia. Situada en el barrio de South Beach de Miami, se deja ver entre las calles 1 y 15 para deleite de propios y extraños, al haberse convertido en una de las avenidas más fotografiadas del planeta, lo que hace de ella uno de los destinos imperdibles para los visitantes.

Sus edificios *art déco* la definen y la dotan de una personalidad inconfundible, los cuales te encuentras restaurado y pintados en sus originales tonos pastel. Me quedé embelesada una vez allí, si bien la vida que rezuma te incita a ponerte en marcha y disfrutar de esa avenida al completo.

A Liam le gustaba quedárseme mirando para contemplar cómo me deleitaba con todo lo que me iba descubriendo Él conocía la ciudad como la palma de su mano y reía al ver cómo me quedaba atónita ante la vista, por ejemplo, de aquellos vehículos deportivos que costaban cifras astronómicas del tipo de Ferraris, Corvettes, Lamborguinis o Maseratis cuyos rugidos de motores se escuchaban por doquier mientras la gente alucinaba con sus acabados.

Estuvimos viendo escaparates, hasta que por fin me decidí a entrar en alguna de aquellas tiendas en las que vendían verdaderas virguerías. Los vestidos blancos, fresquitos y de inspiración playera, me vuelven loca. Y allí los había de todo tipo, algunos de ellos de ensueño, más elaborados y con vistas a lucirlos por la noche. De veras que yo no sabía por qué modelito decantarme y él lo solucionó, al ver el lío que tenía montado en mi cabeza.

—Da igual, nos los llevamos todos—le comentó a la alucinada dueña de la tienda.

—No le haga caso, que está de broma—le decía yo no dando crédito.

—No le haga caso a ella. La pobre está bebida desde buena mañana, tiene un problema con el alcohol—bromeó mientras me guiñaba el ojo y a punto estuve de arañarle.

No hubo manera de hacerle ver lo contrario y salimos de allí, o más bien salió él, como una percha andante. Dejamos todo aquello en el coche y nos dirigimos a almorzar, que ya era hora.

No sé por qué, ya me imaginaba yo que no tomaríamos un perrito caliente en un puesto callejero, sino que se empeñaría en que nos llenáramos el estómago en alguno de aquellos emblemáticos lugares, todos ellos ideales para disfrutar de un agradable almuerzo.

Conforme nos decidíamos, él me iba dando cantidad de explicaciones sobre los edificios, muchos de los cuales pertenecían a rostros famosos.

Terminamos almorzando en la residencia más popular de la zona, la Casa Casuarina o Mansión Versace. Por desgracia, su dueño Gianni Versace terminó siendo asesinado allí. Hoy se ha transformado en un hotel con once habitaciones y, según me contó Liam, es junto con la Casa Blanca y la residencia de Elvis Presley, la mítica Graceland, uno de los edificios más fotografiado de todo Estados Unidos.

Cuanto hacíamos tenía un toque de exclusividad, poca duda cabe, pero lo mejor de todo era compartirlo con él.

—Me maravilla este lugar—le confesé.

—Pues lo cierto es que todavía es mucho más chulo al caer la noche, te va a gustar. La tarde la pasaremos viendo otras cosas, pero volveremos para disfrutar de su vida nocturna. Quiero que te lo pases genial y que no me tildes de anfitrión aburrido cuando volvamos al rancho.

—Podría tildarte de muchas cosas, pero nunca de eso—levanté mi copa para brindar con él.

—¿Sí? Háblame de alguna de esas cosas…

—Pues, por ejemplo, de insistente—le sonreí.

—¿De insistente? Estoy respetando mucho cuál es tu situación y lo sabes. Si por mí fuera…

—Ya, ya, si no hace falta que me lo recuerdes…

—Pues eso, que si por mí fuera nuestra estancia aquí estaría resultando… Distinta, mucho más intensa, de eso que no te quepa duda.

No hacía falta que dijese nada más. Liam era una de esas personas que hablaba con los ojos. Me encantaba que as

fuera.

Por la tarde, y tras pasar por Little Havana y por Coral Gables en coche, viendo por un lado ese magnífico rincón cubano en pleno Miami y esa lujosa zona de mansiones y viviendas de estilo mediterráneo, pusimos rumbo a Lincoln Road y todo porque yo no sabía que él tenía en mente que mi recorrido de tiendas no hubiese terminado.

Todo le parecía poco para regalarme, por mucho que yo insistiera en que llevaba dinero y en que el mío tampoco era falso.

—Pues lo guardas, ¿no puedo yo tener un detalle contigo? —me preguntaba cada vez que salíamos de una de esas tiendas.

—Uno vale, pero es que ya va un ciento por lo menos—le decía yo—. El ambiente era total y las tiendas allí también siguen abiertas por la noche. Es que Miami me resultó vibrante, una ciudad para no dormir, aunque es un decir, porque yo soy dormilona y por mucha marcha que tenga, a cierta hora necesito planchar la oreja.

Y por si todo lo que estoy contando fuera poco, terminamos nuestro recorrido de tiendas en Bayside Marketplace, otra zona de ocio de la ciudad, situada junto al mar, donde no solo se encuentran bares y restaurantes a cada paso, sino también un centro comercial plagado de tiendas y de puestecitos en el que pasamos un fin de tarde inolvidable.

Tras recalar por la casa para darnos una ducha y poder lucir uno de esos modelitos tan cuquis, salimos de nuevo. Yo llevaba unas altas cuñas en color turquesa, el mismo color de las piedras que lucía mi increíble vestido blanco, corto, con generoso escote, vuelo a partir de la cintura y con cuerdas que cruzaban la espalda.

Me venía morenita de piel y el blanco realzaba ese moreno. Lo cierto es que me veía guapa. Hay días, supongo que nos pasa a todos, que nos vemos especialmente favorecidos.

Salimos en dirección de nuevo a Ocean Drive para comprobar que Miami es un lugar insomne, así se le conoce a nivel mundial. Allí comenzamos un recorrido nocturno de música y copas en el paseo marítimo, que se mostraba animadísimo y repleto de locales y turistas.

Los relaciones públicas de los locales, te abordan y te invitan a visitarlos. Yo me dejaba llevar por aquella marea humana, pero sobre todo por Liam, que se conocía el sitio a la perfección y que me iba guiando hacia los mejores rincones.

Los garitos que visitábamos eran de ensueño. Muchos acuden a Miami atraídos por la arena blanca de sus playas y por sus cristalinas aguas, si bien no quedan menos prendados de todo lo que la ciudad tiene para ofrecer cuando se pone el sol.

Las discotecas son realmente alucinantes y algunas cuentan con un cordón de terciopelo por el que has de pasar

antes de ser consciente de que te encuentras en un paraíso nocturno.

Mi sensación de aquella noche era distinta. Iba flotando, como en una nube. El problema para mí consistía en que cada vez me encontraba más a gusto con Liam y que ello contaba con una serie de contras que iban inevitablemente unidos a los pros. Con todo y con eso, cada vez que ese tipo de pensamientos se me venían a la cabeza, los descartaba y procuraba dejar la mente en blanco, disfrutando de lo mucho que la ciudad tenía para mostrarme, pero más aún de lo mucho que me daba la insustituible compañía del mejor guía con el que pudiera haberme topado.

Qué poco me podría haber imaginado, algún tiempo atrás, que el hombre que me puso a caldo en el colegio, a finales de curso, se iba a convertir enseguida en el artífice de que aquel verano me estuviese resultando tan increíblemente distinto al resto.

A lo largo de las muchas horas que permanecimos despiertos aquella noche, vivimos la fiesta más loca y desenfrenada que os podáis imaginar. La sofisticación es total y la gente mueve el esqueleto, como si apenas tuvieran huesos, hasta altas horas de la madrugada.

No había canción que Liam y yo no bailásemos. El estilo nos daba exactamente igual. Los DJs pinchaban como si no hubiese un mañana, todo eran luces… Y entre ellas, sonriente, me encontraba con la blanquísima dentadura de Liam toda la noche.

No voy a negar que los locales que estábamos recorriendo eran muy *cool* y elitistas. A mí eso me daba igual, aunque se notaba a la legua que Liam deseaba que pudiese disfrutar de lo mejor entre lo mejor. Todo se le hacía poco para atenderme y a través de los abarrotados locales me llevaba cogida de la mano, como si de otro modo pudiésemos perdernos, algo nada descartable, si bien tampoco me equivoco cuando afirmo que a él le gustaba llevarme así tanto como a mí me gustaba que me llevase.

En la última disco en la que estuvimos, tan impactante como el resto, nos encontramos con DJs tan famosos que a punto estuve de perder el sentido. Uno de ellos, que estaba pegando muy fuerte en ese momento, era el preferido de mi amiga India, por lo que no dudé en tomar un vídeo que le enviaría al día siguiente para que también pudiese disfrutar, en parte, de todo lo bueno que me estaba tocando vivir en compañía de Liam.

Por lo demás, y aparte de la música latina, igual sonaba *house* que rock que *hip hop*. Fuéremos donde fuésemos, eso sí, el ambiente era total.

Yo no quise abusar de las copas. No cuando me ponía demasiado tonta al beber y quería poder recordar aquella experiencia, una vez llegase a casa, de la forma más nítida.

Su manera de mirarme con tanta intensidad cuando estábamos bailando, la forma en la que me acercaba a él… Po Dios, que el lugar sería muy glamuroso y todo lo que queráis, pero que allí sentía yo más calor que si me estuvies rozando con la mismísima barandilla del infierno.

Cuando nos hartábamos de bailar y yo me mostraba exhausta, pues en él no parecía hacer mella el cansancio, nos retirábamos a uno de esos reservados que pillaba en cada local que pisábamos. Cualquiera de ellos debía costar una pasta gansa, algo que se la traía al pairo a Liam a la hora de hacer de aquella noche, una inolvidable.

La terminamos en una de las terrazas al aire libre de uno de los locales de marcha más icónicos de esa ciudad en la que ya teníamos las horas contadas. Él me tenía cogida por la cintura, desde atrás, y acercaba su cabeza a la mía. Sin que me viese, cerraba los ojos y me deleitaba con el embriagador aroma de su carísimo y varonil perfume.

Sin decirle nada, y sin querer siguiera reconocérmelo a mí misma, atesoraba todas esas sensaciones en mí para cuando él ya no estuviese, para cuando Liam ya no fuese más que un recuerdo para mí, para cuando tuviese la sensación de que todo lo vivido no habría sido más que un sueño.

Se trataba de nuestra última noche a solas y en Miami. Yo deseaba bebérmela a sorbos cortos y él… Él estaba haciendo todo lo posible para que me resultase inolvidable.

Cuando nos hartábamos de bailar y yo me mostraba exhausta, pues en él no parecía hacer mella el cansancio, nos retirábamos a uno de esos reservados que pillaba en cada local que pisábamos. Cualquiera de ellos debía costar una pasta gansa, algo que se la traía al pairo a Liam a la hora de hacer de aquella noche, una inolvidable.

La terminamos en una de las terrazas al aire libre de uno de los locales de marcha más icónicos de esa ciudad en la que ya teníamos las horas contadas. Él me tenía cogida por la cintura, desde atrás, y acercaba su cabeza a la mía. Sin que me viese, cerraba los ojos y me deleitaba con el embriagador aroma de su carísimo y varonil perfume.

Sin decirle nada, y sin querer siguiera reconocérmelo a mí misma, atesoraba todas esas sensaciones en mí para cuando él ya no estuviese, para cuando Liam ya no fuese más que un recuerdo para mí, para cuando tuviese la sensación de que todo lo vivido no habría sido más que un sueño.

Se trataba de nuestra última noche a solas y en Miami. Yo deseaba bebérmela a sorbos cortos y él… Él estaba haciendo todo lo posible para que me resultase inolvidable.

Capítulo 23



Por fin llegamos a la casa. A mí no se me había pasado por alto en ningún momento que Liam no me soltaba la mano ni a sol ni a sombra, mostrándose encantado.

Yo iba con un puntito que me desinhibía un poco y que me hacía reír, pero en absoluto estaba fuera de control. Ya apunté que no quise pasarme de copas, pues deseaba vivir la experiencia de una manera consciente.

Entramos en el salón y Liam mostraba tan pocas ganas de acostarse como yo. Al menos de hacerlo a solas. Tomó una última copa de la barra que tenía situada en él y salimos al jardín. Se trataba de una sola que compartiríamos una vez pusiera música y viviésemos de nuevo el ritual de baile, el uno con el otro y sin interferencias, en ese jardín que se me antojaba como el del mismísimo Edén.

Una balada tan rockera como romántica fue el pistoletazo de salida para que comenzásemos a bailar a esas horas y ya lo hiciésemos de una forma mucho más melosa, en la privacidad del hogar.

Habíamos cumplido nuestra palabra y, mientras permanecimos allí, nada se dijo de mi situación con Mark, en ningún momento salió ese tema a la palestra. Sin embargo, y pese a todo, yo traté de respetar un estado que, sin embargo, ya no podía seguir respetando en ese instante.

Hay momentos en la vida que suponen un punto de inflexión. Hay momentos en la vida en los que todo tu mundo como lo conocías hasta ese instante, se desmorona ante ti como si de un castillo de naipes se tratase. Hay momentos en la vida en los que entiendes que has sido sacudida como si la otra persona se tratase de un huracán capaz de llevárselo todo por delante a su paso.

En esos momentos, en los momentos en los que todo cobra una nueva forma, la cabeza te da vueltas y vueltas… En esos momentos entiendes que estás asistiendo a “un antes y un después” y, pese a todo, no puedes dar marcha atrás, como si una fuerza arrolladora te hubiese pillado por banda, como si tus pies no pudieran contenerse y se lanzasen en búsqueda de esa otra persona que se cuela por un pequeño resquicio de tu corazón, aprovechándose de que existe, para tratar de convertirse en su ocupa.

Mi vestido fue cediendo poco a poco a la pericia de sus dedos. No tardé en quedarme con un delicado conjunto de ropa interior que, si os digo la verdad, tenía más apariencia de inocente que de otra cosa.

Al verlo, Liam solo esbozó una sonrisa y, mientras pellizcaba uno de mis senos por encima de él, pronunció una sola palabra.

—Irresistible…

El color afloró a mis mejillas en ese instante en el que él colocó su otra mano en la parte posterior de mi cuerpo, en esa franja que separa la espalda del trasero; en ese lugar en que la frontera que marca se convierte en una línea roja que, una vez traspasada, ya no entiende de marchas atrás.

Comenzó a besarme entonces. Esa noche no echaría yo a correr porque no era una niña y porque deseaba esos besos más que ninguna otra cosa en el mundo. Era momento de ser honesta conmigo misma y de reconocerlo; deseaba a Liam más que a ningún otro hombre.

Uno a uno iba depositando en mi boca unos besos con los que parecía querer comerme mientras yo solo podía pensar en que me dejaría comer de buena gana por él.

Liam era pura sensualidad y, en sus brazos, yo me contagiaba de esa sensualidad que hacía mía. Siempre fui tímida y, por ello, me costó lanzarme en el sexo. Con él podría ocurrirme todavía más y, sin embargo, la enorme excitación que sentía me llevaba a mirarle fijamente a unos ojos que me volvían loca; a unos ojos que rezumaban mucha vida, lo mismo que ocurría con los míos.

Ávida de él, me dejé tumbar en aquel sofá *chill out* que me resultó comodísimo, como todo lo que tenía. Mi cuerpo temblaba y mi corazón parecía estar saltando a la comba, ese es el mejor resumen que puedo hacer de la situación.

Me pareció exquisita la forma que tuvo de calmarme, sin dejar de mirarme fijamente, mientras pasaba sus dedos por encima de mis labios. Parecía llenarse de ellos con solo tocarlos. Por cierto, que los sentía más gruesos que de costumbre tan solo por el hecho de que él los besase, engrosándolos, como si la sangre se activase en ellos. Y no me resultaría extraño, puesto que la sola presencia de Liam ya me activaba y me estimulaba de un modo que no me parecía de este mundo.

La cara interna de mis muslos parecía haber adquirido vida propia. Mis dedos se enroscaban en mi pelo y, juguetona, le ofrecía la más sugestiva de mis sonrisas, que no por ello dejaba de ser tímida.

Cada vez que Liam observaba esa timidez en mí se volvía rematadamente loco. La excitación hacía acto de presencia en sus ojos y, a la vez, también aumentaba su virilidad, endureciéndolo a tope. Yo lo notaba a través de sus pantalones, los cuales terminó por quitarse lo mismo que su camisa, pues las llamas se encendieron entre ambos y el calor en aquel jardín nos resultaba abrasador.

Mi mente era un lienzo en blanco que no quería pensar en culpabilidad alguna. Logré dejarla así y limitarme a disfrutar. No debía hacer otra cosa y menos cuando, con sus dientes, me libró de la prisión de mis braguitas y, mientras amasaba de nuevo mis senos, llevaba su lengua hasta la parte más picante de mí.

He de reconocer que Mark era muy escrupuloso y que no le gustaba practicarme sexo oral, por lo que yo no es qu estuviera precisamente servida de él. Por esa razón, no exagero si comento que los ojos debieron volvérseme del revés al notar cómo la juguetona lengua de Liam se abría paso entre mis labios vaginales, los cuales la esperaban ardiente.

Sentí que el cuerpo al completo se me encorvaba y una serie de pequeñas descargas, tan eléctricas como excitantes, recorriendo el interior de mi humeante vulva. Los gemidos placenteros comenzaron a agolparse en la entrada de mi garganta uno detrás de otro, como haciendo fila. Cada uno de ellos sacaba la más libidinosa de las sonrisas en Liam y en cuanto a mí… En cuanto a mí me entregaba por completo a él y a todas las caricias que tuviese a bien hacerme.

Mis piernas se abrieron más y más para que él encontrase con más facilidad ese canal que le llevase directo a mis entrañas. Tras recorrer con su caliente lengua la parte exterior de mi vulva y adentrarse en la búsqueda de mi clítoris, se metió en lo más recóndito de mí en busca de hacer que en ese escondite lloviese para él y lo hiciese de la forma más excitante posible.

Gemido a gemido me llevó a estallar. Su lengua muy dentro de mí y sus dedos recorriéndome por fuera, dibujand sobre mi clítoris, estimulándolo de un modo que me costaba encajar, pues estaba tan inflamado y sensible que me hacía dar botes.

Al correrme, le sentí enloquecer, afanarse mucho más aún en darme placer. También su virilidad se manifestó más. Estaba tan duro que debía dolerle y, por mi parte, deseaba que su miembro asomara para familiarizarme con él, si bien algo me decía que esa posibilidad no me faltaría en ningún momento.

Mi estallido fue brutal y me sorprendí a mí misma gritándolo como una posesa. Son muchas las mujeres que opinan que el mejor orgasmo es ese que viene precedido por un salvaje juego de lengua. Y yo les di la razón aquella noche.

Temblorosa por completo, asistí al espectáculo de cómo hurgaba en mi interior, de cómo buscaba cualquier vestigio de ese orgasmo. Liam guardaba silencio, pero hablaba con los ojos. Por mi parte, yo proseguía con el recital de gemidos que me era imposible contener, aparte de que no encontraba ninguna razón para contenerlo.

Removiéndome, le di la oportunidad de volver a partir de cero… Con gesto exhausto, entreabrí la boca para pedirle que continuase, que no me privase en ningún momento de un placer adulto al que ya no quería renunciar.

Apenas unos segundos para recuperarme gracias a su batería de besos y ya volvía de nuevo al asalto. A él le resultaba de lo más excitante que depositara en su oído palabras tendentes a que prosiguiera y lo hacía con un tremendo ímpetu.

A Liam le encontraba muy entregado en el sexo. No parecía tan interesado en disfrutar como en que lo hiciera yo, aunque no dudo que en mi disfrute encontrase el suyo propio.

Por unos momentos, me privó de sus caricias, si bien entendí que a su vuelta se lo agradecería cuando le vi enfilar la casa. No tardó en salir y lo hice con una hielera repleta. El calor de aquella noche era bochornoso y él tenía ganas de hacerme bajar la temperatura de un modo que no las tenía yo todas conmigo, puesto que podía ser que terminase por subírmela.

Tomó uno de los cubitos de hielo y con él recorrió mi cuerpo al completo, partiendo de mi boca, en la cual lo introdujo. Primero me hizo paladearlo y después acarició mis labios con ellos, humedeciéndomelos tanto como esos otros labios que, en el ecuador de mi cuerpo, le esperaban con inusitada ansia.

El calor me sofocaba por mucho hielo que pasase por mi cuello, por mis senos (con especial atención en mis pezones), por mi vientre, por mi línea alba, por el exterior de mi sexo… Luego lo abrió y lo introdujo dentro de mis labios. Mi clítoris también recibió sus heladas caricias y ahí se recreó, jugando a pasarlo por él mientras luego aplicaba su caliente lengua, creando en mí un efecto frío calor que me llevó al mismo cielo.

Cogida a la tela del sofá, me agarré mientras él comenzaba a emplear de nuevo su lengua, dándole más intensidad aún al juego… Cuando ya me tenía a punto, cuando notaba esas contracciones que te llevan inevitablemente al orgasmo, noté cómo mis piernas se contraían y mis pies más aún… Noté que me deshacía en sus brazos y el fruto de mi orgasmo se desbordó desde el interior de mi vagina, llegando a impregnar mis muslos.

Liam no dudó en acercarse y meter de nuevo su cara en mi entrepierna. Bien podía parecer que fuese su hobby favorito, paladeándome y haciéndome vibrar una vez más. Yo es que levitaba, parecía salirme de mi cuerpo…

El corazón se me aceleraba por completo y terminaba por agarrarme a esa espesa mata de pelo suya, a esa mata de pelo oscuro que me hacía vibrar lo mismo que sus vivos ojos, esos que no se apartaban ni un solo momento de los míos, esos que adivinaban cuál debía ser el siguiente movimiento por su parte para desatar el desenfreno en mí.

Una fina capa de sudor impregnaba mi piel al completo. También la suya. Era compartida y resbaladiza. Así es el sexo cuando se practica bien. Y sobre eso había cursado Liam varios másteres.

Un nuevo cubo de hielo, que otra vez pasó antes por mi boca, me siguió recorriendo por la parte sur de mi cuerpo. Mis extremidades inferiores se estremecieron al igual que el resto. Y no digamos ya mis pies, con los que jugó en todo momento.

No en vano, uno a uno terminaron mis dedos en el interior de su boca. Eso no me lo habían hecho nunca y, pese a que me sonrojé muchísimo, me dejé llevar por el enorme placer que también me proporcionaba.

Mis manos querían alcanzar su miembro. Él no lo permitía, como si no deseara intromisiones.

—Es tu momento—murmuró mientras yo solo podía pensar en que ese momento se estaba perpetuando sobre aquel sofá y en que se mostraba tan generoso conmigo en el sexo como en el resto de los ámbitos.

Nada pude argumentar al respecto. Tampoco lo intenté porque reconozco que me encantaba dejarme llevar por Liam, comprender que si lo hacía así iba a alcanzar unos picos de placer que no estaban en mis vivencias sexuales hasta el momento.

Muy excitado, no obstante se mostraba increíblemente tranquilo. En la cama, Liam no conocía las prisas… De pronto, y tras haberme relajado tanto con aquel cubito de hielo, me dio la vuelta y, tomando otro, comenzó un nuevo juego.

Mi boca lo calentó previamente y él me dio la vuelta. Yo estaba totalmente desnuda y, con él, me recorrió toda la espalda. La piel se me erizó conforme iba bajando de mi cuello a mi cintura, dejando toda mi espalda de por medio, regalándome unas electrizantes sensaciones.

El mismo cubito de hielo terminó sobre mis nalgas, las cuales estaban bastante trabajadas y, por tanto, duras. Sobre ellas, dibujó con él mientras llevaba sus dedos al interior de mi sexo en el cual, cuando lo hubo estimulado lo suficiente, no dudó en introducir el mismo cubito gélido cuyo tamaño ya había disminuido de manera considerable.

Su juego de dedos fue magistral en mi interior, provocando que el cubito se fuera derritiendo. En determinados momentos, y de espaldas como me tenía, se bajaba a beber de él, de la entrada de mi sexo, conforme el agua se iba desprendiendo y se mezclaba con mi flujo.

Liam se mostraba ardiente, entregado al máximo, viril hasta decir basta… Con el hielo en mis entrañas me corrí de nuevo y, dado que iba adquiriendo más confianza por minuto que pasaba, grité para él.

Liam enloqueció al escucharme así y no dudó en terminar de derretir ese hielo para dar paso a su miembro en mi interior. Yo sentía como si la frialdad me quemase un poco por dentro, pero la sensación de notarle me aliviaba y me producía una tremenda estimulación.

Estaba de espaldas a él y hacía por ladear mi rostro para contemplarle. Quería verle entrar en mí, quedarse allí, salir y comenzar otra vez. Liam agarraba mis manos con fuerza, haciendo de ambos cuerpos uno solo. Yo le sonreía con las mejillas en llamas y él apretaba más aún mis manos, si es que cabe.

En mi interior, se movía como pez en el agua. Se le notaba mucha experiencia en el sexo y cada gesto suyo me llevaba sin contemplaciones a recorrer el camino que me situaría en un nuevo orgasmo.

Sus estocadas me resultaban cada vez más placenteras y yo se las pedía. Él no tardaba en complacerme y así estuvimos hasta que me corrí de un modo muy caluroso, empapando su miembro, el cual notaba con una consistencia extremadamente dura que me llevaba a sentir un placer indescriptible.

Después me dio la vuelta y me encaró. Yo ya me había corrido varias veces, pero no debían parecerle suficientes.

Liam tenía muchísima cuerda en el sexo. Yo le sentía incombustible, como si aquel asalto no fuese a tener fin. Puede que también hablase mi deseo, ya que para nada quería que acabase. El día estaba por amanecer y nos encontraría así en el jardín…

Mi cuerpo estaba ya empapado, lo mismo que el suyo, por lo que no dudó en levantarse sin salir de mí, haciendo que le rodease con mis piernas. De esa misma manera nos introdujimos en la piscina y entonces la sensación fue suprema.

El frescor del agua calmó nuestro calor. No por ello decidimos dar fin a aquello, todo lo contrario. Con el vigor de esa refrescante sensación, Liam pareció partir de cero. El cansancio no le hizo mella en ningún momento. Estaba en forma y el sexo parecía gustarle como pocas cosas en el mundo.

En el agua comenzó un nuevo capítulo erótico festivo en el que se deshizo para que yo disfrutase. Él apartaba mechones rebeldes de cabello de mi rostro para a continuación besar mis labios, los cuales estaban ávidos de esos besos.

Mientras, no dejaba de acariciarme por todo mi cuerpo mientras yo seguía cogida a su cintura con mis piernas y él me acariciaba por doquier. Sus manos me recorrían y cada caricia suya me parecía un regalo.

Sus fuertes embestidas contrastaban vivamente con esas caricias y con sus apasionados, pero calurosos besos. En Liam había encontrado a un amante superior a lo que hubiese probado hasta entonces que me estaba descubriendo las mieles de un sexo al cual me costaría renunciar a partir de ese momento.

Su alivio le llegó en aquella piscina en la que dimos buena cuenta el uno del otro porque, a pesar de mi timidez y de mis temores, me descubría a mí misma besando su torso, lamiéndolo, recorriéndolo de arriba abajo y de extremo a extremo, causándole también un placer que me agradecía con los más sugerentes de los gestos.

El día ya nos obsequiaba con toda su luz cuando terminamos. Entonces, él se dedicó a secar mi cuerpo con una toalla, de una manera muy amorosa, antes de volver a entrar en la casa. Pocas sensaciones podían gustarme tanto como esa. Además, admiraba mi cuerpo como si se tratase de una valiosa obra de arte y lo recorría con la yema de sus dedos.

Tan relajante me resultó esa forma suya de proceder que prácticamente me dormí en espera de que él me tomase en brazos y me llevase a la cama.

No fue en la mía, sino en la suya, donde aterricé. Por ese motivo, me quedé dormida abrazada a él. Mi sensación no podía ser más reconfortante y no tardé en conciliar un descanso que me llevó a tener un sueño húmedo con él, para no variar. Sin embargo, en aquella ocasión llegó a ser aún más realista, por el simple hecho de que yo ya le había probado y sabía cómo se las gastaba Liam en la cama. Poco más hay que añadir.

Capítulo 24



Me desperté e ignoraba qué había pasado. Me sentía muy húmeda y entonces reparé en que estaba abrazada a él, en que no había variado la postura en toda la noche.

Liam me miraba y esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué hora es? —le pregunté.

—Un poco tarde para unas cosas, pero no para otras—me contestó vacilón y dándome un beso en los labios.

Por un momento, me sentí mal, como entendiendo que eso que acababa de hacer la noche anterior no estaba bien. Yo jamás había engañado a nadie y mucho menos a Mark, mi pareja. Y de pronto actuaba sin escrúpulos.

No era eso lo peor. Lo peor era que sentía unas ganas irresistibles de volver a pecar en brazos de Liam. Y sin pensarlo demasiado me entregué a esos besos que ya comenzaban a salirse de dos.

Recordé de pronto que incluso había soñado con él y me sentí algo presa. Presa de unos besos que me envolvían y en los cuales me dejaba por llevar por unas sensaciones que no me eran demasiado conocidas, por unas sensaciones que despertaban a la par todos mis sentidos.

Antes de que pudiese detener semejante huracán, ya le tenía metido en mi sexo con su lengua, ya se había agachado para de nuevo recordar a qué sabía yo. Y en esa ocasión de buena mañana.

En mi caso, solo podía entregarme a esas caricias bucales que removían mis cimientos, que me hacían temblar. No podría decir a qué estaba jugando con Liam, pero sí afirmar que me estaba enganchando a él, ¡y de qué modo!

No exagero si digo que la forma en la que me devoraba me resultaba totalmente imparable. Con los ojos cerrados y entregada al máximo de los placeres solo podía rogarle que continuase, que ya que había puesto en marcha la maquinaria del sexo de la forma en la que lo había hecho, no dejase de entregarme eso que parecía tener guardado para mí.

Diría que Liam me miraba incluso con devoción y me costaba comprender. El sexo con él era glorioso, pero yo no podía evitar la sensación de pensar que encerraba algo más. Su forma de mirarme me confundía y, pese a ello, yo

no renunciaba al inconmensurable placer de posar mis ojos en los suyos, tratando de mantenerle la mirada en todo momento.

Estaba dando pasos en su dirección… Yo lo notaba y pese a tener que vencer mi evidente timidez para ello, lo hacía y me sentía orgullosa.

Mis gemidos de placer comenzaron a sonar en todo el amplio dormitorio. Nunca me escuché así, nunca me liberé tanto en el sexo, nunca pensé que llegara a entenderme con alguien que me era prácticamente desconocido de ese modo y en la cama.

Todo me resultaba tan confuso como excitante, por lo que una vez más no pensé en consecuencia alguna y, entre las sábanas, me entregué a él. Demasiado tiempo sin sentir algo así, quizás toda una vida, de hecho.

Me gustaba tanto sentirme así… Mis piernas no paraban quietas y mi vientre botaba al ritmo al que lo hacía mi pecho. Tenía la sensación de que el corazón se me saldría de él. Era algo muy novedoso para mí, como si me estuviese liberando de unas cadenas de las que nunca tuve constancia que estuvieran ahí.

Todo me resultaba muy impactante mientras él se limitada a recorrerme por dentro, a probar cada uno de los recovecos de mi piel, a demostrarme que su lengua podría resultarme tan adictiva que existía la posibilidad de que no pudiera prescindir de ella.

Me miraba en el enorme espejo que nos servía de cabezal y no me reconocía. No reconocía las facciones de la mujer que allí se reflejaba, mucho más realizada de lo que nunca me encontré.

La dulzura que siempre caracterizó mi rostro daba lugar a un gesto mucho más sexy, más sexual, más adulto, más femenino, más deseable… Yo misma lo notaba y no digamos ya él, quien parecía idolatrar esas facciones que le llevaban a la máxima de las excitaciones.

De mi cadera hacia abajo, yo hervía. No quiere decir que el resto de mi cuerpo permaneciera ajeno a esas caricias linguales que me estaba proporcionando. No es eso para nada, pero sí que a partir de esa zona se concentraba en mí un calor irracional, un calor que me hacía parecer arder en un infierno en el que quizás me estaba condenando, pues aquello no estaba bien, por mucho que yo quisiera maquillarlo o directamente obviarlo.

Lejos de pensar en las consecuencias, me entregaba a él una vez más… El problema radicaba en que ya le había probado y en que no podía desengancharme de un sexo que me hacía vibrar como nunca lo hice.

Liam era consciente de cuanto me estaba ocurriendo. Él solo necesitaba mirarme para saber que el enganche era total en mí. No quiero pecar de prepotente porque ese nunca ha estado entre mis defectos, pero tampoco creo que me equivoque cuando afirmo que él se estaba enganchando igualmente.

Cogido a mi cadera, me proporcionaba tanto placer que mis gritos iban a más… cuando se sació de mi sexo,

cuando por fin logró que se tornara en un cálido río para él, decidió centrarse en mis pezones, a los que dedicó igualmente las más ardientes y picantes de las caricias.

Turgentes, le esperaban con ansia y la forma de succionarlos me llevó de cabeza a un nuevo tipo de delirio no menos llameante que el anterior.

Me cogiera por donde me cogiera, el placer que me proporcionaba era infinito. Mis poros se abrían para él. Una capa de sudor muy fina me envolvía y eso me apuraba, si bien enseguida me di cuenta de que a Liam le sucedía lo mismo y entonces me relajé. Fue relajarme y volver a correrme, ¿cómo podía hacerlo con tanta facilidad?

Por el amor del cielo, yo nunca me había corrido de ese modo. Es más, me tenía por un poquito complicada en ese sentido y no era la primera vez que Mark había terminado sin que a mí me hubiese sucedido. De hecho, eso era algo común a lo que mi prometido no parecía darle la más mínima importancia. Sin embargo, mirando a los ojos de Liam tenía la certeza de que él no hubiese permitido algo así. Diría que entre nosotros todo era distinto y he de confesar que yo estaba descubriendo el verdadero goce en el sexo a su lado.

Me tenía bocarriba y con las piernas flexionadas, las cuales me temblaban muchísimo. Mi sexo ya se había despachado a gusto y él buscaba su empapada entrada para cubrirla con su erecto pene. Era mucha, muchísima, la excitación por ambas partes y eso se traducía en una complicidad total.

—Espera un momento—me pidió mientras de un cajón sacaba un pequeño artefacto que, a bote pronto, yo no supe identificar.

—No sé qué es eso…

—Es un pequeño tapón anal, ¿no has jugado nunca con ninguno? —me preguntó.

—No, es que yo… Yo nunca he sido de juguetes, verás—le confesé mientras me estremecía de pensar que ese pequeño artefacto, a pesar de no contar con un gran tamaño, entraría por ese orificio de mi cuerpo que tan desconocido me resultaba en cuestiones de sexo.

Digamos que Mark era bastante convencional y que concebía el sexo como “sota, caballo y rey”. Lo que le gustaba, que más solía tener que ver con su total placer que con el mío, lo repetía hasta la saciedad. Pero del resto como que pasaba, digámoslo así.

Con Liam todo era distinto y bien se veía que experimentar era algo que le podía. Eso me excitaba mucho, si bien reconozco que en ese momento me sentía un poco asustada.

Liam sabía cómo hacer las cosas y también cómo tratarme. Con esa mirada suya que tanta confianza me transmitía, fue poco a poco cubriendo de gel la parte del pequeño juguete que entraría en mí, mientras que con la otra mano introducía varios dedos en mi cavidad anal, igualmente provistos de una cantidad de gel de ese

dilatador que no tardaría en hacer su función.

—Mírame a los ojos—me pidió mientras me lo aplicaba y supe que cualquier petición por su parte sería atendida por la mía en ese momento. Daba igual lo que me pidiese; yo lo cumpliría.

A partir de ese momento no le negué mi mirada ni un solo segundo. La cosa cada vez se calentaba más y me refiero al sexo en general. No digamos ya ese estrecho canal que, poco a poco, comenzó a dilatar para él, haciendo que pudiera introducir sin mayor problema ese mecanismo diseñado para recibir placer por esa parte del cuerpo que yo tenía por poco menos que prohibida, como si en su orificio de entrada hubiese situada una señal de *stop* que impidiera traspasarla.

Mis piernas comenzaron a moverse de un modo nervioso mientras él se adentraba en mí. Sus dedos ya habían salido de mi cavidad anal y ya tenía dentro ese artefacto que enseguida comenzó a vibrar. Ningún daño me hizo al entrar y esas cosquillas internas que sentí fueron más que excitantes.

Ahí no quedaría la cosa, porque si Liam había puesto en marcha ese mecanismo no era para quedarse de brazos cruzados, sino para proporcionarme placer por distintos lugares de mi cuerpo al mismo tiempo. Eso lo tenía yo bastante claro.

Sus dedos comenzaron a dibujar círculos internos en mi vagina. La fricción era total y la sensación de que un nuevo orgasmo me asaltaría no tardó en llegar, no tardó ni lo más mínimo.

Me sentía muy bien, me sentía muy confiada con él y tenía la certeza de que mis gritos de placer anunciarían de inmediato que otra vez me había corrido, que de nuevo él lo había logrado.

Mi vagina ardía en llamas cuando su miembro por fin hizo su entrada triunfal en ella y ese fue el momento en el que una nueva corrida inundó su miembro, envolviéndolo con mi esencia.

A Liam le fascinaba el sexo conmigo, tal como me sucedía con él. Puede que el hecho de introducirme en nuevos y placenteros mundos tuviese que ver con ello. No en vano, en esa ocasión estaba descubriendo la estimulación anal, un hecho que marcaría un antes y un después en mi vida sexual.

Liberada, con Liam me sentía muy liberada. El hecho de que se dedicase a darme placer por tantos lugares como le fuese posible tenía mucho que ver con que ya no volvería a sentirme atada a un sexo que había sido el predominante en mi vida y que poco tenía que ver con aquel.

¿Cómo pensaba así cuando lo cierto era que me quedaban dos noticieros para volver a mi casa? Pues porque cualquier pensamiento que tuviese en aquellos instantes era cien por cien contradictorio.

Nada en mi vida tenía que ver con lo que hubiera pensado hasta entonces. Liam había llegado para cambiar muchas más cosas de las que en principio sospeché. Todo me estaba resultando excitante al máximo y yo solo

deseaba arder a su lado.

Aquella mañana lo hice nuevamente. Mis pensamientos volaron tan alto que se encontraron en el techo junto con mis gritos de placer, los cuales no quería ni tenía por qué reprimir. Liam disfrutaba mucho con ellos y yo… Yo no me reconocía gritando para ese hombre de la forma en la que lo hacía.

Mi universo, todo lo que yo conocía, se estaba desmoronando. El sexo con él le había dado un giro de tuerca a mi vida. Y no solo el sexo, porque cada vez me gustaba más pasar tiempo a su lado. La noche me confundía, pero es que luego llegaba el día y bastaba con uno de sus parpadeos para volver a sentir que todo se me iba de las manos, que solo quería estar allí y con él.

deseaba arder a su lado.

Aquella mañana lo hice nuevamente. Mis pensamientos volaron tan alto que se encontraron en el techo junto con mis gritos de placer, los cuales no quería ni tenía por qué reprimir. Liam disfrutaba mucho con ellos y yo… Yo no me reconocía gritando para ese hombre de la forma en la que lo hacía.

Mi universo, todo lo que yo conocía, se estaba desmoronando. El sexo con él le había dado un giro de tuerca a mi vida. Y no solo el sexo, porque cada vez me gustaba más pasar tiempo a su lado. La noche me confundía, pero es que luego llegaba el día y bastaba con uno de sus parpadeos para volver a sentir que todo se me iba de las manos, que solo quería estar allí y con él.

Capítulo 25



Esa noche volvimos al rancho. Tocaba ver de nuevo a la niña y poner los pies en el suelo, aunque mientras estuviera cerquita de Liam eso no me sería posible.

—¡Ya habéis vuelto! —nos chilló Violet al vernos entrar juntos.

—Sí, pequeña, ¡ya estamos aquí! ¿Y tú? ¿Cómo lo has pasado? —le pregunté mientras le revolvía el pelo y me la comía a besos.

Liam observaba nuestra actitud cómplice embelesado. Apenas podía quitarnos ojo de encima y la sonrisa que se le dibujaba en el rostro era de lo más franca y verdadera.

La cría estaba feliz. Había vuelto de pasar unos días estupendos con su amiguita y, de pronto, nos encontraba juntos, algo que le provocaba mucha alegría.

—Yo lo he pasado genial con Amanda y su mamá, hemos hecho de todo. Traigo mogollón de fotos. Y tú, ¿lo has pasado bien al lado de mi papá? ¿A que es divertido? —me preguntó zalamera mientras me guiñaba un ojo.

Sabía muy bien a qué estaba jugando la cría y era lícito por su parte. Le gustábamos como pareja, si bien allí nadie parecía pararse a pensar que yo era una mujer prometida y que, a pesar de todos los pesares, siempre amé a Mark.

—Muy bien, cariño, lo he pasado muy bien—le respondí.

—¿Eso quiere decir que te quedarás el resto del verano? A lo mejor, si te quedas…

Frenó en seco cuando observó la mirada reprobatoria de su padre. No voy a dejar de reconocer que puede que a Liam le interesara que la peque fuera por ahí. Pese a eso, era un hombre de principios que no creo que necesitase para nada un refuerzo de ese tipo, de manera que no lo consintió.

—Tendré que irme pronto, amor. Tendré que hacerlo—la abracé.

—Pero yo no quiero que te vayas. Además, tenemos todavía muchas cosas por hacer. Apenas conoces nada del rancho.

—No seas impertinente, hija. Te lo pido por favor—intervino su padre.

—Vale, pero ojalá te quedes un poco más, ¿puedo colocar contigo el equipaje? Es que me aburro si no estoy haciendo nada—me pidió.

—Claro que sí. Y si lo deseas, puedo hacerte un par de esas trenzas de espiga que tanto te gustan.

—Vale. Y tú también te las coges y nos hacemos un montón de selfis chulos. Cuando yo sea una actriz conocida y tenga mis redes, los pondré—afirmó.

En ese instante sí que echó a correr al caer en lo que había dicho. Es cierto que su padre no despegó sus labios, aunque tampoco era necesario.

—No he dicho nada, no he dicho nada—repitió cuando me quedé mirándole.

—Más te vale, porque sabes que tienes que trabajar mucho en ese sentido, y lo sabes.

—Me vais a volver loco, rematadamente loco. Bueno, en tu caso, ya me estás volviendo—me dijo robándome un beso al comprobar que estábamos a salvo de miradas indiscretas.

Me fui con la peque a mi dormitorio de invitados llevándome ese beso conmigo y en mis labios. La situación era muy extraña, quién puede negarlo.

Violet me ayudó a colocar mis cosas y hasta se ofreció a llevar la ropa sucia a la pequeña lavandería que tenían instalada cerca de la cocina.

Al igual que su padre, y esa era una de sus mayores cualidades, a la niña no se le caían los anillos a la hora de realizar cualquier trabajillo y eso me fascinaba de ella. Para nada era engreída, altanera o malcriada. Nadie diría que se trataba de la hija de un multimillonario.

—¿Quién me hará las trenzas cuando tú te vayas, Alice? —me preguntó activando ese modo chantajista que no podía reprimir, a su vuelta de llevar la ropa.

—Podré hacértelas algún día en el cole, mi niña—le di un beso.

—En el cole no es lo mismo y todo lo están mirando siempre con lupa, ¡¡son muy pesados!!

—Es un buen colegio. La mayoría de los niños no pueden asistir a uno así. Eres una privilegiada, Violet—le hice ver.

—Pero no me sirve para lo que yo quiero. Tú sabes qué es… Yo voy a ser actriz—afirmó rotunda.

—Lo cual no significa que no necesites una buena formación y allí recibirás la mejor. Por ejemplo, en idiomas, ¿sabes cuántas puertas te abren los idiomas?

—Los idiomas me gustan, ¿puedes cantarme algo en francés?

—Claro, mi niña, qué quieres que te cante, dime, ¿una canción actual? ¿Conoces alguna que te guste?

—Más bien una que te guste a ti. Me da igual que sea actual o no.

—Vale. Entonces te cantaré todo un clásico "Voyage, voyage".

Era muy buena en el idioma que yo impartía y Violet pilló casi toda la letra. Aplaudía sin darse cuenta de que su padre se había apoyado en el quicio de la puerta y nos miraba embobado a ambas.

—Me ha flipado eso de "por encima de los viejos volcanes, desliza tus alas bajo la alfombra del viento". Si yo pudiera hacer eso... —murmuró ella.

—¿Qué pasaría entonces, pequeña?

—Que volaría en esa alfombra a lograr mis sueños y me convertiría en una actriz famosa. Solo entonces papá se daría cuenta de que cada persona debe perseguir los suyos.

Me quedé fría. Ella no era consciente de que él la estaba escuchando y, de hecho, no lo fue porque Liam se apartó y nos esperó ya en la mesa para cenar. Su semblante reflejaba lo mucho que todo aquello le afectaba, si bien en esa ocasión guardó las formas por completo y no dijo ni media palabra al respecto.

Tras la cena, la niña terminó durmiéndose mientras veíamos una película en la sala de cine, todo un lujo al alcance de unos pocos que terminó por dejarla rendida en su butaca. Su padre la llevó en brazos a la cama mientras me pidió que le esperase y, a los pocos minutos, volvió para tomarme también a mí en brazos, llevándome hacia su dormitorio.

—Yo es que no debería—murmuré.

—Esta noche no pienses, por favor. Ya hablaremos—me pidió y no pude negárselo.

e

Capítulo 26



Ya dentro de su dormitorio, comenzó a desvestirme. Incluso me quitó las trenzas y me dejó el pelo suelto, alborotado y salvaje.

Yo nunca me hubiese planteado compartir cama con él allí en su casa, si bien ya eran muchas las cosas que no me había planteado y que estaban sucediendo, de manera que no se trataba más que de una más.

—Ven conmigo—me pidió.

—¿Y para qué me lo pides si me has vuelto a tomar en brazos? —reía yo.

—Supongo que por cortesía—me guiñó el ojo.

—¿Así que ahora andamos con esas?

—No me busques la lengua… Aunque quizás quiera buscártela yo para que me digas algo… en francés—murmuró.

—Vaya, tu hija que le cante en ese idioma y ahora tú que te hable, ¿es que estáis de antojo los Templeton? —le pregunté juguetona.

—Al menos yo sí que estoy de antojo, sí.

—Ya, *"tu me plais"* —le dejé caer un "tú me gustas".

—Hasta ahí llego. Recibí nociones de francés de niño, ¿de verdad?

—Me gustas tanto como te temo, como temo todo lo que está sucediendo—le confesé.

—No temas nada y solo deja que fluya—me pidió entrando en su enorme y lujoso cuarto de baño provisto de un gran jacuzzi.

El agua me fascina y un jacuzzi para realizar juegos eróticos en él no digamos ya nada. Me puse muy húmeda en cuanto lo vi y pensé en lo mucho que podríamos disfrutar dentro.

—Esto es un oasis de sensualidad—le susurré en el oído.

—Y de pasión. No te olvides de eso.

Poco a poco, y para demostrarme esa pasión de la que hablaba, me fue sumergiendo en las aguas del jacuzzi, las cuales encontré cálidas Sus suaves chorros acariciaban nuestros cuerpos y resultaba llamativo todo el entorno que se hizo a continuación, cuando me dejó allí y, secándose por unos segundos, apagó la luz y comenzó a encender un montón de velas en las que yo no había reparado y que antes colocó de un modo estratégico.

El murmullo del agua y la calidez de las velas me hicieron sentir de lo más relajada y toda la tensión que hubiera podido acumular hasta ese momento se desvaneció, haciendo que me sintiese más relajada que nunca.

A continuación, volvió a sumergirse en el jacuzzi ya con la intención de permanecer en él, al menos hasta el momento en el que nos marchásemos a la cama, para el cual faltaba bastante.

Lo primero que hizo Liam fue darme la vuelta y situarme de espaldas a él, dejando mi cabeza fuera del agua, como es lógico. El resto de mi cuerpo permanecía sumergido mientras él comenzó a masajearlo.

Sus fuertes manos hacían fricción sobre mi relajado cuerpo. Mi mente parecía entrar en trance por la mucha relajación que estaba recibiendo y mi sensualidad comenzó a conectar con mi parte emocional en un ritual que despertó en mí tales sensaciones que no me son fáciles de describir con palabras.

Mimosa, balbuceaba palabras que le costaban interpretar, para lo cual acercaba su oído y me ofrecía la más sensual de sus sonrisas. Si algo era Liam era sensual, un torrente humano que la derrochaba y que cada vez me enganchaba más. Algo difícil de explicar cuando lo cierto era que ni yo misma podía definir con exactitud qué era eso que nos estaba ocurriendo y que tenía mucho que ver con el hecho de que no fuésemos capaces de desconecta el uno del otro.

El masaje a punto estuvo de dejarme dormida. Cuando él lo notó, pasó a mayores y entonces comenzó a hacer hincapié en esas zonas de mi cuerpo, las más erógenas, que empezaron a estimular mi torrente sanguíneo.

—Cielos—murmuré.

—Espero que, si para ti existe un cielo, esté aquí—me contestó.

Sin duda que era así porque no se me ocurría ningún lugar mejor para estar que aquel jacuzzi y en semejante compañía, mientras él comenzaba a derrochar una sexualidad explosiva que se manifestaba en un miembro erecto que bien podría pensarse que estaba a punto de estallar. Lógico que no era así, más que nada porque yo conocía

sus dotes para contenerse, las cuales no tenían límite.

Me di la vuelta y le enfrenté. En ese instante, y bajo el agua, agarré su miembro. Hasta ese momento no había yo tomado la iniciativa con Liam y, pese a que me volvía loca la forma en la que me lo hacía, deseé "devolverle el favor" gracias a ese sexo oral que intuí que también le encantaría, no equivocándome.

Soplé sobre él para librarle de las burbujas provocadas por la exquisita espuma que se formó y entonces lo degust mojado. Me lo introduje lentamente en la boca sin olvidarme de darle placer con mis gruesos labios, aprisionándolo, metiéndolo poco a poco en dirección a mi garganta mientras paladeaba cada uno de sus vigorosos centímetros que, por cierto, eran muchos porque estaba muy bien dotado.

Hizo tope en mi garganta, circunstancia con la que jugué. Me gustaba sentir que había llegado al límite y, a pesar de eso, hacer un esfuerzo para comprobar que podía introducírmela más, provocando en él una sensación placentera sin igual.

No niego que se me saltaron las lágrimas por el esfuerzo, tampoco que valió la pena y que él apreció tal esfuerzo, borrando mis lágrimas con sus dedos pulgares.

—Es suficiente, no quiero que te hagas daño—me dijo con su voz varonil, esa que me sonaba así más que nunca en tales momentos.

Ni siquiera le contesté. No estaba en situación de hacerlo y para nada tenía el pensamiento de sacar su miembro d mi boca para articular palabra alguna. Más bien seguí y seguí, sin perder en ningún momento el ritmo, y entonces comenzó ese ritual que me llevó a masajearle con mi boca de fuera hacia dentro y de modo circular, haciéndome con el control de un miembro que se endurecía y se engrosaba más en mi cavidad bucal, la cual amenazaba con echar fuego.

Yo notaba la aceleración en su pecho por lo muy excitado que estaba. Nada me gustaba más que incitarle a esa excitación que fue en aumento hasta el momento en el que decidió tomar las riendas. Para entonces, yo ya notaba una especie de contracciones en ese miembro que, de seguir así, le conducirían inevitablemente a un orgasmo que pretendía retrasar todo lo posible.

Llegó entonces la hora de combinar burbujas con caricias apasionadas por las dos partes. Liam no podía dejar de tocarme y yo tampoco estaba dispuesta a renunciar a proporcionarle placer en el templo de su cuerpo.

Conectamos de un modo muy especial, dejamos que nuestras fantasías se hicieran realidad y juntos descubrimos una nueva sensualidad en cada uno de nuestros más íntimos rincones.

Lo aromático de esas velas que había encendido y la música suave como hilo de fondo hizo que terminásemos conectando de un modo profundo, intenso y a nivel de todos los sentidos.

Aquella experiencia la calificaría de mágica y me abrió la puerta a un nuevo universo placentero que iba de la mano de los escenarios donde el agua es la reina y bajo ella pueden descubrirse infinitos horizontes de intimidad.

Nadie como él para abrirme a un nuevo mundo de sensaciones. En un momento dado, me pidió que me acodase en el jacuzzi y que flexionase mis piernas para poderme lamer a conciencia.

—Me puede tu suavidad—me decía acariciando mi depilada vulva, la cual ciertamente aparecía ante él de lo más suave.

Antes de hundir su rostro en ella, la acarició como solo Liam podía hacerlo al tiempo que recorría mis labios mayores y menores, mostrándome el cariz placentero que aquello podría tomar.

Ese ritual en concreto terminó cuando su boca hizo su trabajo y mis piernas comenzaron a temblar, no sosteniéndome más. Entonces, me dio la vuelta y comenzó a penetrarme vaginalmente mientras tiraba de mi pelo con una mano y, con la otra, se dedicaba a introducir varios de sus dedos en mi estrecha cavidad anal.

La sensación de sentirme penetrada por más de un orificio me excitaba cantidad y eso se tradujo en un primer orgasmo que ni mucho menos sería el último.

Teníamos para horas dentro de aquel jacuzzi, algo que yo ya sospechaba y que dio lugar a innumerables juegos. Cada vez que me sucedía, cada vez que me corría entre gritos, él proyectaba los chorros del jacuzzi hacia mi clítoris, potenciando el orgasmo de una manera brutal.

Nada me gustaba más que esa sensación mientras él también me acariciaba los senos, el cuello y cualquier otra zona que pudiera llevarme a un delirio sexual tan sorprendente que en muchos momentos me quedaba perpleja.

Cuando le sobrevino a Liam el alivio, yo me encontraba sobre él. Para eso estábamos en un rancho y yo no quise perderme la sensación de galopar sobre un semental de su envergadura. La anchura de su pecho, lo definido y fuerte de sus brazos… Todo en él me excitaba una barbaridad y bote, a bote, le provoqué hasta el punto de que se terminó corriendo dentro de mí mientras yo le aprisionaba apretando todo lo fuerte que podía.

No quiso salir de mí en ese momento en el que se me quedó mirando y en el que, tras un polvazo salvaje, me besó con toda la ternura. Tal contraste me erizaba la piel y yo tampoco deseaba que llegase a su término una nueva noche imborrable para la memoria. Y no era la primera…

El vínculo que se estaba creando entre ambos era descomunal. Y no solo en el sexo. Eso se notaba en la cariñosa forma en la que me llevó a la cama y en cómo me acurrucó para que me durmiese a su lado.

—Violet puede entrar por la mañana y yo no quiero confundirla—murmuré mientras el cansancio provocaba que los ojos se me cerraran.

—He tomado medidas. La puerta no puede abrirse desde fuera. Ahora solo descansa y sueña conmigo.

—¿También quieres colarte en mis sueños? —le pregunté con la batería baja.

—¿Acaso no lo hago ya? —me guiñó el ojo.

Fue lo último que escuché en una noche en la que se hizo la oscuridad. El cansancio en mí era máximo porque soy dormilona. Y dormir, lo que se dice dormir, no es que hubiésemos dormido mucho en los últimos tiempos.

Cuando me desperté por la mañana, él no estaba a mi lado. Abrí los ojos al notar su media cama vacía y entonces le eché en falta.

—Buenos días, mi preciosa amazona—me guiñó el ojo mientras salía del baño tan solo con una pequeña toalla enrollada que tapaba la parte sur de su cuerpo.

—Qué vergüenza—le respondí sonrojada.

—Tampoco es para tanto, ¿acaso tengo mal cuerpo? —me preguntó risueño.

—Ya sabes por qué lo digo. Se me fue la pinza anoche y me puse en plan amazona, ¿es verdad?

—¿Y tú crees que yo puedo imaginarte de una forma que me guste más? Cuando tomaste las riendas, cielo santo —resopló.

—Ay, Dios, que ahora tengo que salir de este dormitorio y Violet puede verme—recordé.

—No será así, pero si fuera, ¿dónde está la parte mala?

—¿Bromeas? ¿Qué ejemplo le estaríamos dando a tu hija? Yo soy una mujer prometida y ella lo sabe. No me lo perdonaría nunca.

—Claro que te lo perdonaría. Es más, ella estaría encantada si te quedases.

—Quiero decir yo, tarugo. No me lo perdonaría yo.

—¿Me has llamado tarugo o solo es cosa mía?

—Un poco, te lo he llamado un poco. Y ahora, ayúdame a salir de esta habitación, por favor—le rogué poniéndome de pie.

—Está bien, pero si quieres hacerlo de una manera más discreta, creo que deberías ponerte algo.

—¿A qué te refieres? Es que estoy muy nerviosa…

—A algo de ropa, bonita, que estás en bolas y yo por mí encantado, ¿eh? Pero es que te voy conociendo…

—¿A qué te refieres? Es que estoy muy nerviosa…

—A algo de ropa, bonita, que estás en bolas y yo por mí encantado, ¿eh? Pero es que te voy conociendo…

Capítulo 27



Violet desayunó con nosotros sin que sospechara dónde había yo pasado la noche. Los gestos cómplices de su padre me llegaban a raudales.

Si no quería volverme majara, tendría que marcharme de allí. En determinados momentos, me asaltaba la conciencia y me daba una verdadera paliza.

Noté a Rosalía inquieta aquella mañana y, para más inri, yo no lo estaba menos.

—¿Nos vamos a montar a caballo? —me sugirió Liam.

Ella le estaba sirviendo una última taza de café que él le pidió y no pudo evitar meterse en la conversación. Era como una más de la familia y lo hacía a veces.

—Liam, no lo hagas. No hoy, por favor.

—Rosalía, ¿por qué? No lo entiendo, ¿te sucede algo?

—Algo va a suceder, sí, aunque no a mí. Siento algo aquí dentro, en el pecho. Algo va a suceder.

No dijo nada más, sino que se retiró porque no parecía encontrarse bien. Por lo que todos decían, Rosalía contaba con una especie de don, con una capacidad para presentir cosas que no siempre eran buenas, por lo que le hicimos caso.

—Yo prefiero no tentar a la suerte. He escuchado cosas sobre ella—le comenté.

—Y yo podría comentarte alguna que otra escalofriante. Ella presintió la muerte de la madre de mi hija, nunca lo olvidaré. Estaba sirviendo una jarra de limonada y los ojos se le quedaron como en blanco. La jarra se hizo trizas en el suelo…

—Eso no me lo contó, qué horror.

—Es muy discreta. Parece ser algo que siente desde niña y de lo que no le gusta hablar. Eso sí, el día que nos

previene de algo, no dudamos en hacerle caso. Me alegra que lo entiendas y que no nos tomes por locos. Hay personas que no creen en este tipo de cosas. Yo mismo sería totalmente escéptico si no lo hubiera vivido con ella. Todavía recogía los trozos de la jarra cuando nos dieron la fatal noticia.

Rosalía me caía fenomenal desde el principio y, aparte, se notaba que era una persona de lo más especial. Pero la confirmación me llegó de la mano de Liam, quien se abrió en canal sobre ella al contarme aquel suceso.
Me quedé un tanto traspuesta. Yo soy mucho de sensaciones y no me sentía bien.

—Quizás no pase nada o quizás no a ninguno de nosotros—me comentó Violet, quien se había enterado por lo visto, y eso que Rosalía no habló delante de ella.

—Claro, claro… Oye, tú te enteras de todo, ¿cómo lo haces?

—Porque pongo la oreja por aquí y por allá. Todos están cuchicheando.

—Vale, mi niña. Tú no te asustes, te apuesto a que, efectivamente, quizás ella haya visto algo, pero no nos tocará de cerca.

—Claro que no. Oye, ¿has decidido ya si te quedas una temporada más? Es que, a lo largo del verano, celebramos fiestas y cosas muy divertidas. Podrías quedarte—trató de darme coba.

—Yo es que tengo que volver a mi vida, mi niña. Me gustaría, pero no puedo.

—Si te gustaría es porque te resulta más interesante lo que tienes aquí que lo que te espera, ¿puede ser?

—¿De dónde sacas eso? Violet, por favor…

—Es que no solo Rosalía ve cosas. Yo lo dejo ahí…

Se marchó y me dejó sola. Iba dando un paseo por el rancho y, de pronto, vi a un chico que corría hacia las cuadras.

Sin pensarlo, salí detrás de él. Iba muy cómodamente vestida y con mis zapatillas deportivas, por lo que lo alcancé en un periquete.

—¿Quién eres? —me preguntó.

—Yo soy Alice, invitada en la casa, ¿y tú?

—Yo soy Sam, el veterinario. Va a nacer un potro, ¿quieres verlo?

—¿Bromeas?

—¿Te da grima? Lo siento, creí que igual te gustaría.

—¡Y claro que me gusta! Lo decía porque creo que no se puede tener tanta suerte, ¡vamos!

Corrí detrás de él y enseguida llegamos. La nerviosa madre era primeriza y no parecía encontrarse demasiado bien, de modo que habríamos de actuar con especial prudencia.

—Es que Liam no está en la casa, vengo de buscarle y ha salido. Él suele ayudarme en estos casos—me comentó.

—¿Él mismo te ayuda? —le pregunté porque Liam nunca dejaba de sorprenderme, incluso cuando eran otros los que me contaban sus cosas.

—Sí, él mismo. Y es muy apañado. En realidad, calma mucho a los animales. Se entiende genial con ellos.

—Yo creo que tampoco tengo mala mano con ellos, ¿vamos allá?

—Vamos, por favor.

Me dediqué a seguir sus instrucciones y, más que nada, a calmar a la preciosa yegua. No solo le hablé, sino que me di cuenta de que le venía fenomenal que le cantase, que eso la amansaba mucho, y me desgañité haciéndolo.

El parto vino, por si algo faltaba, un poco complicado. Y Sam tuvo que echar mano de su ingenio y de su destreza para poder llevarlo a buen término, aunque no pudo evitar que la madre terminase algo más cansada y dolorida de lo que hubiese sido normal.

Con todo y con eso, nos quedamos con un final muy feliz y cuando la madre se tumbó, porque no podía con su alma, me quedé con el potrillo, que hacía todo lo posible por ponerse en pie.

Yo le ayudé en la medida de lo posible y me sentí fenomenal.

—Lo has hecho sensacional—me dijo Sam—, ¿tú nunca habías ayudado a nacer a un animal?

—No, qué va. Soy cascarón de huevo—le comenté y saqué su risa.

En ese momento llegaron Liam y Violet, que se acababan de enterar y él me miró.

—¿Tú has participado en esto? —me preguntó viniendo hacia mí y dándome un abrazo que no dejó indiferente a su hija.

—Y no veas cómo lo ha hecho, Liam. Cualquiera diría que lleva toda la vida en un rancho. Estoy impresionado— refirió Sam.

—No ha sido para tanto, de veras que no…

—Sí que lo ha sido, créeme.

—¡¡Esto hay que celebrarlo!! —exclamó Violet viniendo entusiasmada hacia el potrillo.

—Y no veas cómo lo ha hecho, Liam. Cualquiera diría que lleva toda la vida en un rancho. Estoy impresionado— refirió Sam.

—No ha sido para tanto, de veras que no…

—Sí que lo ha sido, créeme.

—¡¡Esto hay que celebrarlo!! —exclamó Violet viniendo entusiasmada hacia el potrillo.

Capítulo 28



Tras la cena, Liam y yo nos quedamos charlando. Violet se fue a su dormitorio a hacer una videollamada con su amiga Amanda en la que ensayarían una coreografía, pues era muy artista y el baile le entusiasmaba, aparte de qu se le daba muy bien.

—Yo, yo voy a tener que comenzar a pensar en marcharme, Liam—le dije porque cada vez me sentía más cercan a él y eso era algo que me alarmaba demasiado. Nunca me había planteado hacer algo así y sentía que me venía muy grande.

No exagero cuando digo que sentía vértigo en aquellos casos en los que me paraba a pensar y caía en la cuenta de que le había sido infiel, y en reiteradas ocasiones, a Mark.

Yo no era así. Nunca había entendido la infidelidad, algo que me parecía imperdonable y, sin embargo, de pronto había caído en un comportamiento que me sentía incapaz de justificar.

—¿De veras es eso lo que quieres, Alice? —me preguntó mirándome fijamente a los ojos y sentí unas enormes ganas de llorar.

—No me lo pongas más difícil, Liam, te lo ruego.

—¿Y no te ha dado por pensar que si lo ves así de difícil es porque en realidad no quieres marcharte? Me encantaría que le dieras una vuelta a eso.

—Es que creo que le he dado demasiadas vueltas a todo, eso es lo que creo—resoplé—. Y aun así, mira lo que he hecho…

—¿Qué has hecho?

—¿Acaso no lo ves? Le he sido infiel a Mark, he venido hasta aquí y…

—Has venido hasta aquí porque él no quiso quedarse contigo aquella semana, ¿hace falta que te lo recuerde?

—Pero porque tenía que trabajar, ¿es eso tan reprochable? Él quiere lo mejor para nosotros y lo va buscando. En

cuanto a mí… En cuanto a mí creo haber sido una egoísta que solo ha buscado el bien propio—le confesé con lágrimas en los ojos.

Me eché a llorar de repente y él se sintió fatal. Noté que mi dolor era su dolor y eso no es algo que suceda con todas las personas, y menos en tan poco tiempo.

—Ya, ya… Siento si te he hecho daño, amor, lo siento—me espetó.

—¿Has dicho amor?

—Creo que en el momento más inoportuno y te pido disculpas por ello, pero así es.

—No entiendo a dónde quieres llegar, Liam, no lo entiendo.

—Pues quiero llegar a que comienzo a quererte, comienzo a hacerlo.

—¿Tú? ¿Tú comienzas a sentir algo importante por mí?

—Tan importante como que se llama amor y el amor mueve el mundo. Sé que puedo sonarte intenso, pero has de saber que no soy una persona enamoradiza y que no se han colado en mi corazón tantas mujeres como puedas haber pensado. Amé a mi esposa y poco más. De todas maneras, me ha sorprendido comenzar a enamorarme como lo estoy haciendo en mi madurez. Hay momentos en la vida en los que crees haberlo vivido ya todo, en los que crees que no te llevarás una sorpresa al corazón, en los que crees que todo es más lineal y que no vendrán curvas. Yo estaba en un momento así hasta que tú apareciste y, de pronto, has sido para mí como un revulsivo, has puesto mi vida patas arriba y no me resigno a pensar que te irás. No para no volver—terminó de decir emocionado.

—Liam, yo…

—Sé que eres una mujer de principios y esa es una de las cosas que más me gustan de ti. Sin embargo, también deberías plantearte que la vida son etapas y que quizás la que tú has compartido con Mark haya llegado a su fin.

—Eso me hace daño, no puedo plantearme darle una puñalada así. No a pocos meses de nuestra boda.

—¿Y no se la has dado ya? Todos somos capaces de hacer algo así en un momento dado. No te estoy juzgando por eso, no podría hacerlo cuando me has hecho increíblemente feliz al compartir conmigo todo lo que has compartido. Yo solo te digo que ya le has sido infiel. Él no lo sabe, pero ha sucedido. Y si ha sucedido es porque no estabas preparada para quedarte con él, sin más. Te mereces cosas muy buenas y, por el motivo que sea, Mark no puede dártelas ahora mismo. Yo recelo de ese hombre…

—Eso no tienes derecho a hacerlo, Liam. Si hay alguien que te haya demostrado que puedes recelar de él, soy yo

y no Mark. Él solo está cumpliendo con su trabajo mientras que yo he venido de vacaciones sin decirle siquiera cuál era mi destino y encima me he acostado contigo varias veces.

—No solo te has acostado conmigo. Sabes que no es así…

—No te entiendo, ¿a qué te refieres?

—A que no sería tan grave si solo me hubieras entregado tu cuerpo. No ha sido así, Alice. Yo he estado allí cada uno de esos segundos y tú me has entregado también tu corazón. Lo has hecho en cada gesto, en cada risa, en cada abrazo y en cada uno de esos movimientos tuyos que me han seducido irremediablemente. Yo soy tuyo, ya lo soy, pero tú no puedes negarme que también eres mía.

—Te estás poniendo muy profundo, Liam, me estás asustando.

—Te advertí que sucedería. Yo no sé querer de otra manera, ¿y tú? ¿Cómo sabes querer tú?

Me acercó a él por la cintura y me dio un beso que no evité. Todo lo contrario, le seguí besando con total pasión y entonces entendí que él tenía razón, que yo no quería estar en ningún otro lugar en el mundo que no fuese aquel y que solo deseaba que nos siguiéramos besando como lo estábamos haciendo.

Mi cabeza era un caos total. En ningún momento me había planteado que sucediera todo lo que estaba sucediendo El mundo se me cayó encima, pero lejos de pensar en que eso me produjera una total oscuridad, de pronto vi la luz.

s

—Necesito pensar un poco, Liam, solo te pido eso.

—Tómate todo el tiempo que desees, yo no tengo ninguna prisa. Solo tengo certeza.

—¿Qué certeza es esa? —le pregunté.

—La absoluta certeza de que te quedarás, amor, esa.

—Yo… Yo no sé cómo lo voy a hacer, ¿te importa mucho si esta noche duermo sola?

—Me importa porque me encanta dormir contigo, aunque entiendo perfectamente que necesites quedarte a solas con tus pensamientos.

—Es lo que necesito, sí.

—Solo quiero que reflexiones sobre que tendremos un futuro maravilloso. Yo ya te quiero y estoy seguro de que sabré hacerte feliz. Es más, de que complementaré tu felicidad, porque tú has tenido la capacidad de hacerte a ti

misma y no necesitas a ningún hombre. Si estás con alguno es por amor y no por necesidad. Yo voy a ser ese hombre—me guiñó el ojo.

Me ponía muy húmeda esa seguridad suya. Me dejó allí, en el jardín, a solas con mis pensamientos. Liam me estaba prometiendo una vida en conjunto, una vida en la que no me faltaría absolutamente de nada al lado del hombre que me estaba haciendo vibrar.

Yo no me lo había querido confesar a mí misma, pero me estaba enamorando de él. No creo que se pueda amar a dos hombres a la vez. No al menos con la misma intensidad. A Mark seguía llevándole en mi corazón, solo que de otra forma. A la vista estaba que llevábamos días apenas sin hablar.

Mi prometido era así, bastante más frío que Liam. A él le bastaba con los reencuentros y apenas solíamos tener demasiado contacto cuando se marchaba de viaje. Pese a todo, aquella vez había sido la que menos hablamos, las cosas como son.

A solas con mis pensamientos, determiné que Liam tenía razón. Si me marchaba de aquella casa para casarme con Mark, no lo estaría haciendo con el hombre al que deseaba y al que comenzaba a amar.

Cualquiera podría pensar que uno de los principales atractivos de Liam fuera el de ser un magnate del petróleo. No digo que eso jugara en su contra, claro que no, pero tampoco que para mí resultase determinante.

Algunos de mis principios sí que son inquebrantables y yo me estaba enamorando del hombre y no de su condición de multimillonario. Yo lo tenía meridianamente claro y lo más bonito era que también Liam lo tenía igual de claro, sabiendo muy bien que yo no era interesada.

Me quedé en el jardín. Me agobiaba la idea, sobremanera, de meterme sola en mi dormitorio. También me estaba habituando a dormir con él y prefería percibir el fresco de la noche.

Inquieta, tan solo entré un momento a por papel y lápiz. Llamadme antigua pero, aparte de que no tenía allí mi ordenador, pues no me lo llevé hasta el rancho, determinadas cosas siempre me ha gustado escribirlas de mi puño y letra.

Actué por inercia, consciente de que si me lo pensaba demasiado quizás no encontrase en mí las suficientes fuerzas como para plantar a Mark, pues era eso lo que estaba a punto de hacer.

Miré a través de la ventana de la cocina y encontré allí a Rosalía, quien seguía con su particular runrún en la cabeza. A esa mujer nadie le podía sacar la idea de que iba a suceder algo y que no sería bueno.

Todo estaba como muy enmarañado y tan solo me hacía sonreír la idea de que, cuando aquellos días pasaran, yo podría iniciar algo oficialmente con Liam. Alentada por ello, comencé a escribir.

"Querido Mark, no me reconozco en estas palabras y, a pesar de ello, me veo en la tesitura de comenzar a escribirlas para que te lleguen. Supongo que antes tendré que preguntarte dónde te encuentras, pues ni eso sé exactamente en unos días en los que ya te avanzo que no solo nos hemos distanciado físicamente.

Cuando llegue a tus manos, yo ya me habré marchado de tu vida. No obstante, no quiero ser hipócrita ni mentirte en la que es posible que sea nuestra última comunicación.

Sé que la recibirás con tanta sorpresa como desaliento, al ser una carta de despedida de la que hasta hoy consideras tu prometida. Vaya por delante que jamás pensé en que faltaría a la promesa que un día nos hicimos de unir nuestras vidas hasta llegar al matrimonio y mucho más allá.

Si te soy sincera, no sé en qué momento comencé a faltar a un compromiso que, hasta ese momento, consideré inquebrantable. Quizás fuera en el mismo momento en el que comprobé que Liam Templeton no era el hombre déspota que un día creí descubrir en él.

Sí, Mark, estoy en el rancho de quien es un hombre poderoso, pero que ha sabido ganarse mi corazón al tiempo que tú lo has perdido. Nada puedo reprocharte y no soy quién para hacerlo. No cuando yo te he sido infiel con el referido hombre, porque ya te garantizo que así ha sido.

No pretendo herirte con mis palabras. Nada más lejos de mi deseo, si bien sabes que no se me da bien mentir y que ya te adelanto también que no tengo intención de hacerlo. Hay verdades que duelen y, a pesar de ello, son necesarias. Si he de romper contigo, y de hecho lo estoy haciendo, no deseo que te quedes con mi cara más agradable, eso sería ser una mala persona. Prefiero contarte que ya lo nuestro no me llenaba lo suficiente y que preferí tomar otro rumbo: uno tan insospechado como novedoso para mí.

Siento de corazón el daño que te estoy haciendo al decirte adiós con estas letras y no pretendo que me perdones. Quizás yo tampoco podría hacerlo de estar en tu lugar y a lo mejor es lo ideal para ti, porque odiarme te ayudará a cerrar definitivamente una herida que, de otra manera, podría cerrarse en falso. Adiós."

“Querido Mark, no me reconozco en estas palabras y, a pesar de ello, me veo en la tesitura de comenzar a escribirlas para que te lleguen. Supongo que antes tendré que preguntarte dónde te encuentras, pues ni eso sé exactamente en unos días en los que ya te avanzo que no solo nos hemos distanciado físicamente.

Cuando llegue a tus manos, yo ya me habré marchado de tu vida. No obstante, no quiero ser hipócrita ni mentirte en la que es posible que sea nuestra última comunicación.

Sé que la recibirás con tanta sorpresa como desaliento, al ser una carta de despedida de la que hasta hoy consideras tu prometida. Vaya por delante que jamás pensé en que faltaría a la promesa que un día nos hicimos de unir nuestras vidas hasta llegar al matrimonio y mucho más allá.

Si te soy sincera, no sé en qué momento comencé a faltar a un compromiso que, hasta ese momento, consideré inquebrantable. Quizás fuera en el mismo momento en el que comprobé que Liam Templeton no era el hombre déspota que un día creí descubrir en él.

Sí, Mark, estoy en el rancho de quien es un hombre poderoso, pero que ha sabido ganarse mi corazón al tiempo que tú lo has perdido. Nada puedo reprocharte y no soy quién para hacerlo. No cuando yo te he sido infiel con el referido hombre, porque ya te garantizo que así ha sido.

No pretendo herirte con mis palabras. Nada más lejos de mi deseo, si bien sabes que no se me da bien mentir y que ya te adelanto también que no tengo intención de hacerlo. Hay verdades que duelen y, a pesar de ello, son necesarias. Si he de romper contigo, y de hecho lo estoy haciendo, no deseo que te quedes con mi cara más agradable, eso sería ser una mala persona. Prefiero contarte que ya lo nuestro no me llenaba lo suficiente y que preferí tomar otro rumbo: uno tan insospechado como novedoso para mí.

Siento de corazón el daño que te estoy haciendo al decirte adiós con estas letras y no pretendo que me perdones. Quizás yo tampoco podría hacerlo de estar en tu lugar y a lo mejor es lo ideal para ti, porque odiarme te ayudará a cerrar definitivamente una herida que, de otra manera, podría cerrarse en falso. Adiós.”

Capítulo 29



Me quedé releyendo la carta unas cuantas veces. Quizás podáis pensar que era demasiada escueta y estoy de acuerdo. No voy a negarlo como tampoco negaré que su poca extensión obedecía a que no sabía cómo explicarle a Mark la forma en la que todo sucedió.

Me sentía culpable y mezquina, pese a lo cual me decidí a ser valiente. No es fácil reconocer los errores y puede que yo se la hubiese colado a mi prometido, si bien solo yo podía saber que no había sido mi intención.

Las cosas suceden como suceden. Fui a meterme en mi dormitorio y guardé la carta en mi bolso. Al día siguiente la enviaría. Repito que en estos tiempos no suele ser un medio que se use. El correo postal está en decadencia frente al electrónico o los sistemas de mensajería instantáneos, pero yo sentía la necesidad de comunicarme con él así.

Al no verle cara a cara, cuando menos Mark podría haber esperado una llamada por teléfono. Una vez más reitero mi culpa, pero no quería hacerlo de otro modo.

Abrí la puerta de mi dormitorio y me sentí muy sola. No tenía ningún sentido que durmiese sin la compañía de Liam cuando la suerte ya estaba echada para Mark, cuando yo ya había tomado una determinación que consideraba inamovible.

De puntillas para no hacer el más mínimo ruido, me desplacé hasta el dormitorio de Liam. Lo lógico sería que me lo encontrase durmiendo, si bien para mi sorpresa estaba encima de la cama con los ojos como un búho.

Su gesto no reflejó sorpresa alguna al verme entrar, aunque sí alegría. No estaba en su ánimo presionarme, de modo que no me preguntó nada.

Supongo que mi presencia allí, junto con el hecho de la mucha confianza que tenía en sí mismo, le hizo pensar qu había ganado la partida y así era. Diría más; la había ganado por goleada, pero no me preguntó nada.

Esbocé una sonrisa en el momento de meterme con él en la cama. Necesitaba su calor y su abrigo, aunque tambié me moría de ganas de que me hiciese el amor, porque era amor justamente lo que necesitaba en la noche en la que todo mi mundo había dado un giro de ciento ochenta grados.

Me tumbé junto a él y comenzó a desvestirme. Sus besos me resultaron de lo más calurosos, razón por la cual busqué que me diera uno detrás de otro. No me resultó en absoluto difícil porque era su deseo cubrirme de ellos.

Para mí, como digo, que él ya tenía claro qué había ido yo a hacer a su cama y por esa razón se mostraba especialmente entregado en una noche en la que nuestra historia escribía su primera página, echando a andar.

Apenas había metido su mano por debajo de mi ropa cuando escuchamos un quejido que procedía del dormitorio de Violet. Un quejido que nos dejó sin habla. Liam corrió hacia él y yo llegué justo detrás. En ese instante nos encontramos a la niña muy pálida y quejándose de un dolor muy fuerte en el abdomen, el cual tenía agarrado con ambas manos.

—¿Te duele aquí? ¿En la parte inferior derecha? —le pregunté llegando hasta ella bajo la atenta mirada de su padre.

—¿Entiendes algo de medicina? —me preguntó él tomándola en brazos y muy preocupado.

—Lo justo de cuando llevas años trabajando con muchos críos. Un dolor igual en uno hace un par de años, que comenzó en el colegio, resultó ser apendicitis.

—Pues podría ser, mírala, está pálida.

—Y tengo ganas de vomitar, papá. Y también tengo frío—balbuceó la pequeña, que parecía encontrarse fatal.

—Tenemos que llevarla a un centro médico con urgencia, Liam.

—Ahora mismo, ¿vienes con nosotros?

—No dejaría de ir por nada en el mundo—le comenté mientras él echaba a correr con la niña en brazos y yo les seguía.

Pasamos al lado de la puerta de la cocina y Rosalía no se había acostado, pese a ser muy tarde.

—No te has equivocado esta vez tampoco—le comentó mientras ella hacía un gesto con la cabeza que no supe interpretar.

Por lo visto, donde ponía el ojo ponía la bala y pensé que el motivo de su inquietud de todo el día, así como el hecho de que nos aconsejara no montar a caballo, había salido a relucir.

Rosalía nos siguió con la vista hasta el garaje, donde él tomó uno de sus coches más cómodos, al mando del cual se puso.

—¿Me harías el favor de sentarte detrás con ella? —me pidió.

—Y cómo no. Por supuesto que lo haré. Dámela—le pedí y la cogí en brazos.

Estaba aterida de frío y parecía encontrarse muy mal. Yo le tomaba el pulso y lo tenía un tanto débil. El dolor debía ser muy intenso pues, pese a que se trataba de una niña fuerte que no solía quejarse, parecía descompuesta y lloraba de un modo desconsolado.

No hay peor dolor que el de ver sufrir a las personas que quieres. A Violet le tuve un gran cariño de siempre, pero el mantener una relación con su padre la convertiría en alguien más mío que nunca.

El trayecto hasta la clínica era considerable. Yo hubiera dado cualquier cosa por cambiarme por ella. Me rompía el alma verla así. Liam también parecía un fantasma al volante. Su hija lo representaba todo para él. Sin duda era el bien más preciado de un multimillonario a quien el dinero poco debía importarle frente al sufrimiento de la niña de sus ojos.

—Ya falta poco, cariño, ya falta poco—le decía yo llevándola sobre mí mientras la pobre cerraba sus ojos por el dolor.

Su padre me miraba a través del espejo interior mientras conducía y me agradecía mucho el cariño con el que la estaba tratando. Lo hubiera hecho igual con cualquiera de mis alumnos, eso por descontado, si bien Violet era también, en parte, la niña de mis ojos igual que le sucedía a su padre.

Por fin llegamos a la clínica y la perdimos de vista durante los minutos que tardaron en emitir un diagnóstico.

—No le va a suceder nada malo, ¿verdad? —me preguntaba Liam con el rostro totalmente descompuesto—. No podría soportarlo, ya sufrí una pérdida muy fuerte una vez y no… Mi niña no.

—Tu niña estará en nada de vuelta en el rancho, te lo prometo. Ella es muy fuerte y seguro que no es nada, ya lo verás. Yo voto por apendicitis, estoy casi segura.

No me equivoqué mucho. El médico salió enseguida y lo corroboró.

—Su hija está aquejada de apendicitis, Señor Templeton. Tiene que firmar el consentimiento para ser intervenida de inmediato.

—¿De inmediato? Pero ¿es grave?

—En absoluto. Por eso, cuanto antes, mejor. En nada la tendrá dando saltos y esto habrá quedado en un episodio un poco rocambolesco, créame.

Como es lógico, firmó el consentimiento. Aquella clínica era una muy exclusiva donde la tratarían a cuerpo de reina.

Apenas había nadie en la sala de espera de urgencias pediátricas, a la que fuimos a parar en espera de poder despedirnos de ella. Pronto nos avisaron y nos acercamos a la camilla que ya iba en dirección al quirófano.

—Tengo miedo, papá, tengo miedo. Quiero que entres conmigo. Y también Alice—le rogó.

—Pero eso no puede ser, cariño mío. Lo siento mucho, en el quirófano no podemos estar. De todos modos, muy pronto te sacarán y no nos moveremos de tu lado.

—¿Y me dolerá?

—Claro que no, mi niña, claro que no. Eso te lo prometo—le aseguré yo mientras le daba un beso en su sudorosa frente.

—Papá—murmuró dirigiéndose a él.

—Dime, cariño.

—Si salgo bien de esta, ¿me dejarás actuar? Por favor, quiero poder formar parte de un casting. Sé que puedo, yo lo sé.

Miré a Liam, al cual acababa de poner la pequeña contra la espada y la pared. Yo era consciente que, desde que discutimos del tema, él le había dado muchas vueltas, si bien aún no se había pronunciado.

Le miré deseando que fuese condescendiente. La niña estaba pasando por un momento muy delicado y, dado lo inteligente que era, supo aprovecharlo.

—Está bien, está bien. Si es eso lo que quieres, estoy de acuerdo—claudicó por fin.

—Alice, ¡¡lo hemos conseguido!! —chilló y, pese a su malestar, chocó los cinco conmigo.

A continuación, se la llevaron para el quirófano. Lágrimas de emoción rodaron entonces por mis mejillas, ya que nunca vi a Violet más contenta que en ese momento en el cual estaba muy dolorida, pero también experimentó la enorme ilusión de haber cumplido un sueño.

Su padre se me quedó mirando y me dio un tremendo abrazo.

—¿Es posible que te hayas puesto así de contenta por ella? —me preguntó.

—¿Y tú lo dudas? Amo a esa niña con todo mi corazón y sé lo que supone para ella la promesa que acabas de hacerle. Ya no te puedes volver atrás, ¿me has oído?

—No lo haría, jamás jugaría así con sus sentimientos.

—Pues eso. No se puede ser tan aprensivo. Nada de lo que sucedió con su madre tuvo que ver con su deseo de ser actriz, sino el fruto de una serie de desgraciadas casualidades.

—Ahora ya lo sé. Me ha costado mucho llegar a asimilarlo, pero tienes toda la razón. Ven aquí—me dio un fuerte abrazo.

—Todo va a salir bien. Cielos, no puedo dejar de pensar que era esto lo que estaba barruntando Rosalía. Esa muje tiene un peligro grandísimo.

—Y demos gracias porque quede en esto. Ya te digo que en otras ocasiones ha presentido cosas más graves.

—Sí, sí, ya me contaste. En fin…

Justo suspiraba cuando me sonó el móvil, el cual saqué de mi bolso y descolgué al no conocer el número desde el que me llamaban.

—Hola, ¿eres Alice? —me preguntó una voz de mujer.

—La misma Alice Miller, ¿con quién hablo?

—Soy Brigitte, compañera de trabajo de Mark, nos conocimos en una fiesta de la aerolínea hace meses, ¿me recuerdas?

—Es verdad, sí, Brigitte. Estuvimos brindando juntas, ¿cómo te va?

—Verás, Alice, esta no es una llamada de cortesía. Me temo que ha sucedido algo con tu prometido que debes saber.

—¿Algo con Mark? ¿Qué pasó? ¿Cómo está él?

—Está en la Unidad de Cuidados Intensivos de un hospital de aquí de Riviera Maya. Siento ser portadora de malas noticias, pero ha sufrido un grave accidente de coche durante nuestra estancia aquí, en la que alquiló uno, y su estado es muy grave.

El techo se me cayó encima en aquel momento en el que yo había decidido dejarle y me decían que estaba debatiéndose entre la vida y la muerte.

En ocasiones, el destino nos juega unas malas pasadas que no podemos ni imaginar. De todas las cosas que pudieran pasarme aquella noche, sin duda que la que acababa de ocurrirme era una de las más duras e injustas. No obstante, no debía pensar así y me sentí muy egoísta, porque no era yo quien tenía un pie en este mundo y otro en el más allá.

Colgué el teléfono después de que Brigitte, que era una auxiliar de vuelo, me diera los detalles de en qué hospital se encontraba el que todavía era, a todas luces, mi prometido.

Cuántas veces la realidad supera a la ficción… Yo, que había decidido despedirme de él por carta, tenía que acudir hasta ese hospital de Riviera Maya y enfrentarme a las consecuencias de un pasado que me lastraban en el presente.

Me acerqué a Liam y le expliqué. Él no daba crédito.

—Odio no poder acompañarte, amor, pero no puedo dejar a mi hija en estas circunstancias, lo sabes.

—No te querría si fueras ese tipo de hombre. Tu lugar está aquí.

—¿Eso significa que me quieres, Alice Miller?

—Te quiero y lo sabes, Liam Templeton—le confirmé con lágrimas en los ojos temiendo enfrentarme a una situación dantesca que en mi cabeza ya no entraba. No a esas alturas.

En ocasiones, el destino nos juega unas malas pasadas que no podemos ni imaginar. De todas las cosas que pudieran pasarme aquella noche, sin duda que la que acababa de ocurrirme era una de las más duras e injustas. No obstante, no debía pensar así y me sentí muy egoísta, porque no era yo quien tenía un pie en este mundo y otro en el más allá.

Colgué el teléfono después de que Brigitte, que era una auxiliar de vuelo, me diera los detalles de en qué hospital se encontraba el que todavía era, a todas luces, mi prometido.

Cuántas veces la realidad supera a la ficción… Yo, que había decidido despedirme de él por carta, tenía que acudir hasta ese hospital de Riviera Maya y enfrentarme a las consecuencias de un pasado que me lastraban en el presente.

Me acerqué a Liam y le expliqué. Él no daba crédito.

—Odio no poder acompañarte, amor, pero no puedo dejar a mi hija en estas circunstancias, lo sabes.

—No te querría si fueras ese tipo de hombre. Tu lugar está aquí.

—¿Eso significa que me quieres, Alice Miller?

—Te quiero y lo sabes, Liam Templeton—le confirmé con lágrimas en los ojos temiendo enfrentarme a una situación dantesca que en mi cabeza ya no entraba. No a esas alturas.

Capítulo 30



Pese a su situación y a la lógica preocupación por su pequeña, Liam se encargó de que me llevasen en su jet privado hacia Riviera Maya.

De veras que me negué, que no me pareció necesario, que le aseguré que me valdría por mí misma para sacar un billete lo más rápido posible y llegar hasta allí, aunque era innegable que el camino más rápido me lo estaba proponiendo él, pues desde la clínica llamó para que viniesen a recogerme y me llevasen directa al aeropuerto, donde ya lo tendrían todo preparado.

—Nos vemos en nada, amor. Ya verás que todo se nos va a solucionar, no te quepa ninguna duda—me dijo junto con una carantoña que me hizo en la mejilla y yo asentí con la cabeza.

—Ahora me doy cuenta de que Rosalía no solo barruntaba lo de la niña. Siempre he pensado que tiene peligro en ese sentido, pero ahora todavía más.

—Sí que lo tiene, sí. En fin, te deseo el mejor de los vuelos. Cuídate mucho—murmuraba mientras se mostraba incapaz de dejarme ir, mientras me abrazaba con total intensidad, al tiempo que me demostraba que había desarrollado unos bonitos sentimientos hacia mí que eran incompatibles con un rollo o una aventura. En el poco tiempo que llevábamos conociéndonos, Liam ya tenía claro que nos merecíamos una relación con todas las de la ley.

El vuelo me lo hicieron lo más agradable posible. No obstante, yo estaba para poca fiesta. El trayecto desde que bajamos en el aeropuerto al hospital me sirvió para hablar con él y para que me confirmase que Violet ya estaba estupendamente y que la habían subido a planta, donde dormía como una bendita en su cama, sedada y sin dolor alguno.

Su voz, en ese sentido, me sonaba tranquilizadora, aunque los dos éramos más que conscientes del toro que yo tenía por delante y por lidiar, un toro que amenazaba con darme una fuerte cornada si no llegaba a estar a la altura de la situación, algo que podía suceder perfectamente.

Debía calibrarlo todo lo mejor posible. Por supuesto que estaba allí por Mark, pero más que nada por lo que había representado en mi vida. Al fin y al cabo, había roto mi relación con mi prometido, aunque él no estuviese al tanto todavía.

Si lo pensaba en frío, me resultaba un tanto extraño, ¿cómo no me iba a resultar así? Llegaba allí a cuidarle como si nada hubiera pasado entre ambos cuando nuestra relación sentimental había sido dinamitada, estallando por los aires.

Con todo y con eso, no era para nada lo importante. Lo verdaderamente importante era que él se recuperase pronto, que se pusiera bien. Yo a Mark le había querido hasta el punto de comprometerme con él. Otra cosa era que luego apareciese Liam y me mostrase que mi relación con él carecía de una chispa que es fundamental a la hora de consolidar ese compromiso, de una chispa que yo no conocía y que, de pronto, consideraba totalmente indispensable.

Según me comentó Brigitte, con la que yo estaba al habla, a sus padres les había pillado de viaje en Japón y, lo que era todavía peor, no había manera de contactar con ellos por teléfono de modo que igual habría que esperar a que tratasen de ponerse en contacto con su hijo y, al no lograrlo, dieran un paso para conocer su paradero.

Yo conocía muy bien a John y Sally, los padres de Mark, quienes se habían encargado de que no le faltase de nada, pero que se volvieron muy independientes cuando su hijo ya tomó su rumbo, viajando sin parar y a su bola. Nada reprochable, pero que jugaba en mi contra en un momento en el que cabía la posibilidad de que me comiese el marrón solita durante unos días.

El momento de llegar al hospital me resultó de lo más impactante. Si os soy totalmente sincera, yo quería apartar de mi mente en todo momento la posibilidad de que le fuese a ocurrir algo verdaderamente malo, como si todo me lo hubiesen exagerado, como si no hubiese ninguna manera de que las coas se pusieran así de feas de verdad.

Supongo que cuando las personas no queremos ver algo, hacemos todo lo posible por maquillarlo. Puede que yo estuviese haciendo eso, tampoco puedo negarlo. Lo que sí afirmo es que cuando entré por las puertas del hospital me temblaban las piernas hasta el punto de que llegué a pensar que no pudieran sostenerme.

Respiré fuerte antes de enfrentarme a una realidad que, lo pensase yo así o no, podría cambiarme la vida para siempre. Yo ya me consideraba separada de Mark, pero no podría soportar que su vida acabase allí, en la fría soledad de un hospital.

De golpe, todo se me cayó encima y empecé a tomar conciencia de la verdadera dimensión del problema. Hasta ese instante, fue como si pusiera un muro entre la realidad y yo, pero un muro que estaba a punto de caerse cuando hablase con él médico.

—¿Es usted su prometida? Me dijeron que llegaría en cualquier momento—me comentó quien llevaba el caso en ese momento. Un chico joven y seguramente de lo mejor formado en cuyas manos estaba su vida.

—Sí—murmuré sintiéndome más falsa que Judas—. Dígame qué le pasará, por favor. Necesito saberlo.

—Es muy pronto para poder determinar nada. Todo dependerá de su evolución en los siguientes días, semanas o meses…

—¿Y por qué tanto tiempo? No comprendo.

—Es cierto que las cruciales son las primeras horas, las que determinarán si puede sobrevivir o no. En cualquier caso, de hacerlo, tampoco podemos saber en qué momento despertará del coma ni si…

—¿Ni si qué? Por favor, doctor, sin paños calientes. Necesito saber la verdad.

—Ni si llegará a despertar, aunque debemos ser positivos y no ponernos en lo peor. Lo que puedo decirle por el momento es que está en buenas manos, eso es seguro.

—Gracias, muchas gracias—se las di mientras buscaba un sillón en el que sentarme para apartarme del mundo, pues era justo eso lo que deseaba.

—Es muy pronto para poder determinar nada. Todo dependerá de su evolución en los siguientes días, semanas o meses…

—¿Y por qué tanto tiempo? No comprendo.

—Es cierto que las cruciales son las primeras horas, las que determinarán si puede sobrevivir o no. En cualquier caso, de hacerlo, tampoco podemos saber en qué momento despertará del coma ni si…

—¿Ni si qué? Por favor, doctor, sin paños calientes. Necesito saber la verdad.

—Ni si llegará a despertar, aunque debemos ser positivos y no ponernos en lo peor. Lo que puedo decirle por el momento es que está en buenas manos, eso es seguro.

—Gracias, muchas gracias—se las di mientras buscaba un sillón en el que sentarme para apartarme del mundo, pues era justo eso lo que deseaba.

Capítulo 31



Un par de horas después, seguía hecha un ovillo en el mismo sillón, tras haber llorado a lágrima viva.

La situación era peor de lo que me la podía esperar en un primer momento. Si me la imaginé dantesca, nos encontrábamos en un escenario todavía más trágico. Solo había uno peor y no quería imaginármelo.

La culpabilidad me caía encima hasta casi aplastarme. Me sentía muy pequeñita y muy frágil, como si estuviera en una de esas cajas en las que se transportan objetos de cristal o de otros materiales que hacen aconsejable que se las manipule con el mayor de los cuidados.

Liam no paraba de llamarme y, cada vez que trataba de darle una explicación, las lágrimas acudían a mis ojos y se me formaba un nudo en la garganta, imposibilitando por completo toda la comunicación.

Quien sí apareció por allí fue Brigitte. La chica era muy simpática y yo agradecí inmensamente su compañía. Tras ir a por un par de cafés, se sentó a mi lado y me contó.

—Le estábamos esperando varios compañeros en el hotel. Él había ido a alquilar el coche y ya lo traía para que nos pudiéramos mover con libertad por la zona los días que permaneciéramos aquí. Ya sabes que es muy generoso —me comentó.

Me resultó curioso escuchar esas palabras en su boca porque no le tenía por alguien así. Conmigo, Mark no se había mostrado especialmente generoso, pero parecía que sus compañeros sí que pensaban eso de él. Incluso otras cosas buenas en las que yo no había reparado, ¿es que no las supe ver o simplemente que quien seguía siendo mi prometido se comportaba de una manera conmigo y de otra en su círculo de trabajo?

Tales ideas me dolían al pensarlas. Incluso también el llegar a la conclusión de que igual no le conocía lo demasiado, de que igual no le había prestado la suficiente atención por aquello de que el día a día nos absorbe y a veces ni siquiera terminamos de ver en profundidad los valores de las personas que nos acompañan en el camino de la vida.

Si lo pensaba bien, él me había pedido que madurase en nuestro último día juntos. Igual yo me consideraba muy madura y no lo era. O igual…

Todo me estaba cayendo encima. Algunos otros de sus compañeros también se pasaron por el hospital en las siguientes horas, cosa que le agradecí uno a uno.

Me sentía muy mal, incapaz de afrontar la situación porque no era más que una farsante. Todos me trataban como la prometida de un hombre con quien en realidad ya no me unía compromiso alguno, aunque ni siquiera él estuviera al tanto de tal cosa.

El verdadero impacto llegó en el momento en el que me permitieron entrar a verle unos segundos. Me quedé mud delante de un cuerpo que daba la impresión de inerte y lleno de cables hasta la saciedad.

Cuando llegas a un lugar así, y te enfrentas con la imagen de un ser querido, entiendes cuál es el verdadero sentid de la vida; exprimirla al máximo antes de que algo malo pueda sucederte.

Le tomé la mano, me dijeron que el contacto piel con piel le vendría bien. Igualmente, me aconsejaron que le hablase, que le dijese aquello que él querría escuchar en el caso de estar en sus cinco sentidos, pues existía la posibilidad de que realmente me estuviese oyendo.

—Mark, ya estoy aquí—suspiré—. Fíjate, al final se suponía que no haríamos un viaje juntos, con el consiguiente mosqueo, y de pronto nos encontramos en Riviera Maya—le dije haciendo de tripas corazón—. Yo no sé qué planes tendrás tú, pero el clima es espléndido y las posibilidades de pasarlo bien sobran aquí. Sé que has venido por trabajo y no por placer. Sé también que eres un hombre muy responsable, pero piénsalo, ¿ya que estás aquí te lo vas a perder todo? Hombre, eso estaría muy feo. Y encima que he volado para verte. Venga, hazme el favor y dime algo, aunque sea un reproche de los tuyos, que eres un poquillo quisquilloso—añadí tratando de esbozar una sonrisa que no me salía.

Enseguida me indicaron que tenía que salir y lo sentí por él, ya que encontré el alivio al dejarlo allí. Soy consciente de que puedo estar dando una imagen de mujer fría y distante que creo no corresponderse con la realidad. Simplemente, no me encontraba con fuerzas para otra cosa y decir lo contrario sería faltar a la verdad.

Cuando salí de allí, llamé a India. Ella siempre me había entendido muy bien. Era la persona con la que me apetecía hablar, dado que mis sentimientos se me mostraban de un modo muy contradictorio y hasta me costaba desahogarme con Liam.

—Cariño, puede que Mark se muera—le solté sin anestesia y casi se muere ella, que no es lo mismo.

—¿Alice? ¿Qué estás diciendo? ¿Desde dónde me llamas? ¿Es que acaso has bebido?

—No, pero tengo muchas ganas. Te llamo desde un hospital de Riviera Maya en el que está muy grave. Dicen qu todo dependerá de que sobreviva en las próximas horas, luego de que salga del coma… Y si lo hace puede que no vuelva a hablar o a caminar… También puede que no vuelva a hacer ninguna de las dos cosas, India. O quizás no vea o…

—No entiendo nada, ¿ha sufrido un accidente?

—Uno muy gordo y en el momento en el que yo le estaba escribiendo para abandonarle, ¿no te parece muy cruel? Me siento un gusano inmundo, me siento la peor persona del mundo, amiga…

—No, de eso nada. Tú no te puedes sentir así porque simplemente eres humana y te has vuelto a enamorar. Eso no es culpa de nadie. El amor no es cuestión de culpas, sino de sentimientos, y eso es algo que debes tener bien claro

—Lo único que tengo bien claro es que soy una mala persona, eso—le dije viendo venir a Brigitte, que volvía cargada de café. Al menos esa muchacha se estaba prestando a hacerme compañía y ello, dadas las circunstancias, no tenía precio.

Brigitte me hizo un gesto como de que me faltaba un tornillo y yo me callé. No podía confesarme con una compañera del trabajo de Mark, no cuando yo confiaba en que él despertaría en cualquier momento y debía guardar las formas. Además, que no me sentía orgullosa de mi comportamiento y que el cacao que se servía en mi cabeza era maravilloso.

—¿Qué estás diciendo, Alice? —me preguntó cuando solté el teléfono—. Ten cuidado, que aquí se le va el coco a una. Tuve un hermano que estuvo en una situación parecida a la de Mark y a punto estuvimos todos los miembros de mi familia de acabar con una pastillita debajo de la lengua, al borde del infarto, pero también de la locura.

—¿Y qué le sucedió? ¿Cuánto tiempo tardó en despertar?

Por respuesta, su cabeza negó de lado a lado. Entendí con ese gesto que su hermano nunca volvió a la vida y sufrí inmensamente por ello.

—Lo siento de todo corazón, no debí preguntar.

—Es humano preguntar, eso no lo dudes. Nadie tuvo la culpa de lo que le sucedió a mi hermano, aunque lo suyo era distinto.

—¿Y eso por qué?

—Porque mi hermano no se agarró a la vida. Siempre fue depresivo y no tenía nada por lo que luchar. Es decir, claro que lo tenía, todos lo tenemos, pero él no sabía verlo. Y por esa razón se marchó, tirando la toalla. No es el caso de Mark.

—No, no, claro que no lo es.

—Eso, Mark tiene una ilusión por la que vivir…

—Ya, lo dices por la boda. Si supieras lo mal que me siento ahora por ciertas cosas. Ha sido llegar a este hospital y entender que las personas, aun sin pretenderlo, a veces actuamos con total egoísmo.

—Todos tenemos un punto de egoísmo, pero no seas tan dura contigo misma. Es un consejo que te doy. Sé que Mark saldrá adelante, eso no lo dudo, como tampoco dudo que, aunque lo haga, vendrán curvas. No se suele salirse indemne de un accidente así. Como mínimo, lo normal es que queden secuelas, así que sé fuerte. Por lo que pueda pasar, por todo lo que pueda pasar.

—No tengo fuerzas para pensar en todo eso ahora, lo siento—me excusé porque comencé a llorar a mares de nuevo.

Mi mundo, una vez más, comenzó a dar vueltas y vueltas, giro tras giro. En el justo momento en el que decidí abandonar a Mark, él sufrió el accidente y conforme hablaba con Brigitte, me daba cuenta de que no podía dejarle en la estacada, no en el momento de su vida en el que más me necesitaba.

La cabeza me echaba humo, el cual también parecía salirme por las orejas. Tras la muerte de mi madre, que había sido el episodio más trágico de mi vida, de nuevo el destino me asestaba un palo nada fácil de encajar, un palo que bien podría haberme abierto la cabeza, pues yo sentía mis ideas brotar de ella.

Al rato me quedé sola y recordé que había silenciado el teléfono. Tenía un buen montón de llamadas de Liam, con quien hacía horas que no hablaba.

El paso del tiempo es algo muy relativo. Lo notas cuando vives algo de ese tipo, cuando tu mundo se para de golpe y entiendes que nada puede seguir siendo mañana como lo fue ayer, que algo se ha roto definitivamente y quizás para siempre.

Son momentos en los que pones los pies en la tierra y valoras hasta dónde puedes llegar, en que los sueños se minimizan, en que te cortan las alas…

No sé qué tipo de voz interior fue esa que me llevó a pensar que no, que Mark no se daría por vencido, que él tenía mucho por lo que luchar. No podría precisar el tiempo que tardaría, pero él despertaría y entonces… Entonces me necesitaría a su lado, que era el lugar en el que debía permanecer.

Ya Liam volvía a llamarme. Parecía estar volviéndose loco sin noticias de mí. Descolgué el teléfono con más miedo que vergüenza.

—Hola, amor, ¿todo bien? No sabes la inquietud que me genera no saber nada.

—Todo lo bien que pueden estar, tú me entiendes—murmuré.

—No tienes ni idea de lo que desearía poder estar ahí contigo, de veras que no lo sabes.

—Ya—me aclaré la voz.

—¿Sucede algo, Alice? —mi tono le puso en alerta. No esperaba menos de él porque era muy inteligente.

—Liam, lo nuestro no va a poder ser—murmuré tímidamente.

—¿Por qué dices eso? Sé que te encuentras en una situación muy confusa en este momento. Ni siquiera sabes si Mark tirará para delante y…

—¡No digas eso! —exclamé airada y hasta una señora que estaba cerca de mí me miró asombrada.

—Lo siento, lo siento mucho. Perdóname, no debí decir algo así. Mark saldrá adelante, pero eso no es óbice para…

—¿De verdad crees que puedo dejarlo tirado como una colilla en el peor momento de su vida? Yo no soy así, Liam. Cada uno luchamos con nuestros demonios, tú lo sabes muy bien. Te ha costado mucho superar lo de tu esposa y es humano. Pero ahora dime, ¿si te hubieras visto en mi caso la habrías abandonado?

—Solo sé que ella y yo ya no compartíamos nada cuando se marchó. Y que así no se puede llevar una relación. Lo reconozcas o no, te sucede lo mismo con Mark.

—Eso da igual. Lo que es inconcebible es que yo vaya a abandonarle por eso. No puedo hacerlo y no lo haré. Lo siento muchísimo por ti, Liam. Lo siento muchísimo por nosotros, pero no puedo hacer algo así, no puedo…

—Por favor, Alice. Ahora mismo no estás en condiciones de pensar. Deja que vaya a verte, deja que…

—No insistas, Liam. A ti no se te ha perdido nada aquí. Esa es la única realidad. No vuelvas a tratar de hacerlo, no vuelvas a tratar de apartarlo de mi camino.

—No tienes ni idea de lo que desearía poder estar ahí contigo, de veras que no lo sabes.

—Ya—me aclaré la voz.

—¿Sucede algo, Alice? —mi tono le puso en alerta. No esperaba menos de él porque era muy inteligente.

—Liam, lo nuestro no va a poder ser—murmuré tímidamente.

—¿Por qué dices eso? Sé que te encuentras en una situación muy confusa en este momento. Ni siquiera sabes si Mark tirará para delante y…

—¡No digas eso! —exclamé airada y hasta una señora que estaba cerca de mí me miró asombrada.

—Lo siento, lo siento mucho. Perdóname, no debí decir algo así. Mark saldrá adelante, pero eso no es óbice para…

—¿De verdad crees que puedo dejarlo tirado como una colilla en el peor momento de su vida? Yo no soy así, Liam. Cada uno luchamos con nuestros demonios, tú lo sabes muy bien. Te ha costado mucho superar lo de tu esposa y es humano. Pero ahora dime, ¿si te hubieras visto en mi caso la habrías abandonado?

—Solo sé que ella y yo ya no compartíamos nada cuando se marchó. Y que así no se puede llevar una relación. Lo reconozcas o no, te sucede lo mismo con Mark.

—Eso da igual. Lo que es inconcebible es que yo vaya a abandonarle por eso. No puedo hacerlo y no lo haré. Lo siento muchísimo por ti, Liam. Lo siento muchísimo por nosotros, pero no puedo hacer algo así, no puedo…

—Por favor, Alice. Ahora mismo no estás en condiciones de pensar. Deja que vaya a verte, deja que…

—No insistas, Liam. A ti no se te ha perdido nada aquí. Esa es la única realidad. No vuelvas a tratar de hacerlo, no vuelvas a tratar de apartarlo de mi camino.

Capítulo 32



Dos días habían pasado y el mundo se me caía encima. La única buena noticia era que los padres de Mark venían de camino, pues la mañana anterior me llamaron para saber de su hijo, al extrañarse porque no les cogiese el teléfono.

No fue un momento fácil el de explicarles que seguía sin dar señales de que fuese a despertarse. Como es lógico, emprendieron la vuelta de inmediato y llegarían esa misma noche.

Los médicos mostraban una total cautela al respecto. Yo entraba a ver a Mark cada vez que me lo permitían. Me llevaba una buena paliza mental, eso desde luego, pero cumplía con la que creía ser mi obligación al tomarle de la mano, hablarle y animarle a que abriera los ojos y se reuniese con nosotros.

Esa tarde me llevaría una gran sorpresa; una por la que había rezado todo lo que sabía. Solo deseaba que volviera entre nosotros y lo hizo justo en uno de los momentos en los que yo le estaba hablando de nuestros futuros planes de boda.

Hay personas que creen que todo es fruto de la casualidad. Y otras como yo en ese momento que nos inclinamos a pensar que las casualidades no existen. Lo supe en el momento en el que le vi parpadear de pronto. A continuación, uno de sus dedos se movió y tras él, otro y otro.

Si digo que para mí fue un momento increíblemente emocionante me quedo muy corta. Nada se puede comparar a que Mark volviese a la vida, dando señales inequívocas de que se agarraría a ella con uñas y dientes, de que lucharía con todas sus fuerzas para tratar de volver a ser quien un día fue.

—¡¡Enfermero, por favor!! —chillé al ver pasar a uno, quien acudió de inmediato en compañía de una médica que me indicó que debía salir de la habitación.

Por más que miraba el reloj, apenas variaba de minuto. Yo pedía al cielo que todo fuese bien en el interior de esa habitación y que por fin despertase para quedarse con nosotros.

No miraba por mí en ese momento. La angustia que había sentido a raíz de su accidente se mezclaba con la agonía que me suponía haber tenido que plantar a Liam, porque estar con el uno suponía de modo automático decirle adiós al otro.

Yo había optado por hacerle caso a mi conciencia, por quedarme donde me tenía que quedar, lo cual no significaba en absoluto que no escociera. Claro que escocía, cómo no iba a escocer… Escocía en el alma, aunque esa misma alma se iluminó en el momento que la médica abrió la puerta.

—Ha despertado. Su prometido ha despertado—me comunicó.

—Gracias a Dios, ¿puedo pasar a verle?

—Luego podrá estar con él todo el tiempo que lo desee. De momento, nos lo tenemos que llevar a practicarle todo tipo de pruebas. Ármese de paciencia, porque irá para largo.

—Eso da igual. Lo importante es que él vuelve a estar consciente—suspiré hondo.

Tan solo me pude acercar un segundo a su camilla en el momento en el que le sacaban de su habitación. Eran instantes de total entusiasmo que se mezclaban con otros de miedo y con todo tipo de sentimientos contrarios.

Le di la mano y él a mí. Sus ojos reflejaban el episodio tan complicado por el que estaba pasando. Pedí al universo que le dejase volver a ser quien era, pues Mark vivía para pilotar aviones y no poder hacerlo le supondría el mayor de los mazazos.

Lloraba de nuevo para desahogarme cuando vi avanzar a Brigitte por el pasillo. Esa chica se estaba portando muy bien conmigo y se convirtió en mi paño de lágrimas en los días que pasé allí sola, por lo que pensé que no tendría vida para agradecérselo.

—¡¡Se ha despertado!! ¡¡Se ha despertado!! —le chillé y ella corrió hacia mí.

Le di un fuerte abrazo y le agradecí todo lo que estaba haciendo. Ella, como era su costumbre, sostenía un par de cafés cuyos vasos temblaron.

La emoción era mucha. Noté en aquellos días que sus compañeros le apreciaban cantidad. Mark podía haber descuidado en parte nuestra relación en los últimos tiempos, algo que para nada le convertía en un mal tipo. Muy al contrario, era alguien digno de admirar, con una próspera carrera y un sentido de la responsabilidad muy alto.

Me dije a mí misma que volvería a enamorarme a tope de él. Siempre lo había estado y quizás la aparición de Liam en el momento menos apropiado de mi vida fue el detonante de que yo tomara una decisión disparatada, abandonando el que siempre había sido mi camino.

Con muchos nervios, esperé junto a Brigitte las noticias de la médica, esa mujer que avanzó hacia nosotros con cara de no traer las mejores de las noticias.

—A ver, debe saber que su prometido está consciente y que no parece tener secuela mental alguna. Ahora bien, a nivel de la movilidad de las piernas la cosa no va bien. Entre sus múltiples heridas hay algunas que, en principio, apuntan a que pueda quedar parapléjico. Entiendo la magnitud de mis palabras y desearía no tener que haberlas pronunciado nunca, pero no puedo hacer más que derivarle a la unidad correspondiente donde recibirá los mejores cuidados al respecto.

—Perdone, pero ¿con eso me está queriendo decir que Mark no volverá a caminar? —le pregunté con el corazón en un puño.

—En principio, puede que no. De todos modos, su evolución dependerá de muchos factores. Ojalá la medicina pudiera ser una ciencia más exacta, pero hoy por hoy no lo es y nada más puedo añadir al respecto. Lo lamento de corazón.

—A ver, debe saber que su prometido está consciente y que no parece tener secuela mental alguna. Ahora bien, a nivel de la movilidad de las piernas la cosa no va bien. Entre sus múltiples heridas hay algunas que, en principio, apuntan a que pueda quedar parapléjico. Entiendo la magnitud de mis palabras y desearía no tener que haberlas pronunciado nunca, pero no puedo hacer más que derivarle a la unidad correspondiente donde recibirá los mejores cuidados al respecto.

—Perdone, pero ¿con eso me está queriendo decir que Mark no volverá a caminar? —le pregunté con el corazón en un puño.

—En principio, puede que no. De todos modos, su evolución dependerá de muchos factores. Ojalá la medicina pudiera ser una ciencia más exacta, pero hoy por hoy no lo es y nada más puedo añadir al respecto. Lo lamento de corazón.

Capítulo 33



No sabía cómo afrontar la noticia. El caso es que a él lo devolvieron a la habitación y debía estar esperando que y entrase.

No podía escaquearme más, aunque tampoco entrar allí y tener que corroborarle lo que los médicos ya le habían dicho, pues Mark les había preguntado y mentirle no podían.

Temblaba como un flan en el momento en el que tuve que encararle. Era hora de ello, no de echar balones fuera, motivo por el que me sequé las lágrimas con el dorso de la mano y me encaminé hacia allí.

—Hola, Mark—murmuré mientras entendía que debía seguir caminando hasta llegar a su altura y darle un beso, pues era lo que tocaba.

Estaba hecho un cristo, no le faltaba un lugar del cuerpo donde presentar una herida o un moratón, pero su mirada mostraba mucha dignidad. Eso sí… mezclada con una enorme tristeza en esos ojos suyos que apenas reconocía.

También yo me mostraba muy triste. Me sentía culpable y, a la vez, tampoco podía expulsar a Liam de mi cabeza de un momento para otro. Para ello, tendría que haber necesitado un exorcista, porque el padre de Violet no solo había poseído mi cuerpo, sino también mi alma.

Ya no había vuelta atrás. Yo debía apechugar con una situación que me encadenaba a un hombre del que debería volver a enamorarme como un día lo estuve, pero que cabía la posibilidad de que no me lo pusiera fácil dadas sus circunstancias.

Sus ojos denotaban que estaba como ido, por lo que no me devolvió el saludo hasta que llegué a la altura de su cara y entonces la ladeó para mirarme, sin murmurar tampoco palabra alguna en ese instante.

—Hola, Mark—repetí entonces y le apreté la mano. Adoptó un gesto de dolor porque no debía haber una sola parte de su cuerpo que no le doliese y eso me apenó cantidad.

—Hola, nena—me respondió con un tono tan lastimoso que, si no hubiera sido una cagada total, me habría echad a llorar allí mismo.

—No sé qué decir, si te digo la verdad…

—Mientras no me preguntes cómo ando—respondió sarcástico y entonces sí que no pude evitar que los ojos se me aguaran. Su comentario fue demasiado para mí.

—Vas a salir de esta, ya lo verás—afirmé compungida.

—Sé que salgo seguro, pero ¿a qué precio? Si no puedo volver a caminar, imagínate si voy a poder pilotar. Mi vida entera se ha ido a la mierda.

—No digas eso, Mark, por favor, no lo digas.

—¿Y qué dirías tú? ¿Te haces una idea de cómo me ha caído la noticia?

—Como un jarro de agua helada, no puede haber otro modo. Pese a ello, debes saber que no estás solo—afirmé convencida.

—Eso no lo dudo. Siempre has estado a mi lado y también ahora te veo aquí. Había llegado a pensar…

—¿Qué habías llegado a pensar? Termina, por favor.

—Que las cosas no marchasen bien en este tiempo. Ni siquiera supe dónde habías ido. Te notaba distante y esquiva.

—Bueno, tan solo me marché unos días para pensar. Es cierto que me quedé mal tras tu repentina marcha y que necesité reflexionar, pero todo está bien. Perdóname, ¿vale? Igual actué como una niña caprichosa—le mentí y luego me excusé, todo en uno. Para mentirle, por cierto, tuve que hacer un gran esfuerzo.

—Déjalo, ya no tiene sentido. Me alegra verte aquí, nena, eso es lógico. Pero también entendería que te quisieras marchar, que decidieras abandonarme ahora que todo ha cambiado.

—No digas eso, por favor. Ni siquiera lo menciones.

—En el fondo, sé que tú no eres así, que ni siquiera te lo planteas—comenzó a decir y casi me sale una úlcera de estómago de lo culpable que me sentí—, pero ahora entendería que emprendieras tu camino y no te quedaras con alguien como yo. Viviré impedido, esa es la realidad.

—Vas listo si piensas que voy a abandonarte por eso. No lo haré, que se te quite de la cabeza. Y no vuelvas a decir algo así. Tú tienes que luchar, es tu obligación. Nadie ha dicho que se trate de una lesión irreversible. No estás en el peor de los escenarios.

—Ni tampoco ha dicho nadie que vaya a volver a caminar. Estoy en el limbo. La suerte está echada y no se sabe de qué lado caerá. Yo de ti correría, tú que puedes—me soltó sarcástico.

e

—No pienso correr más que en tu dirección y me quedaré a tu lado. Lo vas a lograr y yo estaré allí para verte.

—Eres demasiado generosa, ¿todavía quieres casarte en estas circunstancias? No tendría ningún sentido.

—¿Es que acaso tú no quieres?

—¿Casarme contigo? Por supuesto que sí. Es lo que más deseo, pero de ahí a atarte a mis cadenas, va un trecho.

—Si son tus cadenas, las compartiremos. No hay más que hablar. Con todo y con eso, piensa que te vas a poner bien. Yo estoy totalmente segura de eso.

—¿Podrías prometérmelo? ¿A que no?

—Puedo prometerte que estaré a tu lado cuando eso suceda, porque cuento con la absoluta seguridad de que va a suceder.

—Ojalá yo pudiera decir lo mismo.

—Solo tienes que desearlo. Mark, solo eso…

—Hoy solo quiero que todo se acabe. Mi vida acaba de convertirse oficialmente en una pesadilla y no sé si puedo soportarlo.

—Eres un hombre muy fuerte, siempre lo has sido. No digas eso ni en broma. Tus padres llegan en unas horas, todos estaremos contigo.

—No sé si quiero ver a nadie más. Ni siquiera estoy seguro de querer que tú estés aquí. Perdóname, pero es lo que siento.

—No tienes que pedir perdón por nada, ¿me oyes? No tienes que hacerlo. Grita, maldice y blasfema si es lo que necesitas, pero después lucha. Es lo único que te pido y eso has de hacerlo.

r

—Ni tampoco ha dicho nadie que vaya a volver a caminar. Estoy en el limbo. La suerte está echada y no se sabe de qué lado caerá. Yo de ti correría, tú que puedes—me soltó sarcástico.

—No pienso correr más que en tu dirección y me quedaré a tu lado. Lo vas a lograr y yo estaré allí para verte.

—Eres demasiado generosa, ¿todavía quieres casarte en estas circunstancias? No tendría ningún sentido.

—¿Es que acaso tú no quieres?

—¿Casarme contigo? Por supuesto que sí. Es lo que más deseo, pero de ahí a atarte a mis cadenas, va un trecho.

—Si son tus cadenas, las compartiremos. No hay más que hablar. Con todo y con eso, piensa que te vas a poner bien. Yo estoy totalmente segura de eso.

—¿Podrías prometérmelo? ¿A que no?

—Puedo prometerte que estaré a tu lado cuando eso suceda, porque cuento con la absoluta seguridad de que va a suceder.

—Ojalá yo pudiera decir lo mismo.

—Solo tienes que desearlo. Mark, solo eso…

—Hoy solo quiero que todo se acabe. Mi vida acaba de convertirse oficialmente en una pesadilla y no sé si puedo soportarlo.

—Eres un hombre muy fuerte, siempre lo has sido. No digas eso ni en broma. Tus padres llegan en unas horas, todos estaremos contigo.

—No sé si quiero ver a nadie más. Ni siquiera estoy seguro de querer que tú estés aquí. Perdóname, pero es lo que siento.

—No tienes que pedir perdón por nada, ¿me oyes? No tienes que hacerlo. Grita, maldice y blasfema si es lo que necesitas, pero después lucha. Es lo único que te pido y eso has de hacerlo.

Capítulo 34



La llegada de John y de Sally, los padres de Mark, resultó tan emotiva como dolorosa.

No es fácil para unos padres encontrar en ese estado a un hijo que dejaron bien. Sus vidas también habían sufrido un fuerte zarandeo. Uno nunca sabe en qué momento se topará con un revés y a nosotros nos tocó en aquel.

Yo me quedé fuera mientras se reencontraban con él, más que nada porque necesitaba tomar aire. Para mí no estaba resultando fácil nada de lo sucedido y menos aún cuando el accidente había forzado mi vuelta con Mark, quien cabía la posibilidad de que pasara el resto de su vida amargado.

No quiero ofender, ya que encontrarte con una situación así de complicada ha de resultar horrorosa para cualquiera, pero determinados perfiles de personas llevan todos los números del sorteo para tomarlo peor. Mark era una de esas personas porque él nunca paraba quieto y quedarse postrado en una silla de ruedas se le representaba como una maldición.

Escuché a su madre llorar y a su padre discutir con él. Mi prometido, pues volvía a serlo, era una de esas personas que la ganan o la empatan, y debió sentirse avasallado por su progenitor, pues John también era de armas tomar.

Por cierto, que mi suegro siempre trabajó hasta su jubilación en la industria automovilística y no daba su brazo a torcer.

—Hijo, siempre te advertí que ponerte al volante de un coche no es como pilotar un avión. Y a ti te gusta pisar el acelerador. De haber ido más despacio, probablemente…

—Papá, yo no iba corriendo. No inventes, es lo único que me faltaba.

—¿Yo invento? Pues que sepas que, para darte semejante hostia, debías ir volando bajito, eso ya te lo digo yo.

—No iba corriendo, papá, ¿cuántas veces debo repetirlo hasta que me creas? Mira, yo agradezco vuestra visita, pero si es para echarme cosas en cara, no tiene ningún sentido que estéis aquí. Ya os podéis marchar—les advirtió

Mark no se había comportado jamás así con su padre, si bien tampoco John se había puesto tan pesado y con un tema tan complicado, que todo hay que decirlo. Mi suegro también podía ser muy cargante y con su hijo lo estaba

siendo. Lo que nos faltaba.

—John, mira lo que estás logrando, ¿quieres callarte ya? —le pidió Sally.

—Pues no, no quiero. Parece que no sé de lo que hablo y claro que lo sé. Para algo me he llevado toda la vida en el sector de los coches, algo habré aprendido, digo yo. Y te aseguro que tu hijo no iba en sus cinco sentidos para darse la leche que se ha dado.

Y erre que erre. Ese hombre era así. Yo no paraba de pensar qué más le daría ya el motivo. El asunto era que su hijo podía quedarse parapléjico de por vida y que eso nos acarrearía gran pesar a todos. Pero no, él tenía que seguir discutiéndolo.

—Vale, quizás no iba del todo concentrado, ¿te quedas más contento con eso? —reconoció Mark. Yo asomé entonces la nariz por la habitación porque parecía venirse una confesión y eso sí que me interesaba.

—¿Y puede saberse por qué, hijo? Siempre te he tenido por un tío centrado y responsable.

—Prefiero no hablar de eso, papá. Total, creerías que me lo estoy inventando.

—¿Se puede saber qué os pasa a vosotros dos? ¡¡Ya está bien!! —palmeó en el aire mi suegra—. Hombre, que esto no tiene ni pies ni cabeza. Es la del uno sobre la del otro, ¿no podéis hablar como personas civilizadas? Hijo, si tienes algo que comentarnos, hazlo. Ya te digo yo que tu padre lo pondrá en duda.

Se hizo el silencio por unos segundos. Mark no las tenía todas consigo y, aun así, le hizo caso a su madre.

—Ok, ok. Me despisté durante unos segundos y sobrevino el accidente. Lo hice porque me dio la impresión de que alguien me estaba siguiendo. No sé, supongo que fue paranoia mía.

—Pues sí, hijo, lo sería, porque no tiene ningún sentido que te estuviesen siguiendo, a menos que… ¿tú venías de alquiler un coche de alta gama?

—Así es, papá. Me apetecía pasar unos días en los que pudiera conducir un buen coche, supongo que eso no lo verás mal.

—No, no, en absoluto. Yo no solo alquilo buenos coches, también los compro siempre que puedo.

—Y yo tengo previsto cambiar el mío, pero con todos los gastos de la boda y demás, pues como que me conformé con alquilar uno de todo lujo y disfrutarlo unos días.

Sus palabras me provocaron un pellizco en el estómago. Mark no mentía al confesar que era muy amante de los coches y que había pospuesto la decisión de comprar uno de su gusto para después de la boda.

—Lo sé, lo sé. Cabe la posibilidad de que alguien te viera conducir ese coche y pensase que eras rico. Los robos están a la orden del día. Quizás tu decisión te jugó una mala pasada.

—Pues no te digo que no, papá. El caso es que me despisté y aquí están las consecuencias. Maldita sea…

—Hijo, tranquilízate. Tu vida volverá a ser la que era, ¿o es que no tienes esperanza? —le preguntó su madre y yo, que había entrado en la habitación, asentí porque la tenía.

—Me encanta tanto optimismo por vuestra parte, mamá. Pero si os tocara a vosotras, igual ya veíais las cosas de otra forma—le respondió él mientras fijaba la vista en la ventana.

Sentí mucha lástima por él. Mark era orgulloso y no pretendía inspirarla para nada, lo que no evitaba que yo lo sintiera así. A menudo, clavaba la mirada en la ventana como sintiendo nostalgia de una vida que un día tuvo y que creía haber perdido, porque él daba muchas cosas por perdidas, yo diría que demasiadas. Tantas, que me hacía suspirar a cada momento y pensar en si yo también me las perdería a su lado.

—Lo sé, lo sé. Cabe la posibilidad de que alguien te viera conducir ese coche y pensase que eras rico. Los robos están a la orden del día. Quizás tu decisión te jugó una mala pasada.

—Pues no te digo que no, papá. El caso es que me despisté y aquí están las consecuencias. Maldita sea…

—Hijo, tranquilízate. Tu vida volverá a ser la que era, ¿o es que no tienes esperanza? —le preguntó su madre y yo, que había entrado en la habitación, asentí porque la tenía.

—Me encanta tanto optimismo por vuestra parte, mamá. Pero si os tocara a vosotras, igual ya veíais las cosas de otra forma—le respondió él mientras fijaba la vista en la ventana.

Sentí mucha lástima por él. Mark era orgulloso y no pretendía inspirarla para nada, lo que no evitaba que yo lo sintiera así. A menudo, clavaba la mirada en la ventana como sintiendo nostalgia de una vida que un día tuvo y que creía haber perdido, porque él daba muchas cosas por perdidas, yo diría que demasiadas. Tantas, que me hacía suspirar a cada momento y pensar en si yo también me las perdería a su lado.

Capítulo 35



Los días comenzaron a pasar y yo sentí en mis propias carnes lo que es vivir en el mismísimo infierno.

Mark, como ya sospechaba, no me lo estaba poniendo nada fácil. Y la presencia de sus padres allí tampoco ayudaba.

De nosotros apenas hablábamos, todo se reducía a cuál sería su futuro y a lo deprimido que comenzaba a sentirse.

Los médicos le advirtieron que esa no era la actitud, que debía luchar con todas sus fuerzas y que el pesimismo no tenía cabida en su vida, pues corría el riesgo de que se convirtiera en un total lastre. Pese a ello, no había manera de que abandonase ni por un momento esa mueca desoladora que le acompañaba de mañana a noche.

Lo peor llegaba cuando debía abordar sus actividades cotidianas, como la hora de la ducha, y comprobaba que por el momento no podía valerse por sí mismo. En momentos así, blasfemaba en idiomas que ni él mismo conocía y yo trataba de calmarle, pero mis posibilidades de hacerlo eran nulas.

Su amargura no parecía tener fin y daba igual quién viniera a visitarle. Él los recibía a todos con cajas destempladas. Aquella tarde en concreto lo hizo su compañera Brigitte y me encontró al borde de un ataque de nervios.

—A ti te sucede algo más—tiró al aire porque me veía tan al límite que le hizo pensar.

—No, es que estoy desbordada por la situación—me excusé porque en esas condiciones era imposible que Mark se volviese a instalar en mi corazón y el recuerdo de Liam me acongojaba hasta un punto que más de una vez me apartaba para llorar a moco tendido.

No solo le echaba en falta a él, y mucho, sino también a Violet, a Rosalía y al rancho en general. Si lo pensaba bien, los días que viví allí fueron de los más emocionantes y bonitos de mi vida, a los que había que sumar los que viajé en compañía de Liam, a los que ya miraba como un verdadero regalo.

Mi vida había sufrido un giro muy dramático y Brigitte trataba de consolarme, sin llegar a saber el verdadero motivo de esa pena que me estaba partiendo en dos el alma.

—Ya veo que estás desbordada, ¿y tus suegros?

—Descansando en el hotel. Sabes que hacemos turnos para cuidar de él.

—Y me da que a ti te está tocando la peor parte, porque no veas si tienes ojeras. Anda, ve también a descansar unas horas, que yo me quedo con él.

—Eres muy buena, Brigitte, ¿de verdad harías eso por mí? Reconozco que hoy no puedo más. Lleva fatal desde que se levantó y me está dando la del pulpo.

—Lo que yo te diga, que estás al borde del colapso. Ve y descansa, guapa.

Tanto mis suegros como yo nos habíamos instalado en un hotel que no estaba demasiado lejano al hospital. Yo apenas lo pisaba porque me pasaba todo el tiempo posible en el hospital, lo cual me estaba pasando factura.

Llegué al hotel en taxi y suerte que pude pagar con el móvil porque del cansancio hasta me dejé el bolso en el hospital. Tomé una ducha y me decidí a acostarme cuando llamaron a la puerta.

—Servicio de habitaciones—me comentaron con el típico carrito de ruedas repleto de toda clase de manjares exóticos.

—Lo siento, se ha equivocado—murmuré sin apenas fuerzas en el mismo momento en el que me di cuenta de que mis piernas comenzaban a flaquearme a lo grande.

—No, no me he equivocado—me contestó la persona que lo empujaba, dejándome ver su rostro en ese momento.

—¡¡Liam!! ¿Te has vuelto loco?

—Muy loco. Me estoy volviendo muy loco sin ti. No podía pasar un día más sin verte, lo necesitaba.

—No sabes lo que dices. Mis suegros se alojan también en este hotel, ¡¡podrían verte!!

—En este hotel, vale, pero supongo que no en esta habitación. Déjame pasar.

Se lo permití y entró. Él sabría a quién habría sobornado y cómo para lograr ese uniforme y ese carrito que le permitía moverse por el hotel sin despertar ninguna sospecha. Cuando uno tiene recursos, los tiene.

Cerré la puerta y me abrazó tan fuerte que apenas podía respirar. Yo también me abracé fuerte a él.

—Dime que me has echado de menos—me pidió—. Bueno, no me digas nada, sigue demostrándomelo con este abrazo.

—Te he echado de menos, sí, pero ya te advertí que lo nuestro se había terminado. Te lo dije, Liam, esto no tiene sentido. ¿Cómo es que has venido? ¿Y Violet? Deberías estar con ella.

—Violet ya lleva días en casa y está formidable. No para de preguntar por ti. No es por presionarte, palabra, sucede así.

—Yo también me acuerdo muchísimo de ella. No sabes cuánto. Y de todos. Pero mi vida ha cambiado. Él me necesita, Mark está sufriendo una verdadera tortura.

—Pero tú ya no le amas, lo sabes muy bien. No puedes quedarte con alguien solo por pena. La vida da muchas vueltas y ese hombre no es para ti. Yo lo sé, estoy seguro de ello.

—¿Y qué si así fuera? Su estado es lamentable y nadie dice que pueda volver a caminar. Necesitará cuidados, necesitará…

—Pon una cifra.

—¿Cómo una cifra, Liam?

—Un día bromeamos con la posibilidad de ingresarte un millón de dólares. Se lo ingresaría igual a él si es lo que deseas. Uno, dos, diez… Lo que tú me pidas.

—No puedes estar hablando en serio. No es lógico eso que dices.

—Lo que no es lógico es perderte por un avatar del destino, amor.

—No me llames así, por favor. Ya no, me hace daño.

—Ni tú ni nadie puede evitar que te considere mi amor. Lo eres, Alice, lo eres para mí y lo seguirás siendo. El dinero no es ningún problema, te lo digo muy en serio.

—Ya lo sé, pero ¿es que crees que todo está en venta? No me gusta lo que estás haciendo. Mark me necesita a mí y no a tu dinero. Estás siendo egoísta.

—No puedo evitarlo, lo siento, pero no puedo evitarlo. Yo tengo mis propias teorías al respecto y…

—¿Qué teorías? Tú solo tienes un capricho… Te has encaprichado de mí y…

No pude terminar de hablar porque me tapó la boca con un beso. Yo lo vi venir y podría haberlo esquivado, pero no me encontré con fuerzas para hacerlo.

Todo lo que estaba sucediendo era alucinante. Al tener a Liam delante de mí, comprendí que le amaba con la fuerza de un ciclón, que le amaba con una fuerza arrolladora que no podía evitar.

El sexo con él me podía. Su cercanía, la manera en la que apretaba mis nalgas con sus fuertes dedos. Yo llevaba días sintiéndome muerta y bastó con su aparición para que la vida volviese a mí.

Era injusto, tremendamente injusto, pero era lo que había. Nada ni nadie podía hacer que esa atracción irresistible entre ambos cesara. Yo era consciente de que ya no podría volver a estar con él, de que apenas unas horas serían suficientes para recordarme que días atrás fui inmensamente feliz y que ya no lo era.

Por lo que pude saber después, llevaba desde por la mañana esperando verme aparecer y tuvo la suerte de que lo hice en aquel momento, no teniendo que aguardar más tiempo, porque me deseaba tanto como yo a él y porque, en ese estado, cada minuto se convierte en horas y cada hora en días.

Ni siquiera nos acercamos a la cama. Sus dedos ya iban en busca de mis braguitas mientras yo tomaba aire, metiéndolo en mis pulmones con fuerza.

Se avecinaba marejada y todo el cansancio que había acumulado pareció desvanecerse en cuestión de segundos.

Cualquier cosa habría dado porque aquellos momentos se perpetuasen. Solo con notarme, Liam me llenó de energía y comprendí que podía engañarme tanto como quisiera, que podía darle todas las vueltas del mundo, pero que yo le amaba.

De espaldas, con las manos en la pared, me acomodé para que él se sirviera. Barra libre de mí en el que podría ser y seguramente sería nuestro último encuentro sexual.

Sus dedos me recorrieron con pasión y entraron en mí mientras sentía su respiración acelerada en mi nuca. También se aceleró mi torrente sanguíneo, el cual comenzó a funcionar a toda pastilla.

Estaba tan excitada que hasta me mareé un poco. Hice lo posible porque él no lo notase, ya que nada deseaba menos que parase. Le necesitaba activo, le necesitaba conmigo, le necesitaba tan entregado como siempre. Y le encontré mucho más todavía.

Los preliminares estuvieron de más porque la excitación era tan grande y por ambas partes que no tardé en rogarle que me penetrase, dándome la vuelta entonces. De inmediato, me tomó en sus brazos y entonces sí que nos dirigimos hacia la cama, donde me terminó de desnudar.

Noté cómo tragaba saliva ruidosamente, cómo se empeñaba en concentrar todo ese ansia sexual en una brutal estocada que estaba por darme.

Me habría dejado partir en dos por Liam aquel día, aunque eso no fue necesario. Lejos de hacerme daño, me proporcionó tanto placer que entonces sí creí desmayarme.

Sudorosa y entre sus brazos, solo quería mirar sus ojos mientras me poseía y comprobar hasta qué punto era capaz de hacerme suya con solo una mirada.

Hasta el fondo y con calma, para luego comenzar a coger ritmo… Yo me agarré a él y le rodeé con mis piernas. Lo único que deseaba era tenerle dentro, que me llegase muy hondo y que dejase en mí el más imborrable de los recuerdos cuando, para mi desgracia, tuviera que marcharse y dejarme allí, ante el incierto futuro al que yo no podía evitar enfrentarme.

Dejé de pensar en nada y me concentré en él y en ese placer que me estaba proporcionando. Liam no dudó en desenroscar mis piernas para colocarlas encima de sus hombros.

Ese hombre tenía una habilidad especial para hacerme gozar. Dominaba todas aquellas posturas en las que llegar a lo más hondo de mí, a los espacios más recónditos en los que darme placer, a esas zonas que ni yo misma conocía y que él me removía a la hora de provocarme un orgasmo tras otro.

Yo no había practicado sexo anal puro y duro y eso se me vino a la cabeza. Quizás no volviera a verle más y no podía resignarme a comprobar qué hubiera sentido.

Todo lo que dejase de experimentar con él me pesaría y no dudé en provocarle con mi trasero, cuando en un momento dado la excitación me pudo, pidiéndole con gestos que actuase en consecuencia.

—¿De verdad es lo que quieres? —susurró en mi oído.

—¿Me ves con dudas? —le pregunté.

¿Cuándo había ocurrido? ¿Cuándo logró vencer los aparentemente infranqueables muros de mi timidez para que yo misma le rogase determinados gestos que antes habrían sido impensables?

Me abrazó con toda su fuerza y me besó. Después comenzó un ritual cuyo punto de partida fue provocarme un fortísimo orgasmo con su lengua, el cual me relajó.

Ya tenía un camino recorrido. Allí no contaba con cremas dilatadoras ni nada parecido porque todo fue improvisado, pero él se las apañó para hacerme dilatar. La experiencia es un grado.

El pulso se me disparó. Me encontraba tan excitada como nerviosa. Yo solita me había metido en la boca del lobo y era hora de comprobar si había acertado o no.

En mi fuero interno, sabía que el sexo anal con Liam me produciría un morbo incontestable. No obstante, el miedo

también existía, ya que no soy demasiado tolerante al dolor y, dado lo bien dotado que estaba, existía la posibilidad de que aquel sexo no fuera precisamente fácil.

Liam olía ese miedo y me constaba que haría todo lo posible por allanarme el camino. Así fue y, si bien no puedo decir que al principio me resultara demasiado sencillo, bastó con que él se empeñara en hacérmelo más fácil para que todo comenzase a fluir.

Con él ya dentro del todo, y comenzando a moverse al ritmo que yo necesitaba, comprobé que no me había equivocado y que morboso no era el término para definir un tipo de sexo que me llevó a traspasar los umbrales de excitación que yo conocía hasta ese momento.

Mi locura se disparó al disfrutar de unos movimientos de cadera por su parte con los que me acompasé. Nada podía compararse a la complicidad que estábamos experimentando en el sexo. Y nada tampoco a la pena que me provocaba dejar todo aquello atrás.

No digo que tuviese sentido hacerlo, solo que mis principios no me permitían ignorar a Mark en el momento más horrible de su vida. Y sí, no estaba bien que yo mientras disfrutase con Liam, pero no supe decirle que no una vez más. Liam se había convertido en mi debilidad y yo solo podía aceptarlo, por mucho que tuviese que decirle adiós nuevamente, por mucho que debiera rogarle que se olvidase de mí y para siempre.

también existía, ya que no soy demasiado tolerante al dolor y, dado lo bien dotado que estaba, existía la posibilidad de que aquel sexo no fuera precisamente fácil.

Liam olía ese miedo y me constaba que haría todo lo posible por allanarme el camino. Así fue y, si bien no puedo decir que al principio me resultara demasiado sencillo, bastó con que él se empeñara en hacérmelo más fácil para que todo comenzase a fluir.

Con él ya dentro del todo, y comenzando a moverse al ritmo que yo necesitaba, comprobé que no me había equivocado y que morboso no era el término para definir un tipo de sexo que me llevó a traspasar los umbrales de excitación que yo conocía hasta ese momento.
´
Mi locura se disparó al disfrutar de unos movimientos de cadera por su parte con los que me acompasé. Nada podía compararse a la complicidad que estábamos experimentando en el sexo. Y nada tampoco a la pena que me provocaba dejar todo aquello atrás.

No digo que tuviese sentido hacerlo, solo que mis principios no me permitían ignorar a Mark en el momento más horrible de su vida. Y sí, no estaba bien que yo mientras disfrutase con Liam, pero no supe decirle que no una vez más. Liam se había convertido en mi debilidad y yo solo podía aceptarlo, por mucho que tuviese que decirle adiós nuevamente, por mucho que debiera rogarle que se olvidase de mí y para siempre.

Capítulo 36



Me acurruqué en sus brazos después de una sesión sexual memorable, de una en la que descubrí que mis límites podían ser mucho más amplios de lo que creía en un principio.

—No quiero renunciar a esto—me dijo alto y claro.

—No está en tu mano, Liam. Es mi decisión.

—Pero no es lo que tú deseas, no te engañes.

—No trato de engañarme. Además, que soy muy mala haciéndolo. No sé cómo Mark no se ha dado cuenta todavía, porque nunca he sabido mantener un secreto.

—Probablemente porque, para no variar, no te está mirando a ti, cielo.

—Liam por favor, ¿y tan extraño te resulta eso en estos momentos? Es cierto que Mark no hace más que maldecir pero yo no sé si actuaría mejor en su lugar.

—Tú no eres una egoísta. Siempre miraste por él más que por ti. Ese tipo no puede decir lo mismo.

—Sus amigos le tienen por alguien generoso. Quizás yo no supe tocar su fibra sensible, quizás.

—No me parece su perfil, ¿quién te ha dicho eso?

—Tú no le conoces, Liam. No seas injusto.

—Pero te conozco a ti y sé que las cosas que me has contado sobre él son ciertas. Y no casan con esas.

—Da igual, Liam. Esto no tiene vuelta atrás. Debes conformarte, no vengas más por aquí ni contactes conmigo.

—Porque no podrás vencer a la tentación, ¿me equivoco mucho? No podrás, amor.

—No puedo más con esto. Debo volver al hospital, ¿y si el equivocado eres tú?

—¿De verdad lo crees? —me preguntó, dándome un beso en ese momento para demostrarme que no era así. Otro beso más al que no renuncié y que atesoré en mí… Otro beso que me daba vida, una vida increíble… Una vida a la que le estaba diciendo adiós, algo que me desgarraba por dentro.

Nos dimos una ducha juntos y le pedí que me acercase al hospital. No debí hacerlo, pero los minutos que pasara con él eran oro líquido para mí.

—Dime que ponga rumbo al aeropuerto y en unas horas estaremos en casa—me pidió.

—No lo repitas, no me hagas daño. Por favor, te lo ruego.

—No pretendo hacerte daño, sino librarte de él. No puedo pasar de ti, amor, no puedo. Por mucho que lo intente, no podré.

—La vida nos ha puesto a prueba a ambos, eso es innegable. Ahora toca ser fuertes—le dije y no esperé a su último beso porque ese dolía demasiado.

Me bajé del coche sin mirar atrás y corrí hacia la puerta del hospital. Cuando llegué, me paré a tomar aire y a coger fuerzas. También me aseguré de no oler a Liam, de no llevar su perfume impregnado por fuera tanto como lo llevaba en mi interior, ya que no podía librarme de él.

Al llegar a la puerta de la habitación de Mark, le escuché totalmente alterado. Daba gritos a las enfermeras. Una de ellas salió despavorida y yo aluciné porque Brigitte no estaba allí. No me resultó en absoluto extraño, dado que cabía la posibilidad de que él la hubiese echado como al personal sanitario. Parecía endemoniado y sus ojos me miraron como inyectados en sangre.

—Mark, ¿qué ha pasado? —le pregunté asustada.

—¿Y tú me lo preguntas? Golfa, más que golfa… Mientras yo trabajaba tú te bajaste las bragas en casa de ese multimillonario, ¿era eso lo que planeaste desde el principio? ¿Seducirle? ¿O fue él? ¿Crees que un tipo así se quedaría con alguien como tú? No has sido más que un capricho para él, ¡¡maldita sea!!

Su atronadora voz sonaba en toda la planta y pronto una persona de seguridad llegó para comprobar qué estaba pasando allí. Aprovechando su entrada en la habitación, salí y me senté en el suelo.

No soportaba sus palabras, esas que tanto daño me hacían. Al final, había herido a Mark sin pretenderlo. Junto a su cama vi los trozos partidos de la carta que llevaba en el interior de mi bolso, el cual me dejé en su habitación horas antes.

No había caído en sacarla de allí en ningún momento. Tampoco sé cómo llegó él a inspeccionarlo. Solo sé que la encontró, la leyó y comenzó a odiarme en ese justo instante.

Mis suegros llegaron, no pudieron ser más oportunos. Nada entendieron hasta que entraron en la habitación y, vociferando, su hijo les dio sus explicaciones y a su manera.

—Vete de aquí, ya no pintas nada en este hospital—me ordenó Sally tan pronto escuchó lo que Mark le explicó.

—Lo siento, lo siento mucho…

—Tanto no lo sentirías cuando te liaste con ese tío. Nuestro hijo tiene razón, eres una golfa y nada bueno puedes aportarle en su vida. Esto es justo lo que nos faltaba, ¿en qué demonios estabas pensando? Mark no se merecía algo así, desgraciada.

No había caído en sacarla de allí en ningún momento. Tampoco sé cómo llegó él a inspeccionarlo. Solo sé que la encontró, la leyó y comenzó a odiarme en ese justo instante.

Mis suegros llegaron, no pudieron ser más oportunos. Nada entendieron hasta que entraron en la habitación y, vociferando, su hijo les dio sus explicaciones y a su manera.

—Vete de aquí, ya no pintas nada en este hospital—me ordenó Sally tan pronto escuchó lo que Mark le explicó.

—Lo siento, lo siento mucho…

—Tanto no lo sentirías cuando te liaste con ese tío. Nuestro hijo tiene razón, eres una golfa y nada bueno puedes aportarle en su vida. Esto es justo lo que nos faltaba, ¿en qué demonios estabas pensando? Mark no se merecía algo así, desgraciada.

Capítulo 37



Desesperada, no me quedó más remedio que salir del hospital. Las palabras de todos ellos me dolían y se repetían una y otra vez en mi cabeza, amenazantes, hirientes y con la posibilidad de quedarse allí haciéndome daño.

Yo no lo había pretendido. Las cosas ocurrieron como ocurrieron y no pude ponerles freno, estoy de acuerdo. ¿Eso me convertía en una mala persona? A ojos de todos ellos, sí. Era más que evidente que yo le había sido infie a mi novio y eso no es precisamente como un huevo que se echa a freír así sin más.

No podía con mi alma en el momento de salir de ese hospital y me sentía tremendamente perdida.

Liam ya se había marchado y me encontraba sola en Riviera Maya. De momento, me refugiaría en mi hotel a llorar, que era de lo único que tenía ganas, y después Dios diría… Lo normal sería que volviese a mi casa y esperase allí que el resto del verano pasase por delante de mis narices, dado que a él ya le había rechazado varias veces y no tenía cara de presentarme así sin más en su rancho, diciéndole que me lo quedaba por descarte.

Lo jodido del caso es que no lo era. Liam se había convertido en el hombre al que yo amaba y al lado del que deseaba permanecer. Y, sin embargo, no me encontraba con fuerzas para levantar el teléfono y decírselo.

Me sentía como si me hubiesen descargado las pilas, como si nada pudiera hacer para recargármelas. Abatida, todo lo sucedido pasaba una y otra vez por mi mente. Y el dolor que me generaba se podía asimilar al de un apuñalamiento, así lo percibía yo al menos.

Paré un taxi y me subí a él.

—¿Está bien, señorita? —me preguntó el taxista y apenas pude contestarle con un gesto que le indicaba que me condujese a mi destino sin preguntar nada más mientras gruesas lágrimas comenzaban a correr por mis mejillas.

Una vez allí, le pagué y me bajé lánguida. Yo había jugado con fuego y me había calcinado. Esa posibilidad existía desde el principio. Y si yo la quise obviar fue porque soy así y miré hacia otro lado.

Quería a Liam y deseaba más que ninguna otra cosa en el mundo estar con él, pero en esas circunstancias no tení fuerzas para iniciar nada. No cuando le había hecho a Mark un tremendo daño y en el momento en el que menos se merecía.

Ya no podía dar marcha atrás. Las cartas no se jugarían dos veces. Yo la pifié a tope y era un hecho. Debía asumir las consecuencias. Era una mujer rota y nadie me estaría esperando para pegar mis pedazos.

Hay ocasiones en la vida en las que das algo por sentado y te parece inamovible. Hay ocasiones en la vida en las que las sorpresas vienen de camino y no estás al tanto de ello. Hay ocasiones en la vida en el que te las encuentras de frente y apenas puedes dar crédito.

Yo estaba a punto de toparme con una de esas veces, porque nada más entrar en el hall del hotel vi sentado allí a Liam, ¿Era posible? Pues lo era, claro que lo era… Ante mí se apareció de carne y hueso.

Mi rostro lloroso se transformó en otro sorpresivo y él vino hacia mí.

—¿Qué te ha pasado, amor? ¿Cómo es que has vuelto tan pronto y en este estado? —me preguntó como si fuese lo más normal del mundo que él estuviese allí.

—¿No crees que soy yo quien te debería preguntar qué estás haciendo aquí?

—Insistir una y otra vez en lo que se ha convertido en el propósito de mi vida. Iba en dirección al aeropuerto cuando tomé conciencia de que no podía marcharme todavía, cuando pensé que haría lo que fuese por convencerte. Llámame oportunista y sé cuáles son tus razones, pero desde el principio hay algo en esta historia que me dice que tú debes estar conmigo y no con él.

—Eso se llama oportunismo y lo sabes—le respondí sorbiendo por la nariz, aunque mi rostro no podía ocultar la felicidad que me producía verle allí.

Yo no me sentía capaz de llamarle, pero es que no haría falta. Él seguía allí, esperándome otra vez. Liam no tenía intención de marcharse hasta que me llevase con él. Parecía contar con un sexto sentido.

—No creo que sea oportunismo, pero el tiempo lo dirá. Mientras, concédeme el honor de pasar conmigo ese tiempo. No sé qué es lo que ha pasado, pero me lo puedes contar en el avión de vuelta al rancho. Violet nos espera y creo que se pondrá tan contenta de vernos juntos como nosotros de verla a ella, ¿te parece bien?

—Mark ha leído la carta. La escribí justo antes de saber de su accidente y la tenía guardada en el bolso. En ella le abandonaba y le contaba escuetamente lo nuestro, sin detalles, pero haciéndole daño igualmente. Me ha echado de su lado, ya no me quiere allí.

—Habrá sucedido por algo. Yo no puedo decirte que lo lamente. Tú deseas venirte conmigo, no te descubro nada nuevo cuando te lo digo.

—Lo cual no evita que me sienta como una traicionera.

—Hay muchas formas de traicionar y algunas especialmente parecidas. Estoy seguro de que el tiempo nos pondrá a cada uno en nuestro sitio. Mientras eso sucede, concédete y concédeme la oportunidad de ser feliz, ¿sí? Recoge tus cosas y dejemos esto atrás. No nos ha traído más que dolor y no lo merecemos.

—Mark tampoco lo merece.

—Y no te digo lo contrario. No obstante, cada cual ha de llevar a cabo su propia lucha. Tú eres una guerrera y vas a salir victoriosa de esta.

—No me veo yo como una guerrera precisamente, la verdad…

—Pues yo sí que te veo, ¿nos vamos ya?

—Hay muchas formas de traicionar y algunas especialmente parecidas. Estoy seguro de que el tiempo nos pondrá a cada uno en nuestro sitio. Mientras eso sucede, concédete y concédeme la oportunidad de ser feliz, ¿sí? Recoge tus cosas y dejemos esto atrás. No nos ha traído más que dolor y no lo merecemos.

—Mark tampoco lo merece.

—Y no te digo lo contrario. No obstante, cada cual ha de llevar a cabo su propia lucha. Tú eres una guerrera y vas a salir victoriosa de esta.

—No me veo yo como una guerrera precisamente, la verdad…

—Pues yo sí que te veo, ¿nos vamos ya?

Capítulo 38



Cuando llegamos al rancho, varias horas después, Violet dormía profundamente.

Pese a mi dolor, lo percibí como una vuelta a casa, como una vuelta al lugar donde tan feliz me había sentido.

Los empleados también dormían. Todos lo hacían y yo misma estaba que me caía de sueño. Había llorado mucho ese día y, desde hacía un tiempo, el llanto me calmaba, si bien me proporcionaba un plus de cansancio que provocaba que pudiese dormirme en el palo de un gallinero.

Me di una ducha rápida y Liam me esperaba ya en la cama. No era sexo lo que estaba pensando en regalarme en una noche en la que yo necesitaba más que eso: necesitaba que me acariciase el corazón.

Supo hacerlo. Liam supo derramar, una detrás de otra, palabras en aquella cama que me fueron alegrando el alma. Se trataba de su forma de calmarme, de su forma de llegar a mí y, en definitiva, de su forma de quererme… Porque si de algo comenzaba yo a estar segura era de que él me quería.

En determinados momentos, yo lanzaba un hondo suspiro y él entonces intensificaba sus caricias, esas que ciertamente llegaban a mi corazón, pero que para ello vertía sobre una piel, la mía, que se erizaba al contacto con sus fuertes dedos.

De esa forma logró que me quedase dormida. Nada me despertó durante la noche, en la que dormí sin sobresaltos, hasta que por fin la mañana me encontró en su cama y abrí los ojos.

—Buenos días, amor. Y sí, yo lograré que lo sean para ti—me comentó sin la más mínima sombra de que pudiera no ser así.

Me pareció alucinante la seguridad con la que lo dijo. Y más todavía el hecho de que me encontraba mejor. No resulta fácil cuando te sientes así de culpable hallar un resquicio de felicidad, y Liam no cejaría en su empeño hasta conseguirlo para mí.

De lejos, escuchamos la voz de Violet y me estremecí. No creía lo más prudente para la niña encontrarme allí, en el dormitorio de su padre, de forma que me agaché bajo la cama cuando abrió el picaporte de la puerta.

—Papá, ¡¡no te escuché llegar anoche!! —exclamó abrazándole.

—Entré a verte, mi vida, y estabas dormidita, ¿has descansado bien?

—Muy bien, pero dime una cosa, ¿dónde está Alice? ¿No ha querido venir contigo?

—Oh, sí, no te preocupes por eso… Es que se le acaba de caer algo y lo está cogiendo debajo de la cama.

Todos los músculos de mi rostro debieron quedarse paralizados al mismo tiempo, ¿lo había hecho? ¿Se lo había contado a la niña?

—¿De verdad? ¿No me engañas? ¡¡Es que no me puedo agachar!! Me duele la herida si lo hago.

—Pues entonces no tenderemos más remedio que pedirle que salga, ¿cómo lo ves?

—Yo lo veo bien. ¡¡Alice, sal!! —exclamó.

No tenía escapatoria. Salí como un tomate de colorada y ella rio, feliz.

—Si estás muy roja, ¿qué te pasa? ¿Es porque te haya encontrado en el dormitorio de mi padre? ¿Sois novios? ¡¡Yo quiero que lo seáis!!

Su padre me miró y yo le miré a él. Sin más, asintió.

—¡¡Yupi!! Entonces, ¿ya no estás prometida? ¿Te quedarás siempre con nosotros?

Yo no estaba preparada para responder a todas esas preguntas, esa es la realidad.

—Cariño, no la atosigues. No queremos que salga corriendo, ¿verdad?

—No, ni tampoco que se esconda más debajo de la cama. Porque tú puedes decir lo que quieras, papá, pero estaba escondida.

Cualquiera se la daba a la niña. Ella tenía las cosas muy claras y se mostraba tremendamente feliz de que yo estuviera allí con ellos.

—Bueno, pues ahora será cuestión de que la dejes un poquito tranquila, que se ha quedado sin respiración, y enseguida iremos a desayunar contigo, ¿te parece?

—Sí, pero antes ¡¡un abrazo a tres!! —nos pidió y nos lo dimos. Yo seguía con las mejillas en erupción, pero eso no evitó que nos diéramos ese bonito abrazo.

Rosalía se alegró muchísimo de verme cuando entré en la cocina a saludarla.

—Ya sabía yo que no era solo lo de la niña eso que no me dejaba vivir aquel día, ¿tú cómo estás? —me preguntó.

—Yo… Bueno, yo estoy. Quiero ser feliz y encontrar la calma en mi corazón, Rosalía. Eso es lo que deseo.

—La calma siempre viene tras la tempestad. Y la tempestad a veces no parece tener fin. Pero confía, confía en tu instinto y en tu corazón.

Esas fueron sus únicas palabras. Ella no se prodigaba demasiado en ese tipo de situaciones, pero sí que se dejó caer.

—Ojalá que así sea. Mientras, igual podrías ponerme uno de esos cafelitos tuyos que son medicinales. Los he echado de menos—le comenté dándole un beso en la mejilla.

—¡¡Marchando!! —me contestó con una sonrisa, contenta con el buen rollo que reinaba entre nosotras.

—¡¡Y marchando otro para mí!! —le pidió la peque.

—No cuela—le respondimos las dos al unísono y después nos dio la risa.

—Vaya, tenía que intentarlo—suspiró ella—. Es que tengo una noticia que daros y…

—¿Una noticia? —le pregunté.

—Sí, me tienes que ayudar, aunque papá me dijo que podría, me lo prometió.

—¿Un casting? ¿Tienes un casting a la vista?

—Sí, la mamá de una amiguita de Amanda, que ya también lo es mía, trabaja en una productora. Su hija va a interpretar un pequeño papel en la próxima peli que hagan y están buscando a otra niña. Y no se me ocurre ninguna mejor, la verdad—rio ella.

—Y a mí no se me ocurre que exista ninguna cría más lista que tú. Eres tremenda, cariño. Tremenda.

—Bueno, pues tú ya sabes. Cuando lo cuente en la mesa, pones cara de sorpresa y me dices que es la mejor idea del mundo. Y que mañana iremos al casting.

—¿Mañana? Pero si tú aún estás convaleciente.

—Ni que me hubieran operado a vida y muerte. Alice, por favor, que los artistas actuamos en todas las circunstancias—me comentó y causó tanto la risa de Rosalía como la mía.

—Ni que me hubieran operado a vida y muerte. Alice, por favor, que los artistas actuamos en todas las circunstancias—me comentó y causó tanto la risa de Rosalía como la mía.

Capítulo 39

Nuestras miradas cómplices lo decían todo. Liam miraba a su hija, luego me miraba a mí y vuelta a empezar…

—¿Se puede saber qué tramáis?

—Nada, es cosa mía solamente. Alice no sabe nada de nada—le decía ella tan campante y yo flipaba. En esa mesa había una cría que sabía mentir bastante mejor que yo.

—No me lo creo. Venga, dilo antes de que me tengan que poner un muelle en el corazón, hija.

—Papá, qué dramático. Menos mal que quien va a participar en un casting soy yo y no tú.

—¿En un casting? No me digas—intervine yo en ese instante tratando de poner cara de sorpresa.

—Déjalo, tú no sirves como actriz—me desechó la niña por completo.

—¿Se puede saber desde cuándo se está cociendo todo esto? —nos preguntó su padre.

—Deja, deja, que ya le contesto yo… Papá, me lo prometiste. No se diga más. Me tenéis que llevar mañana. Hoy debo aprenderme mis frases, tengo trabajo. Os dejo ya, me retiro a mis aposentos, ¿me ha quedado artístico o no?

Me la comía enterita y a su padre le dejó que los ojos se le salían de las órbitas.

—¿Tú la has escuchado? Qué resabiada.

—Ha tenido que reinventarse para lograrlo todo. Tú lo has querido porque nunca pudo tratar el tema con naturalidad. Ahora has creado una bestia y no es su culpa. Es tuya.

—¿Y te pones así de su parte?

—¿En este tema? Siempre y lo sabes.

—Es que Violet está aún convaleciente.

—Liam, por favor, ni que la hubieran operado a vida y muerte—utilicé con su padre el mismo argumento que la cría conmigo y lo dejé a cuadros.

Todo aquello, los avatares del día a día, me irían ayudando a librarme de la tristeza que me produjo el final tan doloroso con Mark.

Supongo que él, que era orgulloso, hubiera llevado fatal lo mío con Liam. Pero al menos, si hubiera tenido ocasió de enviarle esa carta, habría visto un gesto de buena voluntad por mi parte, un atisbo de valentía. Sin embargo, al descubrirla por sí mismo, debió asimilar que ya no le quería y que me quedé con él por lástima, algo imperdonabl desde su punto de vista.

Prefería no pensar en ello porque el alma se me ponía en carne viva y era hora de tirar adelante. Le deseaba lo mejor de lo mejor. No podía ser de otra forma porque consideraba que él nunca me había fallado y eso debía tenerlo en cuenta.

En fin, que dediqué el día a ensayar con Violet sus frases. Dicho así bien podría parecer que fuera candidata a un papel protagonista o algo, cuando lo cierto es que estas se reducían a dos.

Quien es artista, lo es. Daba igual que fueran dos frases, ella las repetiría hasta la saciedad en aquel día, al derecho y al revés, y en todas las estancias de la casa. Al llegar la noche, parecía exhausta y el resto también.

Su padre, que ya se mostraba bastante más animado al respecto, reía y repetía también las frases, lo que me animaba a hacer lo mismo.

Cada hora que pasaba, yo iba sintiendo más que aquel era mi lugar, que las heridas de mi corazón terminarían de cerrar al lado de Liam y de Violet. Me bastaba mirarlo para concluir que ya le amaba. No solo era deseo, no solo atracción física… Por descontado que de eso había y mucho, pero aparte se estaban fraguando unos sentimientos que se dejaban notar en cada gesto, en cada segundo compartido.

Liam se había tomado unos días para estar con nosotras. El sobresalto producido por la operación de Violet y el accidente de Mark le dio un repentino vuelco a la situación que precisaba de compartir tiempo y experiencias.

Me metí en la cama y él me abrazó. Pese a nuestra evidente atracción, ya que ardíamos el uno al lado del otro, él asimiló una vez más que yo seguía más que sensible y que en aquellos primeros días necesitaba más dosis de mimos y de caricias que de otra cosa. Mi corazón había de cicatrizar y sus gestos me ayudaban a hacerlo.

—Sabes que no voy a parar hasta hacerte inmensamente feliz, ¿no es así? Si una virtud tengo, es la tenacidad.

—Ya, ya. Quisiste ser rico y mírate, todo un magnate del petróleo.

—Lo cambiaría todo por hacerte feliz si fuera necesario.

—Ya, ya, pero por suerte no lo es. Yo sé que podrás hacerme feliz sin renunciar a nada. No hay ninguna necesidad. Tu vida está en orden, todo marcha bien, soy yo quien debo acoplarme. He sido la última en llegar—le sonreí.

—Y la primera a la hora de ponerlo todo patas arriba. Esta vida mía no se parece en nada a la de hace poco tiempo. Es más bonita y completa… Es realmente más vida porque vida es lo que tú me das, amor.

—Y amor es lo que yo recibo en cada una de tus palabras.

— Te quiero, Alice. Haces que todo en mi vida vaya sobre ruedas.

—No, ya todo iba sobre ruedas. Yo solo…

—Hazme caso. Mírame, mañana llevo a mi hija a un casting y eso lo has conseguido tú. ¿Sabes qué es lo que más deseo?

—No, pero cuéntamelo, ¿que la escojan?

—Eso dependerá de su talento…

—Que es mucho, no se te ocurra ponerlo en duda porque te araño.

—Me encanta cuando la defiendes ahí. Por ahí van los tiros.

—¿Crees que habrá tiros y todo? Que no es una peli del Viejo Oeste. La prota es una influencer pija, hombre.

—Nos estamos desviando. Lo que te quiero decir es que mi principal deseo es que tú también la consideres tu hija algún día.

—¿Y eso tienes que desearlo? Yo adoro a Violet desde el día que la conocí, que te entre en esta cabezota….

—Lo cambiaría todo por hacerte feliz si fuera necesario.

—Ya, ya, pero por suerte no lo es. Yo sé que podrás hacerme feliz sin renunciar a nada. No hay ninguna necesidad. Tu vida está en orden, todo marcha bien, soy yo quien debo acoplarme. He sido la última en llegar—le sonreí.

—Y la primera a la hora de ponerlo todo patas arriba. Esta vida mía no se parece en nada a la de hace poco tiempo. Es más bonita y completa… Es realmente más vida porque vida es lo que tú me das, amor.

—Y amor es lo que yo recibo en cada una de tus palabras.

— Te quiero, Alice. Haces que todo en mi vida vaya sobre ruedas.

—No, ya todo iba sobre ruedas. Yo solo…

—Hazme caso. Mírame, mañana llevo a mi hija a un casting y eso lo has conseguido tú. ¿Sabes qué es lo que más deseo?

—No, pero cuéntamelo, ¿que la escojan?

—Eso dependerá de su talento…

—Que es mucho, no se te ocurra ponerlo en duda porque te araño.

—Me encanta cuando la defiendes ahí. Por ahí van los tiros.

—¿Crees que habrá tiros y todo? Que no es una peli del Viejo Oeste. La prota es una influencer pija, hombre.

—Nos estamos desviando. Lo que te quiero decir es que mi principal deseo es que tú también la consideres tu hija, algún día.

—¿Y eso tienes que desearlo? Yo adoro a Violet desde el día que la conocí, que te entre en esta cabezota….

Capítulo 40



Rosalía no paraba de reírse al verla tan nerviosa. No era para menos. Violet le daba un mordisquito a su tostada, volteaba los ojos y luego suspiraba.

—Pero bueno, cuánto sentimiento—le decía ella.

—Es que mis dos frases son muy profundas—le respondía.

Yo la miraba y no podía más que negar. Su padre hacía tres cuartos de lo mismo. Me alucinaba verle tan metido en esa conversación y gastando bromas, cuando aquel tema había sido el caballo de batalla de toda la vida entre padre e hija.

Una vez hubimos terminado de desayunar, la peque se despidió de Rosalía con un beso.

—Cuando me vuelvas a ver seré una estrella de cine—le soltó y ella casi le suelta un sopapo por repipi. El ambiente en la casa era muy distendido y todos me sacaban la risa a cada momento.

—Venga y corre para el coche antes de que me arrepienta—le comentó su padre.

—Ya no puedes hacerlo. Me has dado tu palabra, papá. Se siente.

—¿Se siente? Tú sí que lo vas a sentir, señorita. Compórtate o…

—¿O qué? Solo está contenta y tú deberías estar orgulloso—le comenté por lo bajini

—Y lo estoy, otra cosa es que se lo demuestre para que se me vaya de las manos, ¿tú te la imaginas con el subidón?

Llegamos al casting y no es por desanimar a nadie, pero allí había más gente que en un parque acuático de Tokio. No obstante, eso no abatió para nada a Violet quien, totalmente motivada, repetía sus frases una y otra vez. Le ponía tanto empeño que algunas otras chicas la miraban mal, al verla como una rival difícil de batir.

A ella parecía importarle un bledo. Tenía mucha personalidad y así lo demostró cuando se presentó ante Candy, la

mamá de la amiguita de Amanda.

—Hola, yo soy Violet Templeton y es probable que su hija le haya hablado de mí. Pese a eso, le pediría que no lo tuviera en cuenta y que solo valorase mis dotes interpretativas.

¡Toma ya! ¿Eso también lo llevaba ensayado? Pues para nosotros que no, porque le salió con total naturalidad.

Candy, que era muy amable y que también se nos presentó, se tronchó de la risa. Y nosotros no pudimos hacer menos. Es que era muy divertida Violet, incluso cuando trataba de ponerse seria.

—Pues nada, espero a que terminéis de reír—nos comentó mientras movía nerviosa su piececito—. Total, si se tratase de un papel cómico, ya lo tendría en el bote.

Más risas por nuestra parte y Candy que le pidió que la acompañase mientras se borraba las lágrimas del rostro, pues hasta había llorado con nuestra chiquitina.

"La de las dotes interpretativas" se marchó con ella no sin antes despedirse de su padre y de mí como si fuese de expedición a la mismísima Luna, muy dramática.

—Papá, ahora despides a una hija, aunque cabe la posibilidad de que en un rato te reencuentres con una estrella.

Nuevas risas y por fin se marchó con Candy, quien tampoco se aburriría con ella.

—Ay, por favor, yo es que no puedo más con esta niña. Me doblo en dos con ella, me duelen hasta las costillas de reírme—le decía a su padre.

—Y no sabes lo feliz que me hace eso. Entre verla así de contenta y a ti así de risueña, mi felicidad es total también—me confesó mientras me abrazaba.

—¿Estás nervioso por ella? ¿Es duro eso de ser el padre de la artista?

—¿Por ella? En absoluto, esa pequeñaja se trae el papel sí o sí, ¿apuestas algo?

—¿Yo? Sabes que fui la primera en apostar por ella en ese sentido. No se me ocurriría hacerlo en el contrario.

—Si se lo trae, habrá señales—me aseguró.

—Ya te digo que las habrá. Dará saltos que la harán llegar a esa Luna que antes decíamos, aunque no sea astronauta.

—Y otras señales también, habrá que celebrarlo.

—Me parece buena idea. Quizás estemos vendiendo la piel del oso antes de cazarlo, pero es que el pobre oso está sentenciado. Ese papel es de Violet, lleva su nombre.

Los dos estuvimos de acuerdo. Ella llegó nerviosa tras decir sus frases.

—Las he bordado, pero no puedo parar de temblar. Qué nervios—murmuraba.

Candy salió con la sonrisa en los labios cuando por fin hubo visto y escuchado a todas las crías.

—Violet, les has encantado a todos. El papel es tuyo. Lo que más han valorado no ha sido tu dicción, que es buena, sino tu empeño y tu seguridad. Eso se notaba. Creo que pronto te veremos en papeles más importantes.

—¿De prota? —preguntó ella abriendo mucho los ojos, en un gesto de lo más simpático.

—Si te lo curras mucho, que las cosas no caen del cielo, hija—le recalcó su padre.

Candy se apartó para hablar con el resto de las niñas y ella, en el más tierno de los gestos, se abrazó a nosotros y comenzó a llorar.

—Lo he conseguido, lo he conseguido. Es mi sueño, voy a ser actriz. Yo sé que puedo hacerlo, yo lo sé—decía mientras sorbía por la nariz.

Imposible ser más bonita y el corazón me lo tocó a tope. También a su padre, quien le acariciaba la cabecita.

—Estoy muy orgulloso de ti, Violet.

—¿De verdad? ¿Aunque quiera ser actriz? —le preguntó ella.

—Precisamente por eso, que no es igual. Tú has luchado por tu sueño sin tener en cuenta que yo me oponía. O teniéndolo en cuenta, pero pasando de ello. Hace falta tener mucho valor para lo que tú has hecho y agradezco al cielo ser el padre de una niña como tú.

—Papá, que me harás llorar… Y también a Alice, mírala, ¿lloras de felicidad? —se dirigió a mí.

—De mucha felicidad, cariño. Yo también agradezco poder formar parte de vuestra vida. Muchas gracias a los dos. Os quiero mucho—les confesé mientras me abrazaban muy fuerte.

Capítulo 41



Liam prometió que si la niña conseguía el papel habría señales. Y él no tenía pinta de faltar a su palabra precisamente. Para nada la tenía, vaya.

Un par de días más tarde, después de que dejara firmado su consentimiento y demás para que la cría participase en el rodaje, que estaba previsto para unos meses después, nos dio la más agradable de las sorpresas.

—¡¡Nos vamos a Hawái!!

No era la primera vez que ese paradisíaco enclave salía a relucir entre nosotros. Con todo y con eso, yo no podría haber ni imaginado cómo era conocer ese lugar único si no hubiese estado allí.

—¿De verdad, papá? ¿Nos vamos?

—Claro que sí, pequeña, ¡¡nos lo merecemos!! ¡¡Todos nos lo merecemos!!

—Es verdad, tú has trabajado mucho durante todo el año.

—No me hagas tanto la rosca, anda. Y cuando digo todos, somos todos, tú has terminado un curso muy brillante.

—Gracias en parte a Alice, ella es una de mis mejores profesoras. Y ahora también es tu novia. Ese es otro sueño. Y vaya sueño, papi… Un sueño total, todos los míos se están cumpliendo.

Yo me iba encontrando cada día un poquito mejor. Verlos así de contentos suponía para mí la mejor de las medicinas. Pese a ello, la melancolía me apresaba en ciertos momentos en los que me acordaba de Mark y de lo mucho que debía odiarme en unos días en los que ni siquiera sabía cómo estaría evolucionando, pues no quería preguntarle a ningún conocido en común para no removerme más.

No era asunto mío. Ya no lo era. Y cuanto antes interiorizara eso, antes podría disfrutar de las mieles que la vida me estaba poniendo por delante.

Nos esperaban unos días apasionantes y llenos de cantidad de sorpresas. Liam estaba contento y deseando celebra nuestra incipiente relación, si bien también tengo muy claro que ese viaje no solo lo planteó para celebrar que

escogieran a Violet en el casting, sino porque tenía muy claro que yo necesitaba alegrías en mi vida que me ayudaran a pasar página.

El viaje nos resultó de lo más cómodo en su jet privado. Nada más llegar supe que habíamos puesto los pies en un lugar idílico donde los hubiera. Hasta allí llegué enamorada de Liam, pero hube de hacer hueco en mi corazón para que se colase en él Hawái, un lugar imperdible que pasaría a formar parte del elenco de los favoritos de mi vida a partir de entonces.

Da igual lo que vayas buscando y que seas más de playa o de montaña… Prefieras lo que prefieras, en Hawái lo encontrarás porque se trata de un paraíso con islas plagadas de selvas tropicales, espectaculares montañas y escarpados paisajes, así como con unos acantilados a lo que no podrás renunciar a la hora de que te sirvan de mirador.

Por si todo esto fuera poco, puedes morir de amor con sus volcanes inactivos, con las finas arenas de sus playas, con sus increíbles cascadas y con sus infinitos colores. Y hablando de colorido, en pocos sitios tendrás la oportunidad de descubrir cuántas tonalidades de turquesa existen como en las aguas de sus incomparables playas.

Dicen quienes conocen bien sus 19 islas y atolones que se tardaría meses en recorrerlos en profundidad. Y que, a pesar de ello, cuando volvieras siempre encontrarías rincones sin explorar que te pondrían los pelos como escarpias.

Todo lo veía posible porque los ojos se me salían desde el coche en el que nos trasladamos a la maravillosa y lujosa vivienda que alquiló para nosotros Liam.

Si hablo con el corazón en la mano, eso me lo esperaba de él. Lo que no esperaba fue encontrarme con una cara n voy a decir ya conocida, sino queridísima para mí, esperándonos en esa vivienda.

—¡¡No!! —chillé al ver allí a India—. ¡¡No es posible, estoy soñando!!

—Yo sí que estoy soñando, niña. No me lo podía creer cuando tu multimillonario novio me llamó para proponérmelo. Debe ser un tío guay, entre tú y yo. Anda, pero si eres tú—bromeó mirándole—. Yo soy India y m declaro ocupa oficial de la casa a partir de este instante.

—¿Es tu amiga India? ¿De la que tanto me has hablado? —me preguntó Violet.

—La misma que viste y calza, cariño.

—Calzar bien poco, que esto es el paraíso y yo soy más bien de ir descalza, niña. Tú debes ser Violet, la razón po la que todos estamos aquí. Y lo digo porque mi novio Jim está metido en el jacuzzi, arrugado como un garbanzo. Ahora mismo le digo que salga. Bueno, y que se ponga algo, que para mí que está en bolas.

Violet se rio a carcajadas con ella. No se imaginaba que India fuese tan fresca y divertida. Lo era. Mi amiga era muy pizpireta y con ella nos reiríamos sin parar.

En nada apareció con Jim, quien daba botes de alegría.

—Tienes buen gusto, India—observó la niña dándole la mano—. Jim, yo soy Violet Templeton y dentro de nada podrás verme en la gran pantalla. Estamos aquí para celebrarlo—le aclaró.

—Pues ¡ole tú, pequeña! Yo soy Jim, encargado de mantenimiento del cole donde trabaja mi novia, pero dile a tu padre que si quiere, me quedo haciéndole el mantenimiento a esta casa.

—No es mía, por cierto—carraspeó él.

—Pues ya estás tardando en comprarla, papá, ¿tú has visto lo chula que es?

—Y la niña lo dice como quien compra media docena de dulces, hay que joderse—soltó Jim, quien no tenía filtros. Así eran mis amigos.

—¿Tú quieres que la compremos, amor? —me preguntó él.

—¿Y a mí me lo preguntas? Ay, Dios, qué presión…

—Presión la que sentirás con los chorros del jacuzzi, ¿os habéis metido en bolas alguna vez? —nos preguntó Jim y Violet estalló en carcajadas. Ya empezaba ella a vislumbrar que allí nos lo íbamos a pasar de muerte.´

Violet se rio a carcajadas con ella. No se imaginaba que India fuese tan fresca y divertida. Lo era. Mi amiga era muy pizpireta y con ella nos reiríamos sin parar.

En nada apareció con Jim, quien daba botes de alegría.

—Tienes buen gusto, India—observó la niña dándole la mano—. Jim, yo soy Violet Templeton y dentro de nada podrás verme en la gran pantalla. Estamos aquí para celebrarlo—le aclaró.

—Pues ¡ole tú, pequeña! Yo soy Jim, encargado de mantenimiento del cole donde trabaja mi novia, pero dile a tu padre que si quiere, me quedo haciéndole el mantenimiento a esta casa.

—No es mía, por cierto—carraspeó él.

—Pues ya estás tardando en comprarla, papá, ¿tú has visto lo chula que es?

—Y la niña lo dice como quien compra media docena de dulces, hay que joderse—soltó Jim, quien no tenía filtros. Así eran mis amigos.

—¿Tú quieres que la compremos, amor? —me preguntó él.

—¿Y a mí me lo preguntas? Ay, Dios, qué presión…

—Presión la que sentirás con los chorros del jacuzzi, ¿os habéis metido en bolas alguna vez? —nos preguntó Jim y Violet estalló en carcajadas. Ya empezaba ella a vislumbrar que allí nos lo íbamos a pasar de muerte.´

Capítulo 42



Primera noche en Hawái. El ambiente era realmente tórrido. Hacía muchísimo calor y más que teníamos nosotros acumulado en el cuerpo tras unos días en los que yo necesité recuperarme y en los que le desnudé mi alma más que mi cuerpo a Liam.

Ya me iba serenando y necesitaba volver a la normalidad. A nuestra normalidad, me refiero… A esa que nos llevaba a amarnos durante horas sin plantearnos nada más.

Aquella noche ya todos estaban acostados y yo me quedé recostada sobre una hamaca del jardín. La tranquilidad era total y me notaba muy serena, deseando que su cuerpo me hiciera suya a la mayor brevedad.

Tan solo tenía puesto un pequeño bikini con el que me había bañado en la piscina un rato antes. Todavía estaba húmedo y él no dudó en retirarlo de inmediato.

Liam se subió entonces a la hamaca y en mi cara se dibujó una mueca burlona ante la posibilidad de que nos pudiéramos caer debido al peso.

—Esto aguantará—me aseguró al verla.

—¿Y tú? ¿Tú aguantarás? —le pregunté con cierta guasa.

—¿Te he contado ya que lo que más me pone en este mundo es verte traviesa?

—No, pero espero que tengas muchoooooo tiempo por delante para contármelo—enfaticé.

—Yo tendré todo el del mundo, ojalá lo quieras compartir conmigo—me confesó mientras su lengua hacía de las suyas y me recorría, secándome la garganta y haciéndome entrar en un estado verdaderamente febril.

Mis piernas le envolvían y le acercaban más a mí. No es que a él le hiciera falta ningún gesto por mi parte para mostrarse especialmente fogoso, pero cuando lo veía le salía la bestia sexual que llevaba dentro.

Le había deseado mucho y la humedad de mi interior así me lo indicaba. Cuando iba a hundir su rostro en mi sexo, le sugerí que se diese la vuelta para que yo también pudiese probarle. La postura del 69 nos llevó a la locura

Yo hacía por endurecer más su pene y lo lograba. Por su parte, Liam hacía por encharcar mi sexo con idéntico resultado.

No me hubiese imaginado haciéndolo con él en el jardín, si bien nadie nos veía y resultaba morboso a no poder más. El vaivén de la hamaca era una gozada que incitaba a seguir y seguir, como si nos meciéramos en cálidas olas mientras la pasión nos envolvía en ellas.

Cuando me hube corrido, y él probado al completo mi más íntimo sabor, no dudó en colocarse encima de mí. Creí que iba a penetrarme al momento, pero se tomó su tiempo. Allí el reloj no existía ni tampoco el despertador, con lo cual cualquier hora era buena para tratar de sacarle el máximo partido a sus minutos.

Liam me cubrió de besos mientras alcanzó mis senos. En ellos se recreó de un modo que no puedo reproducir.

—Me encanta su forma, son perfectos. Y este color de sus pezones… No sabes el efecto que producen en mí—me susurró.

—Veo eso y me hago una ligera idea—apunté a su miembro que, al mismo tiempo, apuntaba cada vez más al cielo.

Succionando de esos senos míos, aprovechando cada milímetro de mis duros pezones, logró que me corriera de nuevo, humedeciéndome de un modo tremendo. No tardó en aprovechar entonces ese cálido torrente para introducirse en mí.

Cada vez que lo hacía, cada vez que encontraba la manera de navegar hacia mi interior de esa forma, lograba que no tardase en correrme de nuevo al acoplarse en mi interior.

Mi vida amorosa había cambiado por completo, pero no digamos ya la sexual. En ese sentido, no me reconocía en absoluto. Cada vez sentía que me era más fácil experimentar placer y eso no me dejaba indiferente.

Liam estaba logrando despertar muchas cosas en mí y una de ellas tenía que ver con esa faceta sexual más auténtica, más destinada a hacerme gozar hasta las últimas consecuencias; más femenina y más primitiva, como si me reencontrase conmigo misma, como si hubiese permanecido perdida durante demasiado tiempo.

Sobre aquella hamaca, comenzó a hacerme el amor sin que sus ojos perdieran ni un solo momento a los míos. Me cautivaba con su mirada, con una mirada que no iba acompañada de ninguna palabra porque todas sobraban.

Cuando el amor habla, el resto de los sentimientos callan. El suave movimiento de aquella hamaca me sonaba a una melodía romántica que bien podría convertirse en la banda sonora de nuestra vida… De una vida que deseábamos disfrutar juntos, amándonos más cada día, vibrando con todo lo bueno que el uno le pudiera ofrecer a otro.

No fue esa hamaca la única testigo de nuestro amor en una noche en la que el jardín entero nos sirvió como el más erótico de los escenarios.

Traviesa, me bajé de esa hamaca y corrí por todo el jardín hasta que me dio alcance. No hace falta decir que lo hubiera podido hacer antes, aunque disfrutó más de concederme esa ventaja en la que se recreó los ojos, puesto que esa carrera la llevé a cabo con el vestido de Eva, o sea, sin nada sobre mi cuerpo.

Todo me resultaba de lo más excitante en un momento de mi vida en el que no solo estaba descubriendo a un hombre que me enamoraba a cada instante, sino un sexo irreemplazable que me enganchaba a tope.

Sobre la hierba, tumbados al frescor de una noche que nos dio algo de tregua, terminé con él dentro de mí nuevamente. Siempre era un placer poder disfrutar de su brutal erección en un interior, el mío, que ardía por acogerla.

Cuando todo terminó, cuando no pude gemir más, cuando mis múltiples orgasmos me dieron jaque, él quedó paralizado, mirándome bajo la luz de unas estrellas que nos daban cobijo.

No podía imaginar una imagen más sugerente. Sin saberlo e incluso sin moverse, Liam era capaz de hacerme estallar de pasión una vez más. Y eso… eso no tenía precio ni siquiera para un multimillonario como él.

No fue esa hamaca la única testigo de nuestro amor en una noche en la que el jardín entero nos sirvió como el más erótico de los escenarios.

Traviesa, me bajé de esa hamaca y corrí por todo el jardín hasta que me dio alcance. No hace falta decir que lo hubiera podido hacer antes, aunque disfrutó más de concederme esa ventaja en la que se recreó los ojos, puesto que esa carrera la llevé a cabo con el vestido de Eva, o sea, sin nada sobre mi cuerpo.

Todo me resultaba de lo más excitante en un momento de mi vida en el que no solo estaba descubriendo a un hombre que me enamoraba a cada instante, sino un sexo irreemplazable que me enganchaba a tope.

Sobre la hierba, tumbados al frescor de una noche que nos dio algo de tregua, terminé con él dentro de mí nuevamente. Siempre era un placer poder disfrutar de su brutal erección en un interior, el mío, que ardía por acogerla.

Cuando todo terminó, cuando no pude gemir más, cuando mis múltiples orgasmos me dieron jaque, él quedó paralizado, mirándome bajo la luz de unas estrellas que nos daban cobijo.

No podía imaginar una imagen más sugerente. Sin saberlo e incluso sin moverse, Liam era capaz de hacerme estallar de pasión una vez más. Y eso… eso no tenía precio ni siquiera para un multimillonario como él.

Capítulo 43



Los días transcurrían entre la playa y las actividades. India y Jim habían aprovechado sus vacaciones, ya que ella se tomó un respiro de los cursos de verano, y se sumaron al increíble relax que allí se respiraba.

Aquel día, Liam no quiso revelarnos el paradero de esa excursión que terminó en el cono volcánico extinto de Diamond Head, un verdadero diamante en bruto que ningún viajero debería perderse.

Para poder visitarlo, y tras advertirnos de que se trataría de un lugar muy distinto, llevamos hasta allí incluso saco de dormir para estar más cómodos. Ello nos intrigaba porque, como ya digo, no soltaba prenda de nuestro rumbo.

Hasta allí llegamos en barco, ya que está situado en la isla de Oahu y ya os adelanto que no podréis obtener mejores vistas de aquel paraíso que aquellas que proporciona Diamond Head.

Es probable que sepáis de qué sitio estoy hablando porque se le reconoce en el fondo de muchas de las fotos de Waikiki.

El sendero hasta la cima no es demasiado complicado y cualquiera puede hacerlo. El calor nos volvía a azotar, si bien llevábamos agua de sobra y las ganas de aventurarnos en el lugar eran muchas. El camino es corto, eso no presenta ninguna dificultad, aunque sí tuvimos que afrontar una cuesta muy empinada y con escalones.

Nos encontramos con senderos estrechos, en los cuales Liam estuvo muy pendiente de Violet y de mí. Yo le agradecía cada gesto, aunque como profesora que era, estaba muy acostumbrada también a cuidar de los niños, por lo que no perdía de vista a la peque en ningún momento.

En cuanto a los otros dos tortolitos, que se mostraban de lo más acaramelados, fueron varias las paradas que hicieron en los inigualables miradores panorámicos para tomarse fotos. En eso nos picaron y nos comenzamos a tomar varios selfis en los que Violet aparecía sonriente entre nosotros, algo que nos llenaba de satisfacción y que sacaba la más amplia de nuestras sonrisas.

Antes de llegar a la cima nos encontramos con un búnker militar con muchos años que nos cautivó para tomarnos más fotos y con un faro que formó parte del sistema de defensa de Hawái el siglo pasado, todo ideal para tomar en ellos fotografías que nos quedaron de lo más curiosas y pintorescas.

La cría aprovechó también para hacer algunos vídeos muy divertidos en los que nos hacía preguntas a cada uno referidas a cómo lo estábamos pasando, y nuestras caras lo decían todo.

—Vale, vale, que ya lo veo. Estáis todos enamorados. Si es que salta a la vista…

A mí me maravillaba poder compartir todos esos momentos con ambos. Violet fue especial en mi vida desde el día que la conocí. La vida a veces te sorprende muchísimo, porque no podría haber imaginado que llegaría a pode vibrar con ella, y mucho menos con su padre, como lo estaba haciendo. Y si encima le sumaba que allí estaban India y Jim, ya era lo mejor de lo mejor.

Caminando un poquito más llegamos a la cima y entonces sí que comprobamos con nuestros propios ojos que había sido la mejor decisión. Por algo subir a ese emblemático volcán te proporciona algunas de las mejores vista de Oahu, desde donde divisarás Waikiki y el magnífico muestrario de playas situadas en la costa este de la isla.

Todo allí era realmente de realzar, aunque el verdadero regalo fue el de poder quedarnos a dormir. Siempre respetando las medidas de seguridad y con los debidos permisos, nos topamos con una posibilidad que nos s entusiasmó muchísimo a todos y en particular a la cría.

—El amanecer será como de película—decía—. Es más, lo voy a rodar por si les doy ideas a los de la productora. Quién sabe, igual puedo llegar a ser más que actriz. Lo mismo pronto actúo y también dirijo mis propias producciones—nos comentó bastante segura.

—Hija mía, sí que picas alto—se dejó caer Liam.

—Eso es cierto. Y me recuerdas a tu padre—le solté yo.

—Muy aguda, ¿y en qué te recuerda exactamente a mí?

—En que tampoco parará hasta lograr todo lo que desee en la vida. Tú te has situado como un magnate del petróleo y…

—El petróleo no vale nada al lado de lo que tengo contigo, amor.

—Papá, valer si vale… Que anda que no ha subido nada el precio en los últimos tiempos, ¿tú es que no ves las noticias? —le preguntó su hija como si él no lo supiera.

—¿Alguien me puede explicar cómo tengo una hija tan resabiada? Es que todavía no me lo explico—rio él.

ı No nos quedaba demasiado para disfrutar de ese anochecer que resultó inolvidable en la cima. Por supuesto que llevábamos víveres con los que hacer mucho más agradable una noche que ya de por sí se presentaba como magnífica.

Dormimos como lirones al aire libre con una sensación inexplicable de encontrarnos en la cima del mundo, en un lugar tan apartado que a él no pudieran acceder ni los problemas.

Liam y yo fuimos de nuevo los últimos en quedarnos dormidos. Nos costaba cerrar los ojos hasta el día siguiente, en una sensación de querer apurar hasta los últimos segundos de cada noche.

r

Con nuestros cuerpos apretados, abrazándonos con toda la pasión, terminamos por caer en brazos de Morfeo en el más idílico de los escenarios posibles.

Fue la luz del día la encargada de despertarnos a todos. Una luz que nos alumbró el alma y que nos sirvió en
s bandeja uno de los amaneceres más sublimes que jamás hubiéramos podido soñar. Eso era la vida junto a Liam; un sueño hecho realidad.

Abrazada a la niña y a él, me cargué las pilas con la luz del amanecer más revitalizante de todos. Amaba la vida con ellos y la agradecía a cada segundo, mientras mi corazón iba cicatrizando y me iba proporcionando a mí misma la posibilidad de perdonarme. Porque estar allí y con ellos me recordaba que cualquier paso que me condujera hacia esa situación habría valido la pena.

Dormimos como lirones al aire libre con una sensación inexplicable de encontrarnos en la cima del mundo, en un lugar tan apartado que a él no pudieran acceder ni los problemas.

Liam y yo fuimos de nuevo los últimos en quedarnos dormidos. Nos costaba cerrar los ojos hasta el día siguiente, en una sensación de querer apurar hasta los últimos segundos de cada noche.

Con nuestros cuerpos apretados, abrazándonos con toda la pasión, terminamos por caer en brazos de Morfeo en el más idílico de los escenarios posibles.

Fue la luz del día la encargada de despertarnos a todos. Una luz que nos alumbró el alma y que nos sirvió en bandeja uno de los amaneceres más sublimes que jamás hubiéramos podido soñar. Eso era la vida junto a Liam; un sueño hecho realidad.

Abrazada a la niña y a él, me cargué las pilas con la luz del amanecer más revitalizante de todos. Amaba la vida con ellos y la agradecía a cada segundo, mientras mi corazón iba cicatrizando y me iba proporcionando a mí misma la posibilidad de perdonarme. Porque estar allí y con ellos me recordaba que cualquier paso que me condujera hacia esa situación habría valido la pena.

Capítulo 44

Hawái ya había entrado en mi corazón mucho antes de visitarlo. Lo hizo en la misma noche en la que Violet y su amiguita nos organizaron una fiesta hawaiana en el rancho a mí y a Liam.

Recordé que en aquella ocasión ya había probado el *poke*, que me resultó delicioso, pues las ensaladas me parecen ideales y más en verano. No obstante, en aquellos días y ya en el mismo Hawái, terminé de enamorarme de su gastronomía.

Lo mismo le sucedió a India, quien era adicta al café y solo le faltó que la variedad local kona, una de las más apreciadas en el mundo, se la inyectasen directamente en vena, pues no podía parar de tomarlo.

—Llegará un momento en el que no puedas pegar ojo—le advertía yo.

—¿Y quién quiere pegarlo al lado de mi Jim y de vacaciones? Cuantas más horas me mantenga despierta, mejor. Además, que lo dices tú, que eres la última en acostarte cada noche. Serás taruga…

—Eso, tú insúltame, que es gratis.

—Y hablando de gratis, he escuchado a Liam hablando de negocios por teléfono.

—¿De negocios aquí? ¿Y a la hora del desayuno? Si me dijo que los aparcaría por unos días.

—Chica, pues yo sorda no estoy, aunque para mí que está negociando el precio de esta casa.

—¿Comprarla en serio? Me dijo que lo haría si me gustaba lo suficiente, pero me quedo loca.

—Ay, por favor. Qué emocionante. Dile que a mí me gusta otra de la isla, la que a ti te parezca, a ver si cae también. ¿Te das cuenta? ¡Eres la pareja de un multimillonario!

—Y yo es que no suelo ni reparar en eso. Yo lo veo como a un hombre más, aunque vaya hombre…

—Voy a por el babero para ti y a por más café para mí. Mira, por ahí viene.

Jim y la niña estaban tratando de hacer volar una cometa en la playa, a la que la casa tenía acceso directo. Liam se acercó a mí con una bonita sonrisa en la cara.

—Ya es tuya, quiero que le pongas un nombre.

—¿Mía? ¿Has comprado la casa? ¡¡Me muero!! Pero si es así, será tuya…

—No, esta quiero que la tengas tú. En su momento, no aceptaste mi millón de dólares y ahora…

—Ahora te has gastado mucho más, ¿es que tú te piensas que me he quedado a tu lado por dinero?

—Si pensara eso no te querría como te quiero. Por favor, búscale un nombre.

Como quien lava y no enjuaga, me dejó las llaves en la mesa, igual que si me hubiera dejado una simple flor. Él no le dio ninguna importancia.

India llegó y, cuando se lo conté, se puso a saltar y a chillar. También Violet vino alertada por los gritos, lo mismo que Jim.

—Mi papá te quiere de verdad y por eso ha tenido este detalle contigo—me explicó la cría.

—Si esto es un detalle, yo me caigo muerta—me decía India dándose golpes en la frente como para determinar si todo aquello estaba sucediendo de veras o solo era el fruto de su imaginación.

En ese instante, Liam estaba apartado de nosotros, hablando por teléfono. Yo le envié un beso por el aire y él me lo devolvió junto con un sugerente guiño de ojos.

Miré a mi alrededor y me quedé boquiabierta; se trataba de mi casa y, cuando menos, deberíamos hacer una fiesta de inauguración.

He de reconocer, de todas maneras, que con Liam cualquier día era una fiesta. Desde luego, que todo lo que se le ocurría era igual y yo no podía sino agradecer el haberle conocido.

—Yo no sé qué hacer con esto—le comentaba a mi amiga con las llaves en la mano. Solo aquella casa valía mucho más de lo que pudiera ganar en toda mi vida y, sin embargo, no era eso lo más importante. Según yo lo interpretaba, lo que más propiciaba mi entusiasmo era que Liam quiso tener ese gesto conmigo para que yo tuviese constancia de lo que representaba para él.

—Pues si no lo sabes, regálamela a mí, que ya me buscaré yo la vida, ¿tú qué dices, Jim? Nos montamos aquí un parque de atracciones, vamos.

—Lo veo, lo veo. Uno en el que suceda un fenómeno paranormal, por ejemplo que desaparezca una niña, y ese sea el punto de partida para un guion misterioso—nos propuso Violet.

—Estáis todos un poco zumbados, ¿a que os echo de mi casa? —les dije muerta de la risa.

—¿A mí también me echarás? —me cogió por la cintura Liam, dándome un beso.

—A ti el primero, eso ya lo puedes dar por hecho, vaya. ¿Cómo se te ha ocurrido tal cosa? ¿Tú es que me quieres enamorar más todavía?

—Si se puede, ¿por qué no?

—Madre mía, madre mía—suspiré.

—Tu madre precisamente lo hubiera flipado con todo esto. Si te viera como dueña y señora de este pedazo de propiedad es que no se lo creería—me comentó mi amiga.

—Ya te digo que no. Me hubiera encantado que lo hubiese visto, aunque esto no me lo he ganado yo, esto me ha caído del cielo.

—Te lo has ganado por ser como eres, amor. Por eso te lo has ganado. Me siento el hombre más afortunado del mundo teniéndote a mi lado y de alguna manera hay que celebrarlo, de manera que, ¡¡fiesta!!

Nada más decirlo, se abrieron las puertas de la casa que daban al jardín y los ojos nos hicieron chiribitas. Menudo cáterin que nos habían preparado. Si ya he mencionado en más de una ocasión el *poke*, con eso solo abrimos boca pues nos quedaban por probar gran cantidad de exquisiteces como el loco moco, con cuyo nombre se partió la niña y que tiene a la hamburguesa como principal ingrediente. Gambas picantes al ajillo con mantequilla o tacos de pescado también fueron otras de las delicias locales con las que festejamos, sin perder de vista la cerveza hawaiana o la exquisita piña con la que nos deleitamos.

—Lo veo, lo veo. Uno en el que suceda un fenómeno paranormal, por ejemplo que desaparezca una niña, y ese sea el punto de partida para un guion misterioso—nos propuso Violet.

—Estáis todos un poco zumbados, ¿a que os echo de mi casa? —les dije muerta de la risa.

—¿A mí también me echarás? —me cogió por la cintura Liam, dándome un beso.

—A ti el primero, eso ya lo puedes dar por hecho, vaya. ¿Cómo se te ha ocurrido tal cosa? ¿Tú es que me quieres enamorar más todavía?

—Si se puede, ¿por qué no?

—Madre mía, madre mía—suspiré.

—Tu madre precisamente lo hubiera flipado con todo esto. Si te viera como dueña y señora de este pedazo de propiedad es que no se lo creería—me comentó mi amiga.

—Ya te digo que no. Me hubiera encantado que lo hubiese visto, aunque esto no me lo he ganado yo, esto me ha caído del cielo.

—Te lo has ganado por ser como eres, amor. Por eso te lo has ganado. Me siento el hombre más afortunado del mundo teniéndote a mi lado y de alguna manera hay que celebrarlo, de manera que, ¡¡fiesta!!

Nada más decirlo, se abrieron las puertas de la casa que daban al jardín y los ojos nos hicieron chiribitas. Menudo cáterin que nos habían preparado. Si ya he mencionado en más de una ocasión el *poke*, con eso solo abrimos boca pues nos quedaban por probar gran cantidad de exquisiteces como el loco moco, con cuyo nombre se partió la niña y que tiene a la hamburguesa como principal ingrediente. Gambas picantes al ajillo con mantequilla o tacos de pescado también fueron otras de las delicias locales con las que festejamos, sin perder de vista la cerveza hawaiana o la exquisita piña con la que nos deleitamos.

Capítulo 45



Aquel día se presentaba algo distinto. Liam moría por hacer algo de senderismo y Violet se despertó perezosa.

—Es que estoy muy cansada, papá, ¿un poquito de pádel surf?

—¿Y para eso no estás cansada, hija? —le preguntó él porque ella tendía a salirse con la suya.

A Violet le encantaban los deportes de agua, pero bastante menos el senderismo. Su padre y yo sí que éramos muy aficionados y le costaba seguirnos el ritmo.

—Yo me apunto al pádel surf. Puedo practicarlo con ella—se ofreció Jim.

—Eso y yo me apunto a tirarme a tomar el sol como si no hubiese un mañana. Ya os podéis ir todos a tomar por donde…

—Calla, India, que está escuchando Violet.

—Esta boca mía, que va por libre. Pero vaya, que la cría ya me ha escuchado más veces, no creo que se vaya a asustar. De todos modos, me doy un tapaboca y me largo para la playita. No sé qué hago todavía aquí perdiendo e tiempo con vosotros.

Mi amiga era una loquita, aunque dejar a la niña con ella la situaría en las mejores manos, pues adoraba a los crío igual que yo y tenía mucha maña con ellos, pues para algo era también profesora vocacional.

En cuanto a Jim, que no podía mostrarse más agradecido con Liam, haría todo lo posible para que Violet se lo pasara genial y no la perdería de vista ni un segundo, eso ya lo había demostrado en más ocasiones, por lo que no tuvimos mucho que pensar.

Era bastante temprano, ese día nos habíamos despertado casi al alba con ganas de hacer cosas, de modo que no tardamos en ponernos en camino.

La ruta que elegimos fue la de Manoa Falls, un camino nada difícil de hacer, de lo más hermoso y de apenas una hora por la parte central de Honolulu, en la isla de Ohau.

El esfuerzo, pese al intenso calor, fue moderado y sobre todo he de decir que valió de sobra la pena. La cascada es alta y bellísima, ofrece una imagen como de postal y, con el mucho calor que llegamos a ella, más que apetecible.

Como ya he dicho, habíamos madrugado bastante, por lo que tuvimos la suerte de llegar a ella los primeros. Nadie había en las inmediaciones y vi la chispa encenderse en sus ojos.

No sé cuál de los dos tenía más ganas del otro, aunque es más que posible que estuviésemos empatados. Adopté una pose sugerente con la seguridad de que Liam me asaltaría y no me equivoqué en lo más mínimo.

Dejada de caer sobre una enorme piedra, bien podía parecer una sirenita que debió de antojársele como un ser muy apetecible. Para mi fortuna, yo contaba con una par de piernas en lugar de una cola y ello me permitió abrirme para él cuando quiso avanzar hacia mi sexo.

La parte inferior de mi minúsculo bikini fue apartada por él, avanzando con su lengua hasta mi entrada. Sentí que me erizaba toda sobre aquella imponente piedra que me sirvió de lecho.

Liam no dudó en hacerme correr sobre ella, algo que logró mientras que todo mi cuerpo parecía levitar, mientras que el corazón se me desbordaba y mientras que grité su nombre en un entorno natural y salvaje que tuvimos la suerte de visitar solos.

Apenas me sostenía por lo largo e intenso de ese orgasmo cuando él retiró también la parte superior de mi bikini. Su idea era ensartarme totalmente desnuda, disfrutarme de la forma más primitiva posible en un entorno que incitaba a ello.

Mi cuerpo al completo se arqueaba por el infinito placer en el momento en el que me tomó en brazos y, efectivamente, me ensartó. Nada puedo añadir salvo que sentí un placer extremo que me recorrió de afuera adentro en forma de escalofrío.

El agua cayendo por encima de nuestras cabezas en ese instante… Era como estar en un SPA, pero en estado mucho más puro… El entorno ideal para perderte en él, para entregarte sin reservas, para indicarle a tu cuerpo al completo que el placer viene de camino y que no parará hasta que lo haya absorbido en toda su dimensión.

Su boca en mi boca y mis duros pezones en contacto con su ancho y empapado torso. Con él dentro, las sensaciones se amplificaban y por mucho que mirase a uno y otro lado, tan solo encontraba la franqueza de su sonrisa en cada uno de los incomparables rincones que rezumaban verde por doquier.

Más de un orgasmo disfrutaría en el agua antes de que los siguientes turistas llegaran. A punto estuvieron de sorprendernos mientras yo eché mano a nuestras ropas de baño y Liam salió corriendo conmigo a cuestas y sin sacar su miembro de lo más ardiente de mi interior.

Desternillados, buscamos un paraje menos transitado desde el que seguíamos disfrutando de la vista de la imponente cascada, pero también de otra vista… De la que nos proporcionaban nuestros cuerpos desnudos, enroscados uno en el otro.

El mucho calor que se dejaba sentir en el ambiente, así como el que provenía de lo más hondo de nosotros, contrastaba vivamente con esa piel mojada que nos sirvió de alivio al llegar a ese punto en el que no teníamos la más mínima intención de privarnos de aquel placer.

Como si fuésemos furtivos, permanecimos agazapados y amándonos, refugiados el uno en el cuerpo del otro y entregados a un disfrute aderezado con besos y risas.

Cada uno de los momentos que pasamos en Hawái podría haberse calificado de mágico. A pesar de ello, me quedo con alguno que otro, como ese, en el que un sexo vibrante y fresco se hizo el dueño de la situación.

Nada más hay que añadir cuando dos cuerpos que se desean se buscan hasta la saciedad. Nada más porque entonces impera el universal lenguaje de la pasión.

Desternillados, buscamos un paraje menos transitado desde el que seguíamos disfrutando de la vista de la imponente cascada, pero también de otra vista… De la que nos proporcionaban nuestros cuerpos desnudos, enroscados uno en el otro.

El mucho calor que se dejaba sentir en el ambiente, así como el que provenía de lo más hondo de nosotros, contrastaba vivamente con esa piel mojada que nos sirvió de alivio al llegar a ese punto en el que no teníamos la más mínima intención de privarnos de aquel placer.

Como si fuésemos furtivos, permanecimos agazapados y amándonos, refugiados el uno en el cuerpo del otro y entregados a un disfrute aderezado con besos y risas.

Cada uno de los momentos que pasamos en Hawái podría haberse calificado de mágico. A pesar de ello, me quedo con alguno que otro, como ese, en el que un sexo vibrante y fresco se hizo el dueño de la situación.

Nada más hay que añadir cuando dos cuerpos que se desean se buscan hasta la saciedad. Nada más porque entonces impera el universal lenguaje de la pasión.

Capítulo 46



Apenas nos quedaban un par de días en Hawái y deseábamos que nos diesen de sí lo máximo posible. Aquella mañana teníamos prevista jornada playera y yo entré en la casa (¡¡en la que era mi casa!!), con la intención de elegir mi *outfit* playero.

Me pasaba el día de punta en blanco. Allí, poco más tenía que hacer que escoger modelito y lucirlo. Eso era vida, aunque yo no tenía pensamiento de renunciar a la mía propia, pues dar clases siempre fue mi vocación y lo que m hacía realmente feliz.

Liam volvía a hablar por teléfono. No era la primera vez ni tampoco sería la última que se apartase para hacerlo. Supuse que sus negocios le reclamaban, por mucho que estuviese de vacaciones.

Cuando eres un magnate del petróleo, una mala decisión puede costarte millones de dólares y, aunque a él le sobraba el dinero, era de suponer que no se habría hecho rico mirando hacia otro lado, sino más bien estando al tanto de lo suyo incluso de vacaciones.

No quiero decir en absoluto con esto que Liam no estuviese pendiente de nosotros ni volcado en los planes de sus días libres. Lo estaba y mucho. Sobre todo, en Violet y en mí, otra cosa muy distinta era que tuviese que ausentarse de vez en cuando unos minutos, cosa que no tenía la más mínima importancia.

Hablaba en nuestro dormitorio y en voz no demasiado alta. Eso sí que me llamó la atención porque la gravedad de su voz solía sonar más, pero tampoco, a priori, me extrañó tanto.

Lo que sí quise darle fue la sorpresita típica de aparecer por las buenas, detrás de él y sobresaltarle. Estaba contenta y se me notaba en cada uno de los gestos que llevaba a cabo en los que estaban siendo de los mejores días de mi vida.

Caminando hacia él, descalza y de puntillas, me colé en el dormitorio principal con las manos preparadas para hacerle cosquillas en los costados, cuando me quedé totalmente loca al escucharle hablar con un individuo de cuya existencia nada conocía.

—Joder, Ricky, ¿y no quieres que me enfade? Me ha sido muy difícil dar con este número de teléfono. ¿A santo de qué te esfumaste? No volví a saber de ti, creí que te había pasado algo malo, hasta que me dijeron que te habías

escondido como una rata de cloaca. Eso sí, bien que te encargaste de cobrarme por adelantado—le recriminaba a quien fuese su interlocutor con voz de pocos amigos—, ¿Se puede saber qué demonios te ha pasado? —le preguntó y se hizo el silencio hasta que escuché que el otro comenzó a explicarle, aunque nada podía escuchar yo al respecto—. No me jodas, no me jodas… ¿Tuviste algo que ver con el accidente de ese tipo? ¿Por qué no me lo contaste? Maldita sea, ¡¡solo tenías que seguirle!! Casi la pierdo por tu estupidez, ¿te das cuenta de la que has podido armar? Y encima me pides que me calme, ¡¡vete a la mierda!! ¡¡Eres un inútil!! Te repito que te contraté para que le siguieras, no para que te lo cargaras—de nuevo le escuchó—. Que sí, que ya supongo que no fue a propósito, ¿y qué? Se ha quedado en silla de ruedas, ¿puedes hacerte una idea de lo que eso significa?

Yo sí que no tenía ni idea de nada de aquello y me quedé muerta. Al menos, eso fue lo que sentí. Las manos se me quedaron en el aire, sin saber bien de qué iba aquello y las lágrimas comenzaron a correr por mis mejillas, ¿qué estaba sucediendo allí? ¿Era Liam el culpable del accidente de Mark? Y lo que todavía era peor, ¿por qué?

Cuando se percató de mi presencia, porque terminó haciéndolo, el teléfono resbaló de sus manos. Quiso excusarse, prometo que lo hizo, pero también que ya no tenía ninguna posibilidad. Para ese momento me encontraba totalmente enfurecida y solo sentía una cosa: odio hacia él.

—Amor, estabas ahí—murmuró al verme, tratando de abrazarme.

—Era verdad, era verdad, era verdad—pronuncié en bucle.

—¿De qué verdad me hablas? Por favor, di algo. Tengo cosas que explicarte, las tengo…

—Eso ya lo sé. Otra cosa es que yo pretenda aceptar tus explicaciones. Qué maldito, no me lo puedo creer…. Mark dijo que el accidente se lo provocó el que se distrajo porque creía que lo estaban siguiendo. Ni siquiera tenía la certeza de ello, pero se lo explicó a su padre. Ninguno de nosotros le dio la más mínima relevancia ni credibilidad a sus palabras y mira… Resulta que tenía toda la razón y nosotros sin hacerle caso, ¿entiendes lo que te estoy diciendo? ¿Te haces una idea de la magnitud de esto? Porque yo no puedo soportarlo. Lo pienso y me dan ganas… No sé de qué me dan ganas. ¿A qué estabas jugando, Liam? ¿A qué? Has podido matarle, le has podido matar, aunque en cierto modo lo has hecho, porque si Mark no vuelve a pilotar su vida se habrá ido a la mierda… ¡¡Eres un criminal!! No tenías ningún derecho a encargar que le siguieran, ¿crees que tu dinero te da derecho a todo? No es así, ¡¡no es así!! —le grité de nuevo.

—Entiendo tu dolor, amor…

—¡¡No se te ocurra volver a llamarme de ese modo!! —le increpé.

—Yo solo quería protegerte, solo eso. Si había algo que debieras saber…

—¿Tú te crees por encima del bien y del mal? ¿Qué creías que ibas a averiguar? Solo mirabas por tus intereses, ahora lo entiendo todo. Querías sacarle a Mark algún trapo sucio por si eso le apartaba de mí, que era lo único que te interesaba, ¡¡y a cualquier precio!! Eres un maldito, Liam Templeton, ¡¡un jodido maldito!!

—De verdad que sospechaba que…

—¿Qué sospechabas? No se te ocurra decir ninguna idiotez al respecto para tratar de quedar bien, ¿me estás oyendo? No ibas a encontrar nada extraño en su vida. Él no es un capo de la droga ni pasa armas. Es un tío normal, un piloto que solo pretendía ascender en su empresa porque no es rico como tú y quería proporcionarme la mejor vida. Qué ciega he estado… Ahora le he perdido y no puedo terminar de calmar mi conciencia. Iba mejor, no te lo voy a negar, pero esto hará que nunca encuentre la serenidad. Tratando de acabar con él y con su reputación, no solo le has jodido, sino que me has jodido a mí, ¿de verdad crees que se puede ir por la vida poniéndole un detective a la gente? Os denunciaré a los dos, a ti y a ese tal Ricky, ¡¡os vais a acordar de mí!!

—Por favor, Alice, te pido que te tranquilices…

—Ya, porque te está entrando el miedito, ¿no? Sabes que la broma te puede costar cara. Pues imagínate el miedo que está pasando Mark, pensando que puede quedarse el resto de su vida atado a una silla de ruedas y todo porque a ti te haya dado la gana de jugar al rico todopoderoso, ¡¡vete a la mierda!! Y encima he logrado que me odie y apartarle de mí, ¡¡se ha quedado solo por tu culpa!! ¡¡Jamás en la vida te lo voy a perdonar!!

—Por favor, te lo pido por favor. Cálmate. Entiendo que te sientas así, yo no sabía nada de la razón de ese accidente. Llevo días tratando de contactar con Ricky. Él me ha hecho otros trabajos en ocasiones y jamás se había esfumado como en esta. Yo no entendía nada, mi cabeza daba vueltas.

—Pobre mártir, ¿y ahora pretendes que me apiade de ti? Tarde, ¿eh? Porque yo solo puedo maldecirte a partir del día de hoy. Quiero irme de este lugar y lo haré en el primer avión que salga.

—No te marches, te lo suplico. Deja que…

—¿Que me convenzas de que puedes actuar a tu capricho y salir indemne? Ni tú te lo has creído, ¡¡vete al jodido infierno!!

—Está bien. Es una medida que suelo tomar con la gente que llega a mi vida y con los de su entorno. Sé que no está bien, pero con tu prometido algo me decía que era necesario extremar las precauciones, vigilarle durante algo más de tiempo.

—Y encima tienes la desfachatez de confesar que lo haces con todos…

—Porque me he llevado muchos palos por parte de personas que se acercaban a mí con intenciones poco transparentes, digámoslo así.

—Supongo que habrá gente que haya querido sacarte hasta la cerilla de las orejas. Pero ¡¡tú me llamaste!! Por el amor del cielo, ¡¡yo nunca me hubiera acercado a ti de otro modo!!

—Y por eso no se me ocurrió investigarte. Eres la única con la que no lo he hecho, pero él…

—Ya, a él había que quitarlo de en medio, ¿no? Porque te convenía para que yo me bajase las bragas. Y encima no te hizo ni falta porque me las bajé yo solita. Pues nada, apúntate un diez y apártate de mi camino, ¡¡no quiero volver a verte en lo que me queda de vida!! Necesito irme de aquí para no toparme con tu mentirosa cara.

—Yo no te he mentido. Nada he sabido de Ricky en este tiempo. Le he buscado por cielo y tierra con ningún resultado hasta hoy, que he logrado que me dieran su nuevo teléfono.

—Otro tanto para ti. Ya veo que terminas logrando todo lo que quieres. Es el jodido poder del dinero, pero conmigo has dado en hueso duro. No vas a verme la cara nunca más en tu vida, ¡¡te odio!! —le repetí.

Hice que se apartara de mi vista. No soportaba el dolor de que todo se hubiese enredado a partir de su capricho de encargar que siguieran a Mark. No había derecho a esas cosas y se lo haría pagar a Liam bien caro.

—No te vayas, por favor. Si alguien debe irse, soy yo. Quédate todo el tiempo que necesites. Al fin y al cabo, esta es tu casa. Puedes pasar el verano aquí si lo deseas, como si quieres quedarte a vivir. Haz lo que consideres conveniente. Seré yo quien me marche con Violet.

—¿Y te has pensado que después de esto voy a seguir aceptando esta casa como regalo? No me conoces. Yo seré humilde, pero tengo unos principios que me inculcó mi madre y que siento decirte que no están en venta. No lo están y no lo estarán en la vida. Así que olvídate de mí para siempre y no vuelvas a dirigirme la palabra en lo que te queda de vida, ¿me has oído?

Salí del dormitorio y me dirigí a India y a Jim.

—Chicos, nosotros no pintamos ya nada aquí. Nos vamos, ¿vale? —les anuncié con pena y rabia.

Violet estaba jugando a su aire y no me escuchó. A ella le pondríamos cualquier excusa y yo volvería a verla al comienzo del curso, si es que su padre no boicoteaba mi continuidad en el colegio, porque ya podía esperarme cualquier cosa de él.

No sería nada sencillo encontrar vuelo de vuelta lo antes posible como era mi deseo, de manera que lo único que acepté de Liam fue su jet privado para regresar a casa. Me lo debía y era para no verle más la jeta, así que lo di po bien empleado.

Lo que más me dolió fue la carita de tristeza de Violet al despedirnos, porque aunque le dije que un asunto urgent hacía necesaria mi vuelta, la frialdad con la que traté a su padre le hizo ver que habíamos roto.

Nada dijo aquella maravillosa cría, pero su gesto de dolor terminó de partir mi alma por la mitad. No había

consuelo para mí durante ese viaje de vuelta. No cuando tenía la sensación de haberlo hecho todo mal y de haber caído en manos de un manipulador.

consuelo para mí durante ese viaje de vuelta. No cuando tenía la sensación de haberlo hecho todo mal y de haber caído en manos de un manipulador.

Capítulo 47



De vuelta en mi casa todo fue muy caótico. Los dos primeros días apenas si salí a la calle, como si sintiera una especie de agorafobia que me impidiese hacerlo.

En el fondo, tenía cosas que resolver en mi vida y no sabía cómo hacerlo. Me enteré de que habían trasladado a Mark desde Riviera Maya para que la rehabilitación la comenzase ya en nuestra ciudad. De momento, se había instalado en la casa de sus padres. Todo ello lo supe por amigos comunes.

Quizás sea una mema, una idealista o simplemente una persona de bien… Pero yo sentía la necesidad de ir a visitarle para contarle. Me estaba pensando, y no poco, denunciar a Liam, aunque en el fondo sabía que él contaría con los mejores abogados y que eso no llegaría a nada.

Yo no contaba con pruebas y encargar que sigan a una persona tampoco es delito, en principio. A mí el dinero no me sobraba y tampoco quería tirarlo, porque por supuesto que le avisé antes de irme de que la casa de Hawái no me la quedaría ni en broma. No era ninguna aprovechada.

En el fondo, le di muchas vueltas y llegué a la conclusión de que lo mejor sería que Mark no supiera nada de lo sucedido, porque eso no añadiría más que odio a su difícil situación. El odio es corrosivo, se lo come todo a su paso. Y si no, que me lo digan a mí, que no podía con esa sensación que tenía y que me estaba minando la moral.

India se pasaba horas en mi casa tratando de disuadirme de la idea de ir a visitar a Mark. Él me había despedido de la peor manera en Riviera Maya, debido a la lectura de mi carta, y yo no sabía cómo enmendar la plana.

Por supuesto que Mark no querría volver a saber nada de mí como pareja ni tampoco era lo que yo buscaba. A esas alturas era consciente de que ya no le amaba de ese modo y no pretendía liar más las cosas, aunque me hubiera encantado tratar de que me perdonase y poder ayudarle en todo lo posible.

—No es la mejor idea. Mark tiene que tirar para adelante y tú puedes entorpecerle en eso. Su situación no es fácil, debes tenerlo en cuenta—me aconsejaba ella.

—Pero es que yo quisiera ayudarle y…

—Y eres la última persona de la que él espera ayuda. Además, un pajarito me ha contado que ha cambiado

bastante su actitud y que podría volver a caminar.

—¿De verdad me lo estás diciendo? —mis ojos se llenaron de lágrimas al preguntárselo.

—Pues claro que de verdad, no seas boba. Todo irá bien, tienes que perdonarte.

—Es que no puedo. Todo ha sido muy doloroso. Mark nunca me falló y yo tengo la sensación de haberle fallado en todo: le engañé y lo hice con una persona que mira al punto que le ha llevado…

—Yo entiendo tu dolor, pero sé justa. Liam no pretendía un final así. Es un tío rico, se cubre las espaldas. Quizás tú también lo hicieras de encontrarte en su pellejo, ¿no crees?

—Liam solo quería tener una baza para echarle de mi vida. Eso es lo que quería. Y yo no se lo pienso perdonar. S no le denuncio, si no llego más lejos…

—Es por todo lo que me has contado y porque tampoco tiene demasiado sentido ya, ¿qué te apuestas a que todo s arregla?

a

—Supongo que te refieres a lo de Mark, porque de Liam no quiero volver a saber en mi vida.

—Eso ya lo sé. Pero de momento tú córtate un poco. Tampoco saliste bien parada con su madre y esa es capaz de arañarte si apareces por su casa, rollo suegra de esas malas que cuenta la leyenda que vuelan en escoba y…

—Déjate de rollos que Sally tiene sus cosas, pero no es así. Demasiado bien lo lleva, otra me habría cogido por el cuello y apretado fuerte.

—¿Por ponerle los cuernos a su hijo? No eres ni la primera ni la última. Recuérdame que estas Navidades te regale un bono para un psicólogo, porque tú no te perdonas ni a la de tres.

e

India tenía toda la razón. Yo le daba vueltas y más vueltas a mis pensamientos y no podía salir de ellos. Me odiaba, me odiaba a mí más que a Liam por haber caído en sus redes y por haberle sido infiel a Mark. Si ese hombre no se hubiera cruzado en mi camino, a esas alturas ya habría resuelto mis diferencias con mi prometido y todo habría quedado en el olvido. Nuestros planes de boda seguirían y yo ni siquiera hubiera dejado de quererle en ningún momento. O eso era lo que quería pensar entre tanta y tanta confusión como estaba sintiendo.

Todo me resultaba muy caótico. Pese a los consejos de India, quizás buscase un momento idóneo para ir a visitar Mark y para pedirle perdón por el mucho daño que le había hecho.

Mientras, me costaba mucho llenar el tiempo. Comencé a salir a la calle, pero mi apatía era total y nada me llenaba. Estaba anclada en las semanas posteriores y la melancolía reinaba en mi cabeza debido a los buenos momentos pasados, junto con la ira que imperó en el último momento.

De seguir así, me volvería loca. Pasé por la puerta de un local en el que impartían meditación y concluí que practicar esa disciplina quizás me ayudase a impulsarme en unos días en los que todo lo veía muy oscuro, como si unos enormes nubarrones negros me acompañasen allá donde fuese.

Al día siguiente asistí a mi primera clase y creí haber acertado. Por unos minutos (por algo se empieza) logré deja de sentir todo lo malo que sentía. La vida se abriría camino, aunque nadie decía que fuera fácil. Solo que yo era una luchadora y debía mirar al futuro, dejando atrás el doloroso pasado.

i

e

ı

a

De seguir así, me volvería loca. Pasé por la puerta de un local en el que impartían meditación y concluí que practicar esa disciplina quizás me ayudase a impulsarme en unos días en los que todo lo veía muy oscuro, como si unos enormes nubarrones negros me acompañasen allá donde fuese.

Al día siguiente asistí a mi primera clase y creí haber acertado. Por unos minutos (por algo se empieza) logré dejar de sentir todo lo malo que sentía. La vida se abriría camino, aunque nadie decía que fuera fácil. Solo que yo era una luchadora y debía mirar al futuro, dejando atrás el doloroso pasado.

Capítulo 48



Tenía pensado ir aquel mediodía a ver a Mark. Seguramente me echaría de su casa de la peor manera, si bien yo nunca me consideré una cobarde y no lo sería en ese momento.

Sabiendo lo que sabía de Liam, y aunque no llegara a contárselo para no añadir más leña al asunto, al menos deseaba poder pedirle perdón por la forma en la que falté a mi compromiso con él. En Riviera Maya no tuve ocasión de hacerlo y lo consideraba mi asignatura pendiente.

Casi estaba a punto de salir por la puerta cuando picaron el timbre. Pensé que sería mi vecina Addison, que era muy despistada y se habría dejado de nuevo las llaves dentro de su casa o similares. La muchacha se estaba separando y decía no estar muy centrada (a quién me recordaría).

Mi barrio era bastante seguro, por lo que no tenía yo demasiada costumbre de utilizar la mirilla. Abrí sin pensarlo y ¿a quién me encontré allí? Al mismísimo Liam.

—¡¡¿Se puede saber qué estás haciendo aquí?!! —le pregunté colérica porque no podía con sus cosas, ¿cómo se atrevía?

—He venido porque tengo algo que contarte, Alice. Por favor, cálmate. Lo entenderás cuando te lo enseñe.

—La única que va a enseñar aquí algo soy yo. Concretamente, te enseñaré cuál es el camino de salida, ¿es que tú nunca vas a respetar nada?

—Entiendo tu enfado…

—Tú no entiendes una mierda porque no escuchas. Vas a la tuya y te dan igual las consecuencias. Yo no soy así y no lo voy a ser nunca, ¿me oyes? A mí no me harás más daño, no te lo voy a consentir. No quiero verte nunca más, te lo dejé bien claro. De hecho, a quien voy a visitar es a Mark, le debo una explicación por haberme liado contigo, que en mala hora lo hice.

—Igual te la ahorras cuando veas esto. Por favor, míralo.

Traía una carpeta que puso en mis manos. Yo no sabía de qué iba aquello y tampoco quería saberlo.

—¿De qué se trata? ¿Qué es lo que pretendes ahora?

—Demostrarte que él ya te la estaba pegando con otra cuando viniste a mi rancho, eso es lo que pretendo. Te advertí que desde el principio había algo que me olía mal en vuestra historia y no me equivoqué. Aquí tienes las pruebas.

—Te lo estás inventando, eres peor de lo que yo creía.

—No me estoy inventando nada, Alice. Esa primera semana en la que te dejo colgada, él no estaba en el Caribe trabajando. Si viajó hasta allí, fue para verse con Brigitte con quien mantiene un rollo desde hace unos meses. Compruébalo con tus propios ojos.

Sentí que el cuerpo se me iba hacia atrás, ¿había alguna veracidad en sus palabras? Abrí la carpeta y vi las fotos… El tal Ricky, el detective, les había pillado en diversos lugares y en actitud más que cariñosa, de vacaciones… Todo mi mundo volvió a trastocarse en un momento en el que tomé conciencia de que Mark no era el hombre fiel que yo creía.

—¿Estas fotos son reales? ¿Lo son?

—Puedes llevarlas donde quieran para que te lo verifiquen, si es que ya no me crees ni siquiera en eso. Sé que me odias, pero yo estaba seguro de que si le seguía le pillaría con las manos en la masa. Ese hombre escondía algo. Por lo que tú me contabas, no me cuadraba su manera de actuar. Y menos conociéndote y sabiendo el tipo de mujer que eres. Yo me estaba enamorando de ti más cada día y él ni siquiera se interesaba por tu paradero después de dejarte colgada. Soy hombre igual que él y supe que había gato encerrado. No me equivoqué demasiado.

—Y encima con Brigitte. Y ella allí, en el hospital, con cara de no haber roto un plato. Yo me sentía como una canalla cuando ellos llevaban meses riéndose de mí.

—Eso parece.

—E igual pensaba hasta cancelar la boda, porque si tenía a otra…

—No lo creas, tú le venías fenomenal. Por lo que hemos podido saber, no es la primera vez que tiene un rollo entre sus compañeras, además de que en ocasiones también se ha liado con turistas y demás en los hoteles. Cuando tiras de un cabo jugoso, da mucho de sí. Esa es su parte y ahora viene la mía: te doy mi palabra de honor que nada sabía de que Ricky tuviese que ver con el accidente de Mark y solo quería demostrarte que él no era digno de ti. Yo deseaba que tuvieras lo mejor y ya desde el principio sospeché que él no pudiera dártelo. Quizás ya me odies demasiado para volver a quererme, pero si hay un ápice de amor aún en tu corazón, te prometo que yo haré que la llama reviva y que no se apague nunca.

Mis ojos se inundaron de lágrimas. Le tenía allí, delante de mí, con las pruebas de que mi noviazgo había sido una farsa por parte de Mark y deseando proporcionarme la mejor de las vidas.

De pronto, los malos sentimientos se calmaron y de nuevo afloraron los buenos. Yo no había llegado a odiarle por mucho que lo deseara, porque en el fondo me mataba el coraje de saberme todavía enamorada de él, algo que deseaba negarme para no sufrir más de la cuenta.

Liam me miró igualmente con lágrimas en los ojos. Las emociones estaban a flor de piel y entonces, viéndome receptiva, se acercó a mí para besarme y abrazarme. Fue un momento emotivo donde los hubiera, un momento en el que nuestros dos mundos se unieron de nuevo porque nunca debieron separarse.

Una mala jugada del destino pudo dar al traste con una relación auténtica, porque nosotros nos amábamos sin reservas, por mucho que el comienzo no hubiera sido todo lo pacífico que se deseara.

Recordé entonces las palabras de Rosalía cuando me comentó que la calma solo llega tras la tempestad, aunque la tempestad a veces no parezca tener fin.

Mis ojos se inundaron de lágrimas. Le tenía allí, delante de mí, con las pruebas de que mi noviazgo había sido una farsa por parte de Mark y deseando proporcionarme la mejor de las vidas.

De pronto, los malos sentimientos se calmaron y de nuevo afloraron los buenos. Yo no había llegado a odiarle por mucho que lo deseara, porque en el fondo me mataba el coraje de saberme todavía enamorada de él, algo que deseaba negarme para no sufrir más de la cuenta.

Liam me miró igualmente con lágrimas en los ojos. Las emociones estaban a flor de piel y entonces, viéndome receptiva, se acercó a mí para besarme y abrazarme. Fue un momento emotivo donde los hubiera, un momento en el que nuestros dos mundos se unieron de nuevo porque nunca debieron separarse.

Una mala jugada del destino pudo dar al traste con una relación auténtica, porque nosotros nos amábamos sin reservas, por mucho que el comienzo no hubiera sido todo lo pacífico que se deseara.

Recordé entonces las palabras de Rosalía cuando me comentó que la calma solo llega tras la tempestad, aunque la tempestad a veces no parezca tener fin.

Capítulo 49



Unos meses habían pasado desde ese momento en el que nuestros mundos se volvieron a unir. Unos intensos meses en los que abandonamos el rancho tras el verano para volver a nuestra residencia de invierno, en la que residiríamos durante todo el curso, el cual marchaba por buen camino.

Yo ya era la pareja oficial de Liam y todos lo sabían, aunque no dejaría de ser profesora en el St. Andrews porque enseñar francés a mis alumnos siempre me encantó y eso no había cambiado para nada.

En cuanto a Violet, estaba entusiasmada presumiendo de "madre" porque ya me consideraba así, igual que yo a ella la veía como a mi hija, a mi adorada hija.

En esos momentos, cercanos ya a la Navidad, ella había intervenido en su primera película, de cuyo casting ya hablamos y algunos entendidos de cine se habían interesado por su personita, por lo que tenía varias pruebas más pendientes.

Su padre, que también permanecía volcado en su apasionante trabajo, pero no menos en nosotras, nos dio la sorpresa de que aquellas Navidades las pasaríamos, ¡¡en París!!

Por fin, por fin se cumpliría mi sueño de conocer la capital francesa. Con Mark no tuve nunca pendiente su visita y a Liam le faltó el tiempo para organizar el viaje.

Quiero hacer un inciso para comentar que mi antiguo prometido logró volver a andar. Su lesión fue reversible y en unos meses podría regresar a su trabajo como piloto. Ya no le guardaba rencor, porque su infidelidad fue la que me lanzó definitivamente en brazos de Liam, eso lo tenía claro. Y como el odio no es bueno para nadie, me alegré muchísimo de su recuperación, aunque no mantenía relación con él.

Tan pronto como la niña y yo tuvimos vacaciones, volamos hacia París, mi gran sueño se vio cumplido.

La felicidad me embargó desde el primer día allí. Nos alojamos en una imponente mansión que en ese caso fue de alquiler y punto, porque de antemano le advertí a Liam que ni se le ocurriese comprarla. Bastante tenía yo con la de Hawái, que esa se quedó a mi nombre, volviendo a mis manos.

La Navidad en París no tuvo parangón para mí. Era la primera que disfrutábamos en familia y encima lo hacíamos

en un lugar que no podría ser superado, bajo mi criterio, por ningún otro.

El día de Navidad amaneció con el salón lleno de regalos, casi literalmente hasta el techo, para Violet y para mí. Una locura en forma de papeles y enormes lazos que guardaban verdaderas maravillas muy de nuestro gusto, muchas de las cuales sacaron mis lágrimas. Menos mal que yo también había preparado mis regalitos, que de otra manera me hubiese quedado muerta.

Los días pasaban rápido, eso es innegable. Cuando todo es felicidad en tu vida, al reloj le da por acelerarse al mismo ritmo que tu corazón. Y hablando de corazones acelerados, ha llegado el momento de contaros algo; un verdadero tesoro en forma de recuerdo que me acompañará hasta el último de los días de mi vida.

Corría el día de Nochevieja y todos habíamos brindado por la llegada del nuevo año. Un increíble espectáculo de fuegos artificiales me sorprendió entonces en el jardín de la mansión en la que estábamos alojados.

Si digo me sorprendió y no hablo en plural es porque la cara de pilla de Violet me hizo ver que ella estaba compinchada con su padre y que allí era a mí a la única que habían pillado por sorpresa.

El espectáculo de luces fue largo y llamativo. Traca a traca, el cielo se iluminaba con diversas formas, hasta que v dibujarse en él un anillo. Yo abrí mucho la boca y, como si de un mago se tratase, Liam sacó otro como desde detrás de mi oreja, dibujando una sonrisa cómplice en el bonito rostro de Violet.

—Anda, pero si aquí hay otro anillo—pronunció él alto y claro—. Va a ser una señal, amor. Va a ser una señal de que deseo con todo mi corazón que te cases conmigo—me confesó mientras se agachaba para arrodillarse delante de mí.

La escena era memorable, intensa, romántica, perfecta… Yo trataba de que se quedase grabada en mi retina a pesar de que las lágrimas de felicidad caían de mis ojos en forma de cascadas.

—¿Casarme contigo? —le pregunté de lo más emocionada.

—Claro, casarte con mi padre, ¡¡sí!! —chilló Violet incluso antes de que yo respondiera en sentido afirmativo, que fue lo siguiente que hice entre lágrimas y lágrimas de dicha.

Nos habíamos comprometido ante la niña de nuestros ojos y en la que para mí era la ciudad más romántica del mundo. Si Napoleón dijo que "París bien vale una misa" yo le di la razón en que bien valía una boda igual.

Esa noche hicimos el amor como de costumbre, puesto que amarnos entre las sábanas se había convertido en nuestro deporte favorito, si bien lo hicimos de un modo más profundo aún al saber que en breve seríamos marido y mujer.

Respeto a tope que para muchas personas una boda solo represente papeleo y resulte innecesaria. Lo respeto de

corazón, lo cual no es óbice para que yo sea de las que alucinan con un enlace y con una pedida de esas tan románticas que encajarían en un guion de cine.

De cine, justamente, deseábamos que fuera esa boda nuestra que proyectamos para el siguiente verano. No teníamos prisa, pero sí ganas, y una serie de meses por delante de planes que me ilusionaban hasta el infinito. Le amaba con todo mi corazón, amaba a Liam y al mundo que juntos habíamos creado, en cuyo eje central se situaba Violet.

El *feeling* que sentí con esa niña desde el día que la conocí cristalizó de un increíble modo que nunca podría haber sospechado. En eso consiste la grandeza de la vida; en sorprenderte de un modo que solo te lleve a agradecer, y a agradecer todavía más.

i

corazón, lo cual no es óbice para que yo sea de las que alucinan con un enlace y con una pedida de esas tan románticas que encajarían en un guion de cine.

De cine, justamente, deseábamos que fuera esa boda nuestra que proyectamos para el siguiente verano. No teníamos prisa, pero sí ganas, y una serie de meses por delante de planes que me ilusionaban hasta el infinito. Le amaba con todo mi corazón, amaba a Liam y al mundo que juntos habíamos creado, en cuyo eje central se situaba Violet.

El *feeling* que sentí con esa niña desde el día que la conocí cristalizó de un increíble modo que nunca podría haber sospechado. En eso consiste la grandeza de la vida; en sorprenderte de un modo que solo te lleve a agradecer, y a agradecer todavía más.

Capítulo 50



En Hawái, en Hawái fue donde decidimos celebrar nuestra boda.

No voy a decir que fuese lo más práctico, ya que debimos fletar un avión para nuestros invitados, pero sí que nos hacía ilusión.

De allí guardábamos unos recuerdos espectaculares, lo mismo que de París, aunque pensamos que el clima acompañaría más en ese idílico entorno para celebrar la que sería la boda de nuestros sueños.

Violet lo grababa todo desde primera hora de la mañana. Nosotros nos alojábamos en nuestra casa, o en la mía mejor dicho, porque Liam siempre me lo recordaba. Hasta allí llegamos en compañía de India y Jim, así como de Rosalía, a quien considerábamos de la familia y no podía perderse el enlace.

Mientras que Liam se marchó a un hotel a vestirse en compañía de Jim y de sus amigos más allegados, yo me quedé con India, con la niña y con Rosalía, en lo que fue un desayuno de chicas tras el cual llegaron los arreglos.

El resto de los invitados se alojaban en hoteles, eran varios cientos, pues Liam tenía muchos compromisos y tampoco quiso que me dejara a nadie importante para mí en el camino, de manera que al enlace estaba invitada toda la plantilla del St. Andrews, incluido Henry Abernathy, el director, quien por la cuenta que le traía me trataba con mucha condescendencia.

Una vez estuve lista, me faltó el canto de una moneda para comenzar a llorar. Siempre he sido llorona y en un día así de emotivo no pude evitar pensar que estaba a punto de reventar de felicidad.

Tampoco puedo obviar que en ese día tan especial eché mucho de menos a mi madre, cuyo recuerdo me acompañaba y de quien llevaba puesta una pulsera para tenerla más presente aún, aunque ella nunca se me caía de pensamiento.

La lujosísima boda, que dio que hablar durante años, se celebraría en la playa. No habíamos dejado espacio alguno para la improvisación, pues todo estaba y bien atado, lo cual no quiere decir que Liam no fuera a sorprenderme, pues hacerlo era algo que parecía llevar en el ADN.

Hasta la playa llegué caminando, pues la teníamos al ladito, con la niña delante de mí, haciendo de jovencísima

dama de honor. Si yo iba con la lagrimita fuera, Violet hacía gala de sus dotes artísticas y saludaba a todos los presentes como la actriz que era, anda que no lo demostraba.

Mi vestido de novia era tan elegante como sexy, muy ceñido, con un diseño de lo más romántico, eso sí, y un escote envolvente que era una verdadera maravilla. Con él puesto, y también con mi mejor sonrisa, avancé hacia el que iba a convertirse en mi marido y que me esperaba con la ilusión dibujada en su atractivo rostro.

Deseamos que la nuestra fuese una boda de día para sacarle el máximo jugo. Para disfrutarla hasta bien entrada la madrugada, en un montón de horas plagadas de las máximas emociones.

Al verme, Liam hizo un gesto que me lo dijo todo porque me amaba con la misma locura que yo a él y la cara se le iluminaba en cuanto yo aparecía.

No podía hacerme un mejor regalo quien ese día se convertiría en mi esposo. No cuando yo tenía a nivel material todo lo que pudiera desear y más gracias a él, pero además contaba con su actitud, esa que me recordaba que para él no había mayor riqueza que su familia.

Nos dimos el "sí, quiero" acaramelados y cogidos de la mano, tras lo cual apareció por la playa un magnífico ejemplar de caballo, totalmente blanco, en el que nos montamos para hacernos unas primeras fotografías que quedaron espectaculares.

Me quedé sin respiración porque una vez le conté, al principio de conocerle, que había soñado con una boda en la que aparecía un caballo así. Soñé con una boda muy romántica, aunque ni por asomo tanto como la que Liam tenía planteada para mí.

Qué ilusa al pensar que yo conocía todos los pormenores de un día que, ciertamente, estaba pensado para que él me sorprendiera, pero no una vez, sino varias…

El caballo; la presencia de mi cantante favorito, que era un ídolo de masas y que llegó a Hawái haciendo un salto en su gira mundial, por tan solo unas horas, poniéndome al borde del infarto; las profundas palabras que Liam me dedicó delante de todos… Y la promesa de una luna de miel en la que recorreríamos buena parte del mundo.

Una detrás de otra, esas sorpresas me fueron emocionando y haciendo todavía más bonito un día en el que nos acompañó el más espléndido de los climas. El Sol brillaba con toda su intensidad, aunque el verdadero brillo lo descubrí en los ojos de mi chico, quien no dejó de mirarme con auténtica devoción en ningún instante.

Violet también pasó el más bonito de los días y eso era oro molido para su padre y para mí. La niña nos expresó la máxima de las felicidades al tomar la palabra y hacernos ver que nuestro matrimonio representaba para ella un sueño cumplido. También aprovechó para darme las gracias por haber hecho posible que su padre accediera a su deseo de convertirse en actriz y, finalmente, terminó dándonos un beso a tres que quedará en mi memoria hasta el fin de los días.

Y hablando de fines, el del día de nuestra boda estuvo marcado por la aparición de un globo aerostático en el que pudimos sobrevolar Hawái antes de irnos a dormir…

Lo de dormir es un decir, claro está. Si cualquier otra noche nos dedicábamos a darnos el máximo de los placeres el uno al otro, no digamos ya lo que hicimos en aquella, la de nuestra boda, en la que amarnos hasta el amanecer fue la guinda de un pastel que compitió con el que se sirvió horas antes; uno que cortamos juntos para delicia de todos nuestros invitados, un dulce pastel, como dulce esperábamos que fuese nuestra vida en común, tan dulce qu nos dejara para siempre el mejor sabor de boca.

Tras ella, comenzó nuestra luna de miel, esa que como he dicho nos llevaría a diversos lugares del planeta. Destinos exóticos se mezclaron con otros más románticos, como Roma o de nuevo París, puesto que la ciudad del Sena me había enamorado en su día como siempre pensé que lo haría, y todas las veces que la pisara me parecerían pocas.

Comenzaba así nuestra vida en común… Una vida que nadie nos había regalado, pues al principio sufrimos turbulencias, pero que supimos superar para volar con rumbo fijo y sereno. Al final iba a resultar que Liam también era piloto, él pilotaba la nave que nos llevaba a la felicidad. Y lo hacía sin que le temblase el pulso.

Y hablando de fines, el del día de nuestra boda estuvo marcado por la aparición de un globo aerostático en el que pudimos sobrevolar Hawái antes de irnos a dormir…

Lo de dormir es un decir, claro está. Si cualquier otra noche nos dedicábamos a darnos el máximo de los placeres el uno al otro, no digamos ya lo que hicimos en aquella, la de nuestra boda, en la que amarnos hasta el amanecer fue la guinda de un pastel que compitió con el que se sirvió horas antes; uno que cortamos juntos para delicia de todos nuestros invitados, un dulce pastel, como dulce esperábamos que fuese nuestra vida en común, tan dulce que nos dejara para siempre el mejor sabor de boca.

Tras ella, comenzó nuestra luna de miel, esa que como he dicho nos llevaría a diversos lugares del planeta. Destinos exóticos se mezclaron con otros más románticos, como Roma o de nuevo París, puesto que la ciudad del Sena me había enamorado en su día como siempre pensé que lo haría, y todas las veces que la pisara me parecerían pocas.

Comenzaba así nuestra vida en común… Una vida que nadie nos había regalado, pues al principio sufrimos turbulencias, pero que supimos superar para volar con rumbo fijo y sereno. Al final iba a resultar que Liam también era piloto, él pilotaba la nave que nos llevaba a la felicidad. Y lo hacía sin que le temblase el pulso.

Epílogo



Cinco años después…

Cinco años y dos niños después allí estábamos, a unas horas del estreno de la película que protagonizaba nuestra hija Violet.

Sí, sí, dos niños después porque Mateo y Henry habían llegado al mundo juntos, al ser gemelos y como dos gotas de agua. Ya tenían tres añitos y eran dos terremotos que pusieron nuestro mundo patas arriba.

Para ese momento, Violet ya era una adolescente que estudiaba en el instituto. Seguía siendo una alumna modelo, pues esa era la premisa para permitirle seguir avanzando en el mundo del cine.

A lo largo de aquellos años, había participado en varias películas, siempre en espera de un papel más relevante que le permitiese brillar con luz propia, algo para lo que se estaba preparando a conciencia.

A diario, nuestra niña (que ya no lo era tanto), compatibilizaba sus estudios con las clases de interpretación, canto y danza, para formarse como era debido. Por fin su papel protagonista le había llegado y esa noche asistiríamos al estreno.

Los peques se quedarían en casa porque si no sería un estreno memorable, seguro que la liaban, y era una noche para que Liam y yo se la dedicásemos a Violet, quien se lo estaba trabajando y veía su sueño cada vez más cercano.

La miraba y no la reconocía. Siempre fue preciosa, pero se había convertido en una muchacha que apuntaba a que pronto sería una mujer espectacular. En el físico me recordaba mucho a su padre.

Para la ocasión, estrenaba ¡zapatos de tacón! También un vestido en malva que era una maravilla. Tenía claro que estaría en el punto de mira de la prensa y los nervios iban por dentro, aunque ella quisiera negarlo.

La maquilladora salió cuando ambas dimos el visto bueno. Lucía bellísima.

—No te quiero estropear el maquillaje, así que solo un abracito—le pedí porque no podía evitar sentirme súper emocionada.

—Sabes que nada de esto hubiera sido posible sin ti, mamá—me dijo y entonces tuve que aguantar el tipo para no echarme a llorar.

No era su madre biológica ni falta que me hacía. La adoraba con todo mi corazón, igual que a sus hermanos, de los que ella era la madrina y a quienes consentía a todas las horas.

—Así que las dos chicas de mi vida están aquí—apareció su padre por el umbral de la puerta.

—¿Qué te parece? —le pregunté haciendo que Violet se diese la vuelta para que él pudiese contemplarla.

—Me parece que ha crecido demasiado deprisa…

—Papá, no empieces—rio ella.

—Y dicho esto, me parece también que traes de serie un carácter que es digno de admirar, hija. Pasé demasiado tiempo sin entender lo importante que era esto para ti y doy gracias al cielo por…

—Por haber conocido a mamá y que ella te abriera los ojos.

—Por eso mismo, sí.

—Pues que sepas que, con esos mismos ojos, vas a ver que muchos se quedarán mirando hoy a nuestra niñita—le recordé para que no se llamase a engaño.

—¿Era necesario que me lo recalcaras? ¿Debo ir armado? —me preguntó entre risas.

Era lo más maravilloso que nos podía suceder a ambos. Me refiero a que todo lo que hablásemos fuera en ese tono distendido y entre risas y más risas.

En los años que ya llevábamos juntos, apenas habíamos discutido y cuando lo hacíamos solía terminar con una sonrisa por parte de cualquiera de los dos que era inmediatamente seguida por el otro.

Su padre sorprendió a Violet con una limusina en la puerta del mismo color de su vestido. Un detalle muy cuqui que no pasó desapercibido para la prensa cuando se bajó. Tras ella íbamos nosotros, orgullosísimos.

El estreno fue todo un éxito y supuso la verdadera presentación en sociedad de nuestra hija, que iba para estrella, eso era indiscutible.

Aquella noche comenzó a dibujarse su estela lo mismo que nuestra sonrisa, esa que no desaparecía de nuestro rostro.

Juntos, habíamos logrado crear una magnífica familia que nos llenaba de ilusión a Liam y a mí, sin descuidar en ningún momento nuestra faceta de pareja.

Contar con tres hijos de distintas edades no siempre es fácil, por mucho que los estuviéramos educando de mil amores, pero también es importante saber en qué momento termina la familia y comienza la pareja.

Jamás nos permitimos que esos límites se difuminaran porque los que éramos los orgullosos padres de tres retoños nos reservábamos después una faceta, la íntima y privada, en la que manteníamos más viva que nunca la llama de la pasión.

Conocer a Liam y que se convirtiese en mi marido fue el mejor regalo que el destino pudiera hacerme. Yo, que soy agradecida, procuraba recordarlo cada día, porque no era algo que debiera olvidar. De todas maneras, si alguna vez hubiera sucedido, ahí estaría él para recordármelo, ya que mi multimillonario particular valoraba lo mismo que yo lo que nos habíamos dado el uno al otro; nos dábamos vida, una vida que compartíamos en la mayor de las complicidades y que disfrutábamos sorbo a sorbo, inmersos como estábamos en el adictivo cóctel de nuestro amor.

Juntos, habíamos logrado crear una magnífica familia que nos llenaba de ilusión a Liam y a mí, sin descuidar en ningún momento nuestra faceta de pareja.

Contar con tres hijos de distintas edades no siempre es fácil, por mucho que los estuviéramos educando de mil amores, pero también es importante saber en qué momento termina la familia y comienza la pareja.

Jamás nos permitimos que esos límites se difuminaran porque los que éramos los orgullosos padres de tres retoños nos reservábamos después una faceta, la íntima y privada, en la que manteníamos más viva que nunca la llama de la pasión.

Conocer a Liam y que se convirtiese en mi marido fue el mejor regalo que el destino pudiera hacerme. Yo, que soy agradecida, procuraba recordarlo cada día, porque no era algo que debiera olvidar. De todas maneras, si alguna vez hubiera sucedido, ahí estaría él para recordármelo, ya que mi multimillonario particular valoraba lo mismo que yo lo que nos habíamos dado el uno al otro; nos dábamos vida, una vida que compartíamos en la mayor de las complicidades y que disfrutábamos sorbo a sorbo, inmersos como estábamos en el adictivo cóctel de nuestro amor.

Mis redes sociales:

Instagram: @aitorferrerescritor

Facebook: Aitor Ferrer

Amazon: relinks.me/AitorFerrer

Mis redes sociales:

Instagram: @aitorferrerescritor

Facebook: Aitor Ferrer

Amazon: relinks.me/AitorFerrer